

IDAD AU... DE N...
CIÓN GE... DE B...

PRÁCTICAS
DE LA MISA
TOMO II

BX2230

C6

V.2

C.1

CONDOMA

TERAL DE

264



José Angel Benavides.

E#46#89

~~264~~

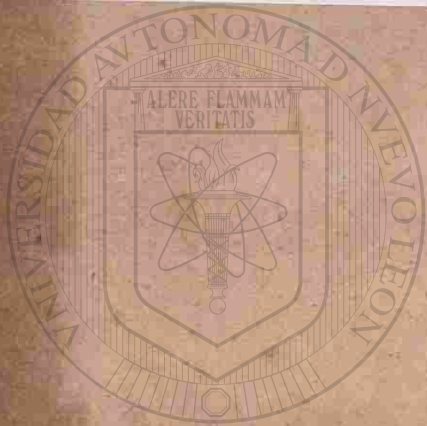
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1080044948



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



PLATICAS,

ó

INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE LAS

ORACIONES Y CEREMONIAS

DEL

SANTO SACRIFICIO

DE LA

MISA.

110419



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

38307



PLATICAS,
6
INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE LAS

ORACIONES Y CEREMONIAS

DEL

SANTO SACRIFICIO

DE LA

MISA.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR MR. COCHIN,

Cura Párroco de Santiago en Paris.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. A. L. L.

TOMO II.

RE-IMPRESO EN FILADELFIA:

1827.

250

BX2230

C. G.

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



INSTRUCCION

SOBRE

EL MEJOR MODO

DE UNIRSE CON EL SACERDOTE

PSALMO XXXVIII.
vers. 3. y 4.

Enmudecí, y en mi meditacion encenderse ha fuego.

ESTO es quanto puede decir un Cristiano que reflexiona con la atencion debida sobre los objetos de su religion, y que sucesivamente pasa de la oracion á la meditacion, recogiendo su espíritu para que se penetre de compuncion y dolor. Esto sobre todo es lo que experimenta en el momento del Sacrificio del Altar, si pro-

cura seguir fielmente á Jesu-Cristo, y á su Ministro: al primero en los homenajes que tributa á su Padre; y al segundo en las oraciones, en las ceremonias, y en las diferentes instrucciones que le ofrece. Se humilla con él, se instruye con él, publica con él las grandezas y las misericordias del Señor, y quando llega el momento del silencio calla como él, para que pueda hablar el corazon delante de Dios, como debe hacerlo constantemente. Estas diferentes reflexiones nos conducen á exâminar qual es entre todos los métodos el mas proprio para sacar utilidad de las oraciones que componen la Liturgia, y como no intento renovar aquí ciertas disputas que léjos de instruir y edificar, solo sirven para turbar las conciencias; me abstendré de refutar las diferentes opiniones que se han introducido sobre un objeto tan importante. Me ceñiré por tanto á exponer sencillamente los usos que se hallan recibidos en la Iglesia, y á exâminar todo lo que puede contribuir á la piedad de los fieles, y así os pido que me escuchéis con la misma simplicidad é imparcialidad que yo me

propongo. El Señor me sugiera todas las reflexiones que voy á presentaros, como que se dirigen á su gloria y á vuestra edificacion.

El modo mas santo y útil de oír la Misa será siempre el que se acerque mas al espíritu de la Iglesia, y á la intencion de Jesu-Cristo, que se ofrece por nosotros. Exâminemos pues qual es el método que encierra todas estas condiciones. Consultemos la costumbre actual de los Cristianos, y veremos como se conducen de diferentes maneras en este importante exercicio. Los unos siguen al Sacerdote con la mayor exâctitud en todas las oraciones que componen la Liturgia, y en las ceremonias que tiene adoptada la Iglesia; y esto se llama seguir el Ordinario de la Misa. Otros alimentan su piedad con oraciones particulares, cuyo sentido se conforma con el de las de la Liturgia, y son como una explicacion de ellas. Otros mas ó menos instruidos, mas ó menos llenos del espíritu de Dios, absteniéndose de toda lectura, se entregan á la meditacion mas profunda, y para animar su devocion no se valen de otros medios que de los que da de sí la accion mis-

ma del Sacrificio. Otros en fin se persuaden que les es permitido rezar mientras la Misa ciertas oraciones, que en realidad no tienen relacion alguna con ella; y muchos que no saben leer, y que por consecuencia ni aun pueden hacer esto, se contentan con repetir muchas veces el Padre nuestro y el Ave María. No trato aquí de decidir afirmativamente sobre cada una de estas prácticas; y así me contentaré con examinarlas en particular para apartar los abusos que se pueden hacer de cada una de ellas, é indicar las disposiciones que me parezcan mas propias, ó bien para rectificar estos abusos, ó para santificar estos diferentes métodos.

He puesto el primero de todos el de seguir exáctamente el Ministro en cada una de las acciones y oraciones que componen la Liturgia, porque me parece mas propio para haceros entrar en el espíritu del Sacrificio. La Iglesia, aunque no se explica sobre este punto, parece sin embargo que nos inspira mas atención por este método; y así permite que se pongan entre las manos de los fieles las oraciones que ha ordenado para el Santo Sacrificio, no

creyendo quebrantar el respetuoso silencio de nuestros misterios, por autorizarlos para repetir secretamente las oraciones que dice el Ministro en alta voz. Parece tambien que con esta indulgencia ha querido enseñar á los fieles que la parte que tienen en el Sacrificio no consiste en ser meros espectadores; que hay un sentido en el qual puede decirse que ellos tambien son en algun modo Ministros, pues que no deben asistir al Sacrificio sino en union perfecta con Jesu-Cristo. Este primer método sin duda es el mejor, el mas conforme al Espíritu de la Iglesia, y el mas propio para hacernos entrar en las disposiciones que exige el Sacrificio; pero sin embargo ha sido impugnado con bastante frecuencia, y algunas veces por Ministros piadosos é ilustrados. Yo presumo que algunos abusos pueden haber introducido diversidad de sentimientos sobre este artículo, y que esta sea la causa. Desgraciados aquellos Sacerdotes sin discrecion y sin luces, que por un espíritu de prevencion prohiben este método; pero debe alabarse mucho el zelo de aquellos que quitando estas oraciones

de las manos de ciertos fieles, no tienen otra mira que remediar los abusos que observan. Algunos ignorantes y temerarios piensan que ofreciendo con el Sacerdote consagran realmente con él, y que las palabras sacramentales tienen en su boca la misma virtud y eficacia que en la del Ministro de la Iglesia. En este caso importa mucho ilustrarles, ó reprimir su temeridad, y contener un abuso tan escandaloso prohibiéndoles las oraciones de que se sirven para mantenerle.

Tambien es verdad que si alguno de los asistentes dixese en alta voz las oraciones que el Ministro dice en voz baxa segun el mandato de la Iglesia, turbaria el armonía, y distraeria la devocion al Ministro y á los demás fieles: asimismo es cierto que si un espíritu de curiosidad ó de prevención atacase de tal manera esta práctica que un Cristiano sin autoridad legítima se tomase la libertad de desaprobala, se haria sin duda reprehensible, porque se apartaria de los sentimientos de humildad y de caridad que inspiran estas oraciones. Si ellas por defecto de instruccion fuesen insípidas para un Cris-

tiano que no penetrase su espíritu, ó si acaso su repeticion diaria amortiguase su fervor, ó aumentase su disgusto, en todas estas circunstancias estan obligados los Ministros á instruir y á corregir todo lo que sea reprehensible; y siempre que esten animados de un sabio y verdadero zelo, no tendrán gran dificultad en contener estos abusos, y en introducir el gusto de los métodos mas propios en aquellas personas cuya direccion les está confiada; pero será siempre de su obligacion el presentarles éste como el mas útil, y acercarles á él por los medios que les parezcan mas conducentes.

El mas edificante despues de éste, es aquel que la Iglesia nos sugiere en ciertas oraciones, en las quales se explican las de la Liturgia de una manera clara, y análoga al espíritu de la fe. Esta segunda práctica es útil para todos los que no pueden fixar su espíritu en el sentido que encierran estas mismas oraciones, y sobre todo para los fieles que no tienen la mayor instruccion, y que no hallándose en estado de meditar, necesitan que con expresiones mas familiares y mas

proporcionadas á su capacidad, se les enseñe lo que deben pedir á Dios por Jesu-Cristo; pero esta segunda práctica tiene tambien sus abusos. Las reflexiones que se hacen sobre tan gran misterio no son igualmente sólidas, por lo qual es necesario mucha sabiduría para elegir las, y seria muy peligroso el guiarse por sí mismos en esta eleccion. Sin embargo una vez hecha debe un Cristiano que quiere aprovecharse de ella, no perder jamas de vista la acción misma del Sacrificio, uniendo de tal manera su intencion con la de la Iglesia, que las diferentes oraciones que recite no debiliten en nada los sentimientos que deben penetrarle; de suerte que pase sucesivamente con el Soberano Sacrificador de la oracion á la alabanza, de la alabanza á la inmolacion, y de la inmolacion á la adoracion, á fin de que pueda decirse con verdad que entre los Cristianos es uno mismo el corazon, uno mismo el espíritu, y una misma la víctima.

El tercer método no puede conformarse tan facilmente con esta disposicion. Hablo aquí de la costumbre que tienen muchos Cristianos de de-

cir en la Misa quantas oraciones les ocurren, ó que les sugiere el libro que tienen entre manos, y que se entregan sin escrúpulo á lecturas ciertamente piadosas y edificantes, pero muy ajenas de una circunstancia en que la religion les acuerda el gran misterio de nuestra Redencion: este es un abuso muy digno de conocerse y corregirse. Aunque semejantes oraciones sean muy convenientes y santas para el interior de las casas, difieren sin embargo de las que hace el cuerpo entero de la Iglesia; y aunque sean muy á propósito para conseguirnos algunas otras gracias, no lo son ciertamente para pedir ésta en que Jesu-Cristo toma un interes tan principal. Esta práctica en alguna manera es un género de desprecio intolerable á la verdad, porque si en nuestras asambleas particulares merece una severa critica aquel que se distrae de la materia de que se trata con otras conversaciones ajenas é impertinentes, ¿qué podremos juzgar del que se enagena de esta manera en el Sacrificio de la Misa, donde se reunen todos los misterios de nuestra Redencion? Este es un defecto, hermanos míos, que debeis remediar

muy prontamente si por desgracia habeis incurrido en él.

Pero no merece la misma reprehension el último modo de asistir á la Misa. La ignorancia y la mala educacion constituye á muchos Cristianos en la absoluta imposibilidad de decir las oraciones de la Liturgia, ó qualquiera otra que sea análoga con este objeto. Si ellos conservan esta ignorancia por culpa ó descuido suyo, merecen sin duda fuertes reprehensiones; pero si el uso la ha hecho invencible, si por otra parte estan instruidos en el objeto del Sacrificio, y son incapaces de permanecer por todo este tiempo en un estado de adoracion y recogimiento, no es justo prohibirles que recurran á las oraciones vocales que sepan. En este caso la oracion Dominical, en la qual se contienen todas las peticiones, es sin duda muy conveniente, y puede producirles abundantes frutos. La repetida invocacion de la Santísima Virgen, y de los amigos de Dios, les acerca tambien á la que hace la Iglesia en las oraciones mismas de la Liturgia; pero para que vean el efecto que solicitan es preciso enseñarles que no deben rezar

por mera costumbre y rutina; se les debe instruir de la relacion que tienen estas oraciones mismas con las que sirven para la oblation; es preciso hacerles entender que de quando en quando deben interrumpirlas para entregarse por algunos instantes á los sentimientos de contricion, de confianza, de adoracion y de amor que exige este Sacrificio.

Para concluir este discurso diré dos palabras acerca de esos Cristianos que no se atienen á ninguna oracion determinada quando asisten á la celebracion de nuestros santos misterios, y que se entregan á meditar y á rezar indistintamente, segun que se lo inspira el espíritu de devocion. Yo admiro á la verdad estos Cristianos, y bendigo mil veces al Señor, que así los llena de este espíritu de oracion, pero sin embargo no me atreveré á citarlos por modelo: ántes bien diré que esta práctica tiene grandes inconvenientes, y que siendo nuestro espíritu por naturaleza tan inconstante, y nuestro corazon tan frio y lánguido, parece muy sabia la desconfianza de nosotros mismos, y que debemos usar de los me-

16 *Instrucción sobre el mejor modo*

dios que la Iglesia nos presenta para aplicarnos el fruto de su Sacrificio.

Concluyamos, hermanos míos, de todas estas reflexiones que el modo mas útil de oír la santa Misa será siempre el de unirnos quanto podamos á Jesu-Cristo, el acercarnos mas á su espíritu, y hacer nuestro lenguaje mas conforme con el que habla su Iglesia. Entonces podremos pedir con toda confianza, como que pedimos por Jesu-Cristo, conseguimos por Jesu-Cristo, y participamos en Jesu-Cristo del fruto de sus oraciones. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL CANON DE LA MISA.

MALACHIAS, CAP. I.

v. 11.

En todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los exercitos.

Como el nombre de Dios es grande entre las gentes, la oblacion debe tambien ser pura, irreprehensibles los que la ofrecen, los que participan de ella deben estar exentos de todo afecto de pecado, y el modo de ofrecerla debe ser siempre uno mismo. Como el nombre de Dios es terrible, y capaz, como dice el Profeta Malachias pocos versos despues de excitar un santo tem-

blor, exige de sus adoradores una humildad sincera, un recogimiento profundo, un temor vivo y un respeto infinito. Como el nombre de Dios es santo, deben los que quieren honrarle dignamente, acompañar sus adoraciones exteriores con sentimientos de adoración y de amor, y con un espíritu de abnegación y de sacrificio.

Todos estos sentimientos son los que nos va á inspirar la Iglesia en esta parte de la Misa que vamos á explicar; y como ella reúne quanto hay de mas tremendo en la oblacion, debemos nosotros renovar aquí nuestra atencion para meditar esta circunstancia interesante del Sacrificio.

Esta oracion donde se comprehende la Consagracion, empieza inmediatamente despues del Prefacio, y se llama *Canon*, cuya palabra quiere decir regla ú orden de oraciones, y esta parte acaba con la oracion Dominical. La Iglesia se vale de esta palabra para expresar aquellas cosas que deben tener una forma invariable, y así las reglas que han establecido los santos Concilios se llaman Cánones, y canónico todo lo que tiene relacion con ellas.

La palabra *Canon* conviene pues perfectamente á esta parte de la Misa, porque en toda la Iglesia se observa el mismo orden esencial de oraciones, sin que sea lícito á los Sacerdotes el añadir ó quitar ninguna de las fórmulas, ó prácticas que estan admitidas. Confieso á la verdad que si se hubiese de examinar con todo rigor esta uniformidad, se hallarian algunas variaciones entre las dos Iglesias de Oriente y de Occidente; pero subiendo hasta los siglos mas remotos, veremos que esta variacion en nada toca á la esencia de las oraciones; que la Iglesia universal en todos los tiempos ha hecho á Dios las mismas súplicas, ha observado el mismo rito y las mismas ceremonias, y ha detestado de todos los Ministros que con el fin de singularizarse han añadido ciertas fórmulas sugeridas por su devocion particular. Algunos teólogos han asegurado que el *Canon* era tan esencial al Sacrificio como las mismas palabras de la Consagracion; y aunque esta opinion no se haya seguido por todos, debe inspirar á los Ministros la atencion mas escrupulosa para no salirse ni un punto del orden prescrip-

to en el *Cánon* de la Misa. El nombre de *Cánon* no se ha dado siempre á esa serie de oraciones que preceden y siguen á la Consagración. En los primeros siglos se llamaba simplemente oración, porque en efecto en ella están como vinculados todos sus caracteres. El fin principal de la oración es honrar á Dios, é impetrar los socorros que solicita el que ora, y Jesu-Cristo, por quien se hace esta oblación, desempeña estos dos objetos honrando la Magestad Divina, y atrayendo sobre la naturaleza humana sus miradas misericordiosas. Despues corriendo el tiempo fué llamado el *Cánon* oración canónica pero distinguirlo de las demas fórmulas, cuya determinación y elección dexaba la Iglesia á los Pastores: en fin esta oración ha conservado el nombre de *Cánon*, y fué tan respetable en los primeros siglos, que algunos Autores no dificultaron comprenderla en los libros del Nuevo Testamento, persuadiéndose que el Espíritu Santo había inspirado especialmente á la Iglesia en la elección y disposición de los objetos de la súplica que hace á Dios por Jesu-Cris-

to. Tambien se ha llamado acción, porque contiene la principal del Sacrificio; es decir, la mudanza de pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, y la del vino en su Sangre; y así los diferentes modos de expresarse sobre esta parte de la Misa nos acuerdan la misma verdad. Por tanto bien sea que se llame *Cánon*, oración canónica, acción, misterio de la santísima acción, ó la acción del sagrado misterio, se entiende y se entenderá siempre por la mas excelente de todas las oraciones, porque está unida al Sacrificio de Jesu-Cristo. Este cuerpo de oraciones el mas excelente es tambien el mas antiguo, y el Papa Vigilio, anterior á San Gregorio, las refiere á la tradición Apostólica, de manera que no se puede citar un tiempo en la Iglesia en que se haya ofrecido el Sacrificio con otras oraciones. ¡Qué veneración no exigirán de nuestra parte unas palabras que nuestros Padres han pronunciado ántes que nosotros, unas oraciones en las cuales cifraban todos sus consuelos, y que en el tiempo terrible de las persecuciones les alcanzaban la fuerza y el valor necesario para resistir á los tiranos, para pa-

decer los tormentos, y derramar su sangre en defensa del Evangelio!

Juzguemos pues, mis hermanos, de nuestra poca fe por la poca impresion que hacen sobre nosotros estas palabras respetables. Esa misma uniformidad que tanto desagrada á muchos Cristianos, es sin embargo la que las hace dignas de toda nuestra veneracion. Algunas almas estúpidas necesitan quando se trata de las cosas de Dios que se ilustre su fe con fórmulas y expresiones distintas de las que ha dictado el espíritu de religion á nuestros Padres; pero si alguno de vosotros se halla por desgracia comprehendido en esta clase, hágase mas espiritual, y entonces siguiendo con atencion las palabras del *Cánon* de la Misa, penetrará el verdadero sentido que nos presentan. En efecto, si usamos de la consoladora libertad que nos permite la Iglesia de seguir al Sacerdote en las diferentes oraciones que recita, sin duda excitaremos todas las disposiciones que nos inspiran; y si acaso usamos otras oraciones de las que estan autorizadas por la Iglesia, procuremos conservar á lo ménos todos los sentimientos que pueden asegurar-

nos el fruto de las que hace el Sacerdote en nuestro nombre.

No debemos perder de vista que el Sacerdote por todo el tiempo que dura el *Cánon* tiene elevadas las manos para denotarnos la elevacion de su corazon y del nuestro; es decir, que nos manda hacer los mayores esfuerzos para que el espíritu de disipacion no distraiga nuestra aplicacion y nuestro fervor. Si la distraccion en la oracion, por corta que sea, destruye necesariamente el efecto que suele producir, debemos mirar como un sacrilegio verdadero toda disipacion voluntaria en este momento del Sacrificio; y por tanto será muy conveniente que estudiemos con frecuencia las oraciones que componen el *Cánon* de la Misa, para penetrarnos de los sentimientos que encierran. Este no era un estudio necesario á los primeros Cristianos, porque instruidos solidamente en las verdades católicas de que hacian todas sus delicias, llevaban en sí un fondo de recogimiento, y de atencion que les traia á la memoria nuestros augustos misterios. Pero nosotros por el contrario, ¿no llevamos un espíritu de

tibieza é indiferencia? ¿No asistimos muchas veces á esta terrible accion sin sentir el menor movimiento de fervor y de amor? Para remediar estos defectos vamos pues á meditar el sentido de estas oraciones y ceremonias, y de esta suerte tomaremos parte en su espíritu.

Un Cristiano que se propone asistir á esta parte de la Misa de una manera santa y útil, debe considerarse durante este tiempo baxo tres aspectos, como pecador, como Sacerdote, y como víctima. Jesu-Cristo desempeña en algun modo estas tres funciones, y nos impone la ley de desempeñarlas con fruto. Debe pues considerarse como pecador, porque aunque Jesu-Cristo se ofrezca en el Sacrificio como reparador universal, somos nosotros los que hemos contraido la mancha del pecado; y por tanto se pide para nosotros la indulgencia, y se nos aplican las oraciones que solicitan de Dios la conmisericordia y la gracia. No llevemos pues, mis hermanos, á esta accion en espíritu de insensibilidad sobre las enfermedades de nuestras almas, y mucho ménos un corazon consagrado al

pecado. La confusion y el dolor, los gemidos y las lágrimas, las resoluciones y las promesas son los actos mas conformes al objeto de esta terrible accion.

Debe considerarse como Sacerdote por la union con Jesu-Cristo, el qual exerce en la Misa las funciones de su Sacerdocio. Debemos cooperar con él al Sacrificio, no solo recogiendo nuestro espíritu, sino tambien disponiendo nuestra voluntad, para que unida á la suya pueda ofrecer con igual eficacia. Por esto nos dice el Profeta: *fué ofrecido, porque quiso*; es decir, para mostrarnos que el mérito de su oblacion está en su voluntad, y que siguiendo los designios de su Padre, no hace otra cosa que executar los suyos propios. Pero, hermanos míos, no podemos desempeñar dignamente esta función de sacrificadores de que participamos con Jesu-Cristo si no llevamos á esta accion una plenitud de voluntad que nos determine á renunciar á exemplo suyo los actos contrarios á la ley, á conformarnos con la suerte que nos ha destinado su providencia, y aceptar con sumision los Sacrificios

que su Sabiduría nos impone, de manera que mientras se sirve el Sacerdote de la espada de la palabra para inmolar la hostia de propiciacion, tomemos nosotros esta misma espada para apartar de nuestro corazon todo afecto ageno del Sacrificio.

La qualidad de víctima es inseparable de la de Sacerdote, porque la una es consecuencia de la otra en nuestra santa religion. Jesu-Cristo que ha unido sobre la cruz estas dos funciones tan diferentes, renueva en el Altar estos dos misterios; y llamándonos á su participacion nos muestra en su persona el exemplo de la inmolucion, para que á su exemplo nos inmolemos tambien al Eterno Padre. Así puede mirarse la asamblea de los justos y de los escogidos que asisten al tremendo Sacrificio, como un rebaño de víctimas que tiene á su frente el Cordero del Dios inmolado desde el origen del mundo; y la Iglesia puede decir con verdad que Jesu-Cristo su Esposo es para ella un Esposo de sangre. Aquí es donde nos predica mas eficazmente la destruccion del pecado, el qual una vez

abolido por la sangre que derramó en la cruz, debe ser cortado en los miembros, haciéndose la separacion debida de la carne y de la sangre con el espíritu, segun la expresion del Apóstol, y renunciando á toda inclinacion peligrosa, á la voluntad propia y á los sentimientos humanos.

Todas estas verdades, hermanos míos, van á sernos mas sensibles á medida que adelantemos en la explicacion de las oraciones que componen el *Cónon*. De aquí resultará un acrecentamiento de respeto, de confianza, y de atencion á esta parte de la Misa, y nuestra fe será mas ilustrada, nuestra caridad mas ardiente, y nuestra esperanza mas firme para el tiempo y para la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION TE IGITUR.

PSALMO L.
v. 21.

Entonces aceptarás Sacrificio de justicia, ofrendas y holocaustos.

ESTAS palabras no pueden aplicarse á los Sacrificios de la antigua ley, ni á sus oraciones y ceremonias. Si las víctimas carnales fuéron ordenadas en ella para un pueblo carnal, no podian de ningun modo ser gratas en la plenitud de los tiempos á un Dios, que es espíritu y verdad, y la santidad por esencia; y si David, quando lloraba y expiaba su pecado, solo hu-

sobre la oracion *Te igitur.* 29

biera contado con semejantes Sacrificios, ellos sin duda hubieran apagado en su corazon la esperanza del perdón y de la misericordia. El Espíritu que le dictaba estas palabras para su consuelo y el nuestro, le transportaba á los felices dias de salud y de gracia, en que abolido el culto antiguo, habia de substituirle Jesu-Cristo un culto nuevo, y en que habia de correr sobre nuestros Altares, en lugar de las víctimas reprobadas, la sangre de la víctima viva y verdadera. Este es el Sacrificio de justicia que veia en espíritu: esta es la oblacion agradable en la qual miraba reunidas todas las otras: este es el holocausto perfecto que habia de ser aceptado. El sabia que todo habia de corresponder en este Sacrificio á la grandeza de la ofensa, y á la Magestad del Dios ofendido, y que entonces ya no se ofreceria con vanas ceremonias ni con oraciones insuficientes, sino que serian dignas de su grandeza hasta las expresiones de que se serviria la Iglesia para ofrecerle. Todo esto lo sabia el Profeta, hermanos míos; pero lo sabemos nosotros que asistimos, y participamos diariamente

de este Sacrificio? Consideremos por tanto las oraciones que preceden inmediatamente á esta oracion, y quizá llegaremos á convencernos ó de nuestra ignorancia, ó de nuestro poco fervor. Para que podamos sacar mas provecho de estas diferentes oraciones tan propias para ilustrar nuestra fe, y alimentar nuestra piedad, me parece conveniente examinarlas en diferentes instrucciones, y entónces meditándolas en particular, conoceremos mejor que son muy poderosas á los ojos de Dios, para merecernos las gracias de que necesitamos.

Empieza el Cánon con varias oraciones por la Iglesia, por sus Pastores y protectores, comprehendidas en esta primera: *A ti, Padre clementísimo, te suplicamos con profundo respeto, y te pedimos por Jesu-Cristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos Sacrificios sin mancha, que te ofrecemos en primer lugar por tu santa Iglesia Católica, á la qual dignate dar paz, guardarla, mantenerla en union y gobernarla en toda la tierra: iuntamente con tu siervo nuestro*

Papa N., nuestro Obispo N. y nuestro Rey N., y todos los ortodoxos que profesan la Fe Católica y Apostólica. No intento explicando estas palabras insistir en una interpretacion mas piadosa que sólida de ciertos autores, los quales dicen que la Iglesia las ha escogido, porque se asemeja mas á la forma de la cruz la letra T, con que empiezan. La Iglesia se sirve en el Cánon de otros medios mas eficaces para traernos á la memoria este misterio, sin tener necesidad de valerse de una práctica tan agena de la simplicidad y la sabiduría de sus miras; y así estas palabras *te suplicamos* son propiamente una continuacion del Prefacio. Despues de haber tributado nuestros homenages al Padre diciendo: *En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios: decimos, te suplicamos con profundo respeto, y te pedimos por Jesu-Cristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos Sacrificios sin mancha.* Estas diferentes expresiones de dones, de pre-

sentes y de Sacrificios no son una simple repetición de la misma súplica. Esta oblation nos ofrece tres verdades considerada baxo tres puntos de vista. Presentando á Dios las substancias del pan y del vino para que sean transformadas en el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo, le ofrecemos nuestros dones, porque los hemos recibido de su mano ántes de ofrecerselos, y así es muy justo que ante todas cosas nos mostremos reconocidos; por manera que este pan, que por su naturaleza es el alimento mas útil, y el que mas contribuye para nuestro sustento, se hace en esta circunstancia la mas santa y saludable de las substancias por la transubstanciación en el cuerpo de Jesu-Cristo. Esta es la causa de que demos gracias á Dios, por lo que hemos recibido, suplicándole que admita benignamente unos dones que ha puesto en nuestras manos para ofrecerselos. Pero estos dones se convierten en presentes, por el destino que les damos: Dios nuestro Señor sin despojarse del dominio soberano que tiene sobre todas sus criaturas, nos ha hecho de tal modo propios y personales es-

tos bienes, que podemos decir que le ofrecemos una cosa propiamente nuestra con tal que salgan de un corazón puro, de una alma inocente, y que no le rehuse la voluntad lo que le ofrece la mano. Entónces el Dios y Señor de todas las riquezas encuentra un acrecentamiento de gloria en nuestra ofrenda, y nosotros reconocemos su dominio soberano en la devoción que le hacemos de los bienes que nos ha prestado; pero lo que da el mérito y valor á esta ofrenda es el Sacrificio que se junta con ella, el qual es un verdadero holocausto por la consumación total de la víctima; es una hostia pacífica, porque se ofrece por un Dios puro y sin mancha; es una víctima por el pecado, porque este Dios se ha revestido de la forma de los pecadores; es una hostia de acción de gracias, porque vuelve á su Padre todo lo que hemos recibido de su mano: él lo llena todo, la satisface todo: ofrece á un Dios justo un Sacrificio de propiciación, y á un Dios Santo un Sacrificio puro y sin mancha. Por tanto nos concede el derecho de pedirle en todas nuestras necesidades, y estas necesidades estan pre-

vistas en la oracion con que empieza el Cánón.

En primer lugar pedimos que el fruto del Sacrificio se aplique á la Santa Iglesia Católica, porque ella sola tiene el derecho de participar de él, y de hacer participantes á todos los que viven en su unidad. Esta es la Iglesia de Dios, esta es su familia, esta es la esposa que engendra hijos de adopcion. Esta es la Iglesia Santa diferente en todo de esas asambleas y sectas adúlteras que pretenden el título de esposas mientras que son justamente repudiadas. Esta es la Iglesia Católica que participa sola en algun modo de llá inmensidad de Dios, y por ella se ofrece el Sacrificio á fin de que se digne concederla la paz, para que las puertas del infierno no prevalezcan contra nosotros, y guardarla ilustrándola con sus luces, y animándola con su caridad. Por ella se ofrece el Sacrificio para que Dios se digne conservar su union inspirando á sus Pastores el espíritu de vigilancia, y á su pueblo el espíritu de subordinacion y de docilidad; por ella en fin se ofrece el Sacrificio para que Dios se digne gobernarla por toda la

tierra, presidiendo á la enseñanza de sus Ministros, entrando en el camino de la verdad y de la justicia á todos los que se dexan seducir por los errores, y que corrompen la pureza de su moral con costumbres indignas de su santidad; y como para producir todos estos efectos es necesario que su cabeza visible participe, de la santidad de su cabeza invisible, rogamos por el Pontífice, y pedimos que su vigilancia se extienda sobre todas las porciones de este numeroso rebaño, y que sea en esta Iglesia, cuya unidad representa una centinela que nos dé voces quando el lobo quiera introducirse en el redil. Esta oracion inspira un interes general en toda la extension del mundo Cristiano; pero como el Papa no es el único Pastor, sino que cada parte de este cuerpo místico tiene sus centinelas y sus guias, rogamos tambien por el Obispo de nuestra propia diócesis. La fé de esta Iglesia será siempre pura mientras que Dios se digne darla Pastores animados de su espíritu; pero para que reyne una paz constante, es preciso que asimismo haya Príncipes segun el corazon de Dios.

Esta es la causa porque nombramos

al Príncipe que nos gobierna: la Iglesia protegida por aquellos que ha establecido Dios por cabezas suyas, tiene necesidad de ser protegida en sus miembros, y así todos participan de nuestros votos. Los Ortodoxos, es decir, los que arreglan su creencia á la enseñanza universal, los que profesan la Fé Católica y Apostólica tendrán parte muy principal en nuestras oraciones. Las ceremonias de ésta por donde se comienza el Cánón de la Misa, son muy propias para inspirarnos los sentimientos mas religiosos. El Sacerdote eleva sus manos, porque esta es la postura que expresa mas el vivo ardor de los deseos. Despues levanta sus ojos al cielo, porque sabe que los auxilios no pueden venirle de otra parte. Luego junta las manos, y esta es la aptitud de un delinquente que solicita el perdou. Se inclina profundamente para denotar con esta señal exterior la humildad y la confusion que deben penetrar su corazón. Hace por tres veces la señal de la cruz porque estos dones y presentes no serán verdaderos, ni tampoco los Sacrificios miéntras que la cruz no les haya comunicado el valor. Inclina la ca-

beza quando hace mencion del Xefe visible de la Iglesia, ó de su Obispo, ó de su Príncipe, porque los mira como imágenes de Jesu-Cristo, cuyo nombre debe siempre pronunciar con gran veneracion; y si el Sacerdote en estas diferentes prácticas exteriores encuentra las disposiciones que inspira esta oracion, los asistentes deben hallar tambien en ella motivos poderosos para excitarse á la mas viva confianza, á la veneracion mas profunda, y al respeto de las personas que representan la autoridad de Dios.

Penetrémonos pues, hermanos míos, de sus sentimientos, porque si tuviésemos la dicha de pasar sucesivamente á las disposiciones que inspiran todas las oraciones del Cánón de la Misa, el Sacrificio verdaderamente saludable, por su naturaleza, lo seria especialmente para nosotros, de manera que en él encontraríamos el sello de nuestra reconciliacion, y la prenda de la bienaventuranza inmortal. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL MEMENTO DE LOS VIVOS.

EPISTOLA DE SANTIAGO,
cap. 5. v. 16.

Orad los unos por los otros.

No intento hacer hoy, hermanos míos, de estas palabras el uso que hace el grande Apóstol, porque lo reservo para otra Instrucción particular. Es cierto que según el sentido literal de esta exhortación, ó por mejor decir, de este precepto de Santiago, estamos obligados á extender nuestras oraciones á todos los que viven en el seno del Cristianismo; pero aunque la Iglesia

sobre el Memento de los vivos. 39

nos impone la ley de la caridad universal que comprende á todos los Cristianos de todos los estados y países, nos permite sin embargo atender con mas particularidad á los que viven unidos con nosotros con vínculos estrechos y legítimos. Por esta razon autoriza al Ministro, y á los asistentes en esta parte de la Misa para hacer mención especial de sus parientes, de sus amigos, y de las personas á quienes deben algun reconocimiento; y aunque por la sola lectura de esta oración podemos penetrar la intencion de la Iglesia, sin embargo voy á explicaros cada una de sus palabras para que podais hacer el uso conveniente de ella, y corregir los abusos en que tal vez habeis incurrido.

Aunque el órden y la forma principal de las oraciones del Cánon de la Misa sean tan antiguas como la Iglesia, sin embargo no puede decirse, que en todos los tiempos hayan tenido las mismas palabras, y se hayan dicho de la misma manera: la de que hoy tratamos, que se dirige á procurar al celebrante el medio de hacer una aplicacion especial del santo Sacrificio, consistia, según parece, en otro tiempo en estas

breves palabras: *acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas*, añadiendo solamente los nombres de las personas por quienes hacia este momento; pero la Iglesia despues ha extendido esta aplicacion á todos los asistentes. Esta congetura no dexa de tener bastante fundamento si se considera que en las Liturgias mas antiguas solo se indica esta oracion, de donde puede concluirse que ella para nosotros, y para los asistentes es un poderoso medio de cumplir una multitud de obligaciones de justicia, de caridad, de amor, y aun de paciencia, extendiendo esta mencion particular hasta nuestros enemigos.

El Sacerdote levanta la voz al empezar esta oracion, como para advertir á los asistentes que ya es tiempo de pedir por aquellos por quienes tienen obligacion particular. Junta las manos, é inclina su cabeza para darnos á entender que ora con el mas profundo recogimiento, y entonces hace mencion en su interior de las personas á quienes da parte en este momento; pero la Iglesia le advierte en una nota que se encuentra en algunos Misales, que solo debe detenerse muy breves instantes,

no acontezca que su devocion personal sea motivo para que se molesten y disgusten los oyentes, porque esta es una diligencia que debe hacer separadamente al tiempo de prepararse.

Pero nosotros, hermanos míos, consideremos estos mementos como uno de los medios de consuelo que nos ofrece nuestra dulce Madre para satisfacer y desahogar el corazon: no por esto nos quiere enseñar á hacer acepcion de personas; pero nos autoriza para que en una ocasion tan propia de un Cristiano roguemos por los amigos, los parientes y bienhechores, y para compadecer los trabajos del próximo, y solicitar su alivio. Al mismo tiempo nos ofrece una ocasion, que quizá hemos despreciado hasta ahora de hacer bien á nuestros enemigos, trayéndolos á nuestra memoria para compadecer su flaqueza, y pedir que el Señor purifique sus corazones, y aparte de ellos la ira y el resentimiento.

Esta obligacion no se ha instituido particularmente para el Sacerdote, sino que comprehende á todos los asistentes; pero como el tiempo que se gasta en la consagracion es demasiado

corto para acordarse de todos los que tienen derecho á sus oraciones, deben tambien ántes de venir al santo Sacrificio de la Misa emplear algunos instantes para dirigir de antemano su intencion ácia aquel Señor que se digna oír las simples preparaciones del corazón.

Acuérdate, Señor: estas son las primeras palabras de esta oracion, y en ellas nos acomodamos á nuestros modos de hablar, porque en efecto Dios no puede olvidar como olvidan los hijos de los hombres. Toda criatura está siempre en su presencia; pero esta memoria, que se exige de su parte solo consiste en que nos dé testimonios sensibles de su atencion, con las gracias y auxilios necesarios. Así le decia el Profeta: *acuérdate, Señor, de tu siervo David*: *acuérdate de nosotros*, le decia en otra ocasion, y en todas estas oraciones le pedia una señal sensible de que no las despreciaba.

Acuérdate, le decimos nosotros, *de tus siervos y siervas*: es verdad que sus nombres no son capaces de despertar la atencion de Dios, ni de dar mas valor á la oracion; pero ellos re-

cordarán al Ministro sus diferentes necesidades. Ante todas cosas se acordará de la persona por quien ofrece especialmente el Sacrificio, y del motivo que le mueve para solicitar su aplicacion, y despues de todas las demas que con sus oraciones, consejos y socorros le ayudan á llevar el peso de su ministerio.

En otro tiempo se acostumbraba nombrar en alta voz á los bienhechores: San Cypriano pide muchas veces en sus cartas que le den noticia de todos los que en ausencia suya hacen bien á la Iglesia, y á los pobres para hacer mencion de ellos en el Altar: un Papa ordena que los bienhechores sean nombrados al tiempo del santo Sacrificio de la Misa, y no ántes; pero como los establecimientos mas sabios suelen á las veces ser ocasion de abusos muy perjudiciales, se vió San Gerónimo obligado á clamar altamente contra los que solo hacian ofrendas por vanidad, y que pagaban en alguna manera el derecho de ser nombrados en la Misa. Esta sin duda fué la causa de que la Iglesia suprimiese este uso, no fuese que los fieles, á quienes animaba un mismo espíritu de caridad, recibiesen desde este

mundo las recompensas de sus beneficios.

Acuérdate, prosigue el Sacerdote, de todos los que están aquí presentes, porque además del derecho general que tienen á esta oblacion en qualidad de hijos de la Iglesia, tienen tambien un derecho especial á sus oraciones, pues que en alguna manera ofrecen con él la misma oblacion; pero estas oraciones sin embargo son condicionales: es decir, en favor solamente de aquellos que vienen al Sacrificio con una fé pura, y con verdaderos sentimientos de devocion ¡Ah, si pudiese el Sacerdote penetrar las disposiciones de muchos que concurren á nuestros Templos solo por el bien parecer y la costumbre! Sin duda haria una exclusion formal de ellos como indignos de participar de un beneficio de que solo son acreedores los verdaderos fieles. Pero dexando este discernimiento á aquel Señor á quien está reservado el juicio y la justicia, se contenta con hacerle esta breve oracion: *acuérdate, Señor, de tus siervos, y de tus siervas N. y N. y de todos los que están aquí presentes, cuya fé y devocion te es conocida: por*

los quales te ofrecemos, ó los quales te ofrecen, este Sacrificio de alabanza por sí, y por todos los suyos. Este es el nombre que corresponde propriamente al Sacrificio de la Misa en una oracion que se consagra toda al reconocimiento. En otros lugares se llama *Hostia sin mancha, Sacrificio de propiciacion*; pero en este, donde el Sacerdote mezcla en las acciones de gracias que ha tributado, y va á tributar á Dios, la que tiene por objeto de una manera especial á los bienhechores de la Iglesia, era indispensable que llamase Sacrificio de alabanza el que le va á ofrecer.

Peró el reconocimiento no se limita al fiel que ofrece, y al que hace ofrecer el santo Sacrificio, sino que se extiende á todo lo que pertenece á su persona, para la qual solicita el Sacerdote la redencion de su alma, la remision de sus pecados, la perseverancia en los caminos de la salud, la conservacion de su misma vida, y que se vea libre de todos los males capaces de turbar su tranquilidad y su paz. Ella se extiende á sus hijos, á sus parientes, y sus amigos, sus domésticos, sus infe-

riores; en fin, á todos los que la Providencia ha puesto á su cargo, tienen parte en los votos del Sacerdote, porque cada una de estas diferentes relaciones impone obligaciones importantes, y exige gracias particulares que no pueden pedirse sino por Jesu-Cristo, ni se conceden sino por el mérito de su Sacrificio.

A ti, Dios eterno, concluye el Sacerdote, *vivo y verdadero te rinden sus votos:* es decir, ellos ofreciendo este Sacrificio por mis manos, cumplen el voto general que hace todo Cristiano en el bautismo de honrarte, y consagrarte sus bienes, con quanto de qualquiera manera le pertenece; y quando contribuye con sus ofrendas á la oblacion del Cordero sin mancha, satisface tambien la promesa que ha hecho de un modo tácito de ofrecerla por las necesidades particulares: este doble voto debe interesar sobre manera á todos los Cristianos, y por consecuencia rectificar las disposiciones de su corazon. Aquí es donde realmente cumplen sus funciones, porque imitan con particularidad á Jesu-Cristo, que no ha venido al mundo sino para ofrecer

este Sacrificio, ni nos ha hecho partícipes de su nombre sino para asociarnos á su Sacerdocio: nosotros somos otros tantos Cristos: es decir, criaturas consagradas para esta efusion augusta.

Pero tengamos muy presente que ofrecemos en Sacrificio á un Dios vivo y verdadero: á un Dios eterno, que ha podido existir sin las criaturas, que ha formado en el tiempo: que no tiene necesidad de sus adoraciones, y que si se digna admitirlas, es por un efecto particular de su misericordia. Sin embargo por este atributo de Dios eterno quiere que ellas correspondan en algun modo á su eternidad: es decir, que no tengan límites, que se extiendan á todos los tiempos, y que se ofrezcan con toda la plenitud del corazon. Tambien exige como Dios verdadero que sean sinceros estos homenages, y detesta esa piedad hipócrita mas fastuosa que reflexionada, que no tanto se propone la adoracion del Criador, quanto los vanos elogios de los hombres. Esas oraciones que no salen del corazon merecen todo su desprecio; y como conoce hasta los pensamientos mas secretos, sabe

hacer un justo discernimiento de las verdaderas y de las falsas disposiciones.

Vigilemos pues, hermanos míos, sobre nosotros mismos, enderecemos nuestros caminos, apartemos de nuestro corazón todo sentimiento que no sea digno de la pureza del Sacrificio; y finalmente esforcémonos para que las oraciones que el Sacerdote hace por nosotros y por Jesu-Cristo sean dignas del Dios á quien se dirigen, dignas de la víctima que las representa, y dignas de conseguir para nosotros y para todos los que nos interesan la salvacion eterna, y las gracias necesarias para alcanzarla. Asi sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

COMMUNICANTES.

LIBRO IV. DE LOS REYES,
cap. 19. v. 34.

*La salvare por mí, y por amor de
David mi siervo.*

Dios no tiene, mis hermanos, otros motivos para salvarnos que su misericordia infinita. Si nos perdona los pecados, y nos hace partícipes de sus gracias, es únicamente porque quiere, y sin mérito alguno de nuestra parte. Sin embargo por un efecto de su bondad ha querido sujetar esta misericordia á la protección y la intercesion de los Santos, y como él mismo es el principio de sus méritos, nos dice quando

TOM. II. E

hacer un justo discernimiento de las verdaderas y de las falsas disposiciones.

Vigilemos pues, hermanos míos, sobre nosotros mismos, enderecemos nuestros caminos, apartemos de nuestro corazón todo sentimiento que no sea digno de la pureza del Sacrificio; y finalmente esforcémonos para que las oraciones que el Sacerdote hace por nosotros y por Jesu-Cristo sean dignas del Dios á quien se dirigen, dignas de la víctima que las representa, y dignas de conseguir para nosotros y para todos los que nos interesan la salvacion eterna, y las gracias necesarias para alcanzarla. Asi sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

COMMUNICANTES.

LIBRO IV. DE LOS REYES,
cap. 19. v. 34.

*La salvare por mí, y por amor de
David mi siervo.*

Dios no tiene, mis hermanos, otros motivos para salvarnos que su misericordia infinita. Si nos perdona los pecados, y nos hace partícipes de sus gracias, es únicamente porque quiere, y sin mérito alguno de nuestra parte. Sin embargo por un efecto de su bondad ha querido sujetar esta misericordia á la protección y la intercesion de los Santos, y como él mismo es el principio de sus méritos, nos dice quando

los invocamos: os salvaré, pero será siempre por mí; y para que se cumplan los eternos designios de bondad que tengo sobre vosotros, las oraciones de mis escogidos y amigos serán oídas; y aunque sea eterna, libre y gratuita mi misericordia, la debereis, según el orden de mis decretos, al crédito y á las súplicas de mis siervos.

Este es el fundamento, hermanos míos, de la comunión de los Santos que nos propone la Iglesia como un artículo de nuestra fé, y al mismo tiempo lo es de la oración que vamos hoy á explicar. Meditemos por tanto la intencion de la Iglesia, y estudiemos los medios de sacar provecho para nuestras almas.

La comunión de los Santos no consiste solamente en la union de los Cristianos, sino tambien en el derecho que tienen los Santos á nuestros cultos, y en el que nos dá la fé á su proteccion. Hemos visto á los fieles rogar los unos por los otros en las dos oraciones precedentes, y la Iglesia tambien ha recomendado á Dios, por medio de su Ministro, las necesidades públicas y particulares, sin olvidar quanto puede contribuir al acrecentamiento de la

fé, y á la tranquilidad y comodidad de la vida. Ella ha rogado por sus Pastores y por sus Principes en el orden temporal; y ahora unida esta Iglesia de la tierra por el medio de una misma caridad á la del cielo, nos da una leccion importante del uso que debemos hacer de la proteccion de los Santos.

Esta oracion se acomoda á las diferentes festividades que se celebran; pero es de notar que son muy raras estas variaciones, y que nunca las dexa la Iglesia al arbitrio de la devocion de sus Ministros, sino que fixa y determina los dias en que es permitido añadir algunas palabras, qui siempre son aquellos en que se celebra alguno de los misterios de la vida de Jesu-Cristo. En los misales antiguos no se encuentra adición alguna á esta oracion sino en el Jueves Santo; y esta observacion debe convencernos de la veneracion que exigen todas las palabras que componen el Canon de la Misa.

El Sacerdote teniendo extendidas las manos empieza á reclamar el socorro de los Santos. La Iglesia no puede hacer aquí por la cortedad del

tiempo expresa mencion de todos sus Fundadores, ni de sus Doctores y Mártires; pero haciéndola de unos en nombre de todos, nos enseña el orden con que debemos tributar nuestros cultos. En primer lugar hace mencion de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesu-Cristo Dios y Señor nuestro; y en efecto, ¿no debe tener la mayor parte en nuestra veneracion una Señora, en cuyo seno ha sido formada la victima que vamos á ofrecer? Ella está á la cabeza de todos los Santos, no solo por el privilegio de su maternidad Divina, sino tambien por la pureza de su vida, por la humildad de su corazon, por el tierno amor que nos profesa, y por el crédito que tiene para con Jesu-Cristo. Ella en el cielo ocupa el lugar mas inmediato á su Hijo: ella es superior á los Angeles, que la reconocen por su Reyna, como tambien á todos los Santos, cuyos méritos y virtudes reune en sí sola: ella es la primera entre todas las criaturas por el lugar y la distincion que merece en la Iglesia; porque si Jesu-Cristo, segun la expresion de la Escritura, es el primogenito de los pre-

destinados, su Madre, segun la analogia de la fe, es la mas santa de las criaturas, y la mas rica de las hijas de Jerusalem, y por consecuencia exige de nuestra parte el mas profundo respeto: en fin, es la primera que tiene derecho á nuestra confianza, porque no podemos hallar en el cielo ni en la tierra un protector que sea mas sensible á nuestras miserias, ni que tenga mayor grado de poder.

Despues de la proteccion de Maria debemos reclamar como la mas útil la de los Santos Apóstoles: la Iglesia hace mencion de ellos, segun el orden de su vocacion, y el lugar que les da su Apostolado. Jesu-Cristo mismo es quien los ha instruido del valor del Sacrificio que vamos á ofrecer, y que han ofrecido ántes que nosotros, transfiriéndonos el modo de ofrecerle, y las oraciones que hallamos en la Liturgia. Por este Sacrificio participamos de la comunion que les ha colmado de gloria en el cielo, y que les ha dado en la tierra fuerzas y consuelos abundantes. Todos ellos le han ofrecido para el mismo fin, y han recogido las mismas gracias y los mismos

socorros; pero en la Iglesia se reconoce otro orden de Apóstoles, y son los Mártires, entre los quales escoge aquellos cuyos nombres han sido mas conocidos, que han trabajado con mas utilidad, y que han conseguido mayores victorias. Ya que su sangre mezclada con la del Cordero, ha venido á ser un holocausto perfecto, es muy justo sin duda que se haga una mencion honrosa de estos heroes del Cristianismo en el Sacrificio de la Misa. Ellos tienen derecho á nuestra veneracion y confianza, porque han dado su vida para transmitirnos el depósito precioso de la fe que les estaba confiado; y á la verdad que no rehusarán jamas el concedernos su proteccion, quando gozan de un Dios que tiene siempre pronto el oido de su misericordia á la voz de su sangre.

En fin, la Iglesia añade á la mencion particular que hace de los Apóstoles y de los Mártires la invocacion de todos los Santos, porque la misma comunion que admite á todos los fieles á la participacion de la víctima, nos autoriza para invocar á todos los que deben su salvacion á este Sacrificio; y

para darnos á conocer mejor el espíritu de esta comunion reclama sus oraciones, é interpone sus méritos, que á la verdad son el efecto de las gracias que han recibido, y que por consequencia pueden mirarse como otros tantos dones de Dios, pero como el Señor, segun el pensamiento de San Agustin, nada nos concede sino para tener ocasion de coronar sus favores en los Santos, recompensa su fe con el aumento de la nuestra, su justicia con la remision de nuestros pecados, y su paeiencia con el espíritu de sumision que nos comunica en los trabajos, y haciéndonos de esta manera los hijos de los Santos, participamos de la herencia que ellos han adquirido. Notad, hermanos míos, que la Iglesia no habla solo de sus oraciones ó de sus méritos, sino que reúne ambas cosas, para que no perdamos de vista que han sido santificados por la gracia que tambien nos santifica, la qual no se concede comunmente sino á la oracion; que esta oracion misma no tiene eficacia alguna sino en tanto que está unida á la justicia; y que si nosotros no podemos ofrecer á Dios, como los San-

tos, una justicia consumada, debemos por lo ménos unir á sus oraciones el deseo de practicar las buenas obras.

El dogma de la invocacion de los Santos se establece en esta oracion con la mayor sabiduría para quitar á los enemigos de la fe todo motivo de calumniar á la Iglesia sobre la pureza y la santidad del culto. Los hereges no pueden ciertamente acusarnos de que hacemos de los Santos otros tantos Dioses, ni de asemejarlos, por decirlo así á la Divinidad misma en las adoraciones que les tributamos. Esta oracion responde completamente á todos sus argumentos, porque no pedimos al Señor sino que por la intercesion de sus amigos nos fortalezca en todo con el auxilio de su proteccion. El objeto de nuestros votos no es precisamente la proteccion de los Santos, sino la del mismo Dios, á quien esencialmente pertenece el poder de proveer y aliviar nuestras necesidades y trabajos, y á este fin le presentan sus amigos nuestras súplicas apoyadas en los méritos de Jesu-Cristo, de donde nacen todas las gracias. Ya, pues, que conocemos todo el valor de la co-

munion de los Santos, acostubrémonos á decir esta oracion con espíritu de fe y de fervor, acordémonos que nos impone obligaciones muy estrechas, de las quales depende el fruto que debemos esperar.

Estas obligaciones se reducen á la imitacion y á la confianza. A la imitacion, porque su fe, su humildad, su amor á la religion, su constancia en las persecuciones, y sobre todo, su respeto á el augusto Sacrificio, son otras tantas lecciones que nos presenta su nombre solo. Pero si nos fuera posible recorrer aquí los diferentes rasgos que caracterizaron á los Santos Apóstoles, y tantos ilustres Mártires que florecieron en los primeros tiempos del Cristianismo, ¿no podríamos deducir conseqüencias muy importantes para la reforma de nuestras costumbres? Entónces veriamos que por la fe han vencido al mundo; que han satisfecho la justicia, y han conseguido las recompensas eternas. Entónces veriamos que para pretender la misma corona, son necesarias las mismas victorias y las mismas obras. La meditacion de sus virtudes animaria nuestras esperanzas.

¿Qué confianza en efecto no exigen los Santos que han sido los fundadores de nuestra Religion, las columnas de la Iglesia, y nuestros primeros Pastores! Los unos testigos de la vida de Jesu-Cristo, bebiéron en su fuente aquella caridad compasiva que les hizo viajar por toda la tierra; y los otros contemporaneos de los Apóstoles, ó de sus inmediatos sucesores, animados del espíritu de su caridad y de su zelo, sufrieron todo género de trabajos y sacrificios, y sacrificaron hasta su misma vida por la salvacion de las almas que tuvieron á su cargo.

¿Qué tremendo es un Sacrificio en que un Dios se ofrece á un Dios! ¿Qué veriamos en el momento en que el Sacerdote va á inmolar la víctima, si nuestra fe fuese mas viva? Veriamos que toda la Corte celestial prestaba su atencion á este augusto Sacrificio; oiriamos las voces de los Angeles y de los Santos que se mezclaban con las nuestras; veriamos á la Iglesia universal en el estado de unidad, que es su carácter mas esencial entre todos los que la distinguen de las sectas del error; veriamos unidas á la Iglesia sufriente

á la Iglesia de la tierra y la del cielo para ofrecer la misma victoria, para solicitar las mismas gracias, para formar los mismos votos, y esperar los mismos socorros; en fin, veriamos la imágen sensible de esas bodas eternas del Cordero, donde rodeado de todos sus escogidos, debe hartarlos de su propia substancia, y embriagarlos en sus propias delicias.

Si nuestra fe no fuese tan débil, hermanos míos, nuestro corazon tampoco seria tan lánguido, ni nuestro espíritu se distraeria con tanta facilidad en esta grande accion. Pero llegamos al momento en que va á consumarse: preparémonos por tanto para meditar las palabras sacramentales, las quales exigen de nuestra parte toda la atencion posible y la veneracion mas profunda. Preparémonos, pues, con la oracion para esta útil meditacion, á fin de que se renueven en nosotros la piedad y el fervor, que son de absoluta necesidad para unirnos á Jesu-Cristo en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

HANC IGITUR.

EL LEVITICO CAP. I.
vers. 4.

Pondrá su mano sobre la cabeza de la hostia, y será aceptable, y aprovechará para su expiacion.

ESTA es la ceremonia que Moysés prescribió de parte de Dios á los Sacerdotes de la antigua ley para la oblation de las víctimas. A esta señal exterior se referia el efecto interior que debia producir su fe en Jesu-Cristo, hostia viva y verdadera. *Quando se ofrezca una víctima por el pecado, extenderá el Sacerdote la mano, y la pondrá sobre la cabeza de la hostia,*

sobre la oracion *Hanc igitur.* 61

y será aceptable, y aprovechará para su expiacion. Como si dixese: con esta accion anunciará que la víctima ha merecido por sus pecados ser inmolada á la ira del Señor; que si no ha perecido en ellos, lo debe á su grande misericordia; y que su abolicion total la deberá á los méritos infinitos de su Hijo, cuyo Sacrificio representa esta víctima. Dios penetrado de sus disposiciones, ablandará su ira, no por la sangre de esta víctima porque es incapaz por sí de agradarle, sino á la vista de un Hijo que es el objeto de sus delicias, y cuyo Sacrificio debe satisfacer plenamente á su justicia; así el que ofrezca la víctima en este espíritu de fe, conseguirá la remision de sus pecados. Vamos á buscar en la oracion que hace la materia de este discurso la explicacion de esta figura, y al mismo tiempo hallaremos materia muy abundante para nuestra instruccion. No es un Moysés el que nos va á hablar: es Jesu-Cristo mismo, el soberano Legislador quien nos va á enseñar por medio de su Iglesia á ofrecer la víctima de propiciacion. Por tanto, escuchadme con la aten-

cion debida, y con la docilidad de corazon propia de un Cristiano.

La oracion de que vamos á tratar está unida tan estrechamente con las palabras de la consagracion, que muchos Teólogos han asegurado que era del todo esencial á la validacion del Sacramento. El Sacerdote, que mientras dice las oraciones precedentes tiene extendidas las manos hácia el cielo, las junta, y poniéndolas sobre el pan y el vino que va á consagrar, dice: *Te suplicamos, Señor, que recibas benignamente esta ofrenda de nuestra servidumbre, y tambien de toda tu familia; que ordenes en tu paz todos nuestros dias; nos libres de la eterna condenacion, y nos cuentes en el número de tus escogidos. Por Jesu-Cristo Señor nuestro.*

Te suplicamos. La Iglesia usa dos veces de este modo de orar en el Canon de la Misa para manifestar la union que todas estas oraciones tienen entre sí, y que son una consequencia las unas de las otras. Si alaba á Dios, si le da gracias, si se dirige á los Santos y reclama su proteccion, es siempre con el fin de conseguir las mis-

mas gracias. Despues del Prefacio dice tambien estas palabras, y ahora las repite para que no olvidemos que la aplicacion del Sacrificio no se consigue sino por la oracion.

En las octavas de Pascuas y de Pentecostés ruega la Iglesia particularmente por aquellos que han sido admitidos al bautismo solemne; y aunque ya no se guarda la costumbre de remitir á los Catecúmenos á este tiempo para recibir este Sacramento, sin embargo conserva la de rogar por ellos inmediatamente despues de la consagracion.

Esta ofrenda, dice el Sacerdote hablando en su nombre, *es la de nuestra servidumbre;* porque aunque en esta ocasion exerza las funciones del Soberano Pontífice, no por eso dexa de ser siervo, y de estar obligado á reconocer su dependencia. La ofrenda que hace del cuerpo y sangre de Jesu-Cristo es un acto positivo de este reconocimiento, y por tanto debe unirse á la víctima, y reparar por su medio las ofensas que ha cometido á los ojos de Dios. Todos los fieles á su exemplo deben considerarse como otros tan-

tos esclavos vendidos en otro tiempo á la iniquidad y al demonio, rescatados ahora por la sangre de un Dios, y por tanto obligados indispensablemente á servir á este Señor que ha dado para redimirlos hasta su misma sangre. La Iglesia quiere que se ofrezca el Sacrificio como una ofrenda de nuestra esclavitud, con el fin de que no olvidemos nunca el dominio esencial de Dios sobre sus criaturas, y el que tiene el Redentor sobre las almas que ha libertado.

Esta ofrenda tambien lo es, prosigue el Sacerdote, de toda tu familia, esto es, de tu Iglesia, á quien has escogido por tu esposa, comunicándola tu espíritu, y dándola hijos en gran número para que te alaben eternamente. Esta es la ofrenda que te presenta para manifestarte su dependencia, su reconocimiento y su amor. No hay entre ella y sus hijos la menor division sobre este Sacrificio; y todos los que profesan la misma fe, hacen la inmolation de la misma víctima, dicen las mismas oraciones, y solicitan los mismos efectos; de manera que este Sacrificio aun ofrecido en un rincon de

la tierra por un Ministro rodeado de un corto número de asistentes, siempre es la ofrenda de toda la familia entera. Esta familia unida te pide que no deseches este Sacrificio, y lo pide con la esperanza de ser oida. No se juntan aquí dos ó tres para invocarte, sino todos tus hijos para hacerte una santa violencia, y ofrecerte no una de esas oblacones que aborrecias y detestabas, sino el Sacrificio de alabanza, el de un corazon contrito y humillado, y así te piden que lo recibas benignamente. Si lo admites con bondad, como así lo pide, y lo espera toda tu familia, ordenará sin duda nuestros dias en tu paz, la qual contiene todos los efectos de este Sacrificio destinado á pacificar el cielo con la tierra. Nuestros dias son siempre dias de turbacion y de combate: nuestra conciencia se ve sin cesar turbada y abatida con la memoria de los pecados: la carne y la sangre nos combaten y dan ataques continuos: el demonio envidioso de nuestros derechos, procura despojarnos, y nos hace la guerra mas sangrienta: los hermanos se despedazan los unos á los otros por

causa de sus intereses: nuestro propio corazon, cuya inconstancia é inestabilidad producen frecuentemente inconsecuencias y variaciones perpetuas, penosas y peligrosas, nos hacen una viva guerra. ¡Ah! ¿Quién será capaz de poner término á males tan graves? ¿Quién podrá evitar ocasiones tan arriesgadas? ¿Quién será nuestro defensor en combate tan sangriento? El Sacrificio que os ofrecemos, Dios mio, puede restablecer por sí solo el orden y la tranquilidad, purificando nuestras conciencias de las obras muertas, dándonos armas contra el demonio, debilitando la ley de los miembros para dar fuerza y valor á la del espíritu, fixando en él bien nuestra ligereza natural, ofreciendo un mismo corazon, y una misma voluntad á todos los que alimentais con el mismo Pan, inspirándonos el amor de vuestros preceptos, el gusto de la verdadera sabiduría, el germen de la santidad, y en fin, ordenando nuestros dias en una paz inalterable que es la vuestra, porque sois el principio y el fin de ella.

¿Qué derecho, pues, podrá conservar Satanás sobre nosotros? Ya no

somos los hijos de la muerte, ni los esclavos del pecado, ni las víctimas reprobadas para siempre. ¿Jesu-Cristo por ventura no nos ha libertado de la condenacion eterna por la virtud de este Sacrificio? ¿No ha despedazado sobre la cruz esa cédula de muerte en donde estabamos escritos? Si os dignaseis, Señor, aplicar los frutos de este Sacrificio á todos los que van á participar de él, ¿habria uno solo que pudiese temer el efecto de vuestros terribles juicios? Sí, yo repetiré á Satanás desde vuestro Santuario aquellas palabras que uno de vuestros Santos le decia estando postrado en su cama: retírate, bestia cruel, porque nada hay en mí que sea tuyo: la sangre que he bebido, y que corre por mis venas ha lavado mis iniquidades, ha destruido todas tus obras, y me ha restablecido en todos mis derechos; huye pues al fuego que está preparado para tí y para tus cómplices rebeldes, porque para ellos y sus sectarios está reservada la condenacion de que me ha librado este Sacrificio: he aquí que estoy asociado á los Santos y á los escogidos de Dios, en cuya asamblea se

ofrece este Sacrificio: todo lo que está al rededor de mí es santo: el Altar es santo por su consagracion, el Ministro por la uncion que le santifica, la víctima por su naturaleza, todos los fieles que me rodean por su vocacion; todos los Santos que acabo de invocar por su eleccion, yo mismo estoy santificado por los derechos que me da el bautismo. ¿Acaso me resta que pedir alguna cosa al Señor? ¡Ah! le pediré que nunca me separe del rebaño á que acaba de asociarme que se aeuere en el dia de sus justicias que he sido en la tierra del número de los que le han honrado con la oblacion de este Sacrificio, y que ya que se digna contarme hoy en el número de los miembros vivos de su Iglesia, me cuente tambien realmente en el dia último en el número de aquellos que serán las ovejas escogidas de sus eternos pastos.

Esto es lo que la Iglesia me enseña á pedir, y lo que pide para mí en esta oracion; ¡pero cuántas condiciones me impone para que pueda confiar en mi súplica! ¡Cuántas disposiciones exige de que quizá he carecido hasta este dia! ¿Hemos estado por ven-

tura separados con nuestras obras de esos pecadores, cuya suerte desgraciada excita en nosotros un justo temor? ¿Hemos caminado á la vista de Dios como andan esas ovejas dóciles, en cuyo número pretendemos contarnos? El Altar no ménos es el trono de las justicias que de las misericordias, y este discernimiento, que en aquel dia terrible servirá para la consternacion ó la alegría de los Cristianos, se obra invisiblemente todos los dias en el momento del Sacrificio. Dios hace á un solo golpe de vista la separacion de escogidos y de réprobos, de buenos y de malos, de justos y pecadores, y la Iglesia anticipa esta separacion en nombre de Jesu-Cristo. Júzguese pues cada uno á sí mismo quando se une con esta tierna Madre, y ocupe en espíritu el lugar que le señalaría la Divina Justicia si se dignase manifestar el secreto de sus juicios. Oxalá que este discernimiento dictado por la humildad y la contricion del corazon sea útil para el pecador. Yo voy á pedir á Dios, deberá decirse á sí mismo, que mi oblacion le sea agradable, y mis manos sin embargo estan llenas de iniquidad. Esto que voy

á ofrecerle es el homenaje de mi esclavitud, y mi corazón se rebela, y se muestra indócil á los llamamientos de la gracia. Este Sacrificio está destinado para ablandar al Señor, y yo excito su ira con nuevos ultrages: él debe de suyo traer la paz, y la Escritura me dice que no puede haberla para el impío. Mi corazón está expuesto á continuos combates; yo quiero por la virtud de este Sacrificio que Dios me libre de la condenacion eterna, y no he dado un paso durante mi vida que no me haya precipitado en esta condenacion que temo tanto; yo deseo ser contado en el número de los escogidos, sobre quienes el Soberano Pastor vela continuamente por un efecto de su misericordia, y desde que por mi desgracia me he substraído de su cayado, ni he escuchado, ni he seguido mas que la voz de pastores mercenarios. Si con tantos pecados, y con tanta indiferencia me atrevo á repetir ahora esta oracion de la Iglesia, ¿no haré contra mí las imprecaciones mas terribles y eficaces?

No permitais, Dios mio, que nos veamos confundidos en este abismo,

así os lo pedimos en nombre de todos los pecadores que asistirán en adelante á este Sacrificio, y en el de todas las almas fieles que me escuchan. Haced, Señor, que su fervor se vaya aumentando de una manera sensible para que puedan contarse con seguridad en el número de vuestros hijos, hasta que os digneis contarlos vos mismo en el número de vuestros escogidos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

QUAM OBLATIONEM.

PSALMO XXXII.

vers. 9.

Dixit, et factæ sunt hæc.

El Profeta habla en este lugar de las obras exteriores del Señor todo poderoso. Todas las cosas se han hecho por la palabra de Dios, y ella es quien ha dado á la nada su fecundidad, y á los seres creados su medida, su forma y su propiedad. Por un solo acto de su voluntad suprema han obedecido con toda prontitud á su voz las criaturas espirituales y corporales, quando las obras del hombre jamas se hacen sin esfuerzos y trabajos. Este mismo Dios es

el que va á hablar en el momento de la consagracion, y va á producir por su palabra efectos mucho mas admirables que el mundo y todas sus maravillas; y así la Iglesia quiere que nos preparemos á escucharle con un temor respetuoso. Este es el efecto que producirá la oracion que precede inmediatamente á la consagracion, materia de este breve discurso, si la meditamos atentamente: escuchemos por tanto lo que nos dicen los antiguos Padres, para que comparando las ideas que nos dan con las que hemos formado hasta este dia, lleguemos á convencernos de que nuestro poco fervor proviene de no haber hecho de materia tan importante el objeto de un estudio serio y reflexionado.

Aunque la oracion de que tratamos pertenece á la tradicion, y no pueda compararse en manera alguna con las palabras de Jesu-Cristo que van á obrar el mayor de todos los misterios; sin embargo ellas tienen con este misterio mismo y con las palabras de la consagracion un enlace tan íntimo, que los Padres de la Iglesia no han dudado mirarlas como una parte de la consagracion misma. San Ambrosio las llama

ma palabras celestiales: San Paulino las atribuye el mismo efecto que á las palabras de la consagracion: Orígenes da igualmente el nombre de consagracion á las palabras de Jesu-Cristo, y á las bendiciones que las preceden; y en la profesion de fe que exigió la Iglesia de Berengario en un concilio celebrado en Roma, hácia fines del siglo XI. ordenó que este Heresiarca confesase que el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo estan real y substancialmente en la santa Eucaristía por medio de la oracion sagrada, y de las palabras de Jesu-Cristo. Sin embargo la Iglesia no atribuye á estas palabras la misma virtud que reconoce en las de Jesu-Cristo mismo. Ello es de fe que la substancia del pan y del vino no se transforman sino en el momento en que el Sacerdote ha pronunciado aquellas palabras divinas; pero también era esencial al Sacramento que se explicase la intencion de la Iglesia que le ofrece; y así todo Sacerdote que ofrece en su nombre, no puede obrar validamente este augusto Sacramento, sino en tanto que conforma su intencion con la de la divina Esposa del Cordero: de mane-

ra que si puede decirse que estas palabras: *Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, obran todo el misterio; su puede decir también que le preparan todas las palabras que componen la oracion de que tratamos.

El Sacerdote la empieza con las manos juntas, y no las separa sino para bendecir los dones que va á ofrecer haciendo tres cruces sobre la oblation en general, y despues una en particular sobre la substancia del pan, y otra sobre la substancia del vino. El uso de hacer la cruz en la administracion de los Sacramentos sirve para probar que ellos no obran sino por la virtud de esta señal divina; pero esta observacion es del todo inútil con respecto á un Sacrificio que es el mismo que el de la cruz; y así todos los fieles que tienen la instruccion debida de los fundamentos de nuestra santa religion, conocerán que quanto mas se acerque el Ministro al momento de ofrecerle de una manera incruenta, tanto mas debe usar la señal que recuerda una oblation que ha sido hecha de una manera cruenta. La explicacion pues de

la oracion misma nos dará una idea completa de esta importante verdad.

Te rogamos, Señor, te dignes hacerla en todo bendita, dedicada, aprobada, razonable y agradable; para que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu muy amado Hijo y Señor nuestro Jesu-Cristo.

¿Será posible explicar en ménos palabras un misterio tan grande? *Te rogamos*; es decir, no nos reconocemos con otro derecho para un favor tan señalado que el que nos da tu misericordia para pedirte, y no esperamos sino en la confianza de que no nos faltarás.

A ti, que siendo Dios, haces quanto quieres; á ti, que siendo justo, quieres que el pecado sea abolido y restablecida la justicia; á ti, que siendo Santo, exiges la reparacion del pecado; á ti, que siendo bueno, pides que sea justificado el pecador y que viva; á ti pues dirigimos nuestras súplicas.

Te rogamos que obres en favor de esta oblation la mayor de todas las maravillas. Tus dones mismos son los que vamos á ofrecerte; pero unas criaturas materiales é insensibles no tienen, Se-

ñor, poder bastante para moverte: si nos atrevemos á presentartelos, es por que tu Hijo mismo los ha escogido, y esta elección ha hecho de dones tan preciosos una oblation pura y sin mancha; pero si los ha escogido, es para darnos bendiciones las mas abundantes.

Te rogamos te dignes hacer esta ofrenda entoda; es decir, que las bendiciones que van á santificarla comprehendan todas las cosas, y que contengan en sí el germen de todas las gracias, y el principio de todas las demas bendiciones, que colmen nuestros deseos, que llenen todas nuestras necesidades, y satisfagan todas nuestras obligaciones.

Te rogamos que esta ofrenda sea bendita; es decir, que no se confunda con los dones materiales y perecederos; que si algunas veces reciben la bendicion, no pueden transmitirla; que por todas partes donde se reciba lleve las bendiciones por las cuales ella misma haya sido dedicada; que no sea desechada como esas víctimas que Dios habia detestado; que el Sacerdote que la ofrece y los fieles por quien se ofrece, no sean reprobados, como lo fué en

otro tiempo el fratricidio de Cain; que ella sea aprobada de manera que no haya en adelante entre nosotros alteracion ni mudanza de Sacrificio, como experimentó Israel en otro tiempo: sino que cumpliéndose la palabra del Profeta, la oblacion pura y sin mancha sea siempre ofrecida desde el nacimiento del sol hasta su ocaso en todos los lugares y tiempos mientras duren los siglos; que ella sea razonable; es decir, no como esas víctimas privadas del uso de razon que se inmolaban en la antigua ley, las quales no podian reparar por un acto de su voluntad el abuso que habia hecho el hombre de la suya, sino que sea verdaderamente razonable, convirtiéndose en el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de aquel que es la razon por esencia, y la sabiduría infinita; que ella presentada por nuestras manos sea agradable, como lo es en efecto luego que se convierte en el Cuerpo del Hijo muy amado, objeto de las delicias del Padre, á fin de que seamos tambien con él sus delicias, y el objeto de sus misericordias. Esta ofrenda será en efecto agradable para nosotros y para Dios. Este Señor en-

contrará esencialmente en ella una reparacion proporcionada á su Magestad suprema, y á la injuria que ha recibido del hombre; y para nosotros será agradable por la aplicacion que su misericordia se dignará hacernos del Sacrificio, y por los derechos que adquiriremos á la remision y á la indulgencia que nos ha merecido. En fin pedimos que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo.

Al pronunciar estas palabras no puedo ménos de traer á la memoria aquellas de la Escritura, en que Dios dice que se haga la luz. La Iglesia dice tambien, que sean hechos para nosotros el cuerpo y la sangre de Jesu-Cristo; y en esta expresion simple y natural nos da una idea de la viveza de su fe, y de la firmeza de su esperanza: asegurada del efecto de su peticion, no quiere valerse sino de una sola palabra. El Hijo muy amado es el que va á presentarse sobre el Altar. ; Qué mudanza tan prodigiosa! ; Tiene acaso comparacion con ella la de la luz que sucede á las tinieblas? Quando yo comparo estas dos palabras, hágase la luz, sean hechos el cuerpo y la sangre; éste

último prodigio me hace olvidar y perder de vista el primero, porque en éste veo que mi Dios muestra su misericordia, y en aquel hace brillar su poder. Así pues le diré en adelante trasportado en amor y reconocimiento, háganse el cuerpo y la sangre de Jesu-Cristo, mi Salvador, y tomen el lugar de ese Pan visible para prepararme un maná invisible; sostitúyase á este alimento grosero el Pan de los Angeles, el trigo de los escogidos, y el vino que engendra la pureza, la inocencia y el candor de las vírgenes. Hágase así como lo ha ordenado, y yo lo deseo, para que sea la prenda de mi redencion, la señal de mi eleccion, y el principio de mi santificacion: hágase en presencia de los Angeles que le adoran, de los Santos que le glorifican, de la Iglesia que le invoca, de los Ministros que le ofrecen, y de los fieles que le esperan con un santo deseo; y Dios, que se digna obrar este prodigio en favor nuestro, no nos mire en adelante sino como hijos asociados con Jesu-Cristo á la qualidad de hijos suyos, porque en efecto hemos sido rescata-

dos á un precio mucho mas excelente que el oro mas precioso.

Esta es, hermanos míos, una breve explicacion de las palabras de que se compone esta oracion sagrada; pero voy á presentaros otra muy sencilla que nos suministra un autor antiguo muy respetable. Rogamos, nos dice, á la Magestad suprema que bendiga esta ofrenda, para que estas bendiciones recaigan sobre nosotros: le pedimos que sea dedicada, para que por ella seamos nosotros escritos sobre el libro de la vida en el número de los escogidos de Dios, y de los ciudadanos del cielo: le suplicamos que sea aprobada, para que seamos contados por ella en el número de los que Jesu-Cristo recoge en las entrañas de su misericordia: le conjuramos que sea razonable, para que por ella no seamos ya mirados como bestias sin inteligencia que siguen los apetitos desordenados de sus sentidos. Finalmente solicitamos que la divina misericordia mire con ojos favorables esta hostia, á fin de que ya que por nuestros pecados nos hemos hecho los objetos de la abominacion y de la ira de Dios, nos indentifiquemos

82 *Instrucción sobre la oración*

en algun modo con su hijo único que es el objeto de sus delicias y de su amor.

Nada me parece que puedo añadir, hermanos míos, á unas reflexiones tan sólidas; si las meditaís atentamente, encontrareis en ellas los principios mas propios para ilustrar la fe, alimentar la piedad y animar el espíritu de religion. Estas palabras que preceden inmediatamente á la grande acción del Sacrificio, serán muy eficaces para prepararos á recoger frutos mas abundantes; y así meditaídas interin llega el momento de presentaros otras infinitamente mas santas y terribles. En la instrucción próxima fixaremos los ojos de nuestra fe sobre las palabras sacramentales; pero para meditar como corresponde un objeto tan importante, se requieren disposiciones muy santas. La religion nada nos ofrece mas grande y sublime, porque estas palabras encierran en sí el principio de nuestra vida en el tiempo, y el germen de nuestra bienaventuranza inmortal. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 22. v. 19.

Esto haced en memoria de mí.

No confundamos, mis hermanos, este precepto con los mandamientos que daba Dios en otro tiempo á su pueblo. Estas palabras anuncian un Sacrificio no de la naturaleza del que exigió Dios del fiel Abraham, y para el qual debia sofocar todos los sentimientos paternos; no de la especie de los que Jesu-Cristo prescribió tantas veces en su Evangelio, para cuyo cumplimiento es indispensable renunciar las cosas mas queridas, crucificar la carne,

practicar todo género de obras de penitencia, llevar la cruz y morir al mundo. Jesu-Cristo no exige aquí nada que no sea suyo. La víctima que pide es de un valor infinito, y el que la ofrece le encuentra en el precepto mismo. *Esto haced en memoria de mí:* como si dixese, entre todos mis preceptos de ninguno soy tan zeloso como de éste, porque entre todos es el mas saludable, y el que da mayores pruebas de mi grande misericordia: este precepto es para todos los fieles; para todos los estados; para todas las circunstancias, y para satisfacer todo género de necesidades. *Esto haced en memoria de mí,* y estad persuadidos que yo mismo soy el que hablo por la boca del Sacerdote, el que obro por su ministerio, y el que me sacrifico por la espada espiritual que pongo entre sus manos. *Esto haced en memoria de mí,* y transportaos con la fé al lugar, al tiempo y á las circunstancias en que he consumado este grande Sacrificio, para que esta misma fé llene vuestro corazon de los sentimientos que me han animado. Esto es en compendio el objeto, el espíritu, y el fin

de las palabras sacramentales que vamos hoy á explicar; y así os pido que renoveis la atencion y la piedad.

No trato de investigar el origen de esta oracion por entre la obscuridad de nuestras historias, para presentaros su verdadero sentido. Es incontestable que estas palabras: *esto es mi Cuerpo: esta es mi Sangre,* fuéron pronunciadas por Jesu-Cristo, y que se han conservado hasta nuestros días sin la menor alteracion: pero lo que conviene estudiar es el nombre que ha dado siempre la Iglesia á esta parte de la Misa, y las ceremonias que ha observado. Los Santos Padres nos la designan baxo el nombre de accion y de consagracion: de accion, porque Jesu-Cristo obra verdadera y eficazmente para nosotros, de manera que no hay en el órden de la naturaleza cosa alguna que merezca con tanta propiedad el nombre de accion. Esta es la mas grande y la mas excelente de las acciones por su principio, por su naturaleza, y por su fin. Por su principio, Dios ha hecho todo quanto existe: él es quien obra, y quien obrando lo repara todo, la santifica todo, lo vivifica todo. Por su naturaleza esta ac-

cion es propiamente la única de nuestra religion santa, porque todo lo que dice la Iglesia, hace y observa, se refiere de tal manera á ella, que no hay una oracion, ni una bendicion que no saque de aquí su mérito y su valor. Por su fin, esta accion se refiere únicamente á Dios, el qual siendo el centro de toda perfeccion, es honrado, santificado, y apaciguado de una manera digna de su grandeza.

Esta es una accion de parte de Jesu-Cristo, y lo es igualmente de la nuestra. Por esto debemos obrar con él, y por él de manera que nuestro espíritu obre creyendo, nuestro corazón amando, nuestro cuerpo postrándose en su presencia, y nuestra voluntad inmolándose pronta y generosamente. Entretanto que la accion de la cabeza se comunica á los miembros, todo el cuerpo místico, que es la Iglesia, se resiente de esta terrible accion: la del cielo con alabanzas y cánticos en honor de la víctima: la de la tierra con las adoraciones profundas que dirige á esta Divina Hostia, y la paciente con los consuelos y esperanzas que la procura este Sacrificio. Los

miembros separados de este cuerpo deben resentirse igualmente de esta accion: los reprobados por el pesar de no haberse aprovechado de los medios de salud que han tenido en su mano, y los Angeles rebeldes por la rabia que les causa la eficacia del Sacrificio.

Esta accion se llama tambien *Consagracion*: se llaman regularmente consagradas todas las cosas que se dedican á los usos santos, como si se dixese: esto por su destino es santo y sagrado, como el Dios á quien se ofrece. La inteligencia de esta palabra nos debe suministrar reflexiones muy útiles sobre la esencia y los efectos de esta parte de la Misa. La Iglesia hace una verdadera *Consagracion* de los dones que ofrece, pues aunque son materiales por su naturaleza, se hacen santos por su destino, por las oraciones y bendiciones con que se preparan, y por las disposiciones de fe y de caridad con que los presenta. Esta es una verdadera *Consagracion* por la mudanza que hace Jesu-Cristo de estas substancias en su Cuerpo y en su Sangre. En efecto, ellas se convierten en una víctima pura, santa, perfecta, razonable, y de tal manera

consagrada á Dios, objeto de este Sacrificio, que ya no tendrá otro destino que el de ablandar su justicia, de reconocer su grandeza, de honrar su sabiduría, y de excitar su misericordia. Esta es una *Consagracion* para nosotros, que inmolados por la union á nuestra cabeza, nos consagramos al Señor por esta accion misma, de tal manera que el menor pecado es una especie de sacrilegio y de impiedad: sin embargo apenas pensamos en esta *Consagracion*, y mucho ménos consideramos que la Iglesia nos ofrece al Señor en esta parte de la Misa, y que renueva este voto tantas veces quantas se repite esta accion: nosotros mismos le ratificamos quando asistimos á este Sacrificio, y le violamos quando reusamos ofrecerle, ó no le ofrecemos con la pureza que corresponde. Sí, siempre que salimos del Sacrificio sin una voluntad real y positiva de vengar en nosotros el pecado con duras penitencias, de restablecer el reyno de la justicia con la vigilancia, y de llenar, con respecto á Dios, las obligaciones que nos impone la qualidad de víctima, nos hacemos reos de un perjurio verdadero.

Pero si el nombre solo de esta parte de la Misa encierra tantas Instrucciones, la Iglesia tambien nos instruye con las ceremonias destinadas á esta tremenda accion, colocándola en algun modo en el centro de todas las demas oraciones, para darnos á entender que su santidad misma exige de nuestra parte el mayor respeto, y el mas vivo reconocimiento. Todas las oraciones y ceremonias precedentes han servido para anunciarnos su excelencia, y formar en nosotros las disposiciones mas santas y las demas que siguen se dirigen á aplicarnos sus frutos; pero en el momento mismo de esta accion nos indica la Iglesia nuevas disposiciones, y nos inspira nuevos sentimientos por medio de las prácticas y ceremonias que observa. En otro tiempo estaba el Santuario separado por un velo del lugar donde se colocaban los Ministros que no oficiaban. Este velo estaba echado, y lo está todavia en el principio del Cánón en algunas Iglesias Catédrales; pero al llegar el punto de la *Consagracion* se levanta á fin de que todos los asistentes puedan unirse de una manera mas inmediata al tremendo misterio; y en las Iglesias, don-

de no está en uso este velo, se les advierte con la campanilla que se va á obrar el mayor de todos los milagros. El Sacerdote se arrodilla ántes y despues de alzar, y el Pueblo se inclina profundamente. Los Cartujos conservan todavia el uso de postrarse enteramente, y en ciertos dias se quedan en esta postura hasta que se ha concluido el Cónon: tanto es el respeto que exige el tremendo misterio que se obra; pero aquel Señor que dixo á su Pueblo: *no rasgueis vuestros vestidos, sino vuestros corazones*: nos dice tambien en este momento: no pido que vuestro cuerpo se postre si esta postura no es la expresion fiel de un corazon verdaderamente humilde en mi presencia, de un alma anonadada á mis pies con un espíritu de contricion y de dolor. Nada me importa que esteis postrados durante esta accion, si vuestro espíritu sigue los mismos proyectos de injusticia, y si todos vuestros caminos anuncian la misma inconstancia en el bien, y la misma inclinacion ácia el mal.

El Profeta decia: *mi alma está ape- gada al pavimento de vuestro templo.*

En efecto, el abatimiento y la humildad del corazon son las disposiciones mas propias para honrar al Dios de toda santidad. ¿Pero será posible que los Cristianos se postren sin hablar con humildad, y que su alma esté en algun modo apegada á los bienes del mundo, miéntras que su cuerpo se inclina y se postra delante de la víctima?

Esta ceremonia se dirige á honrar é imitar el abatimiento profundo de Jesu-Cristo, el qual en este momento se postra verdaderamente delante de la magestad de su Padre. ¿Puede acaso hacer un acto de mayor baxeza aquel que es Dios, como el que le ha engendrado desde la eternidad, aquel que está sentado como hombre á la diestra de la Magestad Divina? ¿Aquel que siendo el Santo de los Santos está del todo separado de los pecadores, puede mostrar una humildad mas profunda, un abandono mas perfecto? El es el Rey de los Reyes, y escoge para trono un altar: él es el dominador de las naciones, y obedece á la voz de un Sacerdote: él es el Juez de vivos y muertos, y está sujeto al rigor de

los juicios de su Padre. ¡O profundidad; ¡ó abismo de abnegacion y de humildad; ¡Tú solo es el que honras segun corresponde al Dios á quien pertenecen la gloria, el honor y el imperio! ¿Qué deberé yo decirme á mí mismo quando te veo elevado por las manos del Sacerdote, y expuesto á mis adoraciones? Aunque me postre en la presencia de la adorable víctima, ella lo estará mas delante de su Padre. Jesu-Cristo es hombre, y es víctima, y baxo esta doble relacion es infinitamente inferior á su Padre: yo soy hombre y pecador, y estas dos qualidades tan despreciables y humillantes me acercan á Jesu-Cristo: yo adoro su divinidad, y tiemblo delante de su justicia: yo me confundo á la vista de su misericordia, y me deslumbro con los prodigios de su poder; pero en él veo á mi hermano, á mi semejante, asociado en alguna manera con mis pecados, que me defiende, y me preservá de la severidad de la Divina Justicia.

¿Será posible que yo lleve á este Sacrificio un corazon frio y lánguido, sino digo orgulloso y rebelde? Si Jesu-Cristo no renovase este prodigio

sino una sola vez durante mi vida, quizá penetrado de un suceso esperado mucho tiempo, llevaria las preparaciones mas santas, y sacaria los frutos mas sólidos. Qué ¿acaso porque mis frecuentes necesidades, y su infinita misericordia son causa de que produzca á cada instante la misma maravilla, acaso porque pueda todos los dias ofrecer la misma víctima, y aplicar el mismo remedio á mis llagas, me mantendré insensible á mis males, seré indiferente á mis necesidades, é ingrato á la influencia de sus gracias? ¿Me presentaré al Sacrificio con una escandalosa dissipacion, con una indevoción sacrilega? Este prodigio de ingratitud ¿no será todavía mucho mas maravilloso que el de un Dios inmolado por mí? ¡Ah, si estas reflexiones despertasen en nosotros el sentimiento que quizá se halla debilitado por la costumbre misma de asistir y de participar del Sacrificio!

Esforzaos, Cristianos, para tomar en esta accion una parte tan real como la que Jesu-Cristo toma. Si solo en los nombres que la Iglesia atribuye á esta accion, y en sus ceremonias hemos

hallado tantos medios de excitar nuestra fé, ¿quáles no encontraremos en la meditacion de las palabras mismas que constituyen la esencia del Sacrificio?

Roguemos pues porque fructifiquen las verdades que acabamos de oír, y nos preparen para las que voy á explicar en el discurso siguiente, á fin de que esta palabra santa no se reciba en vano por nuestra parte, y que no vuelva á Dios sin haber producido en nosotros efectos saludables en el tiempo, y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DE LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. v. 69.

Tú tienes palabras de vida eterna.

En el momento que nuestro Salvador acaba de anunciar el gran misterio de que tratamos en estas Instrucciones es cuando le da este testimonio al Discípulo amado: estas son en efecto *palabras de vida*, porque Jesu-

hallado tantos medios de excitar nuestra fé, ¿quáles no encontraremos en la meditacion de las palabras mismas que constituyen la esencia del Sacrificio?

Roguemos pues porque fructifiquen las verdades que acabamos de oír, y nos preparen para las que voy á explicar en el discurso siguiente, á fin de que esta palabra santa no se reciba en vano por nuestra parte, y que no vuelva á Dios sin haber producido en nosotros efectos saludables en el tiempo, y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DE LA CONSAGRACION.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. v. 69.

Tú tienes palabras de vida eterna.

En el momento que nuestro Salvador acaba de anunciar el gran misterio de que tratamos en estas Instrucciones es cuando le da este testimonio al Discípulo amado: estas son en efecto *palabras de vida*, porque Jesu-

Cristo se la comunica en cierta manera á unos elementos insensibles, transmitiéndolos en su cuerpo vivo y animado. En estas palabras de la vida de la gracia á todos los que verdaderamente convertidos y reformados participaban de este misterio, y asimismo de la *vida eterna*, comunicando el germen de ella, y dándose como prenda de la bienaventuranza. Nosotros pues, ántes de meditar las palabras de la *Consagracion*, debemos decirle: *tú tienes palabras de vida eterna*. El soplo de tu boca extermina los impios, y vivifica los justos; pero estas palabras son muy diferentes de las que sacaron al hombre de la nada, y de aquellas que formaron todos los seres vivientes, y ordenaron que cada especie creciese y se multiplicase. Estas obran inmediatamente sobre los corazones, forman el hombre interior y espiritual, y hacen de los fieles que participan de este misterio un orden nuevo de criaturas que lleva infinitas ventajas á todas las que no estan dotadas de inteligencia, y en fin aseguran una vida eterna en lugar de una vida perecedera. Vamos pues, mis hermanos, á oír con un temor re-

ligioso *las palabras de la Consagracion*, y meditémoslas con toda la atencion y el recogimiento que debe inspirar la fé.

La Iglesia ha dispuesto con mucha sabiduría que se digan estas palabras despues de una relacion breve de las circunstancias que intervinieron en la institucion de la santa Eucaristía, relacion que no puede mirarse como puramente histórica: ella es en algun modo la conclusion de la oracion precedente; y si los Padres no han tenido inconveniente en dar á toda ella el nombre de divina, goza tambien esta prerogativa la relacion que sigue inmediatamente, no solo porque está sacada del santo Evangelio, sino porque nos recuerda eficazmente la institucion de este gran misterio. Hemos ya pedido por Jesu-Cristo que Dios se digne hacer la víctima razonable y agradable, y ahora hacemos conmemoracion de que este Jesus, que es la víctima misma, en la vispera de su pasion tomó el pan en sus santas y venerables manos, y dando gracias, lo bendixo, lo partió y dió á sus discípulos, diciéndoles: *tomad y comed todos: esto es mi cuerpo*.

¡ Cuántos misterios se contienen, hermanos míos, en estas palabras! Jesu-Cristo es el que obra, el que habla, el que ama á los suyos hasta el fin, y el que quiere tratarlos, no como á hombres destinados á ir en pos de él, sino como á unos amigos que quiere convidar á su mesa sagrada. Este Jesus es el consolador de los infelices, la luz del ciego, el pie de los cojos, el Médico de los enfermos desahuciados, el dueño de Satanás, y el vencedor de la muerte. Este Jesus es el que ama á las almas, el que busca los pecadores, y el que convierte los corazones mas duros. ¿ Qué se deberá, pues, esperar de una accion que tiene anunciada tanto tiempo ántes; que ha querido preparar por sí mismo, designando el lugar y las circunstancias de ella, y por la qual ha manifestado el deseo mas vivo? Este Jesus es aquel cuyo nombre es poderoso para inspirar confianza á los pecadores: en efecto, todas las acciones de su vida mortal se han dirigido á procurar el consuelo y la paz, y su deseo no ha sido otro que el de reunir á sí á todos los que le ha entregado su Padre. Pero sus

discípulos no tenían todavía la inteligencia necesaria para atreverse á decirle con el Profeta: *Señor, haz con nosotros un prodigio que sea nuestro consuelo y recurso.* No espera, no, que se le pidan, y escoge para obrarlo la víspera de su muerte, á fin de que este misterio no fuese mas que una sola accion con la de su Sacrificio; á fin de que estuviésemos seguros de que la caridad que le inspiraba este Sacrificio mismo, le conducia tambien á él; á fin de que en el Sacrificio inerte se encontrase una representacion real y efectiva del Sacrificio cruento, y un consuelo sensible del dolor que debía inspirar su muerte; á fin que pudiese decir con seguridad sobre la cruz que todo estaba consumado de parte de su misericordia.

La víspera, pues, de su muerte, es decir, en el momento que medita su Sacrificio, en que trama Judas su traicion, en que la Sinagoga prepara su suplicio, y en que la justicia de su Padre ha fixado el término de la reparacion, Jesu-Cristo toma el Pan. No extrañemos, hermanos míos, la eleccion que hace de la materia mas

comun, porque quiere probar nuestra fe, valiéndose de los recursos mas sencillos, y sobrellevar nuestra timidez, apartando de este misterio todo aparato pomposo y magnífico. El Pan que hace el alimento diario del pobre y del rico, del fuerte y del débil, es el que escoge Dios para que sea nuestra vida, y lo toma como un símbolo que contiene todas las gracias y efectos que ha querido hacer depender de este medio de salvacion; él lo consagra de nuevo para alimentar al indigente, para fortificar al flaco, para perpetuar la vida de los que han recibido su gracia, y obra tan habitualmente estos prodigios en el órden espiritual, como lo hace su providencia en el mundo visible. Este brazo poderoso que sostiene el universo, y que conserva sus criaturas; esa mano santa y venerable es la que toma el Pan. En efecto, estas manos son santas, y santifican quanto tocan.

Que la capa de Elías comunique su espíritu á todo el que la toca; que los huesos de Eliseo resusciten un cadáver puesto sobre su sepulcro; en todos estos prodigios no veo sino una

emanacion de la virtud divina, de la qual están llenas las manos adorables de Jesu-Cristo. Esta virtud admirable descende del cielo, donde está el trono de la magestad de Dios; y así Jesu-Cristo levanta hasta el cielo sus miradas. El tiene exclusivamente el derecho de levantar esa cabeza que no ha sido sometida baxo el yugo del pecado, que no está agravada con deseos terrenos y carnales, de quien no se ha dicho, tú eres polvo, y has de volver al polvo de donde has salido, sino que al contrario, es de ella de quien habla el Profeta, quando dice: *no permitirás, ó Dios mio, que tu Santo vea la corrupcion.* Pero nosotros debemos baxar nuestros ojos mientras que él los eleva; volvámoslos á considerar nuestras miserias, y no perdamos jamas de vista la nada de donde hemos salido, ni el abismo vergonzoso de que nos ha librado. Unámonos sobre todo á las acciones de gracias que acompañan á esta accion de Jesu-Cristo, el qual se las da á su Padre por nosotros, porque le oye siempre que le invoca; porque le ama juntamente con los suyos; porque preparándole hu-

millaciones y tormentos, prepara tambien á todos los que toman su cruz, un peso de gloria inestimable; porque el poder de las tinieblas que va muy luego á triunfar, encontrará su confusion y su derrota en su victoria; y porque el aguijon de la muerte se volverá contra la muerte misma para destruirla. El da gracias de todos los efectos de su Sacrificio, y bendice el Pan que toma en sus manos, ó por mejor decir, bendice en este acto esa numerosa familia que se va á formar sobre la cruz; esa Iglesia santa que va á nacer de los dolores mismos de su pasion; y en fin, tantos pueblos que ántes eran el objeto de su ira, y que ahora han de convertirse en hijos de su misericordia. Nada tienen que hacer con estas bendiciones, ni la que Isaac da á Jacob, ni la de Israel sobre sus doce hijos juntos, porque ellas solo eran la figura, y éstas son la realidad. Un Padre que ha prometido no dexar huérfanos á sus Apóstoles, es el que en esta sola bendicion les asegura toda suerte de bendiciones, á saber, las de la tierra, las del cielo, las del tiempo y las de la eternidad.

Despues de esta bendiciones quando parte el Pan, y lo distribuye; y esta es una accion que sirve para probar de una manera la mas eficaz y sensible la verdad de las palabras que decia á sus Apóstoles: *Yo tengo que padecer un bautismo de sangre, y mi corazon estará oprimido hasta que haya sido consumado. He deseado con deseo hacer esta Pascua con vosotros: como si dixese: mi sangre está impaciente de derramarse por vosotros; mi cuerpo será gustosamente maltratado para curar vuestras heridas, y la negra tristeza que me causa de antemano la idea de mis ignominias y de mi muerte, es para mí el colmo de los consuelos, porque aquí encontrareis el remedio á vuestros males: recibidle, pues, con tanto ardor, como yo tengo por sacrificarle; comedle con el mismo amor que yo manifiesto para ofrecerle. Sé muy bien que no todos sois dignos de este favor; pero sin embargo yo preparo para vosotros este alimento que puede ser útil para todos; y aquellos mismos que por sus pecados están mas distantes de él, encontrarán en este Sacrificio poderosamente*

sos medios para acercarse: *Esto es mi cuerpo.* Pero ¿qué decís, Señor? ¿Es posible que sea vuestro cuerpo este Pan material que tenéis en vuestras manos? Este Pan que partís y distribuis entre vuestros Apóstoles ¿es verdaderamente vuestro cuerpo? Este Pan que no pueden distinguir los ojos mas perspicaces del Pan material y comun, que tiene su gusto, y produce sus efectos, ¿es verdaderamente vuestro cuerpo? Sí, *esto es mi cuerpo;* y no podéis dudar de la verdad de mis palabras, segun los testimonios que me han dado mis obras, ni tampoco de mi poder, segun los milagros que he obrado á vuestra vista. ¿Dudariais de mi amor despues de las pruebas sensibles que habeis recibido de él en tantas ocasiones? *Esto es mi cuerpo.* Pero, Señor, en el tiempo de vuestra vida mortal se certificaban nuestros ojos de los milagros que obrabais: el vino de las bodas de Canaa llenó de consuelo á los esposos: nuestras manos distribuyeron per sí mismas los panes que multiplicasteis dos veces: nosotros hemos visto que habeis resueitado los muertos: hemos unido nuestras ala-

banzas con los leprosos que purificabais, y con los ciegos á quienes dabais vista; pero aquí solo vemos, tocamos y gustamos Pan.

Es verdad, dice el Salvador; pero este Pan que tocáis os habia sido prometido; este Pan que veís os estaba anunciado como un Pan baxado del cielo; este Pan que comeis habia sido llamado ántes mi carne, esta misma carne que debo entregar para dar la vida al mundo. Ya pasaron los tiempos de las parábolas, os trato como amigos sin reservaros nada de mis secretos: ya no os hablo en figuras, ni os digo, esta es la figura de mi cuerpo; el Pan por sí mismo nada tiene que le sea propio para denotar mi carne, y nada os he dicho de antemano que pueda prepararos á la aplicacion de esta parábola. Os engañaria ciertamente quando os digo: *Esto es mi cuerpo,* si ocultase baxo esta figura un sentido que no comprehendieseis. Creed por tanto á mi palabra, creed á mi amor: he amado á los míos, y los amo hasta el fin, pues que les dexo la prenda mas preciosa de mi amor, dándoles á comer mi propio cuerpo. Pero qué

¿es posible que vamos á comer vuestra carne? Al oír este discurso se rebelan nuestros sentidos, y concebimos dentro de nosotros ese secreto horror que experimentaron los de Capharnaum quando les anunciasteis el grande esfuerzo de vuestro amor. Siendo, como sois, el mas amable de los hijos de los hombres, ¿podeis proponer á vuestros discípulos que se alimenten de carne y de sangre? Se nos prohíbe en vuestra ley el ser homicidas de nuestro hermano, ¿y tendremos ánimo para comer la carne de Jesu-Cristo.

Pero ved, Cristianos, cómo responde á semejante razonamiento nuestro Divino Salvador: vosotros, discípulos míos los mas fieles, instruidos por mí mismo en este misterio, no tendreis ideas tan carnales y groseras; ántes bien traereis á la memoria que os he dicho repetidas veces que mis palabras eran espíritu y vida, y sacareis la consecuencia, que si la misericordia mía os prepara un alimento tan excelente, sabrá mi poder emplear los medios mas propios para obrar este misterio. No se trata de una car-

ne que se divide y se parte, como la de que os alimentais, sino de mi cuerpo entero, dado á cada uno de vosotros: no se trata de una carne muerta y desangrada, sino de un cuerpo vivo, principio de una vida espiritual; y estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, son espíritu y vida, respecto que obran una verdadera inmolation sin destruccion; una verdadera y real comida sin la menor corrupcion, y que las apariencias que encubren este misterio, solo son un velo que exercita vuestra fe, y contempla vuestra delicadeza comunicándoos un Dios baxo las especies mas conocidas y familiares al hombre. Creed, pues, y enseñad en la larga serie de los siglos, que *esto es mi cuerpo*.

Nosotros, hermanos míos, renovemos nuestra fe sobre este adorable misterio; impongamos silencio á nuestra razon; apartemos de nuestro espíritu toda incertidumbre; preparémonos para sacar saludables reflexiones de estas verdades importantes; y entretanto que os hablo en la Instruccion siguiente de las palabras que pronuncia el Sacerdote para consagrar la subs-

108 *Instrucción sobre las palabras*

tancia del vino, pidamos á Dios que nos dé la gracia de meditarlas de antemano con un corazón puro y abrasado de caridad. Así sea.



INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DE LA CONSAGRACION DEL VINO.

EXODO, CAP. 24.
vers. 8.

*Esta es la sangre de la alianza que
ha establecido el Señor.*

YA no habla Moysés, hermanos míos, ni se trata de una alianza pasajera, ni de una ley de muerte. La alianza de que tratamos está cimentada con la sangre, como la que Dios hizo en otro tiempo con su pueblo;

TOM. II. K

108 *Instruccion sobre las palabras*

tancia del vino, pidamos á Dios que nos dé la gracia de meditarlas de antemano con un corazon puro y abrasado de caridad. Así sea.



INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DE LA CONSAGRACION DEL VINO.

EXODO, CAP. 24.
vers. 8.

*Esta es la sangre de la alianza que
ha establecido el Señor.*

YA no habla Moysés, hermanos míos, ni se trata de una alianza pasagera, ni de una ley de muerte. La alianza de que tratamos está cimentada con la sangre, como la que Dios hizo en otro tiempo con su pueblo;

TOM. II. K

pero no con la sangre de una víctima mortal, de una hostia sin sentido ni razon. Esta es la sangre de un Dios, que derramada en honor de Dios, repara perfecta y completamente todos los pecados. Esta es la sangre del mas santo y mas excelente de los hijos de los hombres, que vertida por la salud del hombre, le asegura el perdon y la gracia, la felicidad y la paz. Preparémonos por tanto á escuchar las grandes lecciones que nos va á dar Jesu-Cristo, de cuya boca salieron estas divinas palabras, las quales son una continuacion de las que acabamos de explicar en la Instruccion anterior: ellas obran el mismo misterio, y segun los Teólogos, dependen las unas de las otras de tal manera, que no llega á tener su efecto la consagracion hasta tanto que se han dicho todas. Es verdad que por la virtud de estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, se convirtió el Pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, como se convirtió el Vino en la sangre de Jesu-Cristo por la virtud de estas otras: *Esta es mi sangre*; pero como un cuerpo no puede vi-

vir sin sangre, ni la sangre puede estar animada si está separada del cuerpo, nos dicen los Teólogos que hay entre estas dos palabras una fuerte conexion que llaman concomitancia, la qual hace que por la virtud de estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, se una el cuerpo de Jesu-Cristo á la sangre en el cáliz; y por la virtud de estas otras: *Esta es mi sangre*, se una la sangre al cuerpo baxo las especies del Pan. Así, aunque, estén divididas estas dos palabras: *Esto es mi cuerpo*: *Esta es mi sangre*, nos las presenta la fe en la boca de Jesu-Cristo como un solo acto de su poder, por el qual convierte las especies inmolándose á sí mismo como Sacerdote, y vertiendo su sangre preciosa como víctima para la remision de nuestros pecados. Veamos ahora el órden que la Iglesia se ha prescrito para repetir estas palabras.

En esta segunda parte de la consagracion observa las mismas ceremonias que en la primera, es decir, que el Sacerdote se inclina, bendice el Vino, se arrodilla para adorar el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo luego que pronuncia es-

tas palabras, y levanta el cáliz para que pueda ser visto y adorado de todo el pueblo. Meditemos ahora omitiendo la explicacion de estas ceremonias las palabras de la consagracion.

La Iglesia habia en algun modo preparado la primera parte de ella, refiriendo las circunstancias que intervinieron, y ahora lo executa tambien ántes de la consagracion del cáliz. Así nos dice: *Iguualmente despues de haber cenado*, esto es, despues de haber cumplido la ley judaica en la inmolation del Cordero Pascual, y de haber hecho con sus Apóstoles la última Pascua, á fin de acercar mas la figura á la realidad, y que conociesen mejor el valor de la víctima que se substituía en lugar de los holocaustos antiguos: en el momento en que su boca está teñida todavía con la sangre de esta víctima impotente, es quando tomó este excelente cáliz en sus santas y venerables manos para llenarlo de la sangre de la víctima adorable y universal. Este cáliz estaba expresamente figurado en aquel que tomaba el Profeta invocando al Señor, y es mas excelente que el que producía en el

mismo Profeta una santa embriaguez, capaz de calmar todas sus inquietudes y amarguras. Este es el verdadero cáliz de bendicion, no solo porque tomándole Jesu-Cristo dió gracias y lo bendixo, sino tambien porque de este cáliz es de donde debe derramarse sobre toda la faz del Cristianismo el espíritu de fervor y de piedad, el espíritu de consuelo y de paz, y el espíritu de amor y de caridad.

Consideremos, hermanos míos, que Jesu-Cristo en este momento teniendo entre sus manos el cáliz que va á recoger su preciosa sangre, desempeña las funciones de Angel de la paz y de Ministro del Testamento Nuevo. San Juan en el Apocalipsis nos habla de los Angeles, á quienes el Eterno entrega el vaso de su furor para verterle sobre todas las naciones, y aquí el Padre pone tambien en las manos de su Hijo el vaso de su misericordia para verterle sobre las almas pecadoras, y purificarlas de todas sus manchas; pero lo que me aflige sobre manera, es que el cáliz de bendicion sea para muchos una bebida mortal por el abuso que se hace de él, y que por la malicia de los malos se

convierta frecuentemente en vaso de maldieion y de cólera contra los sacrílegos y los profanadores. Por tanto dice San Juan Crisóstomo que procuremos que quando Jesu-Cristo nos dice: *tomad, y bebed todos de él*, que no se acerque á tomarlo ningun avaro, ni aquel que tenga la conciencia manchada con pasiones vergonzosas, ni ningun corazon doble y pérfido como el del traidor discípulo. Oh vosotros, que habeis llegado á borrar los desórdenes con lágrimas abundantes, con un dolor vivo, y una penitencia sincera; oh vosotros, á quienes un corazon sensible, un alma inocente y una conciencia pura os ponen en el número de los verdaderos discípulos de Jesu-Cristo; vosotros que os mostrais fieles en la práctica de su ley, deseosos de llevar su cruz, y hambrientos santamente de la justicia; vosotros sobre todo que habiéndos hecho víctima con él, le inmolaís vuestras inclinaciones, le sacrificais vuestros placeres, le ofrecéis vuestros bienes en la persona del pobre, tomad llenos de confianza este cáliz, y esnehad estas palabras: esta es la sangre del Nuevo Testamento, que recon-

cilia á un padre irritado con sus hijos indóciles, que repara los ultrages de todos los siglos, que borra todo género de pecados, y reconcilia los pecadores de todas las edades: esta es la sangre del verdadero Cordero Pascual, que pasando por vuestros labios, va á teñir la puerta de vuestro corazon y á apartar el Angel exterminador: esta es la sangre figurada por la de la becerria, cuya aspersion tiene la virtud de purificar las conciencias de las obras muertas: esta es la sangre que representada por la que llevaba el gran Sacerdote una sola vez al año al Santísimo, es ahora sin cesar ofrecida por Jesu-Cristo, y continuamente presentada á Dios por nosotros en el Santuario de su gloria: esta es la sangre que grita mucho mas fuerte que la de Abel, pero con voces de misericordia y de gracias; que obra con mucha mas eficacia que la de tantas víctimas desechadas, y que consolida, no la alianza pasagera que Dios hace por el ministerio de los hombres con un solo pueblo, sino la alianza eterna que contrata por el ministerio de su hijo con todas las naciones de la tierra.

Dentro de poco nos dice Jesu-Cristo : esta sangre místicamente derramada, lo va á ser de una manera sangrienta y visible, y el deseo que tengo de derramarla es causa de que tome este medio para verterla en vuestros corazones. Esta sangre va á derramarse por vosotros que sois mis discípulos : la envidia de mis enemigos es una de las causas de mi muerte ; pero no es esta sin embargo la principal. Las acusaciones que han de inventar para perderme, la perfidia del discípulo que me ha de vender, la cobardía del Juez que me ha de condenar, y la crueldad de los verdugos que me han de quitar la vida son otros tantos instrumentos de que se sirve mi caridad ingeniosa para probaros mi amor. Esta caridad infinita en sus principios es inmensa en sus efectos : mi bondad no distingue de Judíos ó de Gentiles, de Griegos ó de bárbaros, porque mi sangre será derramada por todos ; y si la superabundancia de mis méritos no tiene para todos igual aplicacion, no culpeis á mi grande misericordia, porque el hijo de perdicion deberá solo su caída á su pecado. No queráis por tan-

to sondear con demasiada curiosidad la profundidad de mi justicia ; adorad sus rigores sobre los que se pierden, y prevenid su severidad con una fiel aplicacion de este misterio de mi amor. Yo establezco este Sacrificio para la remision de vuestros pecados, y como ellos se renuevan todos los dias, será tambien ofrecido todos los dias para purificaros de ellos.

Convidando los Profetas á los Israelitas á la penitencia, les mandaban pegar su rostro con la tierra para expresar mejor la humillacion que les inspiraba la consideracion de sus crímenes ; y esta circunstancia del Sacrificio de la Misa me autoriza tambien á mí para exhortaros á imitarlos. Sí, debéis postraros humildemente en tierra, y pegaros con ella para adorar este misterio de un Dios, que se ha hecho víctima por el pecado. Jesu-Cristo en el Altar solo piensa en nuestras llagas, y prepara el remedio para ellas. Perdonad, Señor, dice á su Padre, perdonad á vuestro pueblo : no conserveis por mas tiempo los justos sentimientos de vuestra ira ; y si todavia estais implacable contra el pecado, deseárgad vuestros

golpes sobre una víctima que se ofrece por todos. En efecto los descarga el Padre, hermanos míos, y este Sacrificio, á pesar del aparato de piedad, y de respeto que conservan los Cristianos que asisten á él, siempre es un Sacrificio de expiacion y de sufrimiento para Jesu-Cristo: no de un sufrimiento actual, incompatible con el estado de gloria y de felicidad, á que le ha elevado su Resurreccion, sino de un sufrimiento en algun modo representativo de los tormentos que padeció en su pasion. Jesu-Cristo es en la Misa, como lo fué en la cruz, víctima de la hipocresia de los Sacerdotes, de la perfidia de sus discípulos, del abandono y de la ingratitude de los mismos á quienes ha colmado de beneficios y de gracias, y del desprecio y de las burlas de los que vienen á presentarse delante de su Altar, y estos mismos pecados que renuevan con tanta crueldad la historia de su pasion, son el objeto de este Sacrificio.

El silencio que guarda sobre el Altar semejante al que guardó sobre la cruz, no tiene otro objeto que inspi-

rar á los que le ultrajan el arrepentimiento y la penitencia: las oraciones que encamina á su Padre tienen tambien el de conseguir su conversion, y prodigando su sangre sobre el Altar, como sobre el Calvario, quiere que todos los que concurren al Sacrificio encuentren la salud y la vida, la paz de sus almas, la curacion de sus heridas y la remision de sus pecados.

Demos pues fin á esta instruccion con las palabras mismas con que se acaba la consagracion: *Todas las veces que hicieris estas cosas las hareis en memoria de mí.* Llevad á esta accion las mismas disposiciones y sentimientos que me han empeñado á mí para ella: considerad que el objeto de mi mision, el fin de mi Sacrificio, y el compendio al mismo tiempo de vuestras obligaciones es el vengar á un Dios ultrajado, el destruir el reyno del crimen, y establecer el reyno de Dios sobre las ruinas del Príncipe de las tinieblas. Bien conozco que no será bastante el asistir, ofrecer ó participar de esta oblacion, para hacer esta accion en memoria mia; y así es indispensable tambien que el ódio del pecado, la vo-

120 *Instruccion sobre las palabras*

luntad de destruirlo y de expiarlo por la penitencia, excite en vuestros corazones ese amor de la cruz, ese espíritu de abnegacion y de desprendimiento que me han conducido al Altar. Ya pues que haceis memoria de mi Sacrificio, hacedla tambien de mi obediencia con vuestra sumision á la ley; de mi paciencia con vuestra igualdad de espíritu en las aflicciones de la vida: de mi dulzura con vuestra deferencia los unos por los otros: y de mi tierna caridad con vuestra atencion en aliviar á los miserables.

Haced todo esto á exemplo mio, y entonces podreis haceros la justicia de que haceis estas cosas en memoria de mí. Vuestra vida, como la mia, será un Sacrificio continuo, y mi oblacion derramará sobre todas vuestras obras el espíritu que debe vivificarlas, y haceroslas meritorias para la vida eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

UNDE ET MEMORES.

PSALMO CXVIII.
V. 49.

Acuérdate de tu palabra á favor de tu siervo, en la que me has hecho esperar.

En este pensamiento del Profeta enueentro una idea exácta de los sentimientos que deben inspiraros las palabras de la consagracion que os acabo de explicar. En efecto estas son las palabras del Señor por excelencia, pronunciadas por la misma boca de aquel

TOM. II. I

á quien ha sido dado todo dominio en el cielo, en la tierra y en los infiernos: ellas son dirigidas verdaderamente á sus siervos, á quienes ha impuesto el precepto de repetir las. Ellas son palabras de esperanza y de vida, porque el misterio que han obrado tiene por objeto el resucitar á los muertos por el pecado, y reanimar la confianza de los que por una justa consideración de su enormidad pudieran venir á punto de desesperación. Por tanto podemos decirle como el Profeta: hemos hecho en memoria vuestra lo que nos habeis mandado, asistiendo con religioso respeto al Sacrificio que se obra por las palabras que os habeis dignado enseñarnos. Mostrad, Señor, que estas palabras hacen sobre Vos las impresiones mas saludables en favor de vuestros siervos, y no permitais que su confianza quede sin efecto. Vamos pues, hermanos míos, á pasar desde estas palabras á las oraciones que siguen á la consagración. Las anteriores pueden mirarse como una preparación, y las que voy á explicar como una aplicación de este misterio.

La Iglesia acaba la consagración

con estas palabras de Jesu-Cristo: *Hareis estas cosas en memoria mia, y el Sacerdote inmediatamente despues dice la oración siguiente: Por tanto, Señor, haciendo memoria nosotros, tus siervos, y tambien tu pueblo santo de la bienaventurada Pasión del mismo Cristo, tu Hijo y nuestro Señor, y de su Resurrección de los infiernos, como tambien de su gloriosa Ascension á los cielos; ofrecemos á tu incomparable Magestad, de tus mismos dones y dádivas la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna, y Cáliz de perpetua salud.*

La primera reflexión que esta oración me inspira, es la distinción que hace la Iglesia en la oblación del Sacrificio entre los asistentes y el pueblo de Dios. Es cierto que la víctima se ofrece por todos; pero especialmente por los que estan presentes, los cuales se identifican en algun modo con el Sacerdote; así como éste con Jesu-Cristo, en quien reside únicamente la plenitud del Sacerdoció, de manera que la primera aplicación de este misterio se hace por el Sacerdote que le ofre-

ee, y por los que le ofrecen en la actualidad por sus manos, de donde inferiremos que la frecuente asistencia al Sacrificio de la Misa, aun en los dias que no son de obligacion, es una de las prácticas mas útiles, preferible á todas las oraciones que podemos hacer en el interior de nuestras casas, porque nos hacemos en la Misa en algun modo los representantes de la Iglesia entera para ofrecer en su nombre, y conseguirla las gracias, que son el fruto de este Sacrificio. Pero si esta tierra madre da una justa preferencia á los que con reverencia y devocion concurren al santo Sacrificio, no echa en olvido á los que se ven privados de esta satisfaccion piadosa, ó bien por las distancias de sus casas, ó por sus negocios particulares, ó por sus enfermedades; ni tampoco á los que dexan de asistir, ó bien por un descuido afectado, ó por una culpable indiferencia. A todos pues comprehenden estas palabras: *y tú, pueblo santo*; ¡Qué consuelo tan dulce, hermanos míos, para los que se ven privados de la participacion de este Sacrificio por las causas justas y legítimas que hemos indi-

cado, qué consuelo digo el pensar que estan presentes en la asamblea de los fieles; que la Iglesia piensa en el remedio de sus necesidades, y que la distancia que los separa exteriormente de la víctima, no es capaz de romper la union que ha formado la caridad! Ellos en efecto pertenecen á esta santa familia, y estan tanto mas unidos, quanto mas se conforman con la cabeza de ella así en sus trabajos, como en su paciencia.

Segunda reflexion. Aunque el Sacrificio de la Misa esté destinado especialmente á recordarnos la memoria de la pasion de Jesu-Cristo, tambien hace mencion la Iglesia en la oracion de que tratamos de los misterios de la Resurreccion y de la Ascension, por la relacion esencial que tienen con la pasion. Así en este Sacrificio hacemos memoria de Jesu-Cristo muerto, el qual ha destruido con su muerte el imperio que ésta tenia sobre nosotros; y siendo ella ántes el tributo del pecado, es ahora el paso á una vida que no reconoce fin. Hacemos tambien memoria de Jesu-Cristo resucitado, cuya Resurreccion es el modelo y el princi-

pio de la nuestra, el qual saliendo del sepulero iluminó nuestra fé, fortaleció nuestra esperanza, conserva en este Sacrificio todas las qualidades de los cuerpos gloriosos, y transmite á los nuestros la dichosa felicidad de ser transformados un dia en él. Hacemos tambien memoria de Jesu-Cristo subiendo á los cielos, y en alguna manera nos subimos tambien con él, y nos colocamos en espíritu en el lugar que á cada uno le destina, de suerte que podemos mirarnos desde ahora como los ciudadanos del cielo, y considerarnos en la tierra como en un estado de verdadera peregrinacion. ¿Será posible que traiga un Cristiano con frecuencia á su memoria los frutos de estos misterios, y que conserve tan constantemente el amor á las cosas sensibles? ¿Qué ofrecemos el Sacrificio en memoria de Jesus Crucificado, y el espíritu de religion no tendrá poder sobre nuestros corazones para inspirarnos el espíritu de abnegacion y de sacrificio! Nosotros participamos de su Resurreccion, participando de esta oblation santa, y esta participacion no consiste por desgracia sino en oraciones estériles, las cuales de nada nos sir-

ven para evitar las obras muertas, ni nos hacen mas fieles para caminar en una vida nueva. Jesu-Cristo ha resucitado para no volver á morir, y nosotros no procuramos defendernos de los golpes mortales que nos puede dar el enemigo de nuestra salvacion. En fin, nos unimos á Jesu-Cristo subiendo á los cielos, y nuestros corazones sin embargo estan aprisionados con vínculos terrenos entregados á los deseos de la carne, y siendo tan dóciles á las voces de la sangre, carecemos aun del deseo de los bienes de la eternidad. ¿Podremos pues llamarnos con justicia siervos de Dios: nos atreveremos á contarnos en el número de sus hijos y de su pueblo, y á tomar el título de nacion santa? ¿podremos alabarnos de conservar en la memoria estos tres grandes misterios con un profundo reconocimiento? ¡Ah! Lloremos nuestro criminal olvido, y digamos con espíritu de contricion y de humildad: Señor, al ofrecer este Sacrificio á tu incomparable Magestad nos llenamos de temor, y á la verdad que nos veriamos oprimidos baxo el peso de esta magestad adorable, si no tuvieramos que ofrecerte tus mis-

mos dones y dadivas. No mires, Señor, nuestros pecados sin número, ni la resistencia culpable que hasta aquí hemos tenido, sino la Hostia pura, la qual no ha conocido el pecado, sino para sufrir su pena, ni experimentó la malicia propia de la humanidad sino para sucumbir baxo sus esfuerzos. Haced, Dios mio, que su Sacrificio purifique vuestras almas de todo afecto desordenado, y de todos los deseos que sean opuestos á vuestra ley, para que seamos santos por la union á esta Hostia santa; y si no podemos pretender esa pureza esencial, esa pureza inviolable, que no ha sido jamas manchada con el pecado, haced, á lo ménos que participemos de la víctima que reúne en sí el germen de esta pureza esencial, porque ella es Hostia inmaculada: haced que en adelante no gustemos de los frutos de la iniquidad, de esos frutos que nos han dado tantas veces la muerte, y que nos la darian todavía, si en vuestra Iglesia no hubieseis puesto como en otro tiempo en el Parayso de las delicias un Arbol de vida, un Pan de vida eterna. Vuestra misericordia hace correr continuamente de este jar-

din, no rios caudalosos de aguas cristalinas, sino una Sangre preciosa que al mismo tiempo es vida y refrigerio de nuestras almas. Hacednos pues partícipes de este Cáliz que apaga la sed, y que es el Cáliz de perpetua salud.

El Sacerdote al decir las últimas palabras de esta oracion, hace á cada atributo de la víctima una señal de cruz; pero debeis advertir que aunque estas señales signifiquen como las que se han hecho ántes de la Consagracion, que el Sacrificio es la representacion de la passion de Jesu-Cristo, su objeto, sin embargo, no es como el de las primeras de bendecir los dones, porque ya estan benditos por la conversion de las especies del Pan y del Vino en el Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador; sino el de advertir al Sacerdote y á los asistentes que este Sacrificio renueva el de la Cruz, no solo en quanto á su substancia, sino tambien en quanto á sus efectos.

Sobre la Cruz se ofrece una Hostia pura, á un Dios puro: una Hostia Santa, á un Dios tres veces Santo: una Hostia inmaculada, á un Dios enemigo y vengador del pecado: un Pan de

vida eterna, al que es principio de ella; y un Cáliz de salud perpetua, al que es el fin de esta salud. Estos mismos objetos se nos representan á medida que el Sacerdote repite las señales de Cruz: en efecto ellas me representan siempre á Jesus crucificado, no solo de una manera figurativa, sino positiva y real: ya no hay necesidad de transportarse en espíritu al Calvario para participar del Sacrificio, porque el altar se hace un Calvario nuevo en donde la justicia de Dios pide el Sacrificio, en donde le prepara la sumision del Hijo, se executa por el ministerio del Sacerdote, y le consume la caridad. Aquí puedo yo decir como en el Calvario que ha sido ofrecido por su espontánea voluntad, y por su propio ministerio como una Hostia pura é inmaculada. Oxalá que pudiese decir con tanta verdad como el Apóstol: *estoy unido con Jesu-Cristo á la Cruz*. Estoy unido á la Hostia pura, sino con una pureza inviolable, á lo ménos con una detestacion perfecta del pecado: estoy unido á la Hostia santa, sino por una justicia inadmisibile, á lo ménos por una voluntad sincera de velar en defensa del rebaño que me ha

confiado: estoy unido á la hostia inmaculada, sino libre totalmente del pecado, á lo ménos con un deseo verdadero de vengarlo con la penitencia: estoy unido al Pan de vida eterna, sino renunciando del todo los objetos terrenos y pasajeros, á lo ménos con un desprendimiento interior de ellos, y un gusto anticipado de todo lo que participa de la eternidad de este Pan: en fin, estoy unido al Cáliz de salud perpetua, sino con un amor tan ardiente como el Hijo, y con sus humillaciones y tormentos, á lo ménos con una perfecta sumision á su voluntad, con una resignacion entera á sus órdenes, y con una confianza inalterable de que el Cáliz amargo, que su justicia me presenta en la tierra, será dulcificado perfectamente con los consuelos que me prepara de salud perpetua. Así sea.

vida eterna, al que es principio de ella; y un Cáliz de salud perpetua, al que es el fin de esta salud. Estos mismos objetos se nos representan á medida que el Sacerdote repite las señales de Cruz: en efecto ellas me representan siempre á Jesus crucificado, no solo de una manera figurativa, sino positiva y real: ya no hay necesidad de transportarse en espíritu al Calvario para participar del Sacrificio, porque el altar se hace un Calvario nuevo en donde la justicia de Dios pide el Sacrificio, en donde le prepara la sumision del Hijo, se executa por el ministerio del Sacerdote, y le consume la caridad. Aquí puedo yo decir como en el Calvario que ha sido ofrecido por su espontánea voluntad, y por su propio ministerio como una Hostia pura é inmaculada. Oxalá que pudiese decir con tanta verdad como el Apóstol: *estoy unido con Jesu-Cristo á la Cruz*. Estoy unido á la Hostia pura, sino con una pureza inviolable, á lo ménos con una detestacion perfecta del pecado: estoy unido á la Hostia santa, sino por una justicia inadmisibile, á lo ménos por una voluntad sincera de velar en defensa del rebaño que me ha

confiado: estoy unido á la hostia inmaculada, sino libre totalmente del pecado, á lo ménos con un deseo verdadero de vengarlo con la penitencia: estoy unido al Pan de vida eterna, sino renunciando del todo los objetos terrenos y pasajeros, á lo ménos con un desprendimiento interior de ellos, y un gusto anticipado de todo lo que participa de la eternidad de este Pan: en fin, estoy unido al Cáliz de salud perpetua, sino con un amor tan ardiente como el Hijo, y con sus humillaciones y tormentos, á lo ménos con una perfecta sumision á su voluntad, con una resignacion entera á sus órdenes, y con una confianza inalterable de que el Cáliz amargo, que su justicia me presenta en la tierra, será dulcificado perfectamente con los consuelos que me prepara de salud perpetua. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

SUPRA QUÆ PROPITIO.

PSALMO CIX.
vers. 4.

*Tú eres Sacerdote eternamente, según
el órden de Melquisedech.*

No pretende el Profeta, hermanos míos, en estas palabras ofrecernos el origen y el modelo del Sacerdocio de Jesu-Cristo, porque Melquisedech solo fué consagrado por Dios, y la materia de su Sacrificio no fué santa y

Supra quæ propitio. 133

agradable al Señor, sino porque habia sido escogida por la sabiduría del Padre desde la eternidad, para que fuese la materia de un verdadero Sacrificio que debia ofrecerle su Hijo; y así aunque los Sacrificios de Abel, de Abraham, y Melquisedech sean mucho mas excelentes que todos los demas de la ley Judaica, no pueden sin embargo compararse al de Jesu-Cristo sino como las sombras y figuras á la realidad.

El elogio que hace la Iglesia de los Sacrificios de estos Patriarcas en la oracion que vamos á explicar, léjos de debilitar nuestra veneración, y de disminuir nuestra confianza por el de Jesu-Cristo, debe enseñarnos á buscar en él la eminencia y la perfeccion de las qualidades preciosas que distinguieron el de estos grandes hombres de la ley escrita. De todos los Sacrificios que habian figurado el del Hijo de Dios, no habia uno que fuese verdaderamente el objeto de sus delicias; pero sin embargo es muy de notar que muchos de ellos merecieron que Dios los mirase benignamente, porque las disposiciones de los mismos que los ofrecian, y la materia de ellos,

representaban de una manera sensible la oblation que desde la eternidad se habia escogido el Todopoderoso, y así podemos nosotros poner con la Iglesia á la cabeza de estos Sacrificios los de Abel, de Abraham, y de Melquisedech. En efecto la Iglesia en la oracion que estamos explicando hace expresa mencion de ellos, y pide á Dios que se digne recibir el Sacrificio que le ofrece, como aceptó los de estos hombres recomendables por su piedad, dando á sus oblationes, aunque hechas ántes de la ley nueva, los nombres de Sacrificios santos, y de Hostias puras é inmaculadas. Pero cómo puede atribuir estas qualidades admirables á unas Hostias, que fuéron abolidas, y reprobadas en algun modo por la institucion del Sacrificio de Jesu-Cristo? Vamos pues, hermanos mios, á estudiar estas diferentes figuras, acercándolas á la realidad de donde proviene todo su valor.

El Sacrificio de Abel es santo, porque le ofrecia un justo que estaba instruido de las desgracias de su caída, y de los recursos que le preparaba la misericordia en Jesu-Cristo. El en efecto ofrece las primicias de su rebaño,

con un corazon simple, recto y sincero, en lo qual es una figura del verdadero Cordero que cargado con los pecados del mundo debe dexarse un dia llevar á la inmolation, sin despegar sus labios. Abel prepara en este Sacrificio el que muy pronto debe ofrecer baxo la mano fratricida de Cain, donde representará á Jesu-Cristo nuestro hermano de una manera mas particular y sensible, sacrificado á la envidia de los Fariseos, y entregado por Judas su discípulo y su Apóstol. Abel merece pues el nombre de siervo, y muchos años ántes que se publicase el Evangelio, su moral sublime daba una idea exacta de la que debia publicarse un dia. Dulce y humilde de corazon, paciente en las injurias, y adorador de su Dios en espíritu y en verdad, es verdadero justo, y participa de antemano de la justicia del que ha venido á la tierra para establecer en ella una justicia eterna.

El Sacrificio de Abraham es santo, como mandado por un órden expreso del Señor, y este Patriarca se hace en esta circunstancia la imágen del Padre Eterno, el qual nos ha amado hasta darnos á su Hijo único. El nos presenta el

edificante espectáculo de una obediencia perfecta, que se somete sin racionar, y que executa sin murmurar: de una confianza filial que cuenta mas con la ternura de un padre que manda, que con los recursos de una vana prudencia para eludir una sumision dificil y penosa: de una fé viva que desecha las apariencias engañosas, y los temores frívolos para amar y seguir las promesas ciertas que deben hacerle el Patriarca del mundo fiel. Su obediencia, su valor y su fé serán hasta el último dia una leccion importante y sensible para los Cristianos dóciles, y un cargo terrible y opresor para los que endurecen su corazon: estas virtudes merecieron á este grande hombre que se le llama-se el Padre de los creyentes, porque resolviéndose á sacrificar su mismo hijo, á pesar de las reclamaciones del amor paternal, y de las voces de la naturaleza y de la razon humana, creyó y esperó con toda firmeza.

El Sacrificio de Melquisedech es santo: el reconocimiento es quien le prepara, y en esto es la figura mas sensible del Sacrificio Eucarístico, ó de accion de gracias. Un Sacerdote Rey

es quien ofrece el Pan y el Vino, como lo hace el Sacerdote en el Altar, para dar á Dios gracias de una victoria importante, y este Señor movido de un Sacrificio tan generoso derrama sobre Abraham y su posteridad las bendiciones mas abundantes. Melquisedech es en esta circunstancia mediador como Jesu-Cristo entre Dios y los hombres: en alguna manera participa de la divinidad, porque su generacion es inefable como la del Verbo, y goza de la humanidad por su qualidad de Rey de Salem, siendo en esto la figura del verdadero Emmanuel, que Sacerdote y Rey á un mismo tiempo vino al mundo para asegurarnos la victoria sobre el pecado, y purificarnos y bendecirnos por medio de la oblation del Pan y del Vino, convertidos en su cuerpo y su sangre.

La Iglesia nos trae á la memoria estos tres misterios quando en la oracion que meditamos pide á Dios que se digne mirar con *rostro propitio y sereno* los dones que ofrece por mano del Sacerdote, así como se dignó aceptar los de Abel, Abraham y Melquisedech. Como si dixese, tú, Señor, te dignas-

te dar valor á la ofrenda de Abel, aunque solo te presentase los recentales de sus rebaños: al Sacrificio de Abraham, aunque no te ofreciese en la persona de su Hijo sino una víctima mortal: á la oblacion de Melquisedech, aunque no tuviese en sus manos sino elementos mudos é inanimados: tú permitistes que se llamasen estos dones un Sacrificio santo, una Hostia inmaculada, porque eran la figura de una Hostia mas santa todavía, y de un Sacrificio mas excelente. Tú nos das un derecho á todos tus beneficios, quando tú mismo pones en las manos de tus Ministros no la sangre de algunos animales, sino la sangre de la nueva alianza, no el Hijo de un justo, sino el Justo mismo, el Santo por excelencia, y el hijo eterno de Dios vivo y verdadero: no el pan material destinado á sustentar nuestro cuerpo, sino el trigo de los escogidos, el Pan baxado del cielo, y el alimento de tus Angeles: no el vino, hecho por las manos de los hombres, y destinado á darles fuerzas corporales y pasajeras, sino el Vino que engendra las Vírgenes, que consuela al hombre en este valle de lágrimas de todas sus affic-

ciones, y que has prometido dar á gustar de nuevo á tus escogidos en tu reyno. Este es el Sacrificio verdaderamente bendito, y que puede por sí solo ser el origen de toda suerte de bendiciones.

Pero aunque la Iglesia da una justa preferencia al Sacrificio de Jesu-Cristo, no debemos perder de vista los tres grandes Santos de que se hace mencion en la oracion de que tratamos; porque el Sacrificio que respectivamente ofrecen, y las disposiciones que llevan á él son otras tantas instrucciones que nos hace presentes esta tierna Madre. Llevemos pues al Altar con Abel un corazon puro, una alma inocente y simple, una mansedumbre inalterable aun entre los mismos malos, y ofrezcamos con él las primicias de todo quanto consideramos como nuestro: es decir, si somos jóvenes los primeros afectos y las primeras inclinaciones de nuestro corazon: ofrezcamos cada dia nuestros primeros pensamientos y acciones, porque cada edad, y cada situacion de la vida tiene sus primicias propias. El rico ofrece las primicias de sus riquezas quando renunciando al luxo y á la come-

dididad, reparte entre los pobres la parte de sus bienes que los pecadores entregan á sus placeres. El Cristiano afligido ofrece sus primicias quando somete su voluntad á la del Señor, quando impone silencio á la naturaleza, y quando prefiere una vida laboriosa en pos de Jesu-Cristo, á una vida deliciosa entre los malos y corrompidos del siglo. Presentemos con Abraham nuestro hijo único: es decir, las inclinaciones mas favoritas de nuestro corazon, y no dudemos sacrificar nuestros afectos, nuestros gustos y deseos luego que reconozcamos el mandamiento expreso de Dios. No ratiocinemos sobre la naturaleza de estos preceptos quando nos vienen por una autoridad legitima; y pues que este grande hombre se distinguió por su obediencia, su valor y su fé, mostrémonos nosotros como los hijos verdaderos de Abraham, y herederos de las promesas que Dios le hizo por medio de una docilidad perfecta, de una paciencia invencible, y de una fé activa.

Estas son las lecciones importantes que nos da la Iglesia, haciendo mencion de estos tres justos del Antiguo

Testamento; pero consideremos principalmente en Jesu-Cristo, que es el único objeto de nuestra adoracion y de nuestra confianza, consideremos, digo, el verdadero Abel, el fiel Abraham, y el verdadero Melquisedech, y unámonos á su Sacrificio que reúne todos los caracteres y ventajas que acabamos de admirar en estos justos. Esta es verdaderamente la ofrenda de las primicias, porque él es el Cordero inmolado desde el origen del mundo, el Primogénito de los hijos de los hombres, el Xefe de los predestinados, y el modelo de la verdadera Resurreccion. El es la parte mas selecta del rebaño que Dios se ha escogido, y el Cordero sin mancilla, aunque se ha cargado con los pecados de su Pueblo. El está revestido á los ojos de su Padre del toison precioso, figurado por el de Gedeon, el qual está empapado del rocío de la gracia, mientras que toda la tierra está seca y árida: él solo es el que está al abrigo de diluvio de iniquidades que ha sumergido toda criatura: finalmente esta oblacion es de la que se nos dice en el libro del Génesis que fué agradable á Dios.

Consideremos en Jesu-Cristo el verdadero Abraham, el verdadero Padre de los creyentes, que incomparablemente mas dócil que este Patriarca, dexa la mansion de su gloria para venir, no á una tierra extranjería, sino entre los suyos mismos, en donde será desconocido. Todas las naciones serán benditas en él, y sin embargo cae sobre sus hombros todo el peso de la cólera celestial, y así sube á la montaña del Calvario, cumpliendo con las órdenes de su Padre, cargado con el madero de su holocausto. Importa poco que ruegue para que se traspase este cáliz de amargura, porque el Angel le anunciará que ha de beberle hasta las heces: su cabeza ceñida con la corona de espinas traerá sobre sí los pecados de todo el mundo, y finalmente será substituido á todas las víctimas ofrecidas hasta entónces, y dará valor á las que exija la justicia de Dios en la serie de los tiempos.

O verdadero Abraham, exclamaremos con el Angel del Señor: ahora conozco que temes á Dios. Tú eres de donde podemos sacar ese temor saludable que forma en nosotros la Sabiduría;

tú no has rehusado á Dios tu propia vida, para probar tu obediencia, y por este Sacrificio nos das una leccion muy eloqüente de sumision y de docilidad.

Admiremos en fin, hermanos míos, el verdadero Melquisedech, cuya generacion no es posible contar, dice un Profeta: cuyo Sacerdocio trae su origen desde la eternidad misma: cuyo reyno no tendrá fin. Este Melquisedech desconocido como Rey de la gloria por la Jerusalem terrena, es sin embargo el Rey de las naciones, el Príncipe de la Paz, el Dominador del cielo y de la tierra, en cuyas manos se encuentra el Pan de vida, y el Cáliz de salud que bendice dando gracias á su Padre.

Postrados pues delante de su Altar repitamos las palabras del Profeta Rey: tú eres Sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedech. Por ti serán ofrecidos hasta la consumacion de los siglos todos los Sacrificios, las oraciones y los votos de los hombres: de ti viene el mérito y el valor de la oblacion de nuestros cuerpos, de nuestros bienes, de nuestro espíritu y de nuestros corazones: en ti encontraremos el modelo y la regla de todos nuestros Sacri-

ficios, y por ti se nos aplicará el fruto de nuestras ofrendas. Tú que has hecho de nosotros un orden de Sacerdotes y de Reyes, no permitas que desmientan nuestras obras caracteres tan augustos: haz que sostengamos esta dignidad con frecuentes victorias sobre nuestras pasiones, y con el Sacrificio continuo de nuestra voluntad: haz que siendo fieles á este doble ministerio, desempeñemos constantemente nuestras funciones en la tierra, y que merezcamos continuarlas en el templo de tu gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

SUPPLICES TE ROGAMUS.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS.
cap. 9. v. 24.

Jesus entró en el mismo cielo, para presentarse ahora adelante de Dios por nosotros.

Me atreveré yo á explicar una oración que los Autores mas sabios, los Pontífices mas santos, y los Doctores mas ilustrados han llamado inefable: una oración cuya profundidad misterio-

ficios, y por ti se nos aplicará el fruto de nuestras ofrendas. Tú que has hecho de nosotros un orden de Sacerdotes y de Reyes, no permitas que desmientan nuestras obras caracteres tan augustos: haz que sostengamos esta dignidad con frecuentes victorias sobre nuestras pasiones, y con el Sacrificio continuo de nuestra voluntad: haz que siendo fieles á este doble ministerio, desempeñemos constantemente nuestras funciones en la tierra, y que merezcamos continuarlas en el templo de tu gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

SUPPLICES TE ROGAMUS.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS.
cap. 9. v. 24.

Jesus entró en el mismo cielo, para presentarse ahora adelante de Dios por nosotros.

Me atreveré yo á explicar una oración que los Autores mas sabios, los Pontífices mas santos, y los Doctores mas ilustrados han llamado inefable: una oración cuya profundidad misterio-

sa no se han atrevido á sondear, y que se ha mirado como superior á toda expresion por aquellos que se han dedicado á meditarla con fé? La obligacion que me he impuesto de explicaros todas las oraciones y ceremonias del Santo Sacrificio no me permite dispensarme, valiéndome de las luces de tantos Sabios y Santos, de poner en vuestra consideracion unas palabras consagradas para continuar el mas augusto de nuestros misterios. Debeis para esto no perder de vista que todas las oraciones del Cánón de la Misa tienen relacion íntima con las palabras de la consagracion. Estas oraciones deben ser pronunciadas con religioso temor, y meditadas con veneracion profunda: excitemos estos sentimientos en nuestros corazones, y prestadme la atencion posible.

Todas las oraciones del Cánón, á excepcion de las palabras de la consagracion se dicen teniendo el Sacerdote las manos elevadas; pero en esta de que tratamos, las junta, se inclina, y en algunas Ordenes religiosas cruza los brazos sobre el pecho. El Ministro se postra delante de la magestad de

Dios, segun que se lo permite la accion del Sacrificio, y hace tres señales de cruz, cuyo espíritu y objeto se reconoce en las palabras mismas que subsiguen y anteceden.

Rogámoste humildemente, oh Dios todopoderoso, mandes que por manos de tu Santo Angel sean llevadas estas cosas á tu sublime Altar á la presencia de tu Divina Magestad, para que todos quantos participando de este Altar recibiéremos el Sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales. Por el mismo Cristo Señor nuestro.

Rogámoste. La Iglesia ha ordenado con gran sabiduria que esta oracion se diga por el Sacerdote estando inclinado profundamente, y quierre por medio de las expresiones mas humildes pasar á su corazon y al de los asistentes los sentimientos mas respetuosos. Estas palabras deben ir en efecto acompañadas por parte del Sacerdote y del pueblo de una humilde confianza, porque se dirigen á un Dios todopoderoso, á un Dios bueno, á un Dios paciente, á un Dios indul-

gente y misericordioso, de quien, como nota un Autor piadoso, solicitamos aquí los efectos de su misericordia, y mas principalmente de su poder; y en efecto, se requiere toda la fuerza de su brazo para reconciliar al cielo con la tierra, y al hombre pecador con un Dios santo. Por esto no decimos como en las otras oraciones haced, permitid, conceded, sino mandad; y en efecto, para obrar tan grande maravilla, no se necesita ménos que esa voluntad imperiosa y absoluta que da el sér á la nada; que habla, y se hace todo; que manda, y todo es creado. Esta creacion nueva es, pues, la que debe renovar la faz de la tierra.

Mandad, Señor, que estos dones, indignos poco hace de entrar en el cielo, porque no eran á vuestros ojos ántes de la mudanza que se ha obrado mas que una vil materia; mandad, digo, que ahora que por la virtud de vuestra divina palabra se han convertido en el cuerpo y la sangre de un Dios, sean llevados á vuestro Altar sublime. Este Altar de la tierra no es digno de ellos, sin embargo de estar consagrado. Las manos del Sacerdote, aunque

santificadas por la uncion santa, no tienen la pureza que se requiere para ofrecerlos; y nuestros corazones, aunque animados por la caridad, y abrazados en el mas ardiente deseo, no son capaces de elevarse por sí hasta ese Altar sublime; y por tanto Vos mismo debeis, Señor, elevar estos corazones uniéndolos al Sacrificio, porque ¿quién será tan atrevido, pregunta un Profeta, que se presente delante de vuestro tabernáculo, y se quiera mantener sobre vuestra montaña santa? ¿Quién podrá lisongearse de tener la inocencia y la pureza de corazón que se requiere para presentarse con la debida confianza delante de Vos? ¿Ah! mientras que nosotros estamos postrados á los pies de este Altar visible, haced que vuestro Angel desempeñe la funcion de Pontífice para ofrecer sobre el Altar invisible la hostia de propiciacion. ¿Pero qué Angel empleareis, Dios mio, para tan importante ministerio? Es verdad que todos son los executores de vuestra voluntad; pero no todos están encargados de las mismas funciones. ¿Dareis esta comision al Angel, que armado con el poder de vuest-

tro brazo, precipitó en el infierno á los Angeles rebeldes? ¿Se la dareis al Angel bienhechor que en vuestro nombre fué la guia de Tobías, y el consolador de esta afligida familia? ¿Se la dareis al que escogisteis para anunciar á María el misterio de la redencion de los hombres? ¡Ah! aunque las Inteligencias celestiales sean tan admirables y santas, están postradas todas á los pies del Altar, tiemblan en la presencia del Cordero, y consideran como muy superior el ministerio de vuestros Sacerdotes. Por esta causa Jesu-Cristo mismo, el Angel del gran consejo, está encargado de presentaros esta oblacion. Si en la tierra le rebajasteis algun tanto respecto de los Angeles, es muy justo que recobre sobre estos Espiritus bienaventurados la superioridad que le da su naturaleza, y que en medio de sus bendiciones y adoraciones profundas tribute á vuestra Magestad por este Sacrificio el honor, la alabanza y la gloria que son debidas. Pero entretanto que nuestro Pontífice, nuestro mediador y nuestra víctima desempeña cerca de Vos en el cielo tan interesantes y augustas

funciones, nosotros participaremos de este Altar visible que se identifica con el Altar sublime del cielo. Ya no existe el muro de separacion: Vos estais verdaderamente con nosotros en la tierra, y nosotros estamos ya con Vos en el cielo: nuestra baxeza ya no puede considerarse como un estorbo: vuestra grandeza y vuestra magestad ya no nos oprimen: vuestro Hijo, que está en vuestra presencia, oculta á vuestros ojos todas las imperfecciones de nuestra naturaleza; y colocado en medio de Vos y de nosotros, nos oculta y disminuye los rayos de vuestra gloria. Por esta causa vamos á participar de este Altar llenos de confianza, los unos por la Comunión del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo, y los otros por la union de sus corazones y de su voluntad á su Sacrificio: estos por la contricion de sus pecados, aquellos por sus votos y oraciones, y todos por la confianza mas viva.

Consideremos, pues, atentamente, hermanos míos, la oracion que dice la Iglesia en nuestro nombre, y llegaremos á comprehender la excelencia de la participacion del cuerpo y de la sau-

gre de Jesu-Cristo. En efecto, nosotros participamos de él de una manera real en la Comunión santa, que es en algun modo la consumacion del Sacrificio; pero la Iglesia, que no excluye de esta participacion ni aun á los mayores pecadores, nos enseña por estas palabras que hay un género de comunión compatible con todas las situaciones de los Cristianos que asisten á la Misa; y así mientras que el Sacerdote participa de ella ofreciendo el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo, y el Cristiano contrito recibiéndole dignamente, participará el pecador reconociendo sus pecados, acusándolos, detestándolos, solicitando su conversion, y tomando firmes resoluciones para contradecirlos. El Cristiano afligido comulgará uniendo sus dolores á los de Jesu-Cristo inmolado por nuestros pecados, uniendo su voluntad á la del Hijo de Dios, que se ofreció voluntariamente, y aceptando el cáliz de amargura que le presenta el Señor en memoria del cáliz de salud que se va á ofrecer por él. ¿Pero qué nos enseñan esas señales de cruz que hace sucesivamente el Sacerdote

sobre el cuerpo, sobre la sangre de Jesu-Cristo y sobre sí mismo? Nos enseñan que el Sacrificio de la Misa es el mismo que el de la cruz, y que contiene todo su valor y sus efectos, pero que Jesu-Cristo no se ha cargado con esta cruz sino por nosotros; que él la tomó primero para darnos el exemplo, pero que tambien quiere que la tomemos con gusto, y que solo baxo esta condicion puede ser su Sacrificio el origen de todas las bendiciones y gracias, como la Iglesia lo pide en esta oracion.

¿Y quién será el que ha de echarnos estas bendiciones? Acordémonos, hermanos míos, de aquella escala misteriosa que vió Jacob, por la qual los Angeles subian y baxaban sin cesar de la tierra al cielo, y del cielo á la tierra. Esta vision fué seguida de una aparicion todavia mas misteriosa: el Angel de Señor luchando con él le cede la victoria, y no se separa hasta que le ha dado todas las bendiciones del cielo. ¿Qué misterios tan grandes encierra esta circunstancia! ¿Qué propia me parece esta figura para hacer-

nos entrar en el espíritu de la oracion que hace la materia de este discurso!

Acabamos de ver como sube el Angel del Señor al Altar sublime del cielo, para presentar en él la hostia de propiciacion, y ahora le vemos descender á nosotros para traernos todas las gracias que son el fruto de este Sacrificio. El viene á combatir contra nosotros, declarando la guerra á las pasiones que ponian un obstáculo á estos preciosos frutos, y nos hiere como á Jacob, arrancando de nuestro corazón las inclinaciones mas imperiosas. Esta herida es en realidad una curacion verdadera; y para que en todo sea perfecta la figura, exclamemos con este Patriarca: ¡Ah! no te dexaré, Señor, hasta que me hayas dado tu bendicion: es decir, no nos separaremos de tu Altar hasta que oigas todas nuestras necesidades, sabiendo firmemente que de qualquier naturaleza que ellas sean, serán aliviadas por la virtud de esta oblation.

La Iglesia, que en todas las oraciones dedicadas á ofrecer el santo Sacrificio, usa siempre de palabras las mas propias, para darnos á conocer su uti-

lidad, nos dice en esta, que la bendicion que nos viene de Dios es una gracia, porque en realidad no nos es debida, y toda gracia puede considerarse como verdadera bendicion. Sin embargo, en estas dos palabras, gracias y bendiciones, comprehende de una manera directa todos los favores que podemos solicitar por el mérito de este Sacrificio; y es como si dixese á esa multitud innumerable de pueblos que participan de él en toda la extension del Cristianismo: aunque vuestras necesidades sean diversas, aunque se multipliquen vuestros males, aunque vuestra miseria sea muy profunda, pedid, y no temais que los límites que se han fixado al acto de este Sacrificio puedan perjudicar la extension de vuestras súplicas; ántes bien temed que vuestra poca fe y ninguna confianza detengan el curso de estas gracias y bendiciones. Si sois pecadores, pedid vuestra conversion en el seguro de que esta sangre se ha derramado para la remision de los pecados. Si sois justos, pedid el don de perseverancia, porque esta es la sangre de la alianza eterna que se ha dig-

nado Dios hacer con vosotros. Si estais afligidos, pedid los consuelos, porque este cáliz los encierra todos. Si sois tentados, pedid la fuerza, porque este Sacrificio es el seguro de vuestras victorias. Si sois perseguidos, pedid la paciencia, porque Jesu-Cristo en este Sacrificio os da el exemplo de ella. Si sois pobres, pedid los recursos que necesitais para aliviar vuestra pobreza, porque un Dios pobre es el que ha ofrecido este Sacrificio, y el que os ha adquirido el derecho á las riquezas de la gracia. En fin, si padeceis inquietudes y agitaciones, pedid la paz, porque este Sacrificio es la prenda de ella.

He seguido, hermanos míos, en esta explicacion la doctrina de los Padres y Doctores mas ilustrados; pero para no omitir cosa alguna que pueda instruirnos sobre un objeto tan importante, añadiré una reflexion de un Autor muy juicioso. Hemos aplicado á Jesu-Cristo en un sentido muy natural estas palabras: *Rogámoste mandes que por manos de tu Santo Angel sean llevadas estas cosas á tu sublime Altar;* y aunque esta aplicacion tiene grande analogia con los principios de nuestra

creencia, no excluye sin embargo una interpretacion todavia mas natural, y muy propia para dar fomento á nuestra fe. En efecto, los Angeles asisten con nosotros al tremendo Sacrificio. ¡ Ah, si los imitásemos en su recogimiento, y en las profundas adoraciones que dan á Dios! La funcion de estos Santos Angeles es la misma que en otro tiempo exercia el Angel Rafael al lado de Tobías, quando le dice: *Yo soy el que presento al Señor las oraciones, los sacrificios y los votos que se le dirigen.* Sí, miéntras que Jesu-Cristo mismo ofreció á su Padre los dones que ha consagrado con la presencia real de su cuerpo y de su sangre, se ocupa el coro de los Angeles en recibir las súplicas y las oraciones de los fieles para presentárselas á Dios por Jesu-Cristo.

Esta consideracion es muy propia para sostener nuestra fe, y avivar nuestro fervor. En presencia de los Angeles tributamos nuestras adoraciones, y bendecimos el Cordero que se sacrifica en el Altar, y los Angeles protectores de esta santa casa, especialmente nuestro Angel de guarda, recibe

158 *Instruccion sobre la oracion*

nuestras ofrendas para ponerlas delante del trono del Eterno. ¡ Ah, si estas oraciones se formasen por el espíritu de recogimiento, y si estos votos siempre fuesen dignos del Dios á quien se dirigen, del Sacrificio á que nos unimos, de las gracias que esperamos, y de los Espiritus bienaventurados que toman á su cargo el presentarlos! Pero me temo, hermanos míos, que se contristen estas Inteligencias celestiales al ver nuestras distracciones continuas y nuestra frialdad habitual: me temo que desechen nuestras súplicas como indignas de un Dios tan santo y grande. Por tanto, penetrados de esta verdad, y ántes de presentarnos á los pies del Altar, preparemos nuestro corazon, purifiquémosle con la contricion de todo afecto pecaminoso: pidamos al Espíritu de Dios, que forme en nosotros esos gemidos que pueden elevar nuestras almas hasta el Altar sublime del cielo: y en fin, pidámosle la virtud y el recogimiento que son indispensables para tributar al Dios tres veces Santo las adoraciones y los homenages que empiezan en el tiempo, y se perpetuan en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS.

JOB, CAP. 19.
vers. 21.

Apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

Así se explicaba con sus amigos el mas paciente de los hombres, quando ellos se mostraban insensibles á sus trabajos. La Iglesia se sirve tambien de estas palabras en varias ocasiones para despertar nuestra sensibilidad con nuestros hermanos, que despues de habernos edificado en la tierra con una vida regular y cristiana, padecen en el purgatorio la sentencia de una justicia mi-

158 *Instruccion sobre la oracion*

nuestras ofrendas para ponerlas delante del trono del Eterno. ¡ Ah, si estas oraciones se formasen por el espíritu de recogimiento, y si estos votos siempre fuesen dignos del Dios á quien se dirigen, del Sacrificio á que nos unimos, de las gracias que esperamos, y de los Espiritus bienaventurados que toman á su cargo el presentarlos! Pero me temo, hermanos míos, que se contristen estas Inteligencias celestiales al ver nuestras distracciones continuas y nuestra frialdad habitual: me temo que desechen nuestras súplicas como indignas de un Dios tan santo y grande. Por tanto, penetrados de esta verdad, y ántes de presentarnos á los pies del Altar, preparemos nuestro corazon, purifiquémosle con la contricion de todo afecto pecaminoso: pidamos al Espíritu de Dios, que forme en nosotros esos gemidos que pueden elevar nuestras almas hasta el Altar sublime del cielo: y en fin, pidámosle la virtud y el recogimiento que son indispensables para tributar al Dios tres veces Santo las adoraciones y los homenages que empiezan en el tiempo, y se perpetuan en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS.

JOB, CAP. 19.
vers. 21.

Apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

Así se explicaba con sus amigos el mas paciente de los hombres, quando ellos se mostraban insensibles á sus trabajos. La Iglesia se sirve tambien de estas palabras en varias ocasiones para despertar nuestra sensibilidad con nuestros hermanos, que despues de habernos edificado en la tierra con una vida regular y cristiana, padecen en el purgatorio la sentencia de una justicia mi-

sericordiosa. Dios, cuya santidad es incompatible con la menor mancha del pecado, se ve precisado á pesar de su amor paternal á alejar de su presencia, y purificar con las llamas vengadoras á las almas de los justos, cuya penitencia no ha sido proporcionada á sus culpas; pero él es un Padre que nos castiga á su pesar: y para darnos una prueba de su misericordia y de su disposicion á perdonarnos, ha establecido en su Iglesia un medio eficaz de consolar las almas afligidas. Para este fin, y rezelando Jesu-Cristo que la insensibilidad y el olvido no nos hiciesen perder de vista los socorros que podíamos procurarlas, ha querido que en el mismo Sacrificio hiciésemos una mencion especial de sus necesidades en la oracion llamada comunmente Memoria ó Comemoracion de los difuntos. Esta oracion nos prescribe un orden nuevo de obligaciones, y exige disposiciones particulares. Consideremos, pues, atentamente la parte que Jesu-Cristo concede á estas almas en su Sacrificio, y éste será el objeto del presente discurso.

No tengo por necesario probaros

la necesidad de orar por los difuntos. Hablo con personas instruidas que saben todo lo que nos enseña la fe sobre la piedad que debemos á los que han peleado ántes que nosotros; y así no trato de poner á su vista el exemplo que nos da Judas Machábeo, quando manda ofrecer sacrificios por los difuntos que fuéron fieles en la ley de Moysés, ni el testimonio de que se sirven los Padres de la Iglesia, y especialmente San Agustin, para establecer este punto esencialísimo de la Religion. Sé muy bien que os haria en alguna manera una ofensa, si creyese que tenia necesidad de despertar vuestra atencion sobre una obligacion tan esencial; porque en efecto hablo á Cristianos en extremo compasivos para con sus hermanos, y que por la sollicitud que muestran para aliviar sus desgracias temporales, no me permiten dudar sobre el interes que toman en la desgracia de los que despues de su muerte se ven alejados por un tiempo de la patria celestial. Por otra parte la simple exposicion de la oracion que la Iglesia consagra á este fin, es suficiente por sí misma para inspirarnos

el deseo mas ardiente de cumplir esta obligacion. En efecto, ella nos invita con motivos los mas tiernos y sensibles. Estas almas se nos designan baxo el nombre de siervos y de siervas de Dios, las quales nos precedieron con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz. Sigamos estas diferentes consideraciones, y encontraremos en ellas motivos poderosos para animar nuestra piedad, nuestra conmiseracion y nuestra fe.

Estas almas se nos designan baxo el nombre de siervos y de siervas, y por consecuencia pertenecen á Dios, porque no han sido separadas de la Iglesia que es su familia, como lo son las que mueren en su desgracia, esto es, aquellas que por sus pecados se han hecho dignas de una venganza eterna. Estas almas son el objeto de su amor y de su sensibilidad, y si las castiga es á pesar suyo: ellas están escritas en el libro de la vida, y tienen señalado su lugar en el reyno de los cielos, por manera que el tierno corazón de nuestro Dios está, por decirlo así, como perplexo hasta que llegan á ocuparle; y por tanto quando nos intere-

samos con nuestras oraciones y buenas obras, correspondemos á las miras de su misericordia.

Estas almas han servido al Señor, y por esto nos pertenecen á nosotros mismos. Ellas son nuestros hermanos, la misma vocacion las ha separado de los infieles, y les ha sido impresa la misma señal de adopcion. Ellas han nacido para Jesu-Cristo de la misma esposa, han sido lavadas con la misma sangre, estan alimentadas con el mismo Pan, han sido santificadas por la misma palabra, y han participado de los mismos Sacramentos. Todos estos son motivos poderosos que nos enlazan íntimamente con ellas. ¿Qué sería si os describiese otros vínculos mas estrechos y sagrados? Algunas de estas almas han estado unidas con nosotros por la sangre, y por la caridad de una manera mas sensible; y en este número se comprehenden nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras esposas, los hijos, los amigos, los parientes, los vasallos de un mismo Príncipe, los pueblos de un mismo Reyno, los ciudadanos de una misma Ciudad, los vecinos de un mismo

barrio, y los fieles de una misma Parroquia. Tambien se comprehenden nuestros Pastores, nuestros Directores espirituales, los Predicadores, los Maestros, los bienhechores espirituales y temporales, y los que viviendo con nosotros, y siendo mas sabios quizá que nosotros mismos sobre nuestras verdaderas necesidades, rogaban por nosotros, velaban sobre nuestros errores, y nos apartaban por modos muchas veces indirectos de los peligros y de los escollos que podian seducirnos y perdernos.

Oigamos, hermanos míos, el consejo saludable que nos da un Profeta: *Dios ha encargado á cada uno el cuidado de su próximo*. Pero si esta es una regla que comprehende generalmente á todos, ¿no tenemos nosotros con particularidad este cargo? ¿No somos hijos de una misma Iglesia? ¿No somos miembros del cuerpo místico de Jesu-Cristo? En efecto todos tenemos parte en las oraciones y en los bienes de los otros, de manera que no se practica una buena obra, ni se distribuye una gracia en toda la extension de la Iglesia de que no seamos participantes. Es-

ta intencion de nuestra madre comun está demostrada suficientemente con el uso constante que observa de acabar todos sus oficios con estas palabras: *que descansan en paz las almas de todos los difuntos fieles*; pero todavía nos habla de una manera mas sensible en la memoria que hace de estas almas en medio del augusto Sacrificio, diciéndonos: *que nos han precedido con la señal de la fe*, y este es el segundo motivo que debe animar nuestras oraciones.

Estas almas han seguido la misma ruta que nosotros. Ellas han hecho de los bienes de la eternidad el objeto de su firme esperanza: ellas han vivido en la simplicidad de la fe: ellas han sido para nuestros antecesores y aun para nosotros mismos modelos de piedad, de caridad, de humildad y de paciencia: ellas nos han ayudado con sus consejos, sus exemplos y sus oraciones: en una palabra son justos, que han caido por flaqueza; pero que sin embargo no ha llegado la malicia á corromper su corazon; y si nos fuese posible comparar su fidelidad con la nuestra, deberiamos temer que este para-

lelo solo sirviese para nuestra confusion: á lo ménos esta consideracion pudiera ser muy útil para procurar su alivio, persuadiéndonos que la caridad que ejercitamos con ellas es un homenaje que debemos á la superioridad de sus virtudes y de su mérito. Este es el único bien que reclaman en este mundo. Nosotros hemos heredado sus riquezas, sus empleos, sus dignidades, sus casas, y de nada de esto tienen envidia; pero hay una heredad mas preciosa que ellas han dexado, y sobre la qual han conservado sus derechos. Nosotros participamos de todas las oraciones de la Iglesia, freqüentamos sus ejercicios, recibimos sus Sacramentos, y sacamos abundantes gracias de los inmensos tesoros de Jesu-Cristo; pero la fe que como nosotros han recibido estas almas en el bautismo, y que han conservado hasta el último suspiro de su vida, les ha dado un derecho imprescriptible sobre todos estos bienes; y así podríamos mirarnos como verdaderos usurpadores, si por un olvido y abandono criminal no las dieseamos parte en el fruto que podemos sacar de todos estos recursos de salud. Oxalá, mis her-

manos, que esta sola consideracion fuese suficiente para determinar nuestra piedad. Este sentimiento seria noble y generoso, porque estaria libre de todo interes personal. Sin embargo la Iglesia no quiere que perdamos de vista nuestras propias necesidades en las oraciones que nos prescribe por los difuntos, y esta sola palabra: *ellas nos han precedido*, nos advierte que les hemos de seguir un dia. Por tanto es muy útil que baxemos en espíritu á ese lugar de expiacion y de lágrimas; que alimentemos en él nuestra fe con los dolores y las angustias que padece un alma separada del cuerpo, mientras que carece de la vista de su Dios, y que traigamos á la memoria lo que en este estado debemos esperar y exigir de nuestros sucesores. Ah, este es un aguijon muy fuerte para despertar nuestra caridad y reanimar nuestro fervor; pero hay otro mas poderoso todavía. Estas almas duermen en el sueño de la paz, y nosotros tenemos un interes particular en que despierten, tener motivo que debe excitar nuestra caridad.

Sí, estas almas duermen, y su sueño verdaderamente es un sueño de

paz. Ellas gozan de esta paz preciosa en las agitaciones mismas que les causa el ardiente deseo de su libertad, porque tienen una esperanza cierta; ¿pero cuál será, hermanos míos, el término de este sueño? Dios solo que le ha fixado en los decretos de su sabiduría conoce este profundo secreto; pero sin embargo nos enseña por medio de su Iglesia que su justicia no es inexorable para con estas almas; que ha establecido en esta Iglesia misma remedios eficaces para calmar sus dolores; que entre todas las buenas obras que se les puede aplicar, no hay una mas eficaz que el Sacrificio de la Misa; que la Sangre de Jesu-Cristo derramada sobre sus sepulcros calma sus dolores, expia sus pecados y apaga las llamas que las devoran. Que nosotros que tenemos la dicha de presentarnos delante del Altar podemos aplicarlas esta Sangre preciosa; y finalmente que quanto mas se exercite nuestra sensibilidad, tanto mas servimos á la misericordia de Dios.

¡Ah, si nos fuese sensible el efecto de este Sacrificio! ¿cuál seria nuestra alegría al ver que todos los días

sacamos de las llamas vengadoras un prodigioso número de almas bienaventuradas! ¿Qué consuelo si se dignase Dios revelarnos que ellas eran deudas de su libertad á nuestra piedad y á nuestra fe en Jesu-Cristo! Decidme, ¿hay en el mundo mayor satisfaccion que sacar á un infeliz del seno de la indigencia y de la pobreza? ¿Hay un elogio mas lisongero que las bendiciones de toda una familia sumergida en la miseria mas profunda, y restablecida por nuestra caridad á un estado de tranquilidad y de conveniencia? En efecto los corazones mas duros y ménos generosos convienen á lo ménos en que este es el placer mas delicioso que puede gozar un hombre honrado. Sin embargo ¿podremos compararle con el consuelo de un Cristiano que libra el alma de su hermano de una indigencia mas profunda, y la pone en posesion del bien supremo?

¿Cuál será por tanto, hermanos míos, el reconocimiento de estas almas? Ah, no temamos ni su indiferencia ni su olvido, quando reunidas á su Dios esten colocadas en el centro

de la caridad misma. Ellas serán entonces cerca de este Padre tierno y justo nuestros apoyos y protectores: á proporcion que su dolor ha sido mas punzante y agudo, es mas viva su alegría, y la satisfaccion de su libertad es en ellas tanto mas grata, quanto mas vivos han sido sus deseos. Es verdad que nosotros las hemos dado una mano para salir del abismo; pero ellas tambien nos presentarán una mano victoriosa para sacarnos del poder del infierno y llevarnos consigo. Por esta causa quando considero el precepto que nos impone la Iglesia de orar por los difuntos, reconozco en él nuestro propio interes; de manera que por medio de nuestras oraciones nos grangeamos unos amigos para que nos reciban en los tabernáculos eternos.

Jesu-Cristo, hermanos míos, al establecer su Iglesia sobre la tierra la proveyó de todos los socorros suficientes para sostenerla y defenderla. Con su presencia real en su Sacramento la protege interiormente, y en el exterior con la intercesion continua de estas almas rescatadas, las cuales habiendo experimentado su propia fla-

queza, se interesan con todo su poder para sostener la nuestra. Por tanto penetremos del sentido de esta oracion que ha consagrado la Iglesia para sufragio de las almas del purgatorio, y fixemos la atencion sobre un misterio que se obra en esta circunstancia que tal vez no hemos advertido hasta este dia.

Siendo la Misa una verdadera representacion del Sacrificio de la Cruz, todo Cristiano puede decir que ha subido al Calvario, y que ha asistido á la oblacion de la víctima quando ha seguido al Sacerdote en la consagracion del Pan y del Vino; que uniéndose á la Iglesia que ruega por los difuntos, se une tambien á Jesu-Cristo descendiendo á los infiernos; que se ocupa como él en el consuelo de los justos que esperaban el efecto de su sacrificio; y que como este Señor no salió de aquellos lugares hasta que rompió las cadenas que aprisionaban estas almas, así nosotros, si la piedad y la fe nos conducen al lugar de expiacion, rompemos con la fuerza de su brazo las puertas que cerraban la prision de estas almas; llevamos á los justos por la virtud de

172 Instruccion sobre el Memento

su sangre á la patria, tras la qual suspiraban tanto tiempo, y los ponemos en posesion de los frutos de su resurreccion gloriosa.

He dicho quanto me ha parecido conveniente acerca de los motivos que deben moveros para orar por los difuntos; y en la instruccion siguiente os voy á enseñar las disposiciones interiores que pide esta oración, para que sea útil á las almas del purgatorio, y para nosotros un principio de salud y de vida. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

PSALMO LXXXIX.
vers. 16.

Pon los ojos en tus siervos y en tus obras.

No sucede, mis hermanos, con el Dios que nos ha creado lo que con los poderosos del siglo, los quales agoviados con el yugo de sus excesos y placeres, y embrutecidos con las pasiones mas vergonzosas, se duermen en la ociosidad mas criminal y en la insensibilidad mas injuriosa. ¿Acaso se necesita para despertar al Señor, ó interesarle en la suerte de sus criaturas, de frecuentes oraciones y de clamores

multiplicados? Es verdad que la Iglesia le dice con frecuencia, tened memoria de nosotros, como si nos perdiere alguna vez de vista; como si las almas destinadas á poseerle eternamente, pudiesen ser ni un instante los objetos de su olvido y de su indiferencia; pero como su fin principal es el instruirnos en una obligacion tan importante, ha tenido por conveniente adoptar unas expresiones acomodadas á nuestra naturaleza. Acordemonos pues que en esta oracion hablan los hombres, é interesan la divina misericordia en favor de sus semejantes; y que las expresiones mas nobles y elevadas de ningun modo serian correspondientes á la grandeza del Dios á quien se dirigen, el qual lleno de bondad por sus criaturas escucha su pobre language y la simple preparacion de su corazon.

Esta breve oracion se dirige en el nombre de nuestros hermanos difuntos. Ya hemos visto en la instruccion última los motivos que deben excitar nuestra piedad, y ahora nos resta conocer las reglas y las disposiciones que son necesarias para este fin importan-

te. Tres son las reglas de nuestra piedad para con los difuntos contenidas en las palabras mismas de la oracion que dirige la Iglesia al Señor en el momento del Sacrificio, y estas reglas combaten tres abusos bastante comunes en esta devocion.

La frecuencia de nuestras oraciones está contenida en estas palabras: *acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas*, y la universalidad de ellas en las siguientes: *que nos han precedido con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz*. Por tanto penetrando el verdadero sentido de estas expresiones, podremos evitar el abandono que se nota en una gran parte de los fieles sobre un objeto que debía llevar su atencion principal, y que sin duda influye para que imitando los demás este exemplo, desprecien esta práctica religiosa, y la miren con tanta indiferencia, como lo hacen con las demás oraciones de la Iglesia. He aquí la primera regla de las tres que hemos propuesto: orar con frecuencia. Es verdad que quando decimos á Dios, *acuérdate, Señor*, estamos muy distantes de pensar que sea capaz de olvidar á

tantas almas, á quienes ha colmado de bendiciones miéntras han vivido en este valle de lagrimas; y así no es propiamente á Dios á quien hacemos este recuerdo, sino que se dirige mas bien á nosotros mismos, para que interesémos con nuestra súplica su misericordia siempre atenta sobre todos los hombres, pero suspensa algunas veces, porque quiere que seamos importunos para que desarme su justicia. ¿Y de qué manera podremos despertarle sobre la suerte de estas almas? ¿Acaso serán suficientes los gemidos, los suspiros y los votos de estas tristes víctimas de su severidad? De ningún modo, porque en el lugar de expiacion está como suspenso por los decretos de su justicia el efecto de sus oraciones. Su reconciliacion depende de las condiciones á que estan sujetas estas almas; y sus lágrimas por mas abundantes que sean no pueden apagar el fuego que las devora, miéntras que no se hayan cumplido enteramente. Por tanto es indispensable que intervenga la sangre de Jesu-Cristo, teniendo presente que no hay salvacion sino por él. Es indispensable que este Salvador de los hombres

renueve para con ellas el oficio de mediador, de Pontífice y de víctima; pero tambien lo es, que se concilien la justicia y la misericordia; y que haga á cada uno de estos atributos el homenaje que exigen. Como Dios hace sentir á estas almas afligidas el peso de sus desgracias, y como hombre Dios, espera que imploramos su asistencia y su socorro. El quiere como cabeza nuestra hacer á su Padre una santa violencia; pero tambien quiere que animados los miembros de los mismos sentimientos de compasion, y sufriendo en alguna manera con estas almas soliciten su libertad. ¿Queremos pues que Dios se acuerde de nuestros hermanos? Pues acordémonos que ellos nos han pertenecido por la fe, que nos pertenecen tambien por la esperanza de los mismos bienes, y que nos pertenecerán eternamente por una caridad indisoluble. Acordémonos que cometemos los mismos pecados que ellos, que estamos sujetos á las mismas tentaciones, que sufrimos los mismos males y que imploramos los mismos socorros; acordémonos en fin que este ministerio de misericordia que nos permite Jesu-

Cristo exercitar, es quizá la funcion mas honrosa que podemos desempeñar. *Suscitaré*, dice el Profeta Isaiás, *salvadores en Sion*, y nosotros por medio de estas oraciones nos hacemos en algun modo redentores con Jesu-Cristo, y mediadores como él de nuestros hermanos y los Ministros de la reconciliacion. ¿Pero acaso hemos considerado hasta este dia la importancia de este ministerio? ¿Lo hemos desempeñado con fidelidad? Penetrados de las miras que nos presenta la religion, ¿hemos contribuido con nuestras frecuentes y fervorosas oraciones á la libertad de esa muchedumbre de víctimas de la justicia del Señor?

Cristianos, ¿no podremos haceros á cada uno de vosotros quando asistis al santo Sacrificio de la Misa este recuerdo que la Iglesia hace á nuestro Dios en la oracion de que tratamos, á la vista de vuestra frialdad é indiferencia? Si alguna vez os acordais de los difuntos ¿no es exclusivamente de vuestros parientes y amigos? ¿No sabeis que la Iglesia reprueba estas preferencias en el hecho mismo de rogar por todos los siervos y siervas que nos

han precedido con la señal de la fe? Es muy importante fixar bien los límites de nuestra sensibilidad para aquellas almas con quienes hemos tenido estrechas relaciones de amistad, de parentesco y de gratitud; y despues de satisfacer esta obligacion, debemos observar cuidadosamente las reglas que nos prescribe la caridad para todos los difuntos. La Iglesia no nos prohíbe de ningun modo los sentimientos que nos inspira la naturaleza; y así entre las prácticas loables y religiosas que nos persuade es una, el uso de consagrar ciertos dias á la memoria de nuestros parientes y amigos, recomendando tambien estrechamente á sus Ministros, que hagan mencion especial de los nombres por quienes los fieles quieren que se ofrezca del Sacrificio. Sin embargo hay muchos Cristianos poco ilustrados, y ménos sensibles, que limitan sus oraciones á las almas de sus parientes, y que abusando de la condescendencia de la Iglesia, rehusan el conformarse con la intencion general de rogar por todos: esto se ve particularmente en el dia de los difuntos; es decir, en aquel que tiene destinado para que nos acordemos de

todos los Cristianos. El llanto y los gemidos, los sufragios, los honores fúnebres y el Sacrificio mismo todo se ofrece por las almas de los parientes, y de las otras personas por quienes hay obligaciones particulares. ¿No deberemos pues levantar el grito contra este abuso, y hacer conocer á los fieles que esta devocion personal, legitima en qualquiera otra circunstancia, es abusiva en semejante dia? ¿Que esta práctica es un robo verdadero que hacen á el holocausto, una restriccion injuriosa á la caridad de la Iglesia, un ultrage á la inmensa caridad de Jesu-Cristo, y una exclusiva en algun modo que se hacen á sí mismos de las oraciones generales que se ofrecerán despues de su muerte?

Nadie está excluido, hermanos míos, de este comercio de oraciones que establece la Iglesia en virtud de la comunion de los Santos: todas las almas estan comprehendidas baxo estas palabras: *de tus siervos, y siervas*: es decir, de todos los que te han servido con amor de qualquiera familia ó nacion que sean, porque esta qualidad misma de siervos y siervas les da un

derecho para ser contados en el número de tus hijos: ellos son parte del Pueblo de adquisicion, y aunque separados ahora de tu reyno, pertenecen de un modo irrevocable á la Iglesia de los predestinados, y su nombre ya está escrito en el cielo.

Reformemos por tanto nuestras ideas sobre esta obligacion, conformándolas al principio general que dexamos sentado: exercitemos la caridad con todas las almas del Purgatorio: sirvamos á la justicia de Dios por ellas, expiando sus flaquezas con obras de penitencia ó de conmiseracion: sirvamos á su misericordia derramando sobre ellas la sangre de la víctima adorable, y confiemos en nuestras frequentes é imparciales oraciones. La Iglesia con el fin de animar esta confianza, nos advierte que las almas del Purgatorio nos han precedido con la señal de la fé, y que su fin no es una verdadera muerte, sino un sueño de paz. Sin embargo, y á pesar de la seguridad de conseguir lo que pedimos en nombre de Jesu-Cristo, todavia nos asaltan algunas reflexiones que nos turban quando oramos por nosotros, é

por alguno de nuestros hermanos. Ignoramos si los objetos que pedimos se conforman siempre con los designios de Dios: si somos inspirados por el espíritu de Jesu-Cristo, y si tenemos las disposiciones de Jesu-Cristo: ignoramos si los deseos de nuestro corazón son opuestos á los deseos de nuestras súplicas, y en una infinidad de circunstancias como éstas y otras semejantes, pudiera decirnos Jesu-Cristo: *nada habeis pedido hasta aquí en mi nombre*. Quando se trata de orar por los difuntos, debe disiparse toda incertidumbre, porque su libertad y su reunion al centro de su felicidad, es del todo conforme con los designios de Dios. Estas criaturas desgraciadas son los objetos de su amor: ellas estan en el camino de la reconciliacion, y nosotros no podemos acelerar con seguridad el momento feliz que esperan: estos justos son dignos del interes que tomamos en su suerte: la fé cuya señal fué impresa en su frente, y que dirigió constantemente sus acciones; la fé que fué el consuelo de todos sus trabajos, y el fundamento de sus esperanzas, es ahora su recurso, y el objeto

de la confianza de nuestras oraciones. Pidamos pues que lleguen á conseguir lo que han creído con tanta firmeza: que posean lo que han buscado con tanta perseverancia, y que gocen de lo que han deseado con tanto ardor. El Dios que fué el término de sus deseos, y cuya separacion es el objeto actual de su dolor, léjos de menospreciar sus lágrimas, espera en algun modo que juntemos con ellas nuestras súplicas.

Pero si estamos ciertos, hermanos míos, de ser oídos, quando nos interesamos por estas almas, debemos estarlo de ser protegidos por estos justos quando Dios los lleva á gozar de su gloria; y esta última consideracion nos presenta los motivos mas poderosos de confianza, porque además del sentimiento de commiseracion y de sensibilidad que inspira la caridad á todos los Santos, en favor de los que andan por los caminos de la salvacion, debe haber en las almas probadas en el purgatorio, y libradas por medio de nuestras oraciones el sentimiento de una caridad mas viva, y de una sensibilidad mas particular. Estos

son los amigos que propiamente nos hemos hecho en los Tabernáculos eternos; y si Jesu-Cristo atribuye tanta eficacia á la limosna, aunque solo puede considerarse como un socorro temporal, y un alivio pasajero; si un vaso de agua, un simple consuelo que damos á un infeliz, tiene por premio la posesion del Dios de las misericordias; ¿no podemos inferir con sobrada razon que la caridad que exercitamos con los difuntos nos vale una misericordia proporcionada á la caridad de las almas que la solicitan, y á la inmensidad de gloria que las hemos procurado con nuestras oraciones? Todos los dias nos acuerda la Iglesia esta obligacion importante, y podemos abrirnos tambien en todos el camino de santificacion.

Estos motivos no deben excitar solamente nuestra sensibilidad en favor de nuestros hermanos, de nuestros amigos y parientes: nosotros somos los mas necesitados, y así debemos compadecernos de nuestras almas: entónces cumpliremos freqüentemente con los difuntos esta obligacion de caridad, porque tenemos una necesidad continua

de proteccion y de socorro: entónces la cumpliremos con imparcialidad, y con la debida confianza, y encontraremos en el exercicio de esta virtud mil bendiciones y gracias en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS.

DANIEL CAP. IX.
vers. 18.

Postrados presentamos nuestros ruegos delante de ti, no por justicia que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias.

Así se explica Daniel en un tiempo de aflicción: á saber, en el cautiverio de Babilonia. Una desgraciada ex-

Nobis quoque peccatoribus. 187

periencia habia enseñado al Pueblo Judío que nunca se insulta impunemente la Sabiduría y la justicia del Señor, el qual hace consistir su gloria, así en manifestar el rigor de sus venganzas contra los impenitentes, y en hacer patente la inmensidad de sus misericordias para los que reconocen su poder, y adoran su sabiduría, sometiéndose á sus altos decretos. Por esta causa decia el Profeta Daniel, en nombre de todo el Pueblo: *postrados presentamos nuestros ruegos delante de ti, no por justicia que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias.* ¿Y acaso la Iglesia tiene otro fin en la oracion que nos proponemos explicar? ¿No hace consistir tambien el fruto del Sacrificio en la confesion misma de nuestros pecados? ¿No nos dice que para que esta confesion sea saludable, es preciso que un dolor vivo nos aleje del camino de perdicion, y que para que nuestra alma sea lavada en la sangre del Cordero, es necesario que una sincera penitencia nos conduzca á una vida nueva? Ella reconoce con el Profeta, que nuestros propios méritos no contribuyen de modo alguno al efecto

de nuestras oraciones, y que nuestros pecados, por mas vérgonzosos que sean en su principio, una vez expiados por Jesu-Cristo, contribuyen con mas eficacia á merecernos la compasion de nuestro Dios, que tantas falsas virtudes que son el fruta ó el alimento de nuestro orgullo.

Somos pecadores. La Iglesia no quiere que perdamos jamas de vista este desgraciado título que ha nacido con nosotros, y que nuestra flaqueza ha sabido mantener durante nuestra vida. Esta es la razon porque se habla de nuestros pecados en todas las oraciones de la Liturgia, ya para inspirarnos la contricion, y ya para merecernos la misericordia; y este último efecto es el que se propone en la oracion de que tratamos, por lo qual es una de las mas interesantes.

Consideremos primeramente las ceremonias que la acompañan para comprehender todo el sentido que contiene. El Sacerdote levanta la voz al pronunciar las primeras palabras, y en esto nos da una idea de que el grito de la iniquidad sube con frecuencia hasta el trono de la Divina Justicia para insultar

su Magestad suprema, y despertar sus venganzas. En efecto, ¿no ha penetrado mas de una vez la voz de nuestros pecados hasta el corazon de Dios? ¿No temeremos que si no dexamos de provocar su venganza, no haya ni perdon ni misericordia para nosotros? ¿Los pecados de Sodoma y de Gomorra no llegaron al cielo, y un fuego vengador consumió estas dos ciudades exécrables? Todo Israel entregado á la idolatría, y al desprecio del Señor, ¿no se burlaba en algun modo de su espada terrible y vengadora, y los suspiros de los justos, y las súplicas de los Profetas, fueron ineficaces para contener las guerras, las hambres y los cautiverios que cayeron sobre esta nacion? En los últimos tiempos en que este Pueblo delinquente conservaba todavía una forma de República, el aretado cometido contra el Mesías, con el qual llenaron la medida de sus sacrilegios ¿no excitó la Justicia Divina en términos que la Ciudad Santa vino á reducirse á cenizas, y los hijos de la promesa fueron arrojados de sus hogares, y dispersos, siendo el oprobrio de toda la tierra? Al cabo de diez siglos de reprobacion ¿han

podido los ruegos constantes y fervorosos de la Iglesia agotar el cáliz del furor?

Temamos nosotros mismos que nuestros frecuentes pecados levanten el grito contra nosotros, y así levantemos la voz de nuestro corazón para confesar que somos pecadores. El Sacerdote se da un golpe de pechos, porque se aplica á sí mismo la confesión que hace en nombre del pueblo: él es pecador, y debe reconocerlo así, no solo porque es hombre, sino porque lleva en su corazón el germen del pecado: de manera que á pesar de su justicia, y de su exactitud jamás sube al altar sin haber experimentado alguna herida peligrosa: ¡felices á lo menos si han procurado confesar, detestar y expiar sus culpas! Vosotros, hermanos míos, hiriendo al mismo tiempo vuestro pecho, traed á la memoria vuestros pecados personales, con el sentimiento de dolor que experimentaron al pie de la cruz los festigos de este saludable Sacrificio. Somos pecadores, decía el buen ladrón, y padecemos con justicia: somos pecadores, se decían unos á otros todos los que penetrados de este

espectáculo doloroso se convertían hiriéndose el pecho. Este suceso hizo sin duda sobre muchos la impresión mas saludable; pero también otros olvidaron á breve tiempo este acontecimiento triste, y la impresión que había hecho sobre su corazón: imagen de la mayor parte de los Cristianos, que muy rara vez llevan al Sacrificio el espíritu de fe que da la inteligencia del misterio, y mucho ménos el espíritu de compunción que convierte y muda los corazones.

El Sacerdote reclama en toda esta oración la misericordia de Dios, y esta es la consecuencia mas natural que puede deducirse, supuesto que hace la confesión de sus pecados en nombre de los asistentes: es decir, que funda en alguna manera, como el Profeta, la indulgencia del Señor sobre la muchedumbre de sus culpas mismas. Me perdonareis, decía este Profeta, mis pecados por vuestro nombre, y porque ellos son en grande número; pero es posible que la muchedumbre de los pecados sea un motivo tan poderoso para alcanzar la misericordia? ¿Es posible que los mayores pecadores tengan mas motivos de confianza? ¿En dónde

está pues la justicia del Señor? ¿en dónde esa equidad que debe proporcionar el castigo al delito, y pedir mucho al que haya recibido mucho, y preparar diferentes penas para sus enemigos en el lugar de su furor, como prepara para sus escogidos diferentes recompensas, segun los diferentes grados de sus méritos? Esta dificultad nos la resuelve la fé, atribuyendo á Dios una paciencia invencible, una misericordia infinita, una voluntad siempre dispuesta á perdonar, y á dexarse vencer por los ruegos de los pecadores, y de tal manera que cifra su gloria en que sobreabunde la justicia donde ántes abundaba la iniquidad. Si solo confesásemos los pecados con la boca sin dar parte alguna al corazón, insultaríamos al Señor, y encenderíamos su ira; pero quando los detestamos, y solicitamos el perdón, quando nos tratamos con severidad para expiarlos, honramos al mismo tiempo su santidad, servimos á su justicia, é interesamos su misericordia. Todo esto lo hace la Iglesia por medio de esta oracion, y para dar mas peso á estas súplicas, añade una nueva invocacion de los Santos, á la que hizo en una de

las oraciones que preceden inmediatamente á la consagracion, que ya hemos explicado; pero los autores que han escrito sobre esta materia hacen una grande diferencia entre estas dos memorias. En la primera nos enseña la Iglesia á ofrecer el Sacrificio en union con los Santos, y en ésta nos convida á ser dignos de participar de su gloria. En la una ha hecho mencion de los Apóstoles, y de los que despues de ellos han defendido la religion con sus martirios, y en la otra designa los que la han honrado con sus virtudes en diferentes órdenes y gerarquías. San Juan se presenta en ella á la frente de los Profetas; San Esteban como el primero de los Diáconos; San Mathías nos representa todos los Apóstoles; San Bernabé á todos los Discípulos; San Ignacio á todos los Obispos; San Alexandro á todos los sucesores de San Pedro; San Marcelino á todos los Sacerdotes; San Pedro el Exòrcista á todos los Levitas: Santa Perpetua y Santa Felicidad á todas las santas mugeres; y en fin, las Vírgenes se nos representan en las cinco illustres Mártires Agueda, Lucía, Ines, Cecilia y Anastasio.

tasia. Meditemos ahora las oraciones que dirige la Iglesia á Dios por Jesu-Cristo en esta circunstancia de la Misa: Ya ha pedido que todos los difuntos gocen de la luz y de la paz en el lugar del descanso, y aquí solicita por sus hijos que aunque pecadores lleven consigo este caracter de hijos y de siervos de Dios: este mismo descanso despues de los trabajos de esta vida: esta misma luz despues de la obscuridad de la fé: esta misma paz despues de los combates de la carne contra el espíritu, y de los hijos de las tinieblas contra los hijos de la luz, y esta súplica se funda en la muchedumbre de las misericordias del Señor. Esta idea de la misericordia es muy necesaria, sobre todo despues de la confesion que acabamos de hacer de nuestros pecados; y así la Iglesia pide por todos los Cristianos en general una parte en la gloria de todos estos órdenes diferentes de Santos de que ha hecho mencion particular. Entónces confirma aquel dicho del Evangelio: á saber, que hay muchos Tabernáculos en la casa del Padre de Familia, como tambien esta máxima del Apóstol San Pablo: cada

uno tiene su medida, su gracia y su don. En efecto, todos no son Apóstoles, Profetas, ni Evangelistas: uno se santifica por el exercicio de una virtud, otro por la práctica de ciertas buenas obras, y la reunion de todos estos dones es lo que hace la variedad admirable que hermosea la Esposa de Jesu-Cristo. El conjunto de las virtudes, de las buenas obras, y de los exercicios que alimentan la piedad, ofrecen á nuestra vista un espectáculo muy tierno y sensible; pero este espectáculo nos admirará todavía mas quando admitidos á la participacion de la gloria de los Santos en la celestial Jerusalén, veamos concentrados en Jesu-Cristo todos los méritos de ellos, y derramados sobre todos sus miembros: quando veamos su ciencia inspirada á los Profetas; su zelo comunicado á los Apóstoles; su caridad á los Mártires; su santidad á los Pontífices; su humildad á los Diáconos; su unción á los Sacerdotes; su fidelidad á todos los discípulos del Evangelio; su docilidad á los Levitas; su recogimiento á las santas mugeres, y su pureza á las Vírgenes. Entónces exclamaremos con

el Profeta, diciendo: Dios mio, qué grande y qué inefable es la gloria que comunicas á tus amigos: entónces veremos, segun el mismo Profeta, la luz en el que es principio de toda luz.

Pero todavía hay otra consideracion muy instructiva que podemos deducir de esta invocacion de los Santos, y es, que aunque cada una parece que no tiene derecho á otra gloria que á aquella que conviene á la clase en que Dios le ha puesto en su Iglesia, es posible sin embargo participar de estas diferentes felicidades en el cielo, participando de estas diferentes virtudes en la tierra. Esta consideracion será, hermanos míos, la materia de la Instrucción siguiente, como la mas propia para encender mas y mas nuestros deseos por la eternidad. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA ORACION.

EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PEDRO,
cap. I. v. 10.

Sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocacion, y eleccion por las buenas obras.

Las palabras que acabamos de citar contienen un consejo importantísimo que daba el Príncipe de los Apóstoles á unos Cristianos que al acabar de instruirse en los dogmas de la fé, tenían ya necesidad de fortalecerse en los principios que esta fé les enseñaba.

La práctica de las buenas obras, les de-
cia, será la señal y la prenda de vuestra
vocacion: no seréis, no, verdaderamente
de Jesu-Cristo por la fé, sino en tanto
que le honreis con vuestras costumbres:
esta fé tan rica en promesas será para
vosotros del todo estéril, si desobede-
ciendo las reglas que prescribe no pro-
curais adquirir un derecho cierto á las
recompensas. Apliquemos estas palabras
á la oracion que hemos empezado á ex-
plicar, y os ruego encarecidamente que
las mediteis conmigo.

La Iglesia, después de habernos
inspirado la humildad, la confianza y
el deseo del cielo, nos presenta los me-
dios mas convenientes para formar es-
te deseo y estas virtudes, haciendo
memoria de aquellos amigos de Dios,
mas zelosos en la práctica de las bu-
enas obras, y mas penetrados de la feli-
cidad eterna; y con el fin de animar
á los fieles de todos los estados, hace
mencion especial de un Santo de cada
clase, para que cada uno pueda encon-
trar un intercesor, y un modelo. Va-
mos á probar que cada Cristiano pue-
de aplicarse en particular esta oracion
en todo su sentido, y proponerse las

virtudes de los Santos que se han desig-
nado en ella.

¡Qué contraste tan prodigioso nos
presentan desde luego las primeras pa-
labras de esta oracion! La Iglesia va á
hacer memoria de los mas distinguidos
entre los amigos de Dios, de las almas
que han edificado la Iglesia con virtu-
des las mas sólidas, con la santidad mas
eminente, y con el mas ardiente zelo
por Jesu-Cristo, y empieza inspirán-
donos la confesion de nuestros pecca-
dos; pero acordémonos que esta con-
fesion ha sido la de todos los Santos:
que todos han sido concebidos en el pe-
cado: que han estado todos sujetos á
experimentar la debilidad propia de la
naturaleza: que muchos han pasado los
primeros años de su vida entre los des-
órdenes mas vergonzosos; y que la
memoria de sus miserias ha sido el mo-
tivo mas poderoso de sus adelantamien-
tos y de su perseverancia en la virtud.
Acordémonos que el Sacrificio que pre-
senciamos ha sido para ellos como para
nosotros el principio de su reconcilia-
cion con Dios, y el fundamento de su
fidelidad, y que en el seno de la glo-
ria donde están libres de toda mancha,

la qualidad misma de pecadores que tomamos para invocarlos les trae á la memoria la conmiseracion y la indulgencia que han reclamado con tan buen suceso. Así mientras que decimos á Dios: *Señor, esperamos en la muchedumbre de tus misericordias*: ellos gritan por nosotros, diciendo: perdonad, Señor, perdonad, no entreguéis vuestra heredad á el oprobrio: obrad sobre vuestro Pueblo esos prodigios de misericordia que nos han salvado á nosotros. Mientras que pedimos al Señor que nos dé alguna parte y compañía con los Santos, ellos piden que se llene la sala del festin, ellos solicitan la consumacion del reyno de Jesu-Cristo, y estan en una santa impaciencia hasta que distribuya Dios las coronas y las recompensas. Vamos pues, hermanos míos, con ellos; pero con aquella solicitud, dice San Bernardo, que debe inspirarnos la fé: los Santos nos llaman, y no los escuchamos; nos invitan, y no les respondemos; nos preceden y no les seguimos; nos han dado el exemplo, y no los imitamos. Por tanto estudiemos los medios de sacar utilidad de esta Comunión de los Santos, de que la Igle-

sia hace uso en una oracion tan interesante para nosotros.

En esta oracion pedimos á Dios que nos dé parte en la gloria de todos los Santos; pero en particular en la de los Santos Apóstoles y Mártires: á saber, en la de San Juan, Precursor de Jesu-Cristo, el mayor entre los hombres, el mas penitente de los Israelitas, el mas Santo de los Profetas, y el mas valeroso de los Mártires; ¿pero podremos lisonjearnos de tener una parte con este grande Santo, si no llevamos una vida de penitencia y de retiro, si no hacemos conocer á Jesu-Cristo con las obras, y no resistimos á la carne y á la sangre quando se levantan contra el espíritu del Evangelio?

Pretendemos ser asociados á San Esteban, á este hombre lleno de sabiduría, y colmado de las gracias del Espíritu Santo, que mereció por la pureza de sus costumbres, por su fervor y su zelo infatigable, ser escogido entre todos los discípulos, para administrar los bienes que la caridad ponía en sus manos: á este hombre, que por virtud de su fé manifestó la mayor intrepidez en la Sinagoga, y que fué en

alguna manera invulnerable á los golpes de sus verdugos. Pero si el Apóstol San Pablo pregunta, cuál será la sociedad que podrá tener el fiel con el infiel, ¿no temeremos ser excluidos de esta asociacion si no tenemos una vigilancia continua, un fervor habitual, y una dulzura inalterable, de manera que los pobres encuentren en nosotros un recurso, los afligidos un consuelo, los enemigos un intercesor, y todos los Cristianos un dechado?

Deseamos participar de la gloria de San Mathías, de este Apóstol que ocupó el lugar del discípulo mas infiel de Jesu-Cristo, de este hombre justo que mereció el testimonio de todo el Colegio Apostólico, y el voto de Jesu-Cristo mismo, que se dignó presidir por su Espíritu á su eleccion, cuyos trabajos han sido para la Iglesia un manantial fecundo de Cristianos y de Mártires; pero su gloria no debe ser la herencia sino de los que como él se han unido inviolablemente con Jesu-Cristo; que han renunciado de corazon y de espíritu todo lo que los puede alejar de Jesu-Cristo; y que á su exemplo estan dispuestos á sacrifi-

car su vida para asegurar la gloria de Jesu-Cristo.

San Bernabé tambien es para nosotros un motivo nuevo de emulacion que la Iglesia nos presenta, y la parte que él tuvo en los trabajos del grande Apóstol, nos da una idea de sus virtudes y de su gloria, la mas propia para excitar nuestros deseos; pero él la compró al precio de sus afanes, de sus persecuciones y viages para el establecimiento del Evangelio; y nosotros apenas ponemos la mano en la obra de nuestra santificacion, y estamos muy léjos de tener valor y constancia para sufrir los tormentos que padeció este Santo, ántes bien quisieramos conseguir el cielo sin esfuerzo alguno.

Despues de los Apóstoles y de los Discípulos nos propone la Iglesia á San Ignacio uno de los primeros Obispos y de los Mártires mas célebres del mundo Cristiano, y nos presenta en su persona aquella firmeza sacerdotal que resiste la iniquidad y contradice el error: aquella intrepidez inalterable que constituye á un pastor el modelo y el padre de su Pueblo. Si queremos tener parte en su felicidad no debemos parti-

cipar tambien de su sollicitud para llenar las obligaciones que nos unen con nuestros inferiores? ¿No debemos imitar su zelo, resistiendo á todo el que quiera contradecir la verdad? ¿No debemos practicar su humildad, haciéndonos como él todo para todos, con el fin de ganarlos para Jesu-Cristo?

San Alexandro, colocado en la Cátedra de San Pedro, heredero de las virtudes de este Santo Apóstol, como de su título y de su autoridad, es otro Santo que nos propone la Iglesia en esta oracion. Su milagrosa ordenacion, la sabiduría de su Episcopado, y la gloria de su martirio nos dicen, que debemos perseverar unidos con la fé á la Cátedra de San Pedro, y considerar siempre en el que la ocupa al Vicario de Jesu-Cristo, porque es el patron de la barca que ha escogido el Salvador con preferencia. Aquí deben reunirse todos los que han sido rescatados por la gracia de Jesu-Cristo, en la inteligencia que no tenemos derecho alguno á la gloria, si la sumision y la fé no nos unen á la Iglesia, que ha escogido el Salvador como centro de la unidad.

San Marcelino está en el orden de

los Sacerdotes, destinados por su vocacion á ofrecer el Sacrificio del Altar: de aquí ha sacado ese espíritu de Sacrificio que le ha hecho una víctima viva y un holocausto perfecto, y su nombre nos trae á la memoria la continua inmolacion que exige Dios de nosotros, por la qual de qualquier estado que seamos, qualquiera que sea nuestra clase y orden en la Iglesia, nos hacemos verdaderos Sacerdotes, gozamos de los derechos del Sacerdocio, adquirimos sus méritos, y podemos esperar las recompensas.

¿Qué rico y qué poderoso es Dios en sus Santos! La Iglesia nos recuerda esta consoladora verdad, escogiendo un modelo en el orden último de los Levitas. San Pedro, el Exòrcista, nos enseña con su exemplo que en todas las funciones de los diferentes órdenes de la gerarquía eclesiástica se encuentran medios poderosos para llegar á la santidad mas eminente, y caminar á la caridad mas perfecta, para que con estas virtudes no solo podamos ser escritos en los anales del siglo presente, sino tambien en el libro de la vida.

Esta verdad se hace todavía mas sen-

sible quando despues de los Apóstoles y de los Mártires, leemos los nombres de Santa Perpetua, y de Santa Felicidad, estas mugeres ilustres, que unidas por las relaciones de la sangre desde el instante de su nacimiento se unieron por la fé durante su vida, y que conserváron esta union en la muerte por la identidad de su martirio. Ellas supieron cumplir sus obligaciones domésticas, fueron buenas esposas, y amantes madres, sin faltar un ápice en lo que debian á su Dios; y despues de haber dado en sus casas el exemplo de mugeres verdaderamente fuertes, mostraron en los cadahalsos la intrepidez de los mas ilustres Mártires. ¿Será posible leer sus nombres, sin avergonzarnos de nuestra cobardía, y llevar una vida de placer y de conveniencias, sin llorar nuestros descuidos continuos en las obligaciones de nuestro estado, sin formar las resoluciones mas generosas para corregirnos?

Este catálogo edificante se acaba con los nombres de cinco Vírgenes que son Santa Agueda, Santa Lucia, Santa Ines, Santa Cecilia y Santa Anastasia. El sexò mas débil, y la edad mas tier-

na tienen tambien sus heroes, y Dios ha escogido defensores zelosos de su religion aun en las clases y estados mas flacos y enfermos, para que la carne no pueda ensalzarse contando con sus propias fuerzas, enseñándonos por estos medios que no debemos despreciar los socorros de su gracia, y prometernos con seguridad su proteccion y defensa, quando no nos exponemos al peligro por pura temeridad, y quando le rogamos con humildad y confianza.

¡ Ah ! si estuviésemos persuadidos de todas estas verdades quando dirigimos á Dios esta oracion, no temeríamos acabarla con estas palabras que la Iglesia pone en nuestra boca: *dignate darnos, Señor, alguna parte y compañía con tus Santos Apóstoles y Mártires, y con todos tus Santos.* Ya hemos dicho, Señor, que somos pecadores, nuestros propios méritos no son el fundamento de nuestra esperanza: si nos juzgais por la qualidad de pecadores, no podremos estar en vuestra presencia, y por esto hemos reclamado la muchedumbre de vuestras misericordias: concedednos un bien, á que no tene-

mos derecho alguno, y pues que cada uno de nosotros tiene en el cielo un protector especial, escuchad las oraciones de vuestros Santos: admitid la ofrenda que os hacen con nosotros del mismo Sacrificio: recibid la sangre de tantos Mártires unida á la de vuestro Hijo, como una Hostia de propiciacion, como una víctima de agradable olor, y como un holocausto perfecto. Esta es la gracia que os pedimos por Jesu-Cristo, la qual esperamos que nos concedereis por Jesu-Cristo, y os alabaremos con Jesu-Cristo en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

PER IPSUM.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. I. vers. 3.

*Todas las cosas fueron hechas por él:
y nada de lo que fué hecho se hizo sin él.*

ESTA verdad sea hace, hermanos [®] mios, muy sensible, bien sea que miremos las operaciones del Verbo en el órden de la naturaleza, ó que las consideremos en el de la gracia. En el órden de la naturaleza Jesu-Cristo co-

mos derecho alguno, y pues que cada uno de nosotros tiene en el cielo un protector especial, escuchad las oraciones de vuestros Santos: admitid la ofrenda que os hacen con nosotros del mismo Sacrificio: recibid la sangre de tantos Mártires unida á la de vuestro Hijo, como una Hostia de propiciacion, como una víctima de agradable olor, y como un holocausto perfecto. Esta es la gracia que os pedimos por Jesu-Cristo, la qual esperamos que nos concedereis por Jesu-Cristo, y os alabaremos con Jesu-Cristo en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

PER IPSUM.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. I. vers. 3.

*Todas las cosas fueron hechas por él:
y nada de lo que fué hecho se hizo sin él.*

ESTA verdad sea hace, hermanos [®] mios, muy sensible, bien sea que miremos las operaciones del Verbo en el órden de la naturaleza, ó que las consideremos en el de la gracia. En el órden de la naturaleza Jesu-Cristo co-

mo Sabiduría eterna asistia al Criador de todas las cosas, y en el de la salvacion, descende por él del Padre de las luces todo don perfecto, y toda gracia excelente. Por él se ha obrado el Sacrificio de la Misa, el mas inefable de los misterios: por él ha sido procurada la reparacion debida á la Magestad de Dios: por él es consumada la santificacion de nuestras almas. Estas palabras que la Iglesia pone en boca de sus Ministros son muy propias para concluir una serie de oraciones consagradas á producir el mas santo, el mas grande, y el mas eficaz de los Sacrificios. Esta es una confesion que nos inspira la confianza y la humildad, porque reconocemos en ella, que nada hay ni existe sino por Jesu-Cristo, y confesamos que sin él no hay adoracion capaz de agradar á Dios, ni oracion que pueda purificarnos.

La Iglesia ha dado fin á la oracion precedente segun y como lo acostumbra en las demas oraciones: esto es, pidiendo en nombre de Jesu-Cristo, y esperando por Jesu-Cristo: ha aquí los motivos de su confianza en las palabras siguientes: *por quien, Señor,*

produces siempre todos estos bienes, los santificas, los vivificas, los bendices, y nos los das. Por él, y con él, y en él, á ti, Dios Padre Todopoderoso, que eres una cosa con el Espíritu Santo, es dado todo honor y gloria por todos los siglos de los siglos.

Todas las cosas fuéron hechas por Jesu-Cristo, omnipotente como el Padre y autor de todo bien como creador con el Padre, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. Todos los seres espirituales y racionales, sensibles y animados, corporales y materiales han salido de sus manos: él es quien les ha dado el movimiento y la vida: él es quien ha presidido al órden admirable que reyna en este basto universo; y anunciando los cielos la gloria del Creador, publican la sabiduria del Verbo que los ha producido. El pan y el vino que acabamos de ofrecer, eran ya por su naturaleza dignos de nuestra admiracion, y ahora son por su destino el objeto de nuestro reconocimiento. El Verbo los ha creado para nuestro uso, los ha destinado para conservacion de nuestra vida, y se sirve de ellos para perpetuar los seres que ha

formado á su imágen y semejanza. Pero él tambien ha santificado estos mismos bienes, y los ha convertido en su propia substancia. En efecto, ya no es un pan material, sino un pan viviente: ya no es el alimento de nuestro cuerpo, sino que nutre nuestras almas. Estos alimentos ya no tienen por objeto el mantener una vida perecedera, sino el procurarnos una vida eterna. Ya no son formados de un trigo corruptible, de un fruto susceptible de mudanza y alteracion, sino que es el trigo de los escogidos, y el vino de la verdadera vida que ha plantado el Padre. Todo es santo en este alimento, su esencia, su destino y su efecto. Este verdaderamente es el árbol que lleva el fruto de vida, plantado en medio de la Iglesia, como dice un Padre, para vivificar á los que el veneno del pecado podia conducir á la muerte eterna. Por la virtud de este pan podemos renovarnos cada dia, y recobrar una vida nueva. Las heridas que nos da el enemigo de nuestra salvacion, se curan por la virtud de este alimento; y este vino que Jesu-Cristo nos presenta en el Altar; es en las aflicciones y los trabajos un cá-

liz de consuelo; un principio de fuerza en las tentaciones, y un manantial de alegría en el estado de abatimiento y de tristeza. Este es el fruto de bendicion, y la bendicion es quien le ha producido. A todos los que participan de él les procura la bendicion; y de este pan verdaderamente baxado del cielo es de quien se ha dicho: en él serán benditas todas las naciones.

Todos estos recursos se han preparado, hermanos míos, para nosotros, y por esta causa nos dicen algunos Doctores de la Iglesia, que los Angeles en el cielo, sin embargo de que están embriagados en este torrente de delicias del Señor, miran con una santa envidia la funcion de los Sacerdotes de la Ley nueva, porque ellos obran por Jesu-Cristo misterios que no les es dado producir; porque Jesu-Cristo que manda á los Angeles, obedece al hombre, y porque aquel que para salvarnos ha preferido la substancia del hombre á la de los Espíritus bienaventurados, en algun modo encarna y renace de nuevo en todos los lugares y tiempos en que se ofrece el Sacrificio de la Misa. Ved, pues, en estas cor-

tas reflexiones el compendio de lo que Jesu-Cristo ha obrado por nosotros ; y la Iglesia nos va á mostrar lo que él hace, y lo que hacemos en él y por él para la gloria de Dios su Padre.

Nosotros damos á Dios por Jesu-Cristo el honor que le es debido, porque nuestras manos criminales no pueden ofrecerle por sí mismas un homenaje digno de su Magestad suprema. El Padre San Bernardo penetrado de esta verdad, habla en estos términos : ¿ Me atreveré yo sin Jesu-Cristo á acercarme á mi Dios ? El es tan puro, que no puede añadirse un grado de santidad á su esencia, y yo por mi naturaleza soy tan pecador é impuro, que no puedo hacer por mí otra cosa que degradar mas y mas la naturaleza ; pero para que la baxeza y la corrupcion de ella no fuese ya un obstáculo para ofrecer á Dios mis oraciones, me ha sido dado Jesu-Cristo, á fin de que purificado con la union de su esencia, pudiese yo honrar á Dios como merece ; de manera que todo se hace por Jesu-Cristo : las adoraciones, los homenajes, la reparacion misma del pecado, todo se hace por medio de Jesu-Cristo. Ya no reconoce límites

mi gratitud. La eternidad de Dios es honrada, porque ofrezco la victima viviente y verdadera : la santidad de Dios es reverenciada, porque el Sacerdote santo, puro y sin mancha es el que ofrece por mis manos : su justicia es reconocida, porque se hace la inmolacion de la hostia de propiciacion : su misericordia en alguna manera es auxiliada, porque él es el mediador entre Dios y los hombres, y el Angel de la Paz que hace subir hasta el Altar sublime del cielo el incienso y el humo del holocausto : su inmensidad es adorada, porque este es el Sacrificio de todos los lugares, de todos los tiempos, de todos los instantes, y que existirá mientras que dure el mundo. Esto es lo que yo hago en Jesu-Cristo, estos son los honores que tributo á mi Dios ; y si por mi naturaleza no puedo llegar á su Magestad suprema, podré en Jesu-Cristo dar á su Magestad todo honor y toda gloria.

Tambien ofrezco con Jesu-Cristo. El ministerio que exercce el Sacerdote no es una simple imitacion, ó una representacion del Sacrificio de la cruz, sino una verdadera execucion de esta

primera inmolacion. No hace una accion que Jesu-Cristo no la haga con él. Si bendice los dones ofrecidos, Jesu-Cristo les da el valor que los santifica: si levanta sus ojos al cielo, y extiende sus manos para orar, Jesu-Cristo presenta á su Padre sus propias manos teñidas con su sangre: si pide ó da gracias, si se humilla y llora sus propios pecados, Jesu-Cristo implora la clemencia de su Padre. Así el Sacerdote nada hace sin Jesu-Cristo, y es en algun modo un segundo Jesu-Cristo, un Verbo visible, que hace sensible al pueblo lo que sobre el Altar sublime del cielo hace el Verbo invisible; pero lo que debe sernos todavía mas admirable es que así el malo como el buen Sacerdote ofrece con Jesu-Cristo, de suerte que el Sacerdote mas indigno comulga y consume con Jesu-Cristo el mas precioso de los Sacrificios.

Esta sola consideracion deberá inspirarnos el mayor horror, no solo á los malos Ministros, sino tambien á nosotros mismos, siempre que no llevamos al Sacrificio de la Misa el espíritu de justicia y de santidad; porque nosotros, así como el Sacerdote, estamos real-

mente con Jesu-Cristo, ofrecemos con Jesu-Cristo; y esta especie de asociacion al mismo ministerio nos impone la estrecha obligacion de ser santos como él lo es.

En fin, el Sacrificio es ofrecido en Jesu-Cristo. En él solo se concentra todo su mérito y su valor; sobre él solo echa Dios una mirada de misericordia, y esta mirada que reflexa sobre nosotros, es la que nos salva y nos santifica. La Iglesia por tanto nos dice que no debemos poner nuestra confianza ni en las ceremonias exteriores, ni en las oraciones que tiene destinadas para ofrecerle: todas estas cosas no son santas sino porque Jesu-Cristo se las hace propias; y así debemos mantenernos unidos estrechamente á él en el Sacrificio. En él encontraremos la santidad de que carecemos, y la atencion y el fervor que no podríamos tener por causa de nuestra flaqueza. En él son justos nuestros pensamientos, santos nuestros deseos, y recta nuestra voluntad. En él somos fuertes, á pesar de nuestra fragilidad; estables, sin embargo de nuestra inconstancia, y justos, á pesar de la corrupcion de nuestra naturaleza.

En él damos el honor y la gloria al Padre Eterno, le reconocemos como el principio de todo lo criado, confesamos nuestra dependencia, como tambien su poder, su inmensidad y su sabiduría; prevenimos su justicia, reclamamos su misericordia, le bendecimos en todas sus obras; y esta breve oracion encierra todo lo que contienen las oraciones mas dilatadas, porque se hace en la unidad del Espíritu Santo, y este Espíritu solo es el que puede formar en nosotros estos gemidos inefables que se elevan hasta el trono de la misericordia. El es el vínculo de la caridad del Padre y del Hijo, como tambien el vínculo precioso del amor que nos une con estas dos personas; y así esta oracion no se limita á la vida presente, sino que verdaderamente es el cántico de la eternidad, porque al mismo tiempo que repetimos en la tierra estas palabras, publican los Bienaventurados en el cielo que la gloria, el poder, el honor y el imperio solo pertenecen al Eterno, sentado sobre el trono, y al Cordero que se sacrifica sobre el Altar.

Por tanto, hermanos míos, procu-

remos que nuestros corazones estén siempre de inteligencia con nuestros labios al decir esta oracion, y que el amor á las criaturas jamas la desmientan. Quando pronunciamos estas palabras, podemos decir con verdad que hablamos en los cielos, porque unimos nuestras voces á las de los Angeles y de los Santos; pero si al retirarnos á nuestras casas vuelven á ser terrenos nuestros pensamientos, y carnales nuestros deseos, entónces caemos en algun modo del cielo á la tierra, dexamos la mansion de la inmortalidad para fixarla en el destierro, y preferimos como insensatos el lenguaje de los hombres al de los amigos de Dios.

Señor Jesus, ya que en Vos, por Vos y con Vos alabamos y bendecimos al Padre Eterno, no permitais que nos venga esta desgracia. Sed siempre el principio de los homenajes que le rendimos, el modelo de los sacrificios que le haecemos, y el origen de los bienes que esperamos, para que en Vos y por Vos le demos el honor y la gloria en el tiempo, y alcancemos con Vos el bendecirle y amarle en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL PATER NOSTER.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. II. vers. I.*Señor, enséñanos á orar.*

No parece que tenemos necesidad, hermanos míos, de la instrucción que pedían en otro tiempo á Jesu-Cristo los Apóstoles, si consideramos la prodigiosa diversidad de fórmulas y de oraciones destinadas á solicitar los socorros temporales, y las gracias de que necesitamos en el órden de la salvación; pero si atendemos al poco éxito de nuestras súplicas, y á la ninguna proporción de nuestra conducta

con las gracias que solicitamos, no podremos ménos de continuar diciendo á Jesu-Cristo con ardor: *Señor, enséñanos á orar*; añade á las lecciones que das á tu Iglesia el gusto, el sentimiento y las disposiciones que se requieren para pedir lo que se necesita. Instruidos por nuestra propia experiencia, y por las frecuentes lecciones de la Iglesia de toda la extensión de nuestras necesidades, tenemos un pleno conocimiento de las cosas que nos faltan; pero distraídos sobre un punto tan interesante con mil objetos exteriores y sensibles, pedimos sin atención, sin recogimiento y sin gusto. Aprovechémonos, pues, de estas reflexiones que nos inspirará esta parte de la Misa, á fin de aprender lo que se necesita para dar eficacia y valor á esta oración en particular, y á las demás que hacemos.

La Iglesia por medio de las diferentes ceremonias que tiene adoptadas para el augusto Sacrificio del Altar, nos hace pasar sucesivamente de la preparación á la instrucción, de la instrucción á la oblación, y de la oblación á la consagración; y ahora por la ora-

cion que vamos á meditar nos introduce en la quinta parte, que debe servir de preparacion á la comunión. Pero ¿por qué la Iglesia no ha puesto la oracion Dominical á la cabeza de todas las demas oraciones que componen la Liturgia, mediante que en ella tenemos un modelo de todas las súplicas que dirigimos al Señor? El uso de la primitiva Iglesia bastará para responder á esta pregunta. La oracion Dominical era la última que se enseñaba á los Catecúmenos, y se reservaba para el tiempo en que iban á recibir el sacramento del Bautismo, sin duda con la mira de que estuviesen ya fortificados en la fe, ántes de confiarles una oracion, que será siempre infructuosa miéntras que no se dirija por el espíritu de fe; y asimismo porque se la consideraba como el compendio de todas las verdades de la salvacion, de las peticiones que puede hacer un Cristiano, y de las disposiciones que deben conducirle á los pies del Altar. Este es el motivo que ha tenido la Iglesia para escoger la oracion Dominical, á fin de que sirviese de preparacion á la santa Comunión; y nosotros para entrar en sus miras, de-

bemos estudiar los sentimientos que deben animarnos en esta circunstancia. No intento hacer aquí una larga explicacion de esta oracion, sino considerar en general su relacion con el santo Sacrificio de la Misa, teniendo presente que entre todas las oraciones es esta la mas propia para conseguir las gracias que solicitamos.

Quando decimos con atencion la oracion del Señor, encontramos en ella: primero, el orden de nuestras peticiones: segundo, el objeto de ellas: tercero, el modo de hacerlas. Estas tres partes van á ser la materia de este discurso.

El orden de nuestras peticiones. La gloria de Dios, nuestra salvacion, la del próximo, y los socorros temporales son todas las cosas que pedimos sucesivamente en esta oracion, tan subordinadas las unas á las otras, que no es posible abandonarlas aun por los que están dominados de la codicia. Ella ha sido dictada por aquel Señor que habia dicho poco ántes á sus discípulos: *buscad primero el reyno de Dios y su justicia, y despues lo tendreis todo.* Por tanto empezamos pidiendo que nos venga el reyno de Dios; y como

la posesion de este reyno está unida estrechamente á la justicia, el cumplimiento de ella se explica por estas palabras: *Santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* De aquí resulta que aunque los Cristianos estén poseidos de las ideas de los bienes sensibles, si quando dicen esta oracion, meditan sus palabras y estudian su espíritu, no es posible que se engañen sobre un punto tan esencial: ellos deben conocer que no deben pedir el pan substancial del cuerpo hasta que hayan pedido el alimento invisible del alma; y que las inclinaciones que se dirigen á satisfacer la propia voluntad, y por consecuencia á complacerla en sus gustos y deseos, no son legítimas miéntras que estos deseos no vayan conformes con la voluntad de Dios. La Iglesia ha observado constantemente este orden en todas las oraciones que componen la Liturgia; y así ha pedido siempre á Dios con preferencia la remision del pecado, la reonciliacion del pecador, y la constancia en la justicia ántes de solicitar en favor de los que participan de este Sacrificio los bienes, la

salud y los otros auxilios temporales. ¿Por qué causa la mayor parte de los Cristianos llevan al Sacrificio de la Misa corazones tan carnales y terrenos? ¿Por qué está distraido el espíritu de casi todos los asistentes con las ideas de su establecimiento y su fortuna, ó con el sentimiento de las pérdidas y de los accidentes desgraciados que les acontecen? ¿Será de extrañar que la oracion mas santa y mas eficaz produzca tan poco fruto? ¿Nos admiraremos de que Dios abandone á tantos Cristianos que apartan los ojos de su presencia solo para buscar los bienes perecederos? ¿Es posible que estén mas apegados á la tierra, que lo estaba en otro tiempo el Judío mas carnal y mas grosero? Ah! levantemos tambien nuestros corazones, quando el Sacerdote levanta la voz para anunciarnos esta oracion admirable, y apliquémonos la advertencia que sirve de prefacio.

El Sacerdote nos dice de la manera mas inteligible, *oremos*, y nos prepara para la oracion con un motivo muy propio para engendrar en nuestras almas este sentimiento. Los pre-

ceptos mas saludables, nos dice, son los que deben servirnos de regla en la oracion que vamos á dirigir. En este santo exercicio hemos tenido á todo un Dios por modelo, por Doctor y por Maestro; y así podemos hablar con toda seguridad caminando en pos de Jesu-Cristo. Esta advertencia nos impone la estrecha ley de conformarnos en todo con la intencion de este Divino Salvador; y si el Apóstol, hablando del misterio de la cruz, decia á los primeros fieles: *penetraos de los sentimientos que han animado á Jesu-Cristo*, yo puedo repetir aquí las mismas palabras á todos los que quieren decir con fruto esta oracion: si quereis orar con Jesu-Cristo, en union con Jesu-Cristo, y en el nombre de Jesu-Cristo, no basta decir las mismas palabras de Jesu-Cristo, sino que es preciso que ante todas cosas pidais la gloria de Dios y vuestra salvacion, y este es el medio de conformaros al orden que Jesu-Cristo mismo os prescribe.

Objeto de nuestras peticiones. En esta oracion encontrareis el compendio de quanto debéis pedir, de manera que no hay una súplica que no pueda re-

ferirse á la oracion Dominical; y un Cristiano que la dice con viva fe y constante atencion, puede estar cierto que lo ha pedido todo. Ella es para nosotros un testimonio sensible del amor de Jesu-Cristo, el qual, segun el Apóstol, no dió la preferencia en el conocimiento de su Evangelio á los mas nobles, á los mas poderosos y sabios del siglo; sino que quiso facilitar á todos, hasta los mas baxos y miserables, el recurso poderoso de la oracion, para que les abriese igualmente la entrada á su reyno. Es ciertamente cosa muy vergonzosa para los que se precian de instruidos en nuestra Religion, el ver que muchas gentes sin educacion, sin conocimientos y sin luces dicen con mas fervor, recogimiento y fe que ellos la oracion Dominical. De aquí nacen los progresos sensibles de los unos, y que cada día se afirman mas y mas en la paciencia, en la humildad, y en el desprendimiento de los objetos sensibles y terrenos, mientras que los otros se hallan tan tibios y lánguidos, como si acabasen de ser reducidos á la fe.

Esta diferencia debemos atribuirla al espíritu que anima á los unos y á

los otros. En efecto, un Cristiano que dice con fe la oracion Dominical, encuentra en ella abundantes bienes, y el compendio de toda la Religion, á saber, un Dios infinitamente superior á él, porque está en los cielos; pero que por un efecto de su misericordia, se ha dignado venir á él, y autorizarle para que le llame Padre: un Dios, cuyo nombre es santo y terrible; pero muy amable para el que le ama y le glorifica: un Dios, cuyo poder se extiende sobre todos los seres; que ha dicho, y ha sido hecho todo; que ha mandado, y han sido creadas todas las cosas; pero que ejercitando su poder sobre nosotros, nos proporciona en nuestra misma obediencia el origen de la verdadera felicidad: un Dios, que retirado en el secreto de su gloria, no parece accesible sino á los Angeles que le contemplan y le sirven; pero que no se desdenea de asociar á los hombres á su ministerio, pues que quiere ser servido por ellos en la tierra, como lo es por estos espíritus en el cielo: un Dios, que tiene en sí quanto necesita; pero que sin embargo quiere que le pidamos y esperemos para premiarnos.

He aquí lo que descubre un Cristiano fiel en esta oracion admirable, en la qual se compendian y explican sus obligaciones para con Dios de una manera tan consoladora como instructiva. En ella encuentra con la misma abundancia todos los recursos que pueden asegurar su propia santificacion. Si tiene necesidad para alimentar su alma del socorro invisible de la gracia, y de un alimento material y sensible para sostener su cuerpo, uno y otro se lo designa baxo el nombre de pan cotidiano; y pidiendo este pan, pide quanto necesita para la vida corporal y espiritual. *Dadnos el pan nuestro de cada dia*: es decir, no permitais que nuestra alma desfallezca: si está triste, consoladla con vuestras promesas: si está débil, fortificadla con vuestro socorro: si se ve atacada por sus enemigos, auxiliadla con vuestra fuerza: si está hambrienta de justicia, alimentadla con vuestra gracia: haced que Jesu-Cristo, que es el Pan vivo baxado del cielo, nunca se aparte de ella, sino que sea su pan cotidiano, y de esta suerte no experimentará escasez.

Dadnos el pan de cada dia: es

decir, pues que habeis hecho consistir nuestra vida en el uso de los alimentos, haced que sean ellos el fruto de nuestro trabajo, y no el principio de nuestra sensualidad. Nada os pedimos sino pan, esto es, lo único necesario; y os lo pedimos para cada dia, porque esta es la única necesidad verdadera: qualquiera otra es imaginaria, porque es el efecto de nuestra impaciencia ó de nuestra codicia; pero este pan de cada dia no le pedimos solo para nosotros, porque el interes del próximo y el amor que le debemos son dos motivos poderosos para tenerle presente en la oracion Dominical. El buen Cristiano no lo refiere todo á sí mismo, sino que extiende su caridad á todos sus próximos. Pero se hace muy de otra manera en el siglo fatal en que vivimos, donde el interes personal es el único móvil de todas nuestras acciones, olvidando que no tenemos derecho alguno á los bienes y á las gracias que solicitamos, sino en tanto que demos en ellas parte á nuestros hermanos. En esta oracion hablamos con Dios nuestro Padre, y no solicitamos que nos venga su reyno

para nosotros solos, sino para todos indistintamente. El pan espiritual y material debe repartirse entre nosotros, como se hace en las familias mas numerosas: las aficciones espirituales y corporales que nos amenazan, son males comunes que debemos temer para el próximo, como para nosotros mismos, solicitando su remedio con todo el interes posible. En fin, debemos excusar sus flaquezas, y perdonárselas para que se nos perdonen las nuestras. Ved el compendio de los recursos que nos ofrece la oracion Dominical.

Si el tiempo me lo permitiese, me detendria para explicar la tercera parte contenida en esta oracion, á saber, el modo de pedir; pero bastará observar que en ella se ve el espíritu de sumision que pone en la mano de Dios la eleccion de los tiempos, de las gracias y de los medios de santificacion: se ve el espíritu de confianza que inspira el pedir sin dudar, y el esperar sin murmurar: se ve el espíritu de humildad que reconoce sus miserias, y que confiesa sus pecados; en fin, se ve el espíritu de caridad que nos hace amar á Dios porque es Dios, y al próximo

por Dios. Por tanto, si decimos esta oracion penetrados de su espíritu, reunimos en ella el mérito de todas las oraciones, aseguramos los frutos mas abundantes, y pedimos para el tiempo presente todo quanto puede conducirnos para la salvacion; y para la vida futura todo lo que puede colmar nuestros deseos en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

LIBERA NOS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 19. vers. 42.

¡Ah, si tu reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz!

Este es el último cargo que hace Jesu-Cristo á esa nacion infiel, en cuyo favor habia obrado tantos prodigios, y á quien habia ofrecido tantos medios de salud. Estas palabras se las dirigió pocos dias ántes de su pa-

por Dios. Por tanto, si decimos esta oracion penetrados de su espíritu, reunimos en ella el mérito de todas las oraciones, aseguramos los frutos mas abundantes, y pedimos para el tiempo presente todo quanto puede conducirnos para la salvacion; y para la vida futura todo lo que puede colmar nuestros deseos en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

LIBERA NOS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 19. vers. 42.

¡Ah, si tu reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz!

Este es el último cargo que hace Jesu-Cristo á esa nacion infiel, en cuyo favor habia obrado tantos prodigios, y á quien habia ofrecido tantos medios de salud. Estas palabras se las dirigió pocos dias ántes de su pa-

sion, y las lágrimas que entónces corrian por sus ojos, eran una prueba de quan penetrado estaba su corazon de la ingratitud de este pueblo. Dentro de breves dias se le tratará como á un impostor que procura sublevar la nacion, quando no habia venido sino para procurar la paz, esa paz que debia pedir Israel, prometida por Ezequiel de parte del Señor. Pero como esta paz no se conformaba con las miras carnales de este pueblo grosero, se ve menospreciada; y el que para ellos era verdaderamente el Príncipe de la Paz, es desconocido, y se ve obligado á quejarse de que su pueblo se aleja quanto puede de la paz que le estaba ofrecida. La nueva Jerusalem, esto es, la Iglesia de Jesu-Cristo nos enseña á pedir esta paz en la oracion que sigue inmediatamente á la Dominical. ¡Ah, qual es su dolor al considerar que muchos de sus hijos menosprecian los medios de salud que les ofrece! Esto es lo que excita sus lágrimas; y mezclándolas con las de su Esposa, les dice: *¡Ah, si tú reconocieses lo que puede traerte la paz!*

Nosotros, hermanos míos, estudiemos para conocerla, y meditando las palabras de esta oracion, penetremos de su espíritu. La fórmula que vamos hoy á explicar, puede considerarse como una extension de la peticion última de la oracion Dominical, en que Jesu-Cristo nos enseña á pedir que seamos libres de mal; y aunque esta oracion contiene quanto puede y debe pedirse, Dios no se desdenea de oirnos quando, ó bien para mostrarnos agradecidos á los bienes que nos dispensa, ó asustados de los males que nos amenazan, nos determinamos á hablarle con mas energia y frecuencia; pero quiere que el objeto de nuestra oracion sea siempre relativo á su gloria y á nuestra salvacion eterna; y la Iglesia ha creído propio de su obligacion hacernos entender de quanta importancia son para nosotros estas súplicas repetidas.

Desde los primeros siglos se dixo esta oracion inmediatamente despues de la del Padre nuestro, y así se reconoce en los sacramentarios mas antiguos, esto es, en los libros destinados para el uso del Altar. La Iglesia en

todas las palabras de que se compone tenía muy á la vista las persecuciones que experimentaba de parte de los Emperadores idolátras; y considerando los males presentes y futuros, pide en ella la paz, la gracia y la tranquilidad del espíritu para servir á Dios con mas libertad. Los primeros fieles tenían una grande idea de esta oración, nacida de la atención y devoción particular con que la Iglesia la miraba. En efecto, se decía con una voz mas elevada que todas las otras del Cónon de la Misa, sin duda para que los asistentes pudiesen meditarla, y unirse con mas facilidad al Sacerdote. Todavía se acostumbra decirla el Viérnes Santo en el tono mismo que las Colectas; y como en este día, consagrado para recordarnos el misterio de nuestra redención, reúne la Iglesia todos los objetos de las oraciones que ha hecho separadamente en los otros tiempos del año, quiere que sea pronunciada con mas solemnidad.

Examinemos ahora la relacion que podia tener esta oración con los tiempos de las persecuciones, para ver la

aplicación que puede hacerse de ella, á las necesidades actuales de la Iglesia, y de los diferentes miembros que la componen. Transportémonos en espíritu á esos tiempos verdaderamente tempestuosos en que soplaban con tanta fuerza el viento de las persecuciones contra el rebaño de Jesu-Cristo, y figurémonos á los primeros fieles juntos en los subterráneos, sin atreverse apénas á levantar la voz, temiendo que se despertase el furor amenazante de los verdugos; sumergidos en el dolor mas amargo al considerar que muchos de sus hermanos habían perdido la fe seducidos por las lisongeras caricias de los tiranos, y que otros estaban consternados y yertos de temor al ver que la sangre de sus primeros Pastores estaba humeando en las plazas públicas, ó á las puertas de la Ciudad; expuestos quizá á salir de aquellos santos lugares para ser citados al tribunal á dar á Jesu-Cristo el mas grande, el mas noble y generoso de los testimonios, pero tambien el mas peligroso; amenazados de experimentar, si no cedían á las sugerencias, los crueles tormentos que sugería la mas ingeniosa barbarie. Esta

es una breve reseña de la situacion de los primeros Cristianos en los dias de las persecuciones; pero ved al mismo tiempo los males de que habian pedido á Dios les librase en la oracion Dominical, y para los quales solicitan nuevos socorros en la que la Iglesia ha tenido por conveniente añadir á ella.

Colocados, pues, en estas circunstancias espantosas, consideremos lo que esta súplica, *libranos de todo mal*, queria significar en la boca de estos Cristianos. Pero ¿cómo podremos combinar esta oracion de la Iglesia con el amor á los tormentos, y con la sed del martirio que animaba al mayor número de sus hijos; con aquella alegría de que se hallaban penetrados, quando eran tenidos por dignos de padecer el martirio por el nombre de Jesu-Cristo; con aquel valor heroico que los hacia invencibles en medio de los tormentos? Las súplicas de los primeros Cristianos se dirigian sin duda á la proteccion contra las tentaciones violentas para evitarlas, y á la asistencia en las tentaciones inevitables para triunfar de ellas; y en estas circunstancias á lo ménos se veia esa caridad que no es

presuntuosa, y que enseña á desconfiarse de su propia debilidad. Ellos miraban en esta oracion los males pasados, presentes y futuros, porque la caridad les hacia sensibles á las desgracias de los que se habian dexado seducir y sorprehender. Un interes personal los tenia siempre alerta contra los crueles tiranos de que estaban rodeados, y una sabia desconfianza de sí mismos les hacia temer las caidas de que mas de una vez habian sido tristes espectadores. Por esta causa se dirigian y ponian su confianza en la mas amorosa de las madres, y mas poderosa de las vírgenes. Tambien reclamaban la interseccion de los tres Apóstoles que con tanto valor habian bebido el cáliz del Señor hasta las heces. Asimismo rogaban encarecidamente á todos los Santos que les habian precedido en su penosa carrera para que interpusiesen su interseccion, á fin de no caer en los lazos que tenian armados por todas partes. Ellos pedian la unidad y la paz para toda la Iglesia, á saber, la paz entre los fieles, á fin de que la caridad fuese siempre el vínculo de la sociedad cristiana: la paz entre los tiranos, á fin de

que pudiese establecerse el reyno de Jesu-Cristo con mas rapidez; la paz entre los Cristianos, á fin de que la Iglesia combatida ya exteriormente con tantas persecuciones, no se viese despedazada en su seno por los cismas y las heregias.

Tambien recurrían á la misericordia de Dios para pedirle que les librara de pecado, y les asegurase de toda perturbacion. He aquí el sentido de esta oracion en los primeros dias del Cristianismo. Si abriésemos los fastos de la Iglesia, no nos seria difícil manifestaros los efectos saludables que producía, y os mostraríamos con San Cipriano á los primeros fieles postrados á los pies de los Altares como corderos que se ofrecían al sacrificio, y los veríamos salir de este santo lugar valientes como leones, y llenos de constancia, y fuerza para confundir la crueldad de los Jueces y la ferocidad de los verdugos. Pero esta oracion tan eficaz en su boca, ¿será por ventura inútil en la nuestra? ¿Será posible que la Iglesia la haya conservado solo para darnos una idea estéril de la fe de nuestros Padres? ¿Si conociésemos su es-

píritu, no se encenderia en nosotros esa fe casi extinguida. ¿Tendremos ménos necesidad en los dias tenebrosos en que vivimos de exclamar al Señor para que nos libre de tantos males como nos atacan por todas partes, y de los pecados sin número que cometemos? ¿No despedazan nuestro corazon las pasiones mas vivas, y le hacen una guerra mucho mas cruel que las mayores persecuciones? ¿No se abren mil escollos baxo nuestros mismos pies, no se oponen á nuestros progresos en la virtud mil obstáculos casi invencibles? ¿No nos atormentan los males pasados, presentes y futuros? Armaos, pues, Señor, con todo el poder de vuestro brazo para rechazar á tantos enemigos que se han conjurado para perdernos. Vos sois nuestro Padre, y os invocamos de todo corazon, presentándoos nuestras súplicas por el conducto de una Madre la mas amante de todas las madres. Vos sois nuestro Xefe, y nos habeis dado por cabeza visible al Príncipe de los Apóstoles, que desde lo alto del cielo preside nuestros combates. Vos sois nuestro Doctor y nuestro Maestro, y nos habeis dado para nuestra ense-

fianza á un Pablo á quien revelasteis los arcanos mas secretos, y le hicisteis vaso de eleccion. ¿Quién mejor que este Apóstol puede conocer los males que experimentó por sí mismo? El sabe, como que fué perseguidor ántes de ser llamado al Apostolado, lo que pueden sobre el corazon del hombre el exemplo y las preocupaciones: entregado durante todo el tiempo de su ministerio á las contradicciones, triunfó siempre por medio de vuestra gracia, y nos conseguirá sin duda las mismas victorias. Vos sois nuestra víctima, y la cruz es la hoguera donde habeis consumado vuestro Sacrificio; pero esta misma cruz ha hecho las delicias de vuestro Apóstol Andres, que la abrazó lleno de alegría, dándonos con esto un poderoso exemplo. Dadnos, Señor, la paz en nuestros dias por la intercesion de estos Apóstoles y de todos los Santos, los quales han experimentado vuestras misericordias en este valle de lágrimas, y gozan ya del descanso despues de los muchos trabajos que padecieron. Dadnos, Señor, repito, la paz en nuestros dias, no solo esa paz universal que consiguieron los Santos

á fuerza de continuas victorias, sino esa paz anticipada que produce la justicia en el corazon; esa paz que á pesar del fuerte choque de las pasiones, del viento impetuoso de la persecucion, y del fuego abrasador de las tribulaciones, es para nosotros una prenda de socorro que nos prepara vuestra misericordia. Señor, que esta paz consista particularmente en la expiacion del pecado; y si en algun modo éste es inevitable por la corrupcion y la fragilidad de nuestra naturaleza, haced que venga el remedio tan pronto como la herida. Que la calma ocupe el lugar de las agitaciones continuas que nos traen fuera de nosotros; de esas agitaciones del corazon, nacidas de una conciencia infiel á vuestra Ley; de esas agitaciones del espíritu que salen de las nubes que esparce el enemigo de la verdad sobre los principios de la fe; de esas agitaciones interiores, que son causa en el pecador de los remordimientos, en los justos de los escrúpulos, y en las almas débiles de un temor excesivo; de esas agitaciones exteriores y sensibles, causadas por los escándalos, por las blasfemias y por las burlas de los malos;

de esas agitaciones familiares que nacen de las disensiones y de las discordias ; de esas agitaciones de los reynos y de los imperios, que por intereses de estado encienden las guerras, y con ellas la desolacion universal ; en fin, de esas agitaciones que padece vuestra Iglesia, causadas por el espíritu del cisma y del error, seduciendo á sus hijos y arrancando sus miembros.

Estas son, Dios mio, una parte de las turbaciones que padecemos: estos son los males que affigen al género humano ; y así os pedimos que los aparteis de nosotros, y nos deis la seguridad que necesitamos ; y si, como dice el Apóstol, es preciso que subsistan las heregias ; y si como nos enseña la experiencia, las turbaciones y las agitaciones son como la propiedad de los hombres en la tierra ; haced que sin embargo gocemos de una santa tranquilidad. Léjos de nosotros esa orgullosa confianza, esa presuncion infausta, que no disimula el peligro sino para entregarse á él con mas imprudencia. La seguridad que pedimos se funda sobre vuestra infinita misericordia que no nos ha de abandonar : se funda sobre vues-

tra Providencia que jamas nos faltará: se funda sobre la Sangre adorable de Jesu-Cristo, cuya superabundancia no llegará á agotarse jamas. Con estos seguros garantes ya no vemos, Señor, los males pasados sino para repararlos ; los males presentes sino para ofrecerlos, y los males futuros sino para evitarlos, y para aspirar con mas ardor á esa paz eterna que no padecerá la menor alteracion. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE ESTAS PALABRAS

*PAX DOMINI SIT SEMPER VOBIS.*EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 9.*Habiendo Cristo resucitado de entre
los muertos, ya no muere.*

ESTA, hermanos míos, es la idea mas justa que nos puede dar el Apóstol de la Resurrección de Jesu-Cristo, y la verdad mas consoladora para nuestra fé. Si Jesu-Cristo resucitado ya no muere, nuestra fé no es vana, ni nuestra esperanza incierta. Sí, él ha resucitado despues de haber padecido la pena del pecado, aunque solo tenia las apariencias de él. El es tan verdadero

en sus palabras, como admirable en sus milagros, y nosotros seremos unos insensatos si no le tributamos el homenaje de nuestra sumision, y de nuestra obediencia. Pero si en el momento de su Resurrección la muerte ya no tiene imperio sobre él, ¿lo tendrá sobre nosotros quando una resurrección formada sobre el modelo de la suya nos haya hecho semejantes á él?

Voy á insistir sobre una verdad tan interesante, aunque parezca que me separo de la materia que trato. Despues de haber considerado á este Divino Salvador, en un estado de inmolation y de muerte, voy á mirarlo en un estado de Resurrección y de vida en el momento en que nos anuncia el Sacerdote el efecto de esta muerte que nos ha sido aplicada en su Resurrección. Para tratar de esta ceremonia seguiré en todo á los sabios Comentadores, los cuales convienen en que Jesu-Cristo puesto sobre el Cáliz por las manos del Sacerdote nos representa el momento precioso, en que saliendo por su propia virtud de su sepulcro, aseguró para siempre el fruto de su Sacrificio. Este pensamiento puede pues

conducirnos á meditar el objeto de esta ceremonia, y juntamente de las oraciones que contienen su espíritu.

Esta parte de la Liturgia ha sido algun tanto descuidada, sin embargo que merece atención muy particular. El Sacerdote, despues de haber dicho la oracion que hemos explicado en la Instruccion antecedente, toma la Hostia, la pone sobre el Cáliz, la divide en dos partes iguales, dexa la una sobre el Altar, y separa de la otra una pequeña parte, con la qual haciendo tres cruces sobre el Cáliz dice: *la paz del Señor sea siempre con vosotros.* Despues echa esta partecita en el Cáliz, diciendo: *esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos la vida eterna.* Estas palabras son por sí mismas bastante inteligibles; pero la circunstancia en que se dicen es de mucha importancia para omitir su explicacion.

Siendo el Sacrificio de la Misa, como ya lo hemos dicho, una continuation real y eficaz del Sacrificio de la Cruz, y una viva representacion de to-

dos los pasos y circunstancias de él, es indispensable que se designen y representen éstas por una ceremonia especial. En la Pasion de Jesu-Cristo vemos tres estados diferentes: su muerte, su sepultura y su resurreccion. Ya hemos hablado en varias ocasiones sobre los dos primeros misterios dándoos á conocer los beneficios que la naturaleza humana ha recibido por ellos, y ahora hablaré en particular sobre la relacion de la ceremonia de que tratamos con su Resurreccion. La Resurreccion produjo tres efectos que hallamos en algun modo reproducidos en esta circunstancia, y son la abolicion del pecado, la formacion de la Iglesia, y la aplicacion de todos los misterios de Jesu-Cristo durante su vida mortal.

La abolicion del pecado, primer fruto de su Resurreccion. En efecto, ella es el fruto de la muerte de Jesu-Cristo, pero de Jesu-Cristo Dios y Hombre. Su muerte era una prueba evidente de su humanidad; pero su Resurreccion confirmó su divinidad, y por consecuencia el derecho que tenia sobre la vida y la muerte. Su muerte era la señal de sus combates contra todo el

poder de las tinieblas; pero su resurreccion fué la señal de sus victorias. Por tanto, hermanos míos, despues de haber dicho el Sacerdote representando su muerte en el momento de la consagracion: *esto es pues mi cuerpo: este es pues el Cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros.* Dice representando su Resurreccion: *la paz del Señor sea con vosotros.* Ya en adelante no hay combate sin victoria para el que pelea con Jesu-Cristo y por Jesu-Cristo: ya no hay victoria que no sea la prenda de una paz eterna para el que no se separe de Jesu-Cristo. La serpiente podrá conservar todavía su veneno, la muerte su aguijon, el demonio su malicia, y el pecado su fealdad; pero el justo rescatado por Jesu-Cristo, defendido por Jesu-Cristo, y que se une con Jesu-Cristo, gozará de la paz en los combates, tomará en sus manos, segun la expresion del Evangelio, la serpiente sin temor alguno, verá la muerte á su lado sin temer sus golpes, experimentará sin susto los asaltos del infierno; y si su fragilidad es causa de caer alguna ven en el lazo,

se levantará con prontitud, porque Jesu-Cristo resucitado es su fuerza, su defensa y su recurso.

La formacion de la Iglesia: segundo fruto de la Resurreccion. Este sin duda es el efecto de la Resurreccion de Jesu-Cristo, que en poco tiempo visita todos los miembros del cuerpo místico que ha rescatado para sí sobre la cruz. Esta figura la encuentro en las tres partes que hace el Sacerdote de la hostia. La una puesta sobre el Altar es Jesu-Cristo, uno por naturaleza, el qual por virtud de su Sacrificio derrama continuamente sobre las almas que nos han precedido el refrigerio, la luz y la paz. Jesu-Cristo elevado sobre el Cáliz me representa á este Divino Salvador, volviendo á su Padre para colmar á la Iglesia del cielo de felicidad y de gloria. Jesu-Cristo echado por el Sacerdote en el Cáliz, me acuerda la union que ha contraido con la Iglesia de la tierra, union figurada tambien por la mezcla del agua y del vino, y este Divino Esposo se hace uno con su Esposa. Por tanto en esta circunstancia interesante conviene que repita el Cristiano la profesion de fé

que hicimos ántes de empezar el Sacrificio: á saber, creo una sola Iglesia. Sí, la creo, y esta creencia es el efecto de mi fé en Jesu-Cristo. Creo que estoy unido á los Santos que reynan en la gloria, por la misma caridad que me une á las almas de los justos que esperan su rescate. Creo que Jesu-Cristo, que vierte por ella su sangre, la ha vertido tambien por mi salvacion, y que con esta efusion ha consumado la santificacion de sus escogidos: que él está y estará eternamente unido á todos los miembros que ha hecho suyos, y que la paz del Señor que me desea su Ministro, es la consumacion de la union inefable que quiere contraer conmigo en su Sacramento, y que promete perfeccionar un dia en el cielo.

Jesu-Cristo, hermanos míos, nos ofrece en su Resurreccion el compendio y complemento de todos los demas misterios, y este es el tercer fruto que se designa en esta ceremonia. Ella me recuerda su Encarnacion en la mezcla del pan y del vino, con los quales se une el agua misteriosa que representa el Pueblo. Ella me acuerda su nacimiento en esa nueva paz que me anuncia

por medio del Angel visible que ha escogido para Ministro suyo: su circuncision por la separacion que hace el Sacerdote de una parte de este cuerpo adorable: su manifestacion, saliendo en algun modo del secreto de su Santuario para enseñarme que él es mi salvacion y mi vida: su presentacion, ofreciéndose á su Padre como una Hostia pacífica, capaz de reconciliarnos con él: su Pasion, su Resurreccion, y su Ascension en el cielo, anunciándonos en esta circunstancia que precede á la Comunión la consumacion del Sacrificio, las ventajas que nos procura, y la gloria que asegura á la santa humanidad de Jesu-Cristo.

No me admiro pues que la Iglesia desde los primeros tiempos haya observado esta ceremonia como una de las mas propias para recordarnos los frutos de tan gran misterio. En los antiguos Sacramentarios se lee que la Iglesia en los primeros siglos del Cristianismo, principalmente en los tiempos de persecucion, en que la celebracion del santo Sacrificio era mas rara, por la prohibicion de juntarse los Cristianos, permitia á los Sacerdotes dividir la Hostia

en dos partes, á fin de que pudiesen enviar una en señal de comunión á los que por la distancia de los lugares, y el peligro de las persecuciones no podían presenciar los santos misterios. ¡ Ah, cuántos motivos de confianza encontraban los fieles en esta señal de comunión y de caridad que recibían! Los mas tímidos se alentaban para el martirio, los mas débiles se fortificaban en la fé, y los mas justos se abrasaban en el amor Divino, pareciéndoles que oían de la boca misma de Jesu-Cristo estas palabras: *la paz del Señor sea siempre con vosotros*: ella os sostenga en esos momentos en que la vida y los bienes están amenazados por los enemigos de la fé: no se turbe vuestro corazón, creed en mí, yo estoy con vosotros, y el cambio que os propongo de una vida eterna por una vida perecedera, de una gloria sin fin por unos tesoros despreciables, debe mantener vuestros corazones en la sumisión y la paciencia. ¿ Pero por qué no hará, hermanos míos, la misma impresión sobre nosotros esta palabra consoladora? ¿ Por qué nos abatimos hasta un punto en el qual ya no podemos recibir los con-

suelos? Si fuésemos verdaderos hijos de la paz, ella reposaría sobre nosotros, y quando el enemigo procurase inquietarnos, vendríamos á tomar fuerzas á los pies de los Altares.

Esta paz se llama propiamente paz del Señor. ¿ Pero qué distinta de la que tanto preconiza el mundo! La falsa paz consiste solo en carecer de tribulaciones, de males y de peligros, y aun ésta no puede alcanzarse sino entregándose á los desórdenes mas injustos, á pesar de la poca seguridad que hay en la injusticia misma. Ella solo es una quimera y una sombra de paz, porque no amortigua ó extingue las pasiones que nos devoran, ni aparta los peligros que nos amenazan, ni sofoca los remordimientos que despedazan nuestro corazón. ¿ Qué importa que ella nos lisonjee con vanas esperanzas, si á los primeros reveses nos abandona? ¿ Es ésta, Dios mio, la paz que nos anuncia en nombre tuyo el Sacerdote? ¡ Ah, si ella no tuviese otros caracteres, sus oraciones serían propiamente una verdadera imprecación! Almas justas que habeis gustado de esta paz, y que la gozais todavía por la misericor-

dia del Señor, decidnos ¿quáles son los atractivos que ella tiene para un Cristiano fiel? ¿No tiene una solidez incapaz de alterarse por el pecado enseñándonos á huirle y á temerle? ¿No es ella quien os hace sufrir con paciencia los trabajos y las amarguras de la vida, mientras que los Cristianos sin religion, y sin fé se ven agoviados por las miserias?

Se dice comunmente, que para sufrir todo género de contratiempos se necesita mucho valor, firmeza de ánimo, y un conocimiento profundo de los principios de la religion. ¿Pero no es la paz de Jesu-Cristo la que da este valor? ¿No es ella la que hace ver el dedo de Dios en los diferentes acontecimientos de la vida, y su misericordia en los golpes que nos da, y sus designios adorables en los rigores con que nos trata? ¡Ah, *la paz del Señor sea siempre con nosotros*, porque este es uno de los privilegios con que nos ha enriquecido! Aunque nos ofrezca muchos consuelos la paz de la vida presente, no nos hace sin embargo insensibles. Jesu-Cristo que nos ha adquirido esta paz con su muerte, la derrama

sobre nosotros desde su cruz, y hace que corra en abundancia desde el Altar en que ofrece su Sacrificio; pero con ella corren tambien algunas gotas de esa hiel que contiene su cáliz, y hasta que estén del todo agotadas no estará libre la paz del justo de vicisitudes y combates. Ya pues, Cristianos, que ella vive siempre con el que la busca, y la ama, esperemos con la debida confianza el dia en que Jesu-Cristo mismo nos anunciará la paz: caminemos con valor y firmeza á la Jerusalem Santa donde está de asiento esta virtud. Preparemos nuestros corazones para oír y cantar el cántico de la paz, considerando que el Sacerdote, para que suspiremos por este momento nos dice: *la paz del Señor sea siempre con vosotros*. Así sea



Destruid este Templo, y en tres dias lo levantaré.

No perdamos de vista que la oración que hemos indicado en la Instrucción última nos representa la Resurrección de Jesu-Cristo. Su cuerpo y su Sangre separados en el momento de la consagración por la espada espiritual

de las palabras sacramentales, se reúnen en algun modo por la mezcla de las dos especies, y Jesu-Cristo renueva el cumplimiento de aquella profecía tan clara y terminante que habia hecho á sus Apóstoles. El templo de su cuerpo es destruido de nuevo, y restablecido de nuevo por el doble misterio que celebró la Iglesia en el momento de la Misa; por lo qual nos advierte que ofrece este augusto Sacrificio en memoria de la Pasión, de la Resurrección, y de la Ascension de Jesu-Cristo. El misterio de la Resurrección se nos representa en este parte de la Misa, y ella por esta causa es una de las mas interesantes é instructivas: procuraremos pues conocer toda su energía meditando las palabras que ha consagrado la Iglesia para esta acción misteriosa: prestadme atención.

La oración que trato de explicar hoy está concebida en pocas palabras. Despues que el Sacerdote ha deseado la paz al Pueblo, dice con una voz baxa: *esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos, la vida eterna.* Debemos

pues considerar en primer lugar que esta mezcla se dirige al mismo fin que la consagracion: en segundo, que esta mezcla es del Cuerpo y de la Sangre de Jesu-Cristo: en tercero, que esta mezcla es para los que le reciben el origen de una bienaventuranza que no tendrá fin.

Esta mezcla está inmediata á las palabras de la consagracion, porque realmente es una consecuencia de ellas. Cada una de las palabras que pronuncia el Sacerdote sobre las dos especies, hace, segun la doctrina constante de todos los Teólogos, que el Cuerpo esté baxo la especie del pan, y la Sangre baxo la especie del vino. Tambien es verdad que la Sangre está baxo la especie del pan, y el cuerpo baxo la especie del vino, por una virtud que llaman los Teólogos de concomitancia, esto es, acompañamiento; porque estando Jesu-Cristo vivo en la Eucaristía, no puede existir su Cuerpo sin su Sangre, y la Sangre no puede tener vida mientras que no esté circulando por el cuerpo. Por la virtud de estas palabras: *esto es pues mi Cuerpo*, se ha convertido el pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, y por estas

otras: *este es pues el Cáliz de mi Sangre*, se ha convertido el vino en la Sangre de Jesu-Cristo, y siendo necesaria en la Misa una accion que anuncie la union esencial de estas dos especies, la Iglesia ha ordenado la oracion de que tratamos. Desde este punto deben creer los fieles firmemente que baxo qualquiera especie que reciban el augusto Sacramento, reciben á Jesu-Cristo todo entero; y que sin embargo de que la Iglesia ha tenido por conveniente reducirlos á la Comunión baxo una sola especie, le reciben tan real y completamente como el Sacerdote que participa de las dos especies. Este es el motivo de la mezcla. Veamos ahora el espíritu de ella.

No solo nos figura esta mezcla la union de las partes que componen el Cuerpo de Jesu-Cristo, sino tambien la union que ha contraido con todos los miembros en el Sacramento del bautismo: tambien nos figura la union que debemos conservar nosotros mismos con nuestros hermanos de qualquier nacion, estado ó caracter que sean; y por tanto quando el Sacerdote dice esta oracion, debemos apre-

surarnos á unirnos á Jesu-Cristo de manera que nuestra union sea indisoluble como la suya. Una vez obrada esta mezcla, ya no puede ser destruida, y en esto se nos recuerda la Resurreccion. En efecto Jesu-Cristo resucitado ya no muere, la muerte ya no tiene imperio sobre él, y su sangre vertida una vez en el árbol de la cruz ya no puede ser derramada sino místicamente; y lo es en efecto en el Sacrificio de la Misa; pero sin division y separacion: imágen sensible de la caridad de un verdadero Cristiano, y de la union de los miembros con la cabeza, y de la que tienen los fieles unidos entre sí: leccion importante para un Cristiano, el qual debe decirse á sí mismo que unido una vez á Jesu-Cristo no debe jamas separarse de él por el pecado; y que quando sigue la ley de sus pasiones, le da en quanto cabe una verdadera muerte, y destruye segun puede la santa union de su Cuerpo y de su Sangre. Esto dió motivo al grande Apóstol para comparar el crimen de un profanador con el deicidio que cometieron los verdugos de Jesu-Cristo, porque en efecto no han hecho

ellos otra cosa que executar visiblemente, y de un modo sangriento, lo que el pecador executa realmente, aunque de un modo no sangriento.

Esta mezcla es la del Cuerpo y Sangre de Jesu-Cristo. Esta reflexion me conduce á decir que por esta segunda circunstancia se nos ofrece tambien el misterio de la Resurreccion. Jesu-Cristo debia derramar una vez su sangre y ofrecerla sin cesar; debia verter sobre la cruz hasta la última gota, y recobrarla despues para presentarla eternamente á su Padre, como la prenda de nuestra santificacion; y así la Iglesia habiendo vertido esta sangre por los vivos, por los difuntos, por las necesidades espirituales y por las corporales, se la vuelve en algun modo á Jesu-Cristo por la mezcla que hace de ella, á fin de enseñar á los fieles que siempre está vivo para intercéder por nosotros.

Sí, un Cristiano debe orar siempre. Así se lo manda Jesu-Cristo; y esta es la funcion habitual de este Salvador en el cielo. Todo ora en él; á saber, ese cuerpo formado de nuestra substancia en el seno de una vírgen, expuesto por amor de nosotros al rigor de las esta-

ciones á sufrir el hambre y la sed, á padecer todo género de incomodidades en caminos y viages, á los dolores de las heridas y de los golpes, á las angustias de los azotes y de la cruz. Ese cuerpo cubierto de llagas y desfallecido habla continuamente por todas ellas para solicitar la misericordia. Apenas empieza su sangre á correr por los débiles miembros de su infancia, quando ya la derrama al filo del cuchillo de la circuncision, y en esta dolorosa agonía que prepara el Divino Salvador para la muerte, se abre su sangre un paso por todas las partes de su cuerpo. Las espinas, los azotes y los clavos la dan un libre curso, y una lanza que penetra su costado acaba la efusion entera que debia hacer por nuestra salud. La sangre de Abel, la de Zacarías y de otros muchos Profetas tienen infinitamente ménos poder para armar el brazo vengador, que la sangre de la víctima adorable para desarmar su ira. Esta sangre gritará por nosotros sin cesar, diciendo: perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no entreguéis vuestra heredad á la confusion y al oprobrio.

Ya por esto podeis venir en conocimiento, hermanos míos, de la fuerza y la virtud de este cuerpo y de esta sangre unidos para solicitar la misericordia divina, y de los derechos de un Cristiano que participa de este sacramento, y hace de su cuerpo una víctima continua. Entonces consigue la victoria sobre sus pasiones, porque vela sobre todos sus sentidos, y castiga con dureza una carne que se rebela con tanta frecuencia. Un Cristiano, cuya sangre corre como la de Jesu-Cristo para animar una vida santa é irreprehensible, y que por las buenas disposiciones de su corazón está siempre pronto para derramarla por la gloria de Dios, la defensa de la religion y el exercicio de la caridad, puede estar bien seguro de conseguir sus deseos.

¡Quán dulce es á este Cristiano el poderse mezclar en algun modo con Jesu-Cristo, quando el Sacerdote reúne las dos especies, y hacerse por tanto partícipe de un misterio, que siendo una figura tan sensible de la Resurreccion del Salvador, nos anuncia aquella Resurreccion futura donde se unirán los miembros con la cabeza de una ma-

nera que esta union no podrá padecer jamas alteracion alguna! Así el Sacerdote acaba esta oracion diciendo: *Esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos, la vida eterna.* Aquí es donde se nos representa mas evidentemente el misterio de la Resurreccion. Este cuerpo abierto para curar nuestras heridas, y esta sangre derramada para lavar nuestros pecados, se reunen y toman una vida nueva para asegurarnos una vida eterna, de manera que si podemos decir que Jesu-Cristo por su Resurreccion es nuestro modelo, y el único recurso que tenemos, tambien podemos decirlo de esta mezcla preciosa, haciéndose de dos modos el origen de una bienaventuranza para los que le reciben, esto es, enseñándoles á servir á Dios, como deben, y asegurándoles la felicidad de amarle y de poseerle eternamente.

Sí, les enseña á servir á Dios, sin dividir su atencion y sus cuidados á ningun otro objeto, y en efecto un Cristiano que se penetra del espíritu de esta ceremonia dice á Dios con Je-

su-Cristo, lo que se decia á sí mismo el Profeta: *Alma mia, bendice al Señor: todo quanto hay en mí le rinda adoracion á su santo nombre, mi entendimiento solo se dedique á conocerle, y mi voluntad á amarle y obedecer sus mandamientos.* Este es el exemplo que me da Jesu-Cristo ántes de su Resurreccion; pero este exemplo me le hace mucho mas sensible despues de resucitado, porque entonces nada conserva de la mortalidad. Su vida toda es espiritual, porque se ha despojado enteramente de la forma exterior del hombre viejo, y no vive ya en él sino el hombre nuevo. Sé muy bien que este despojo no es posible al Cristiano; pero él es la imagen de otro que puede obrar en nosotros la gracia del Redentor. Este es el despojo de sí mismo, de la voluntad propia, y de toda suerte de inclinaciones humanas: Esta es la renuncia de todo lo que pasa con la vida, el desprendimiento de todo lo que perece y la fuga de lo que puede manchar el alma.

Un Cristiano que tiene estas disposiciones está muerto verdaderamente con Jesu-Cristo, está sepultado con

Jesu-Cristo, y adquiere el derecho de resucitar espiritualmente con Jesu-Cristo; cuya Resurreccion consiste en caminar en una vida nueva. Entonces adquiere tambien el derecho á esa Resurreccion visible que debe obrarse al fin de los siglos; á esa Resurreccion gloriosa que debe transformar nuestros cuerpos, y colmar nuestras almas de delicias y de gloria. Feliz transformacion, digna por cierto de nuestros deseos, y capaz por sí sola de recompensarnos de todos nuestros sacrificios.

Dios mio, persuadidos de estas verdades no podemos ménos de decir con vuestro Ministro: el cuerpo de nuestro Señor unido á la sangre que ha vertido por nosotros, sea realmente por el deseo, para todos los que participan de él el principio de esa vida donde os conoceremos sin esterbo, donde os amaremos sin reserva, donde os alabaremos sin disgusto, y en la que os gozaremos sin fin. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

AGNUS DEI.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 1. vers. 29.*He aquí el Cordero de Dios.*

ESTE testimonio que dió el Bautista á Jesu-Cristo á la vista de todo el pueblo que venia para oírle y recibir su bautismo, debió parecer muy admirable á Israel. Los Profetas habian designado muchas veces al Mesías prometido baxo la figura de un Cordero; pero este pueblo carnal no podia con-

eiliar las ideas magníficas que se formaban de su Libertador con la simplicidad de esta figura. Nosotros, hermanos míos, que estamos mejor instruidos que los Israelitas, lejos de escandalizarnos de esta imagen, reconozcamos en ella el carácter verdadero de aquel Señor que se ha inmolado por nosotros, porque sabemos que él es verdaderamente el Cordero escogido por Dios para que fuese la víctima de propiciación dada á los hombres, á fin de inspirarlos docilidad y dulzura; y así cuando la Iglesia nos dice estas palabras, ó por mejor decir, quando invoca á Jesu-Cristo baxo esta qualidad, debemos aplicarnos para dar á esta oracion el sentido que contiene, y excitar en nosotros los sentimientos necesarios para que nos sea útil. Lo que importa estudiar en este momento es el enlace que puede tener esta oracion con las que la han precedido, y deben seguirla. Por ella se empieza una parte esencial de la Misa; á saber, la Comunión: ella prepara al Sacerdote, y los asistentes dan á Jesu-Cristo pronunciando estas palabras los testimonios mas propios de confianza y de humildad.

quando se dirigen de corazon á formar las disposiciones que exige la preparacion de nuestros santos misterios. Vamos á seguir esta idea para sacar el fruto que debemos prometernos.

Esta oracion no se empezó á usar en la Iglesia hasta fines del siglo séptimo, y en estos primeros tiempos no sirvió segun parece sino para mantener la atencion y la piedad de los fieles, mientras que el Sacerdote estaba ocupado en las oraciones y ceremonias que hemos explicado en las instrucciones antecedentes. El pueblo no esperaba entonces, como lo hace ahora, á que se acabasen estas oraciones para empezar á dirigirse á Jesu-Cristo, como víctima por nuestros pecados; pero despues pareció sumamente interesante que entretanto que los fieles repetian con solemnidad estas palabras, las dixese el Sacerdote mismo para excitar en su corazon la confianza y la humildad. Esta oracion se repite hasta tres veces, segun el uso que ha observado la Iglesia constantemente con todas las oraciones que ha tenido por mas importantes. Esta es una especie de instancia ó de violencia que hace á Dios, si puede de-

cirse á sí, para conseguir las gracias que solicita en nombre de sus hijos. Esta oracion la dice el Sacerdote inclinándose para denotar los sentimientos de adoracion y de respeto que debe excitar en su corazon: se da tres golpes de pecho, y dice al primero: *Ten misericordia de nosotros*, porque considera sus pecados como el motivo mas poderoso de commiseracion que puede presentar á Jesu-Cristo. Esta misma peticion hace al segundo, y al tercero parece que muda de objeto, diciendo: *danos paz*, porque siendo el objeto especial de la compasion de Jesu-Cristo la turbacion y la guerra interior que produce el pecado en nosotros, la disipa con su presencia.

Este es el sentido propio de las ceremonias que se hacen en esta oracion; pero en las Misas que se celebran por los difuntos, la Iglesia en lugar de estas palabras: *Ten misericordia de nosotros*, dice las siguientes: *Dales el descanso eterno*, para manifestar que su intencion es aplicarles especialmente el fruto de este Sacrificio; y así en lugar de pedir la paz, que es el bien mayor de que necesitan los fieles, pide

el reposo que verdaderamente es el pan de los muertos; pues que estas almas que acaba Dios de purificar en las llamas del purgatorio pueden decir con mas verdad que San Agustin: nuestro corazon está inquieto y como fuera de su centro hasta que descansemos en ti. Dales este reposo, dice toda la Iglesia, ya se acabó el tiempo de su destierro pues que los has separado de los habitantes de Cedar, y se pasaron los dias de sus trabajos, porque estan envueltos en esa noche, donde no pueden hacer ninguna obra meritoria: su alma baxo la mano de tu justicia está en una cruel perplexidad, no porque temen perderte, sino porque todavía no te gozan, y sus lágrimas no llegarán á enxugarse hasta que les des el descanso eterno.

El Sacerdote en las Misas de difuntos no se da golpes de pecho para manifestar que olvida por un instante sus propios intereses para socorrer á sus hermanos en las aficciones que padecen, y en algun modo abandona la carga de sus pecados y miserias, para levantar la que oprime al justo en el lugar de expiacion. Estas diferentes ex-

plicaciones nos muestran la intencion de la Iglesia en esta oracion, bien sea que la aplique á los difuntos, por quienes ofrece el Sacrificio, ó que se sirva de ella para excitar la fe de sus hijos; pero sin embargo penetraremos mucho mejor su espíritu explicando las palabras mismas de que se compone: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.*

Esta oracion se ha colocado despues del Cánon de la Misa, é inmediatamente ántes de la Comunión; esto es, en el momento en que Jesu-Cristo se ofrece como víctima, y ocupa el lugar de todos los sacrificios de la antigua ley. No es esta pues la oblacion de Abraham, el Sacrificio de Melchisedec; la hostia que ofrece Jacob á los pies de la escala misteriosa; no son estas las víctimas de propiciacion; las hostias de pacificacion, las ofrendas de reconocimiento, y las ceremonias de purificacion que acostumbraban ofrecer al Señor Aaron y sus hijos, Phinees y todo el orden Levítico, porque éstas no eran propiamente las víctimas de Dios. Este era el sacrificio del hombre, el

qual hacia la eleccion de ellas, y las consagraba al Señor; éste era el sacrificio de la ley; pero de una ley que debia ser abolida: ésta era en una palabra una oblacion despreciable para la Divinidad, y muchas veces una abominacion por las malas disposiciones de los sacrificadores; pero la víctima que la Iglesia presenta en el Sacrificio de la Misa, es verdaderamente el Sacrificio de Dios, la oblacion de Dios, el Cordero de Dios escogido por Dios, ofrecido por Dios, aceptado por Dios; digno solamente de un Dios, capaz solo él de satisfacer á Dios, y el mas á propósito, ó por mejor decir, el único para reconciliarnos con Dios.

Esta es verdaderamente víctima de propiciacion en toda la extension del término, y no solo lava el pecado, sino que le borra; no solo quita nuestros pecados, dice el Apóstol, sino los de todo el mundo. Esta víctima quita los pecados; es decir, que Jesu-Cristo sin cometerlos los ha hecho en algun modo suyos propios para borrar los nuestros. El Apóstol se sirve de una expresion que sin ofender la santidad de Jesu-Cristo explica toda la extension de

su caridad por nosotros, diciendo que se ha hecho pecado; es decir, el representante del pecado, sobre el qual debía recaer la Divina Justicia; la caucion del pecado que debía á la Magestad de Dios una reparacion infinita; el remedio del pecado, cuya llaga demasiado profunda no podia curarse sino con méritos abundantes.

En efecto podemos decir que quita los pecados del mundo, porque desde su mismo origen ha presentado á su Padre una satisfaccion suficiente por cada uno de los que se han cometido. En hora buena que la malicia del pecador haya llegado á su colmo, el torrente de la iniquidad no prevalecerá jamas contra la superabundancia de su sangre. El quita los pecados del mundo, y por consecuencia los de cada uno en particular: él está cubierto de nuestras llagas, y agoviado baxo el peso de nuestras enfermedades: y así no nos es lícito entregarnos á la desesperacion. Entretanto que la Iglesia exclama en nombre de todos sus hijos: *ten misericordia de nosotros*, debemos penetrarnos de dolor á la vista de nuestros propios pecados, y decirle: Señor, tú sabes que

hemos sido formados del lodo; tú conoces nuestra flaqueza, porque tú mismo has experimentado sus efectos; tú conoces la enormidad de nuestros pecados, los quales te han hecho llagas tan profundas: *ten pues misericordia de nosotros*: es decir, míranos con esa compasion que te hizo desear tan ardentemente el bautismo de tu sangre, y beber con tanta paciencia el cáliz de tus humillaciones: con esa compasion que te hizo pedir sobre la cruz con el ansia mas viva no el alivio pasajero de una bebida sensible, sino la extincion total de nuestros excesos y pasiones: *ten misericordia de nosotros*. Tú eres el Cordero de Dios, nosotros las ovejas de tus pastos, y el lobo hambriento anda sin descansar al rededor del rebaño para devorarle. Cordero y Pastor juntamente, sálvanos de la boca cruel de este enemigo que cifra toda su alegría en la dispersion de tu aprisco: *ten misericordia de nosotros*. Tú nos has prometido por el Profeta que tu amor para con tu rebaño te llevaria á curar las llagas de las ovejas heridas y á fortificar las enfermas; ahí tienes al pie de tu Altar una multitud

de ellas que estan enfermas y desfallecidas, que esperan que las consueles en sus aflicciones, que las calientes con el fuego de tu caridad, y las defiendas de todos los enemigos que trabajan para destruirlas. Ten misericordia de nosotros para gloria de tu nombre, para asegurar el fruto de tu muerte, y para probar la eficacia de tu sangre: haz que nuestro enemigo no pueda levantar su orgullosa cabeza para decir que ha prevalecido contra nosotros, y mucho ménos para preguntar con desprecio en dónde está nuestro Dios, y cuáles son las pruebas de su amor. Ten misericordia de nosotros que somos tus miembros, tus hermanos, los coherederos de tu reyno y los hijos de tu Iglesia. Ten misericordia de nosotros en el estado de agitacion en que se encuentra la Iglesia, la qual como una barca sobre un mar tempestuoso se halla expuesta á sufrir la violencia de las olas; y aunque es verdad que no llegará el caso de que naufrague, te pedimos para ella la calma y la tranquilidad.

Danos la paz defendiéndonos de los enemigos visibles que nos atacan con

las heregías, los escándalos, la impiedad y las blasfemias: danos la paz fortificándonos contra los enemigos invisibles que nos tientan y solicitan para el mal: danos la paz con nuestros hermanos agitados por el espíritu de division y de discordia: danos la paz con los malos que procuran hacernos todo el mal posible con su perfidia, sus calumnias y los lazos que nos tienden: danos la paz de las familias inspirando en ellas la subordinacion, la dulzura y la caridad: danos la paz de los imperios presidiendo en los consejos de los Principes, para que dirijan con acierto sus Reynos, para que hagan saludables leyes, y escojan buenos Ministros y Jueces rectos: danos la paz de tu Iglesia haciendo lucir sobre sus hijos el espíritu de verdad; en fin, danos la paz interior de una buena conciencia. Dichosa paz que nos haria semejantes á ti, viviendo como mansos corderos, sin temor alguno en medio de los lobos, y llevando como tú los pecados ajenos con caridad y paciencia.

Dichosa paz, que calmaria nuestra inquietud, que suavizaria nuestro destierro, que corregiria los descos de

nuestro corazón, y haría oír en los miembros de tu cuerpo místico esa armonía feliz, que es el efecto más precioso de la caridad.

Dichosa paz, que haría de la tierra un verdadero cielo, un paraíso anticipado, una figura sensible de la celestial Jerusalem, de esa Jerusalem, de quien dice con entusiasmo uno de tus Santos, que en ella sola se anunciará la paz, que las calles resonarán con la paz, que los ciudadanos no cantarán sino cánticos de paz, que la comida en ella será la paz, y que el Dios que hará las delicias de sus Santos, será conocido con el nombre de Dios de la Paz: danos, pues, esta paz, oh Divino Cordero, tú que has venido á pacificar el cielo y la tierra, dánosla en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

DOMINE JESU-CHRISTE.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 14. vers. 27.

La paz os dexo, mi paz os doy.

En estas pocas palabras encontramos toda la ventaja y grandeza del Testamento nuevo. En el momento en que debe tener este Testamento toda su fuerza con la muerte del Testador, es quando dice Jesu-Cristo á sus Apóstoles: *mi paz os dexo*, y ella será para vosotros un consuelo continuo de mi ausencia: os la dexo no como un bien

nuestro corazón, y haría oír en los miembros de tu cuerpo místico esa armonía feliz, que es el efecto más precioso de la caridad.

Dichosa paz, que haría de la tierra un verdadero cielo, un paraíso anticipado, una figura sensible de la celestial Jerusalem, de esa Jerusalem, de quien dice con entusiasmo uno de tus Santos, que en ella sola se anunciará la paz, que las calles resonarán con la paz, que los ciudadanos no cantarán sino cánticos de paz, que la comida en ella será la paz, y que el Dios que hará las delicias de sus Santos, será conocido con el nombre de Dios de la Paz: danos, pues, esta paz, oh Divino Cordero, tú que has venido á pacificar el cielo y la tierra, dánosla en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

DOMINE JESU-CHRISTE.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 14. vers. 27.

La paz os dexo, mi paz os doy.

En estas pocas palabras encontramos toda la ventaja y grandeza del Testamento nuevo. En el momento en que debe tener este Testamento toda su fuerza con la muerte del Testador, es quando dice Jesu-Cristo á sus Apóstoles: *mi paz os dexo*, y ella será para vosotros un consuelo continuo de mi ausencia: os la dexo no como un bien

que no me pertenece, sino como una posesion que voy á adquiriros con mi sangre, y de la qual puedo disponer como de cosa propia. *Mi paz os doy;* y esta paz, que verdaderamente es mia, nadie puede procurarla sino yo, de manera que todo aquello que el mundo llama paz no es mas que turbacion, agitacion é inquietud.

No me admiro, pues, hermanos míos, que la Iglesia diga estas mismas palabras en las oraciones que dirige á Jesu-Cristo antes de la Comunión. Ella acaba de pedirle la paz, despues de haberle suplicado que mire á su pueblo con ojos de compasion y de misericordia, y ahora parece que se vale de sus promesas mismas para conseguir el mayor de todos los bienes.

Esta oracion debemos considerarla como una extensión de la oracion Dominical, y en efecto, es una consecuencia de estas palabras: *libranos de mal.* La paz que pide la Iglesia es la proteccion contra sus enemigos, y la libertad de todos los males que amenazan á sus hijos. No trato aquí de la antigüedad de esta fórmula, que no se encuentra en los antiguos misales ro-

manos; pero que sin embargo se dice en la mayor parte de las Iglesias desde el siglo nueve. Tampoco trato de los motivos que han obligado á suprimir en las Misas de difuntos las oraciones que miran particularmente á los vivos. La simple lectura, de la que vamos á explicar, nos dexará sin duda concebir que ella no es aplicable á los fieles detenidos en el lugar de expiacion, y que tampoco se solicita para ellos la proteccion contra los enemigos de la salud, pues que la fuerza del maligno espíritu no puede prevalecer contra la mano poderosa de Dios. Asimismo no se pide que vivan en paz y estén unidos entre sí, porque lo están tan estrechamente por los mismos tormentos que los purifican, y por la misma esperanza que los sostiene, que son el modelo de la union que deberían tener los Cristianos, y de la compasion que debieran manifestar á las necesidades y trabajos de sus hermanos. No es, pues, de admirar el uso constante que se ha observado en la Iglesia de suprimir esta oracion en las Misas de los difuntos, porque ella realmente solo es aplicable á los que están co-

mo nosotros expuestos en un destierro á padecer toda suerte de trabajos, á cometer mil pecados, y á ver turbada nuestra paz y la de la Iglesia con discusiones y agitaciones continuas.

Esta oracion y las dos siguientes se dirigen á Jesu-Cristo, es decir, á ese Cordero mismo que poco hace mirabamos cargado con nuestros pecados, y á quien queriamos interesar para que nos mirase con ojos de misericordia. En ella le repetimos las mismas palabras que dixo por su boca: *mi paz os dexo, mi paz os doy*, y es como si le dixese la Iglesia: nada os pedimos ahora sino un bien que miramos como propiamente nuestro, porque nos le habeis dado despues de haberlo adquirido al precio de vuestra sangre, un bien que nos le habeis dexado como una señal de la alianza hecha con nuestra naturaleza. Esta paz era exclusivamente vuestra; por lo qual á solo Vos la pedimos. El mundo da la paz; pero no de la misma manera que Vos, segun nos habeis enseñado. Es verdad que puede comprarse alguna vez la paz con los bienes de la tierra; pero ella es tan frágil como los bienes mismos que han

servido para adquirirla. La paz que os pedimos y que nos dais es verdaderamente la paz del corazón, la paz de una conciencia irreprehensible. Ningun derecho tiene el pecador á ella mientras que persevera en su pecado. En vano le dirian vuestros ministros para lisonjearle que puede encontrarse la paz en medio de los placeres; porque ya le habeis advertido que no es aquí donde se encuentra. Nosotros que somos pecadores, y que os rogamos por los pecadores nuestros hermanos, ¿la podremos prometer y asegurar á vuestro pueblo? ¡Ah, no mireis en este momento la muchedumbre de nuestros pecados! Si el objeto de vuestro Sacrificio os recuerda necesariamente los pecados que habeis venido á expiar, acordaos tambien que ya no son nuestros desde que os habeis cargado con ellos; que su número no iguala á vuestros méritos; que su enormidad no disminuye á los ojos de Dios el valor de vuestros tormentos, y que un Hijo único obediente hasta la muerte cubre á los ojos de la divina justicia una multitud infinita de hijos ingratos y rebeldes, y nos da derecho para

poder decir á vuestro Padre como á Vos: apartad, Señor, los ojos, no los fixeis sobre nuestras desobediencias, nuestras infidelidades y nuestra ingratitude; volvedlos del lado de ese Hijo amado, que es el objeto de vuestras delicias; mirad con ojos de misericordia á vuestra Iglesia; considerad su fe. Esta fe la presenta de una manera sensible á aquel Señor que por un efecto de su caridad se halla baxo de este Sacramento de una manera invisible, pero real. Ella lo ve, y enseña á sus hijos á creerlo con la firmeza que les comunica. Esta es la fe de vuestra Iglesia; haced, pues, que tambien lo sea nuestra, que haga nuestro consuelo en la tierra, y que jamas se altere. Si el espíritu de las tinieblas se complace en obscurecerla con espesas nubes, y en trastornar nuestro entendimiento con indiscretas dudas, haced que se disipen inmediatamente por la luz de vuestra divina palabra, que nos dice: esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza, que reconcilia al hombre con su Dios, como tambien con sus próximos, y consigo mismo. Por tanto os pedimos que esta sangre que ha pro-

ducido una sola Iglesia, enlace de tal manera los miembros con la cabeza, que solo hagan un cuerpo. Pacificad esta Iglesia, unidla, porque no será verdaderamente vuestra Esposa sino en tanto que participe de la unidad con su Xefe: ella os pide por esta causa que arranqueis de su seno toda semilla de division, toda raiz de cisma; y si por el interes mismo de vuestra gloria conviene que subsistan los errores y las guerras intestinas, consoladla, recompensad la amargura y los sentimientos que padece, reuniendo á sus hijos de manera que unidos con la Cabeza, vivan de su espíritu, se conduzcan por su luz, se formen sobre sus exemplos, se sostengan por su gracia, y se alimenten de sus promesas; que unidos á la Iglesia su Madre, profesen su fe, obedezcan la Ley, participen de sus Sacramentos y escuchen sus Pastores; que unidos entre sí, reine la paz en sus casas, la dulzura en sus labios, la caridad en sus corazones, la justicia en sus obras, y la verdad en sus palabras; en fin, que esta union no reconozca otra regla que vuestra divina voluntad, y entónces solo procurarán

agradaros huyendo de esa union escandalosa que solo se dirige al pecado, y de esas asociaciones peligrosas fundadas sobre la codicia, el orgullo ó el placer: ellos no participarán de las intrigas y de las juntas de los pecadores, ni tendrán trato alguno con los malos, sino que por el contrario se gozarán en las oraciones y cánticos sagrados, en las verdades que meditan, en los socorros y auxilios que se prestan, y en las resoluciones que forman de amaros y de serviros. Esta es verdaderamente la unidad de sentimientos que recomendais por vuestro Profeta á los que habitan vuestra casa.

Hermanos míos, no desmintamos jamas esta oracion que hace la Iglesia en nuestro nombre! El Apóstol San Pablo les decia á los Cristianos de su tiempo: oygo decir que hay entre vosotros querellas y disputas, y no podremos los Ministros del Evangelio deciros lo mismo siendo frecuentemente testigos de las divisiones que separan los esposos, que turban las familias, que ponen una especie de antipatia entre hijos y padres, entre hermanos y hermanos, causa de que estén opuestas sus voluntades, de que

quieran hacer prevalecer las inclinaciones personales, de que choquen sus opiniones, y de que los Cristianos vivan entre sí como si cada uno tuviese distinta religion, distintas máximas, distintas esperanzas y distinto Dios? Nosotros ponemos por testigo á Jesu-Cristo de que nos ha prometido la paz, y de que nos ha dado la paz; pero sin embargo cada conversacion es como una declaracion de guerra, donde se abunda en el sentido propio, se combaten las opiniones ajenas, se tienden lazos á la simplicidad de nuestros hermanos, se abusa de su flaqueza, se ponderan y ensalzan sus faltas, y se los trata como enemigos declarados.

Nosotros pedimos que Dios aparte la vista de nuestros pecados; y sin embargo andamos investigando las acciones del próximo para ver si podemos tacharlas de injusticia; y no contentos con esto, penetramos su interior para sondear sus intenciones mas secretas, suponiéndonelas desde luego malas si no conseguimos descubrirlas; y temiendo que acaso se pierdan de vista sus flaquezas, nos complacemos en divulgarlas y en pintarlas con los co-

lores mas perjudiciales. Nosotros suplicamos á Jesu-Cristo que arregle segun su voluntad el género de paz que nos destina, el modo de conocerla y el tiempo de gozarla; y sin embargo la paz que buscamos es la que se conforma mas con nuestros gustos, la que se acomoda mas á nuestras pasiones, y la que nos dispensa de todas las contradicciones y trabajos. Esta es la paz del mundo; pero la de la Religion se encuentra en la penitencia, en las aflicciones, en los trabajos y en las enfermedades: corremos tras la sombra de la paz, y dexamos escapar la que verdaderamente es la paz de Jesu-Cristo. ¿Y á qué precio compramos esta paz engañosa? ¡ Ah, la paz del mundo no puede procurarse sino á costa de condiciones criminales, y entónces se sacrifica la Ley, se contradice la conciencia, se desaprueba y se desconoce la fe! Nada es mas comun entre los Cristianos que decirse unos á otros: yo amo la paz, yo quiero la paz; pero si se les exige el mas pequeño sacrificio para conseguir la paz en el Espíritu Santo, se dexan ver inmediatamente en ellos las disposiciones que no-

taba el Profeta en muchos que no tenían la paz sino en sus labios, quando por otra parte estaba agitado su corazon con el tumulto de las pasiones.

Avergoncémonos, pues, de esta contradiccion continua de palabras y de obras: pidamos la paz de la Iglesia; pero apliquémonos á procurarla nosotros mismos, á fin que mientras ella la goza interiormente, no pueda quejarse y llorar por los desórdenes y disensiones de sus hijos. Busquemos segun el pensamiento de otro Profeta la paz de Jerusalem; pero acordémonos que ésta no se encuentra sino en la justicia, que no se conserva sino por la fe, que no se fortalece sino por la caridad, y que es en vano, segun la expresion de un Padre de la Iglesia, que participemos en el exterior de las ventajas de la paz, de que goza esta Ciudad santa, si la guerra cruel de las pasiones despedaza nuestro corazon interiormente. Clamemos, pues, con fuerza, y digamos: pacifícad, Señor, los violentos deseos que nos atormentan, la codicia que nos solicita, el orgullo que nos domina, los resentimientos que

nos exâsperan, las inquietudes que nos devoran; destruid los enemigos secretos que por todas partes nos tienden sus lazos, los pecados que nos humillan, los remordimientos que nos atormentan: esta es la paz que desea nuestro corazon; pero pidamos al mismo tiempo y con la misma sollicitud que Dios nos una: pidamos la union de los corazones y de la voluntad: pidamos union de corazones por la caridad, union de espíritus por la sumision á los dogmas de la fe, union de voluntades por la práctica de todas las buenas obras, y esta oracion será la que condene las divisiones que reynan entre los miembros del cuerpo místico. Debemos renunciar con relacion á la fe todo sentimiento que no sea conforme á ella, prohibirnos toda disputa sobre materias de Religion, y toda opinion singular sobre el dogma y su moral, profesando con simplicidad de corazon quanto nos enseña la Iglesia, intérprete infalible de las verdades eternas.

Debemos con relacion á la caridad fortalecernos bien contra toda parcialidad, contra toda prevencion, con-

tra toda acepcion de personas, no formando sino un corazon y un alma con los que llevan el mismo carácter que nosotros, y tienen dèrecho á la misma felicidad. Debemos calmar segun nos sea posible toda querella, prevenir toda disension, disimular toda injuria, y contribuir á que la Iglesia de la tierra por la buena armonía que reyne en ella sea la émula y la imágen de la del cielo.

En fin, debemos reunir nuestras voluntades en la de Jesu-Cristo, y por consequencia reprimir la voluntad propia, que es el enemigo mas temible para no querer sino lo que Jesu-Cristo quiera y como lo quiera. Si subsistiese entre los fieles esta disposicion, resultaria una armonía perfecta en la práctica de las virtudes cristianas: se haria el bien con emulacion y sin envidia: se destruiria el mal con el zelo, pero sin aspereza; y se cumplirian las obligaciones de la piedad con fidelidad y sin hipocresía: sobre todo haríamos la limosna con sensibilidad, pero sin ostentacion y sin dureza. Todos los Cristianos meditarian la misma lev

294 *Instrucción sobre la oración.*

con frecuencia; cumplirían las mismas obligaciones con exactitud; andarian por los mismos caminos con unanimidad, y llegarían al mismo término para gozar en él de las delicias de una unión, y de una caridad eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA CEREMONIA

DE BESAR LA PAZ.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,
cap. 5. v. 14.

*Saludaos los unos á los otros en ósculo
santo.*

El Príncipe de los Apóstoles no dirige estas palabras, sino á Cristianos verdaderamente espirituales, porque sabe que jamas confundirán las religiosas prácticas que les inspira con la peli-

grosa familiaridad que sugieren las pasiones, y que convidándolos á darse señales recíprocas de caridad, se acordarán que todo debe ser santo en ellos hasta los testimonios de la amistad mas tierna. Este mismo es el lenguaje de la Iglesia en la ceremonia que voy á explicaros; y queriendo darnos una idea del interes que toma en la paz de los fieles, nos convida para ella en el mas santo de los misterios, valiéndose de expresiones las mas santas para que abracen con gusto una exhortacion que produce tantos beneficios. Aprendamos pues de esta tierna Madre á saludarnos los unos á los otros en ósculo santo: es decir, aprendamos el sentido de una ceremonia que observa en todas las Misas solemnes, y que por su antigüedad, por los motivos que se propuso en su establecimiento, por el modo de usarla en los primeros siglos, y por las mudanzas que se han hecho despues, merece atencion particular. Hablo del uso de dar á besar la *Paz* inmediatamente despues de la oracion que os he explicado en el discurso antecedente, la qual voy á tratar siguiendo en te-

do á los Historiadores Sagrados. Oxalá que el efecto de estas reflexiones sea la renovacion de la caridad entre nosotros.

Las palabras del Apóstol San Pedro es evidente que fixan el origen de besar la paz, y San Agustin habla de este uso como que era de tradicion Apostólica. Despues de haber recitado el Sacerdote la oracion Dominical, es quando dice: *la Paz sea con vosotros*, y entonces se dan los Cristianos un ósculo mutuo. Esta es una señal de paz que presentan los labios, pero cuidado no la desmienta el corazon. En esta reflexion del Santo Doctor se ve la ceremonia y el motivo que la estableció. Habiendo suplicado los Cristianos á Jesu-Cristo que los perdone así como perdonan á sus enemigos, es quando pidiéndole la paz, se dicen unos á otros: *la Paz sea con vosotros*.

En estas breves palabras teneis, hermanos míos, una idea de la antigüedad de esta ceremonia; y para que en una materia tan interesante no carezcáis de la Instruccion debida, voy á explicaros los diferentes motivos que tuvo

la Iglesia para establecer su observancia. En los primeros siglos parece que los fieles iban ante todas cosas á postrarse delante del Altar, que despues se levantaban, y volviéndose unos á otros se comunicaban con un ósculo santo el deseo de la paz que habia infundido la caridad en su corazon, diciéndose *la Paz sea con vosotros*. Esta costumbre se siguió sin variacion alguna hasta el siglo trece. La simplicidad de aquellos tiempos, y la sinceridad en la práctica de la religion, no habian hecho degenerar en abuso las ceremonias mas santas. En estos primeros dias de fervor estaban muy distantes los Cristianos de la burla y el desprecio de una práctica que no tenia otro principio que el amor de Dios, ni otro objeto que el amor fraternal: sin embargo la discrecion de nuestros padres tomó precauciones muy sabias en este punto, porque los dos sexos estaban enteramente separados en la Iglesia, y así no podian ser una ocasion de distraccion, y mucho ménos de escándalo. ¿No se ve resfriada, ó por mejor decir, casi extinguida la caridad en unos tiempos en

que se necesitan mas que nunca señales exteriores para que se reanime y se introduzca de nuevo en los corazones. ¿Qué importa que la Iglesia haya substituido á este respetable uso el de dar la paz á los fieles, si ellos por su parte abrigan en su corazon el ódio, el resentimiento y la crueldad? ¿No miran acaso estas prácticas como unas puras ceremonias dirigidas unicamente á recordar las antiguas costumbres? ¿No mantienen sus resentimientos en el mismo acto de dar este testimonio público de paz? Pero dexando este punto para mas adelante, sigamos la explicacion que nos hemos propuesto.

El uso de darse el ósculo mutuo se ha practicado por mucho tiempo en los Monasterios de uno y otro sexo, y aunque ha sido abolido en algunos, se conserva todavia en muchos de ellos, á la ménos en las fiestas solemnes. En las Parroquias ya no subsiste tampoco, pero la Iglesia recuerda este uso con una imagen ó reliquia que se llama la paz. El Diácono se presenta al Sacerdote ántes de la segunda oracion que precede á la Comunión. Uno y otro besan el Altar segun los antiguos Sa-

eramentarios; pero el Sacerdote le besa en el medio, es decir cerca de la Hostia, á fin de tomar la paz en alguna manera en su mismo origen, esto es, en el corazon de Jesu-Cristo, cuyas acciones y palabras anunciaron la *Paz* en los tiempos de su vida mortal, y cuya sangre es un principio de *Paz* para los que le reciben santamente. Despues le presenta el Diácono la *Paz*, y el Sacerdote dice besándola: *la Paz, hermano, sea contigo, y reyne en la Iglesia santa de Dios.* Estas palabras deberian resonar inmediatamente en el fondo del corazon de todos los asistentes, pues aunque no sean admitidos á tomar una parte exterior en esta ceremonia, todos lo son para unirse á ella del modo mas íntimo.

Despues de haberse presentado la *Paz* á todos los que asisten y sirven en el Altar, se lleva á lo restante del Clero, y la Iglesia algunas veces desiere tambien este honor á los Príncipes y personas de alta clase, á quienes debe algun beneficio ó proteccion particular. En algunas Parroquias se concede tambien esta distincion á los mayordomos de fábrica para dar á enten-

der á todos los fieles que ellos participan de esta ceremonia en la persona que los representa. En fin algunas Iglesias particulares han conservado el uso de dar á besar la *Paz* á todos los que se preparan para comulgar. Veamos ahora las diferentes conseqüencias que pueden sacarse de esta ceremonia.

Pero ante todas cosas exáminemos el motivo que tiene la Iglesia para haberla establecido inmediatamente despues de la oracion dominical, y ántes de la Comunión. El Cristiano que esté instruido en el espíritu de esta oracion, y en las disposiciones que exige el mas augusto de nuestros Sacramentos, comprehenderá fácilmente la relacion que se halla entre todas las súplicas que contiene, y la señal de *Paz* que envia el Sacerdote á los asistentes desde el Altar. En esta circunstancia representa al Padre común de los fieles que se acaba de invocar, el qual desde el mismo cielo donde habita vela sobre todos sus hijos, les manifiesta la misma voluntad, les prepara el mismo reyno, les distribuye el mismo pan, les perdona los mismos pecados é ingratitudes, les reconcilia unos con otros por la

caridad, les defiende de los mismos enemigos, y les preserva de los mismos males visibles é invisibles, corporales y espirituales, con tal que ellos no hagan sino un corazón y un alma, así como no hacen en Jesu-Cristo sino un mismo cuerpo místico. Por esta causa les dice de parte de este Padre de las misericordias: *la Paz sea con vosotros*: esto es, todos vuestros votos serán oídos, y este Dios rico en misericordias quiere corresponderos con mas de lo que piden vuestros deseos, con la condición de cumplir la promesa que hacéis en su presencia. Pero como el símbolo de *Paz* que se les presenta, no es otra cosa que un débil garante de las promesas que hace el Ministro en su nombre, les ofrece el Sacramento de la *Paz*, y la Hostia pacífica, á fin de que con ella se alimenten en alguna manera de la *Paz*: que ella sea su propia substancia, que ella destierre de su corazón todo quanto pueda alterarla ó destruirla, y que por consecuencia arroje de sí los odios y los resentimientos, la envidia, y la prevención, que son el germen de todas las pasiones, y de los deseos contrarios á su ley.

No insistiré sobre los motivos que han influido para interrumpir la costumbre antigua de darse mutuamente el ósculo de paz. Ya he dicho que la deencia, el órden y el recogimiento que pide la casa de Dios bastan para que nos penetremos de las miras que han determinado á la Iglesia para abolir este uso; pero ella por esto no dispensa á los fieles de darse en espíritu este ósculo santo, orando unos por otros, remitiéndose mutuamente las deudas, perdonándose las injurias, y excusándose con indulgencia sus faltas. Por tanto cada uno debe en este momento examinar su corazón, y si le encuentra corrompido con la levadura de la animosidad, debe unirse prontamente al Dios de la *Paz*, y abrir su corazón para que le hable el espíritu de quien se dice en la Escritura, que sus palabras serán siempre de *Paz*. Esto supuesto no preguntemos, por qué se ha conservado y se conserva todavía en algunas Iglesias el uso de dar á besar la paz á los fieles que se disponen para recibir el Sacramento de la Comunión. Ya me parece que oigo á Jesu-Cristo, que desde el mismo Altar dice por la be-

ca de su Ministro á todos los Cristianos, y singularmente á los que se preparan para recibirle: *si fueres á ofrecer tu ofrenda al Altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, dexa allí tu ofrenda delante del Altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano.* Qualquiera pues, que tiene la presuncion de asistir á la Misa llevando su corazon lleno de rencor, ¿no contradice abiertamente este precepto? ¿No será para él en este instante un anatema? ¿No podremos decirle tú eres un extrangero en la mansion de la *Paz*, extrangero para Jesu-Cristo, que es el Príncipe de la *Paz*; para los fieles que no estan unidos entre sí sino por los vínculos de la *Paz*; en fin, extrangero para ti mismo que no has sido santificado sino por un Sacramento de reconciliacion y de *Paz*?

Para conocer, hermanos míos, la fuerza que da esta ceremonia á mis reflexiones, consideremos que el Sacerdote al tiempo de dar la *Paz* besa el Altar, que es la imagen de Jesu-Cristo, y en otro tiempo besaba la Hostia y el Cáliz, á fin de tomar la *Paz*, como he dicho ántes en su misma fuente; pe-

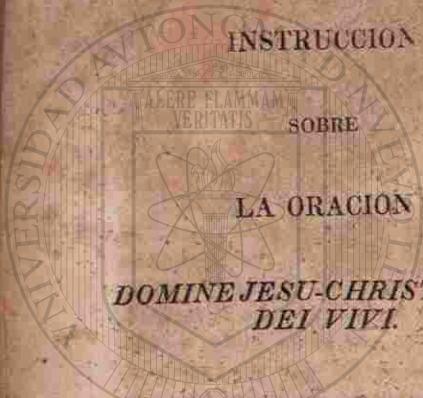
ro me ocurre aquí una reflexion muy terrible para qualquiera que se atreva á asistir al Sacrificio de la Misa con disposiciones contrarias á la *Paz*. Este beso dado á Jesu-Cristo, y recibido de Jesu-Cristo, se da y se recibe en vuestro nombre, porque el Sacerdote está en el Altar entre Dios y nosotros, es nuestro Ministro, y el suyo, nuestro representante y su embaxador. ¿Habeis pensado alguna vez que nosotros en este momento somos los que nos acercamos á Jesu-Cristo, los que le *besamos* y pedimos la *Paz*, mientras que se la rehusamos á nuestro hermano, que es ménos pecador que nosotros, y ménos indigno que nosotros de conseguirla? ¿Puede acaso compararse el crimen que cometemos entonces al del pérfido Apóstol? No, no digo bastante, porque renovamos contra Jesu-Cristo en los dias de su gloria un ultrage que nó experimentó de su ingrato discípulo en los dias que tenia destinados para sus humillaciones y sus oprobrios. Y por ventura ¿no hemos renovado mas de una vez este ultrage? ¿Quando rehusamos sondear nuestro corazon sobre la obligacion de la

caridad fraterna ¿no nos exponemos á renovarle todos los dias sin sentirlo?

No se crea que se goza de la paz interior, y que se conserva para con el próximo esta buena disposicion porque no encontramos entrando dentro de nosotros mismos esa cruel voluntad de volver mal por mal, de oponer una injuria á otra injuria, ni porque carecemos de esa alegría maligna, y secreta que inspira el espíritu de venganza, quando hemos humillado á nuestro enemigo: no se crea, repito, que gozamos de la *Paz* quando nos postramos con cierta moderacion, hablando de aquellas personas que nos han hecho alguna ofensa: entónces nos parecemos á esos pecadores que nos pinta el Profeta quando dice: *hablan palabras de paz con su próximo; pero la levadura del rencor ha corrompido ó infestado su corazon*. Sí, nos parecemos en verdad á estos hombres siempre que no procuramos evitar la prevencion, la frialdad, la indiferencia, y el desprecio contra los que nos han causado algun daño, ó los miramos como nuestros enemigos: entónces es quando la Iglesia nos da grandes voces, diciendo: *la Paz*

sea con vosotros. No haya medida en el perdon que deis á vuestros hermanos, si quereis imitar á Jesu-Cristo, y que os dispense Dios su misericordia. La caridad no hace acepcion de personas, ni puede acomodarse con la indiferencia. Los vengativos ocultos son muchas veces mas peligrosos y mas culpables á los ojos de Dios que los vengativos declarados.

¡ Ah, si yo pudiese dar á esta verdad de suyo inagotable toda la extension que admite! El Apóstol recordaba sin cesar á sus discípulos la caridad, y ciertamente este es un punto de moral que observado por un Cristiano, segun corresponde, puede decir que nada le falta: así os diré con San Agustin: yo quisiera siempre hablaros de la *Paz*, recomendaros siempre la *Paz*, veros unidos siempre por la *Paz*, porque de esta suerte viviria tranquilo, y estaria seguro de que ella os conducia á la felicidad eterna. Así sea. ®



**DOMINE JESU-CHRISTE FILII
DEI VIVI.**

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 8. v. 35.

*¿Quién nos separará del amor de
Cristo.*

PARA que pudiésemos decir con la
misma confianza que el Apóstol *quién
nos separará del amor de Jesu-Cristo*;
deberíamos tener la fé de un Már-
tir, pero el conocimiento íntimo de

nuestra flaqueza, y la muchedumbre
de pecados cometidos no nos dexan
hablar de esta manera, y nos inspiran
el mayor temor. Sin embargo la Igle-
sia nos impone esta ley en la oracion
que vamos á explicar enseñándonos á
pedir á Jesu-Cristo, que la union que
se propone contraer con nosotros en la
participacion de su Cuerpo adorable sea
una union permanente, y que los ene-
migos visibles é invisibles, los males pre-
sentes y futuros no sean jamas causa de
una separacion que es para nosotros el
mayor de todos los males. Apliquémo-
nos pues á meditar la primera de las dos
oraciones que ha consagrado la Iglesia
para prepararnos á la santa Comunion; y
aunque su objeto, como el de todas las
anteriores, sea disponernos para la mis-
ma accion; ella mira esta accion baxo
un nuevo punto de vista que nos va á
suministrar nuevas reflexiones. ; Oxalá
que animados de una viva fé, siempre
que la recitamos, procuremos pene-
trar su sentido! ; Oxalá que la costum-
bre y la rutina no nos hagan insipi-
das unas palabras que ha dictado el es-
píritu de religion, así para nuestra en-
señanza, como para nuestro consuelo!

Ya que la intencion de la Iglesia en las dos oraciones que preceden inmediatamente á la Comunión es de preparar á los fieles para que reciban este Sacramento adorable, es indispensable que conozcan y entren en sus motivos, y que se acerquen á la circunstancia en que las aplica. Es verdad que todas las oraciones de la Misa, y principalmente las que siguen á la consagracion pueden mirarse como una preparacion para esta accion santa, que es la consumacion del Sacrificio; pero estas dos son como la expresion de las disposiciones próximas que exige este augusto Sacramento. Ellas no se dirigen ya á Dios Padre, á Dios Todo-poderoso, al Espíritu Santificador; y sin embargo de que la Iglesia en los homenajes y votos que presenta á la Divinidad en este Sacrificio, no hace distincion de las tres personas adorables, con todo invoca de una manera especial en estas oraciones la persona de Jesu-Cristo. Pero qué es lo que le dice, ó por mejor decir, que debemos decirle son ella quando asistimos á esta tremenda oblacion, y sobre todo quando nos presentamos en el Al-

tar para recibir la víctima? Penetrémoslos, hermanos míos, de los sentimientos que nos inspira la religion quando nos acercamos á este divino banquete.

O Señor Jesu-Cristo, Hijo de Dios vivo, le dice: ella le mira baxo esta qualidad, porque es la mas propia para interesar el cielo en nuestro favor, y excitar en nuestro corazon el respeto y la confianza. Sí, él es Hijo de Dios vivo, igual, á su Padre en bondad, en poder y en sabiduría: Eterno, como su Padre, aunque formado en la plenitud de los tiempos en el seno de una vírgen y reproducido en alguna manera por el ministerio del Sacerdote: inmenso como su Padre, aunque contenido baxo las especies del pan y del vino, y encubierto baxo unas viles y despreciables apariencias: glorioso como su Padre, aunque reducido por su amor al estado mas abatido, y destinado á sufrir por los abusos que quizá van á hacer los pecadores, los ultrajes mas ignominiosos: en una palabra vivo como su Padre, aunque consagrado á la inmolacion y al Sacrificio. Este es el Dios que la Iglesia propone á nuestra adoracion; y

en efecto baxo el título de Hijo de Dios vivo no puede ménos de excitar nuestros respetos: ved ahora los motivos que deben mantener nuestra confianza.

Aunque Hijo de Dios, é igual á su Padre, él se hace su siervo mas fiel por nosotros. Todo quanto ha obrado en el órden de la salvacion ha sido por la voluntad del Padre. Esta voluntad es la que ha determinado el tiempo, el lugar, y las circunstancias de su Encarnacion: ella es la que ha influido sobre todas sus acciones en los dias de su vida mortal: el momento de sus humillaciones, de sus tormentos, y de su sacrificio habia sido señalado en los decretos de su Padre, y la oblacion que hace de sí mismo en el Altar, es un acto de sumision á esta voluntad absoluta; y como la voluntad del Padre es siempre santa, siempre misericordiosa, siempre inspirada por su amor á los hombres, el espíritu de caridad, el espíritu santificador es quien ha coöperado á todas las obras y acciones del Hijo. Este espíritu es el que formó de la sangre mas pura de María el mas santo de los hijos de los hombres, y el que forma entre las manos de los

Sacerdotes la mas santa y mas excelente de las víctimas. Así este gran misterio es la obra del Padre que le exige, del Hijo que le obra, y del Espíritu Santo que le santifica; y asimismo la continuacion del misterio de la cruz donde la muerte de un Dios ha dado la vida al mundo. ¡Qué prodigio! Un Dios muere, y el mundo es vivificado: la cédula de la muerte está clavada sobre su cruz. ¡O muerte! ¡En dónde está tu victoria? ¡En dónde tu aguijon? Todos los dias, y mil veces al dia se renueva el mismo sacrificio para que tú no olvides tu derrota. Una muerte nueva en alguna manera obra una vida nueva. Las nuevas víctimas de la muerte resucitan todos los dias por la virtud de este sacrificio. La voluntad perseverante del Padre, esa voluntad que no quiere que perezca el pecador, sino que viva; esa voluntad misericordiosa se cumple tan completamente como puede desearse. El hijo obediente siempre se sacrifica, y el espíritu siempre santificante nos aplica de nuevo este Sacrificio. Por tanto diremos lo que decia el mas paciente de los hombres. *Estoy cierto que*

mi Redentor está vivo, y que he de resucitar en el último día: la prueba mas sólida y el motivo mas firme de esta esperanza le tenemos en el misterio de que vamos á participar. Sí, siempre que asistimos al Divino Sacrificio, vemos que Jesu-Cristo en alguna manera muere, y resucita; es decir, que muere por nuestros pecados, y que resucita para nuestra justificacion. Nuestros pecados los vemos destruidos de nuevo por la muerte, y obrada de nuevo nuestra reconciliacion con Dios. En este misterio tenemos una prenda segura, y siempre subsistente de la muerte al pecado y de la Resurreccion á la vida. ¡ O muerte, mil veces mas preciosa que la vida colmada de delicias ! ¡ O vida, ó Resurreccion digna tú sola de fixar nuestras esperanzas en la tierra ! Tú eres el fruto del Sacrificio que Jesu-Cristo renueva todos los dias por nosotros: llenos pues de esta confianza exclamaremos diciendo: *libranos, Señor*: tú has roto ya nuestras cadenas aplicándonos en el bautismo el fruto de tu Sacrificio; pero el tirano infernal que procura cautivarnos, y á quien has hecho cautivo; ese leon devorador, de cuya

boca nos has arrancado; ese fuerte armado á quien has quitado los despojos, procura hacer nuevas conquistas. Muchas veces viene con esos siete espíritus mas malos que él á presentarnos nuevas cadenas: *libranos, Señor*. Tu cuerpo mas impenetrable que esa columna tenebrosa que se interpuso en otro tiempo entre los Egipcios y el pueblo de Israel, mas luminoso para nosotros que esa columna resplandeciente que iba delante de tu nacion escogida para dirigir la, pondrá delante de nuestros enemigos una muralla inconquistable. A la sombra de este cuerpo gozaremos de la feliz libertad de los hijos de Dios, y tu sangre ahogará y borrará todos nuestros pecados, destruirá nuestros enemigos, y nos servirá de paso para caminar por el desierto de esta vida, como en otro tiempo el mar Roxo libertó y dió paso á tu pueblo, y sepultó en su seno á los soldados de Faraon. Dexaremos detras de nosotros esa muchedumbre de descuidos en que caemos sin sentir, y esos pecados que nos degradan á tus ojos: tus enemigos serán los nuestros, y renunciaremos como tu pueblo á las falsas delicias del

Egipto; es decir, á las alegrías del siglo, á los bienes de la tierra, á los honores del mundo; y acordándonos de la esclavitud de que nos has librado, y satisfechos de vernos preservados de todas las iniquidades que se cometen por su causa, miraremos como esclavo á qualquiera que lleve con gusto estas seductoras y funestas cadenas. Si la vida nos parece un verdadero destierro, una verdadera peregrinacion, un viage largo y penoso, traeremos á la memoria como tu pueblo la tierra que prometes á los que te siguen, y los consuelos que reservas en este desierto para los que te aman. Si la sequedad, y la aridez de la oracion desconsuela nuestras almas, y es causa de que desfallezcan, encontraremos en tu sacramento esa piedra viva, cuyas aguas resaltan hasta la vida eterna. Si nuestras pasiones semejantes á los Amalecitas, que perseguian y fatigaban á tu pueblo, nos declaran la guerra, levantaremos las manos á este augusto Sacramento; tú mismo serás quien las dé fuerza para el combate, y entónces conseguiremos la victoria. Si el hambre nos devora, si nos consume la necesidad, si el alma por la escasez

de los alimentos que necesita para sostenerse, viene por ventura á desfallecer, encontraremos un maná, cuya dulzura excede á la miel mas exquisita y sabrosa. Si tu justicia permite que nos hiera la serpiente antigua, y que lance contra nosotros su veneno, encontraremos en este misterio mismo la curacion de nuestras llagas, teniendo presente que tu Sacrificio es el que comunica su valor y su eficacia á tus Sacramentos. Este es el único auxilio que nos queda para curarnos y preservarnos del diluvio de males que nos rodean. De aquí es de donde sacaremos esa fidelidad que sabe hacer un estudio continuo de la meditacion de tu ley, y sus mas dulces delicias de la práctica de ella. Haz pues que por la virtud de este Sacramento estemos inviolablemente unidos á tus mandamientos; haz que sometiéndoles nuestro espíritu, los adoremos sin racionar; que consagrando nuestro corazon, los amemos como merecen; que cautivando nuestra voluntad, los guardemos con todo rigor, y que sacrificando nuestro cuerpo, le obliguemos á conformarse con ellos. Haz sobre todo que tomemos la cari-

dad en su origen; y pues que habiendo amado á los tuyos, los amaste hasta el fin, haz que te amemos tambien sin interrupcion; que te amemos á pesar del rigor de tu justicia; que te amemos en la prosperidad como en la desgracia, y en la salud como en la enfermedad; que te amemos con el mismo amor que nos has amado hasta sacrificarnos por ti; es decir, hasta consagrarnos enteramente á ti: en fin haz que amemos á nuestro próximo por ti, en ti, y como tú le has amado, porque en esto consiste toda la ley que nos has impuesto. Vamos á unirnos contigo en tu sacramento, ó por mejor decir, te vas á unir á nosotros haciendo nos otros que tú; y así viviremos de tu espíritu, participaremos de tu divinidad, nos identificaremos contigo, como tú eres uno con tu Padre y con el espíritu santificador. Tú vas á crear en nosotros nuevos cielos y nueva tierra; todo lo que te adora en el cielo te adorará dentro de nosotros mismos: todo lo que hay en nosotros se unirá con ese coro concertado de Angeles para tributar las adoraciones debidas á tu nombre santo. Nuestros huesos brinca-

rán de alegría, y exclamarán diciendo: ó Dios de bondad, ¿quien es semejante á ti? Nuestro corazon reconocerá lleno de gozo que el Dios vivo es el que habita en los cielos; entónces nos dirán todas las criaturas para felicitarnos: el Santo de Israel está en medio de vosotros. ¡Union inefable, gloriosa alianza! Nuestro esposo para que seamos dignos de él nos ha vestido con sus mas ricos adornos; él va á tomar posesion de nuestras almas como que son el tálamo nupeial que se ha preparado, y segun su palabra moraremos en él, y morará en nosotros, nos santificará con su gracia, nos enriquecerá con sus dones, nos cubrirá con sus alas, nos conducirá con su sabiduría, nos defenderá con sus fuerzas, nos colmará de su alegría, y nos llenará de su gloria. Alma mia, podremos decir entónces, recreate, y mira que dulce es el Señor, que bueno para los que le aman, que rico en los favores que prepara su misericordia; pero no te contentes con gozarle rápidamente, porque seria la mayor y mas vergonzosa de las desgracias, el violar tan santa alianza, el romper tan bella union. Señor, no per-

mitas que el pecado nos separe de ti, no permitas que se nos arguya un dia de que siendo como eres la fuente de agua viva, te hemos dexado para apagar nuestra sed en esas cisternas abiertas que solo contienen un cieno corrompido. Es verdad que tendremos mil enemigos envidiosos de nuestra felicidad, que nos esperarán al salir de tu mesa para apartarnos de tu servicio, é introducirnos por caminos tortuosos para que nunca podamos volver á ti: ellos nos dirán como los pecadores de quienes habla tu Escritura, venid con nosotros; pero tú, Señor, inspíranos esa union que experimentaba el Príncipe de tus Apóstoles, quando nos decia: ¿á quién iré, y en dónde sino en ti encontraré palabras de vida? Unenos pues á ti con los lazos de la caridad que son mas fuertes que la muerte, y haz que podamos desafiar al infierno y á sus artificios, al mundo y sus atractivos, á la muerte y al terror que inspira: auxiliarnos para que no nos separemos nunca de tu amor. Haz que todo anuncie en nosotros que somos tuyos, que vivimos de tu espíritu, que nos ilumina tu verdad, que tu caridad nos inflama, que

tu humildad nos dirige, que tu ley nos guía, que tu cruz hace nuestras delicias, y que podamos decir como tu Apóstol que llevamos sobre nuestro cuerpo las señales de tus llagas por la mortificación y la penitencia. ¿Qué dulce es el no vivir sino por ti; pero qué triste cosa es el verse separado de ti despues de haber sido tuyo, y haber estado unido á ti con vínculos tan fuertes y tan estrechos!

He aquí, hermanos míos, una corta expresion de los sentimientos que nos inspira la oracion que dice el Sacerdote en su nombre y en el de toda la Iglesia. Un corazon verdaderamente animado del amor de Dios, en el momento de la Comunión se siente íntimamente penetrado de ellos, y Jesu-Cristo que se complace en santificar las almas que quiere honrar con su presencia, se explica con ellas de una manera mucho mas viva y sensible. La Iglesia en los primeros siglos no habia consagrado aun estas dos oraciones, y dexaba á sus Ministros y á los fieles la libertad de alimentar su alma delante de Jesu-Cristo, segun los sentimientos de que abundaba su corazon. Esta

es la causa de que en muchos sacramentarios se encuentren tan variadas; pero sin embargo, aunque se diferenciases en el estilo, entraban siempre en el mismo espíritu. En efecto ellos mostraban á Jesu-Cristo una humilde confianza, un vivo reconocimiento, y el temor necesario, ó de llevar al Altar disposiciones insuficientes, ó de perder de vista la grandeza de sus beneficios. Dexemos pues á nuestro corazon algunas veces el cuidado de probar á Jesu-Cristo nuestro amor y gratitud; y quando nos auxiliemos con estas oraciones para excitar en nuestras almas sentimientos tan santos, tengamos muy presente que su sangre, que es nuestra vida en este sacramento, es tambien, si somos fieles, la prenda de la bienaventuranza eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

PERCEPTIO CORPORIS TUI.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS,
cap. 11. v. 39.

Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio.

ESTAS palabras parecen á primera vista mas propias para desanimar á los Cristianos que para fortalecer su confianza. Hemos mirado hasta de presente la santa Eucaristía como un Sacramento de amor de parte de Jesu-

es la causa de que en muchos sacramentarios se encuentren tan variadas; pero sin embargo, aunque se diferenciases en el estilo, entraban siempre en el mismo espíritu. En efecto ellos mostraban á Jesu-Cristo una humilde confianza, un vivo reconocimiento, y el temor necesario, ó de llevar al Altar disposiciones insuficientes, ó de perder de vista la grandeza de sus beneficios. Dexemos pues á nuestro corazon algunas veces el cuidado de probar á Jesu-Cristo nuestro amor y gratitud; y quando nos auxiliemos con estas oraciones para excitar en nuestras almas sentimientos tan santos, tengamos muy presente que su sangre, que es nuestra vida en este sacramento, es tambien, si somos fieles, la prenda de la bienaventuranza eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

PERCEPTIO CORPORIS TUI.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS,
cap. 11. v. 39.

Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio.

ESTAS palabras parecen á primera vista mas propias para desanimar á los Cristianos que para fortalecer su confianza. Hemos mirado hasta de presente la santa Eucaristía como un Sacramento de amor de parte de Jesu-

Cristo, y como un vínculo de caridad para el que le recibe: resta tratar de los peligros de una Comunión sin la preparacion debida, á fin de poder repetir con el Sacerdote las palabras que forman la última oracion de las dos que tiene consagradas la Iglesia. Ellas anuncian al Ministro, é inspiran á los fieles los mas justos sentimientos de temor, como que este es el único medio que nos da el acceso al Santuario de Jesu-Cristo, si está fundado sobre la humildad y la confianza. El Cristiano que se detiene algun tiempo á los pies del Altar estimulado de esta justa temidez, no pone sus manos temerarias sobre el Arca del Señor, ni la mira con ojos indiscretos, sino que confiesa que á su pesar es indigno del beneficio que se le prepara. En efecto despues que ha puesto de su parte las diligencias posibles para limpiar su alma de las manchas que la afeaban á los ojos de su Dios, oirá la repuesta consoladora que le dará su conciencia para animarle á pedir á Jesu-Cristo las disposiciones de que carece su corazon. Para que yo pueda daros á conocer esta importante ver-

dad, y enseñaros el uso que debeis hacer de ella, prestadme atencion.

En las diferentes oraciones que sirven de preparacion para la consumacion del augusto Sacrificio del Altar, nos quiere inspirar la Iglesia la humildad mas sincera como que es el fundamento principal para sacar el fruto que nos proponemos. Por de contado ha inspirado á sus Ministros la necesidad de pensar en sus pecados, y de pedir como lo hacen en la oracion precedente la firmeza de la union que van á contraer con Jesu-Cristo; pero todavía esto no era bastante para inspirarles un temor saludable, y recordarles los sentimientos de confianza y de verdad; y por tanto y teniendo presente la facilidad con que olvida y desatiende el hombre aquello que no hiera inmediatamente sus sentidos, ha tenido por conveniente recordarle en esta oracion la preparacion que debe llevar al Sacramento. ®

La participacion de tu Cuerpo, ó Señor Jesu-Cristo, que yo indigno me atrevo á recibir, no me sea en juicio y condenacion; sino que por tu piedad me sirva de defensa para mi alma

y cuerpo, y de un remedio saludable.
 Estas ideas son muy sencillas por sí mismas, y la Iglesia en este modo de orar nos enseña que á Dios no se le obliga ni con las muchas palabras, ni con expresiones enérgicas; y que así quando carecemos de eficacia para suplicarle, no debemos imputarselo á nuestro propio entendimiento, sino á la depravacion de nuestro corazon, ó á la frialdad de nuestros sentimientos. En efecto; hay alguna cosa mas expresiva que poder decir en el momento de la Comunión que estas palabras que pone la Iglesia en la boca de sus Ministros: *La participacion de tu Cuerpo, ó Señor Jesu-Cristo, que yo indigno me atrevo á recibir, no me sea en juicio y condenacion?* A Jesu-Cristo pues le toca, hermanos míos, el infundir en nuestro corazon sus gracias. ¿En dónde estaríamos si nos abandonase este Señor á nosotros mismos para obrar esas disposiciones de humildad, de amor y de fervor que exige de los Cristianos que convida á la mesa? Esa sequedad que experimentamos en las oraciones habituales, ese disgusto é indiferencia en las grandes solemnidades que ce-

lebra la Iglesia, ese espíritu de ligereza que se hace mas sensible quando mas nos queremos recoger, todo nos prueba que entregados á nosotros mismos, no presentariamos á Jesu-Cristo sino corazones frios, y quizá llenos de amor propio. Haced, pues, Señor Jesus, lo que no podríamos, ó no estaríamos en estado de desear ni de hacer si vuestra gracia no nos lo inspirase: haced que vuestro cuerpo adorable no sea para nosotros uno de esos alimentos corporales que se toman por pura necesidad, que no se desean ni se estiman sino para saciar el hambre, y que pudiendo reemplazarse por otros de mas gusto, no parecen de ningun mérito para los que lo reciben. La participacion de vuestro Sacramento nos procura en un alimento solo quanto basta para satisfacer el deseo, y llenar la capacidad del alma. Este alimento incorruptible, preparado para nosotros desde la misma eternidad, sirve para nuestro consuelo en el destierro, y para darnos un seguro de la vida eterna; y así quando le recibimos, podemos decir que gustamos de antemano las dulzuras de la eternidad.

En este momento me propongo to-

mar este alimento divino : ¿ pero qué digo ? ¿ Podré confiar en mis deseos y en vuestras misericordias para atreverme á pedirlo ? Obedeciendo el mandato que me habeis puesto de comer este pan y de beber este cáliz, sofoco en este instante el grito interior de una conciencia, que aunque purificada por vuestra sangre, no tiene en sí la santidad que exige vuestro Sacramento. Mi espíritu se ve fatigado con mil distracciones. Luego que me he postrado á los pies de vuestro Altar, han asaltado á mi imaginacion una muchedumbre prodigiosa de pensamientos importunos, de objetos que detesto, de deseos que condeno, y de memorias que procuro apartar de mí. Yo quisiera ser unicamente vuestro, y en verdad no soy ni aun mio. Mi espíritu huye léjos de mí, como el del Profeta, en el momento que quisiera apoderarme de él para presentarle delante de vuestro trono, y no vuelve aunque le llamo. Sin embargo, en virtud de la palabra que me ha sido anunciada por vuestro Ministro, me atrevo á recibir tan grande Sacramento. ! Ah, Señor, no ceuseis de temeridad mi do-

cilidad y mi confianza ! Vos me vais á decir por el órgano del Sacerdote : toma y come : esto es mi cuerpo. ¿ Y será posible que yo me atreva, no digo á acercar mis labios, sino á mirarle, si pienso que ha de convertirse en mi condenacion ? No lo permitais, Dios mio ; yo detesto á todo el que se atreve á comer este pan sacrilegamente, á todo el que os reciba en un corazon manchado por el pecado, en una alma agitada de sus pasiones, y que no ha puesto entre sus crímenes y el Altar sino una confesion superficial ó engañosa. ! Ah, qué infeliz es el que come y bebe su condenacion ! El encuentra la muerte eterna donde debia encontrar su felicidad eterna ; él os crucifica de nuevo en su corazon, y pone á sus pies la sangre de vuestra alianza, y os vende con el beso mas pérfido. Al contrario sucede con el que se presenta en el Altar con un religioso temor, que depone en la piscina saludable ó la enfermedad mortal que tenia oprimida su alma baxo el poder del demonio, ó la tibieza ó la languidez habitual que le causaba su fragilidad. El que aborrece de cora-

zon todo lo que puede desagradaros, que estudia vuestra Ley, y camina sobre sus huellas, éste encontrará la vida eterna. Oh, Divino Jesus, haced que sean estas mis disposiciones, para que yo no encuentre en vuestro Sacramento mi juicio y mi condenacion: haced que este alimento espiritual me sea provechoso, así como lo es el alimento corporal para el cuerpo que goza de salud. Quanto mas considero las necesidades de mi alma, tanto mas deseo hacer uso de esa vianda: mis fuerzas se extenuan; pero Vos podeis repararlas: mi alma se deseca, ella se ve abatida con aflicciones, fatigada con tentaciones imperiosas, desconsolada y llena de amargura; y si Vos la abandonais á sí misma, vendrá sin duda al estado de inanición, á la semejanza de esos enfermos, á quienes un dolor lento y un digusto continuo van quitando poco á poco las fuerzas, hasta que insensiblemente llegan á dar el último suspiro; pero este pan que deseo con tanto ardor, es el que puede renovar mis fuerzas si ellas me abandonan. Este pan, muy superior al material, alimenta, fortifica y engrasa mi alma: él la re-

jubenece en alguna manera, la renueva, y la comunica un ardor sobrenatural. Este Pan, dice San Agustín, no se transmuta como los demas alimentos, sino que nuestra naturaleza es transmutada en este pan. La sangre de Jesu-Cristo corre en nuestras venas, la substancia de su cuerpo se hace substancia nuestra, y su espíritu anima y mueve todos los resortes del nuestro. Un Cristiano que se alimenta con esta carne adorable, se identifica con Jesu-Cristo, vive de la vida de Jesu-Cristo, habla el lenguaje de Jesu-Cristo, y hace las obras de Jesu-Cristo. Este es, segun la intencion del Salvador, el efecto de este Sacramento: efecto admirable y digno por cierto de excitar en nosotros el deseo mas ardiente de experimentarlo. Esto es, Dios mio, lo que ha imaginado vuestro amor para nuestro consuelo. Es verdad que visitasteis el antiguo pueblo con las promesas consoladoras de vuestros Profetas; pero estos consuelos eran solo la aurora del dia que nos preparabais. Vinisteis á habitar entre los hombres, y no os desdeñasteis de conversar y de comer con ellos; pero todo esto no

era mas que el principio de vuestras misericordias. El amor que les tuvisteis os llevó hasta padecer una muerte, y muerte de cruz; pero éste no era el término ni la consumacion de vuestros favores; porque vuestra tierna misericordia nos preparaba todavía nuevas gracias y nuevos beneficios. Es verdad que debiais volver á vuestro Padre para llenar las funciones de Abogado y de intercesor perpetuo; pero tambien era preciso que os quedaseis entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para ser en ellos nuestro continuo Protector. ¿Y cuál será el prodigio nuevo que pueda conciliar funciones tan diferentes? La Eucaristía, ese misterio de amor que al mismo tiempo os dexa en el cielo y en la tierra, que os ofrece á nuestras adoraciones como un Dios invisible y como un Dios presente, que abate en alguna manera los cielos hasta nosotros, y nos eleva hasta los cielos. ¡Oh prodigio! ¡Oh bondad de nuestro Dios! ¿Qué es lo que puedo temer en adelante á la sombra de vuestros Altares? Este Sacramento se ha instituido para que sea como un broquel que me de-

fienda de los enemigos, como una muralla de cobre contra el torrente de iniquidades que me rodea por todas partes, y como un lugar de refugio contra la justa ira de mi Dios. Fatigada mi alma de los combates que ha sostenido, viene á tomar aquí nuevas armas para defenderse. Si la guerra es continua, tambien es continuo el auxilio; si todos los dias se ve asaltada con nuevas tentaciones, y afligida con nuevas infidelidades, tambien renovais todos los dias su vigilancia y su fe, y curais sus llagas. Sorprehendida mas de una vez por enemigos artificiosos y poderosos; y al punto precisamente de sufrir el golpe que iba á descargar su malicia, ha dicho volviendo sobre sí: volaré y descansaré á la sombra de las alas de mi Salvador; aquí encontraré mi mas dulce reposo, el apoyo y el defensor de mi inocencia. Mi cuerpo mismo oprimido baxo el peso de sus enfermedades, entregado por la triste condicion de su naturaleza al dolor, á la enfermedad, á los peligros, á la muerte, encontrará consuelos proporcionados á su necesidad. Aquí con una fe viva conseguiré curaciones tan mara-

villosas como las que obraba mi Salvador en los dias de su vida mortal. Una muger temia ofenderle con solo tocar la orla de su vestido, y á mi me permite tocar su cuerpo adorable, alimentarme con su carne sagrada, y beber su sangre preciosa. ¡ Ah! ¿ No podré decirle, si me aflige alguna enfermedad: Señor, Vos podeis curarme? Sí, él puede y quiere, si acaso la curacion de mi cuerpo entra en la economía de mi salvacion; pero si la continuacion de mis males puede contribuir para mi penitencia y para expiar mis pecados, él los aliviara, sino con una curacion perfecta, á lo ménos con nuevas fuerzas para llevarlos, y dará á mi cuerpo la seguridad de una resurreccion gloriosa. Esta confianza me hará llevar con paciencia las ignominias, los tormentos, los dolores y la corrupcion misma; y por la virtud de este Sacramento le veré resucitar un dia impasible, incorruptible y lleno de gloria; porque este pan es la fuerza y el apoyo de mi alma y de mi cuerpo. ¡ Ah, qué bien conocia este Médico caritativo la eficacia de sus remedios, quando decia: *venid á mí los que es-*

tais cargados y oprimidos, y os aliviare y consolare. Sí, yo iré á ti, oh Salvador mio, para buscar el remedio de mis males: si las aflicciones me abaten y entristecen, yo te expodré el motivo de mis penas; uniré á tu Sacrificio el de mis trabajos; buscaré en tu amor la recompensa de la ausencia y de la separacion mas dolorosa; me glorificare contigo en todas las humillaciones y abatimientos; me justificaré contigo de todas las calumnias que me imputan, y me consolare de todas las perfidias é ingraticudes que tanto me atormentan. Apartaos de mí los que quereis consolarme, porque no me ofreceis en mis tribulaciones sino motivos humanos que á las veces me afligen mas que me consuelan: huid de mí, porque en este Sacramento encontraré yo sin vosotros el verdadero alivio de mis penas. Si el comercio del mundo ha llegado á manchar mi corazon; si á fuerza de oír hablar con tanta frecuencia el lenguaje de las pasiones se despiertan las mias; si en un momento que me descuide participo de su malicia y de su corrupcion; si á pesar de los socorros que me da la fe consigo el

mundo sobre mí algunas victorias, iré prontamente á llorar á los pies de los Ministros, me lavaré en las aguas de la penitencia y en la sangre del Cordero sin mancha; y para recobrar mis fuerzas, vendré á comer de este pan que da fuerzas y firmeza para andar por los desiertos de esta vida, y beberé de este vino que engendra la pureza y la inocencia, y mi alma encontrará en ellos su curacion perfecta. Los Médicos mas hábiles dan á las veces remedios insuficientes, ó acaso perniciosos, y en muchas ocasiones ni siquiera penetran la causa de nuestros males; pero aquí no temeré ni la insuficiencia del remedio, ni la falta de luces en el Médico que me lo aplica. ¿Qué importa que las enfermedades de mi alma se multipliquen, que duren largos años, y que se hagan peligrosas, si tengo asegurada su curacion y su salud en la sangre que corre de este Altar? Si mis llagas son profundas, el Cordero es el escrutador de los corazones y la luz que debe visitar á Jerusalem hasta en los rincones mas tenebrosos y ocultos. Si mis llagas se han envejecido como las del Profeta.

si anuncian con el hedor que exhalan la corrupcion que contienen, él es el piadoso Samaritano que vierte la uncion de su gracia con el vino de la penitencia y de la caridad; y el pecador que quiera llorar á los pies de la víctima con un corazon contrito y humillado, no solo no merecerá la repulsa, sino que hallará el remedio á sus enfermedades; pero aunque ellas no sean mortales todavía, aunque las heridas de mi alma sean tan ligeras que ni la puedan quitar la vida, ni arrancar del corazon la caridad, no por eso tendré ménos solicitud para procurar mi curacion: yo iré á apagar mi sed en las fuentes de mi Salvador, despertaré mi hambre espiritual con un frecuente uso de este alimento delicioso, fixaré la inconstancia de mi imaginacion y la ligereza de mi espíritu con esta vianda sólida, iluminaré mi fe con esta luciente antorcha, reanimaré mi esperanza en esta prenda sagrada de las promesas, abrasaré mi corazon á los rayos del sol de justicia, y en fin, encontraré el remedio á todas mis dolencias. ¡Oxalá que tantos motivos exciten en adelante el ardor

mas vivo por este alimento invisible, y que yo cifre toda mi desgracia en verme privado de él por causa de mis pecados ! ; Qué dichosas son las almas que pueden alimentarse todos los dias con este pan de los Angeles ! Si un santo respeto, si una justa desconfianza, si un temor saludable á la vista de mis culpas detiene mis pasos, y me impide algunas veces llegar hasta el Santuario, haced, Dios mio, que desaparezcan todos estos motivos ; que mis deseos no se entorpezcan y resfrien ; que las dilaciones mismas aumenten mi amor ; que la privacion haga mi fe mas viva, y mi vigilancia mas fiel, y que haga consistir todo mi ardor en deseos, mi felicidad en recibirlos, mi alegría en conservaros dentro de mi corazon, y mi gloria en poseeros por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

*DOMINE, NON SUM DIGNUS.*PSALMO CXIII.
VERS. I.

*No á nosotros, Señor, no á nosotros :
sino á tu nombre da la gloria.*

QUANTO mas se acerca el momento destinado para la consumacion del Sacrificio, tanto mas deben penetrarse los Cristianos de los sentimientos contenidos en estas palabras : *Jesu-Cristo*

mas vivo por este alimento invisible, y que yo cifre toda mi desgracia en verme privado de él por causa de mis pecados ! ; Qué dichosas son las almas que pueden alimentarse todos los dias con este pan de los Angeles ! Si un santo respeto, si una justa desconfianza, si un temor saludable á la vista de mis culpas detiene mis pasos, y me impide algunas veces llegar hasta el Santuario, haced, Dios mio, que desaparezcan todos estos motivos ; que mis deseos no se entorpezcan y resfrién ; que las dilaciones mismas aumenten mi amor ; que la privacion haga mi fe mas viva, y mi vigilancia mas fiel, y que haga consistir todo mi ardor en deseos, mi felicidad en recibirlos, mi alegría en conservaros dentro de mi corazon, y mi gloria en poseeros por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

*DOMINE, NON SUM DIGNUS.*PSALMO CXIII.
VERS. I.

*No á nosotros, Señor, no á nosotros :
sino á tu nombre da la gloria.*

QUANTO mas se acerca el momento destinado para la consumacion del Sacrificio, tanto mas deben penetrarse los Cristianos de los sentimientos contenidos en estas palabras : *Jesu-Cristo*

se ha inmolado por nosotros. Se acerca el instante en que ha de probar á todos los que se presentan delante de sus Altares, que les ha preparado este sagrado banquete, y que hace de nuevo sus delicias, no solo conversando con ellos, sino viviendo para ellos, y dándose todo entero. Pero ¿quién es el hombre, podemos preguntarle con el Profeta, quién es el hombre, Dios mio, para que le traxeses á tu memoria, y el Hijo del hombre para que te dignases visitarle? El hombre, dice San Bernardo, no es mas que polvo y ceniza: por todas partes se ve rodeado de la corrupcion y de la miseria; y quanto mas le deis á entender por vuestra Iglesia que venis para él, y que os dais á él, tanto mas exclamará con el Profeta, diciendo: *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria.* ¿No es este en efecto el espíritu y el sentido de la oracion que vamos á explicar: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada?* La Iglesia, hermanos míos, quiere que no perdamos de vista que todo es indulgencia y misericordia de parte de Jesu-Cristo, y que todo es

indignidad y baxeza de parte del Cristiano, el qual á proporcion que conoce su miseria, se acerca mas á las disposiciones que exige este Sacramento; penetrémonos, pues, de estas disposiciones, prestando una atencion seria, á estas pocas palabras, las quales desde que han sido consagradas por los elogios que las ha dado Jesu-Cristo, podemos considerarlas como adoptadas por una institucion divina.

Los fieles desde los primeros siglos de la Iglesia han hecho uso de estas palabras; y aunque no estuviesen aun comprendidas en la Liturgia, los primeros Pastores, segun los testimonios de Orígenes y de San Juan Crisóstomo, pusieron atencion particular en exhortarlos á decir las con los verdaderos sentimientos que inspiran ántes de acercarse á la mesa del Señor. No creo que sea necesario referiros que estas expresiones humildes penetraron sensiblemente á Jesu-Cristo, quando afligido el Centurion por la enfermedad de su siervo, vino á solicitar la curacion; que este hombre recibió la recompensa de su fe en el instante mis-

mo de su oracion; y que esta fe, segun el testimonio de nuestro Divino Salvador, fué mas excelente á sus ojos que la de los mas ilustrados y religiosos del pueblo de Israel; pero ya que pase todas estas cosas en silencio, me parece muy conveniente hacerose notar la circunstancia en que tuviéron tanta eficacia estas palabras, y compararla ó acercarla á la en que la Iglesia las emplea. Allí habla un Centurion, que hubiera sido extrangero para Jesu-Cristo, si no hubiera venido este Señor á buscar á todos los que estaban mas distantes de su reyno; aquí hablan unos Cristianos llamados á la fe, purificados por la gracia, y convidados por el órgano de sus Ministros. Allí se presenta un hombre, cuyo estado y exercicio no parece compatible con el recogimiento, la instruccion y la piedad; y aqui se presentan unos fieles instruidos en la esencia del misterio de que van á participar, preparados para esta Comunion con saludables y reiteradas advertencias, con disposiciones convenientes, y con oraciones dictadas por el Espiritu Santo, ó dirigidas por la Iglesia. Allí solicita un Señor la cu-

racion de su siervo, estimulado solo de un sentimiento de humanidad, con aquella solitud que manifestaria un padre por un hijo único reducido al estado mas deplorable; y aquí imploran la salud y la vida de su alma unos Cristianos atraidos por sus necesidades personales, y poseidos de enfermedades inveteradas y peligrosas. ¿En dónde pensais, hermanos míos, que segun este paralelo se encontrará la energía de las palabras y la viveza de los sentimientos? ¿No seria de temer, si pudiesemos llevar mas adelante esta comparacion, que nuestra poca fe, en oposicion con la fe activa del Centurion, nos echase en cara que despues de tantos motivos para creer y esperar abandonabamos á Jesu-Cristo en los males que nos afligen, y solicitabamos unos consuelos humanos de suyo impotentes? ¿No temeríamos que este Señor preconizase la fe de este extrangero, y que detestase la tibieza de la nuestra? ¿Ah, qué afrentoso seria para nosotros este cargo en un instante en que puede exercitarse la fe tan utilmente! Digamos pues de todo corazon: *Señor, no soy digno.* A qualquiera parte que

vuelva mis ojos solo veo testimonio: de mi baxeza. Si los convierto á mí mismo, encuentro que he despreciado vuestras inspiraciones, que he desconocido las obligaciones cristianas, y que estoy lleno de innumerables pecados sin contrición, sin expiación y sin penitencia. Yo sé que por un efecto de vuestra gracia estos pecados por enormes que sean no privan á mi alma de vuestra justicia y de vuestro amor; y éste quizá es el motivo que la mantiene en un desfallecimiento habitual. Yo sé que no me excluís por estas faltas de la participacion de vuestro cuerpo adorable; pero quanto mas se exercita vuestra indulgencia y misericordia para sacarme de mis miserias, tanto mas me siento agoviado con el peso de ellas y el conocimiento de mi baxeza. ¿Podré por ventura excitar mi confianza comparando lo que soy y lo que sois? Pero, Señor, no me atrevo ni aun á levantar mis ojos para miraros. Estoy muy distante de sondear la extension de vuestra grandeza y la medida de vuestro poder. Yo sé por el órgano de vuestra Iglesia que sois en este Sacramento, como en los

días de vuestra vida mortal, verdadero Dios y verdadero hombre; y estas dos qualidades son para mí motivos poderosos de un temor justo y santo: apartaos de mí, os diria con vuestro Apóstol, porque no veo á mi alrededor otra cosa que miseria y pecado, y no soy digno ni aun de una mirada vuestra. Pero qué, ¿yo voy á recibir á todo un Dios, á quien le viene corta la inmensidad de los cielos, un Dios, para quien este basto universo es el escabelo de sus pies, un Dios, á quien los millones de Angeles que rodean su trono, no hacen todavía una corte digna de su Magestad suprema, un Dios á quien la multitud innumerable de Santos que habitan su gloria, no le dan cantándole mil alabanzas una adoracion proporcionada á su grandeza! Qué ¿yo voy á recibir al Dios terrible, al Dios de los exércitos, al Dios que ha formado los montes, y allanado los valles, que quando quiere envia las tempestades y mueve los huracanes, y despide el rayo sobre los entes miserables que insultan su divinidad! Qué ¿he de recibir á un Dios que me llama, que me previene, que es el santo y el justo por excelencia, al

Dios zeloso que aborrece al impío, que detesta la iniquidad, que persigue las prevaricaciones de los padres hasta las generaciones mas remotas de sus hijos, y que debe juzgar la virtud con tanta exáctitud, como la injusticia misma! ¿Quién soy yo para que me atreva á recibir un Dios tan grande? ¡Ah! penetrado de motivos tan poderosos exclamaré á los pies de vuestros altares, diciendo: Señor, sois verdaderamente un Dios oculto; pero á pesar del velo que os encubre á los ojos carnales, los ojos de mi fe penetran este misterio, y me obligan á deciros: *Señor, no soy digno de que entreis en mi morada.*

Sé muy bien que la idea que me da esta misma fe de vuestra humanidad, es muy propia para calmar mis temores, y que por un exceso de amor y de conmiseracion habeis escogido estos débiles símbolos para venir á mí; pero el mas santo de los hijos de los hombres, el que no ha conocido del pecado sino la pena sin contraer la mancha; se dignará descender á un corazon, á quien la triste condicion de su naturaleza hace como natural é indispen-

sable el pecado, y que á pesar de la vigilancia mas exácta y del dolor mas sincero, queda siempre deudor á la Divina Justicia de la muchedumbre de sus crímenes? El mas dulce y paciente de los hijos de los hombres; podrá sobrellevar las quejas indiscretas y amargas que le doy en la adversidad, la secreta envidia que tengo á la felicidad del próximo, la ira, el odio y el resentimiento de que abunda mi corazon, el olvido, la ingratitud y el desprecio que muestro á mis hermanos? El hombre de dolor; podrá tolerar mi extrema sensibilidad en los males corporales, mi delicadeza ingeniosa para procurar á mi cuerpo el alivio, la comodidad y el descanso? El hombre de oracion, el intercesor perpetuo como le llama el grande Apóstol, ¿sufrirá mi tibieza, mi disgusto, la repugnancia y la poca atencion con que asisto al santo Sacrificio, y la languidez y el desmayo con que le pido el remedio de mis males? Este hombre misericordioso, que jamas fué insensible á las necesidades, ¿no se ofenderá de mi indiferencia á vista de las desgracias de mis semejantes, de mi lentitud para socor-

rerlas, de mi falsa prudencia para economizar á pretexto de necesidades imaginarias, los fondos que pudieran servir para remedio de tantos miserables, ó de mi cruel prodigalidad, para emplear en el fausto, en la conveniencia, en los placeres unos bienes sobre los quales tienen un verdadero derecho? ¿No seré culpable de algunas de estas injusticias? Aunque las haya confesado con sinceridad y detestado con dolor, y expiado con las buenas obras ¿no reside en el fondo de mi corazon una secreta disposicion para ellas? ¿Ah! baxo qualquier punto de vista que yo miro á este Dios hecho hombre, deberé exclamar diciendo: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada.*

¿Pero qué me falta para poder asegurarme? ¿No tengo á la vista el exemplo de mis hermanos, que siendo de la misma naturaleza que yo, y estando expuestos á caer en las mismas flaquezas, se acercan llenos de confianza al Dios tres veces santo? En efecto yo veo rodeado el Altar de justos responsables como yo por sus miserias habituales á la Divina Justicia, y de pecadores que en otro tiempo eran el escándalo de los

Cristianos, y que son hoy el objeto de su consuelo y de su alegría. Iré, y me confundiré entre esa multitud de hijos fieles ó reconciliados, y quizá podré ocultarme de los ojos penetrantes del Señor que sondea los corazones; ¿pero quién soy yo para compararme con mis hermanos en la fe? ¿He conservado por ventura la inocencia como ellos? ¿He mantenido limpia mi túnica á los ojos del Cordero sin mancha? ¿No ha padecido alguna cosa su blancura con algunas faltas ligeras que ha purificado la sangre del Cordero casi tan pronto como han sido cometidas? Si mi conciencia me obliga á colocarme entre los pecadores reformados ¿en dónde estan mis lágrimas? ¿En dónde estan las obras de penitencia? Aquí, en este Sacramento está el Pan de los Angeles, y yo tengo todos los defectos de la humanidad. Jesu-Cristo es el Pan de los fuertes, y soy el mas débil de los hombres; él es el trigo de los escogidos, y yo estoy en una incertidumbre mucho mas fundada que la del Apóstol, quando ignoraba si era digno de amor ó de odio. Quales pues son las ventajas que puedo prometerme comparándome á

los fieles que como yo se presentan delante del Altar: una conviccion mas cierta de mi bajeza, será todo el fruto de la comparacion. No, Señor, *no soy digno de que entres en mi morada*: quizá soy el ménos digno á vuestros ojos entre todos los que se preparan para recibirlos.

¿Pero deberé desalentarme á la vista de mi propia miseria? la participacion de este misterio de amor ¿será un motivo para que me dexé sorprehender de los temores? Quando la conciencia no me arguye de una falta voluntaria, quando aparto de mi vista todo lo que puede desagradaros ¿á dónde sino á vos iré á buscar la fuerza de que necesito para sostenerme en medio de tantos enemigos como me cercan? Yo me aplicaré pues á mí mismo la tierna invitacion que me habeis hecho diciéndome: venid á mí todos los que estais cargados y oprimidos baxo el peso de vuestra impotencia y os aliviaré. Sí, iré Dios mio, á encontraros, y si decis una sola palabra, mi alma será sana de todas sus enfermedades. Sí, una sola palabra de vuestra boca obra los mas grandes prodigios. Para crear este vaste

universo dixisteis una sola palabra: *hágase*, y todos los seres obedecieron al punto la voz de su Criador. Para reformar naturaleza humana que se habia degradado por el pecado de un solo hombre, dixisteis una palabra: *he aquí que vengo*, y vuestro Padre satisfecho de una obediencia tan pronta rompe desde luego la cédula que nos condenaba á morir eternamente. Para quedaros con nosotros hasta el fin de los siglos dixisteis una sola palabra: *Esto es mi cuerpo*, y de edad en edad se ha perpetuado por la eficacia de ella un misterio que colma nuestras almas de inefables consuelos, ¿qué otra cosa se necesita que vuestra palabra para purificar mi corazon de todas sus manchas? Decid, *se limpio*, y recobrará mi alma su inocencia. Decid, *quiero*, y mi alma será curada de todas sus heridas: decid, *vé*, y será quitada de mis ojos la venda que los cubre y oculta vuestra virtud. Decid, *levántate*, y mi alma saldrá del abatimiento en que la tiene puesta la idea de su debilidad. Una sola de estas palabras es bastante para obrar en mí una multitud de prodigios, y restituirme la salud max

perfecta. ¡ Ah, no me admiro que vuestro Apóstol pensase solo ir á vos, como que teneis solo las palabras de vida eterna! ; Qué miserable fuera yo si las buscase en otra parte! En efecto he visto sobradas veces que las palabras de los hombres son vanas y engañosas, que su lengua es como una navaja de dos filos, y que los que presumen de mas sabios pueden compararse á los niños que balbucean. Hablad por tanto, Salvador mio, y callen todos delante de vuestra presencia. Hablad solo, y haced que nada me distraiga de la atencion que debo daros. Hablad, vuestro siervo os escucha, habladle el lenguaje de paz que prometisteis á vuestro pueblo. Decid á mi alma, yo soy tu salud, y se dispararán todos sus temores, y se curarán todas sus enfermedades.

En estas cortas expresiones teneis, mis hermanos, un medio por donde tomar algun conocimiento del sentido de las palabras que decís al acercaros á la mesa sagrada. La Iglesia, como que en ellas se compendian todas las oraciones antecedentes, ha dispuesto que se repitan hasta tres veces dándose tres gol-

pes de pecho. Quando se trata de pedir á Dios el socorro en las tentaciones, el Pan del alma y del cuerpo, el perdón de los pecados, y que nos libre de mal, es indispensable que haya entre los fieles una comunión de oraciones, donde exponiendo cada uno sus necesidades hable con el mismo fervor de las de sus hermanos, diciendo: dadnos, perdonadnos, libradnos; pero quando se trata de reconocer, de confesar y exponer á los ojos de Dios la propia bajeza, cada uno debe hacerse justicia, y no pensar sino en sí mismo, huyendo de esa ridícula afectacion en que por desgracia caen muchos, los cuales teniéndose por muy piadosos y exáctos en el cumplimiento de sus obligaciones, juzgan y reprehenden á sus hermanos con demasiada temeridad é indiscrecion.

Procuremos por tanto meditar atentamente esta oracion, y digamos siempre al pie del Altar y en todas las circunstancias de nuestra vida: *Señor, no soy digno*: temamos que nuestra conciencia no desmienta estas palabras, y que acaso no se desaprueben por Jesu-Cristo, que no nos enseña sino la

humildad, ni nos muestra sino la humildad, ni preconiza sino la humildad; pero si con un conocimiento verdadero y fiel de lo que somos nos presentamos en el Altar, no temamos que Dios nos desconozca, porque este Señor solo ama á los humildes, y corona á la humildad con una gloria eterna. Así sea,

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.
cap. 10. v. 16.

El Cáliz de bendicion, al qual bendecimos, ¿no es la Comunión de la Sangre de Cristo? y el Pan que partimos ¿no es la participacion del Cuerpo del Señor? ®

HE aquí la idea que daba el Apóstol, San Pablo del Sacrificio de Jesu-Cristo á los primeros Cristianos, la qual es conforme en todo con

humildad, ni nos muestra sino la humildad, ni preconiza sino la humildad; pero si con un conocimiento verdadero y fiel de lo que somos nos presentamos en el Altar, no temamos que Dios nos desconozca, porque este Señor solo ama á los humildes, y corona á la humildad con una gloria eterna. Así sea,

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.
cap. 10. v. 16.

El Cáliz de bendicion, al qual bendecimos, ¿no es la Comunión de la Sangre de Cristo? y el Pan que partimos ¿no es la participacion del Cuerpo del Señor?

HE aquí la idea que daba el Apóstol, San Pablo del Sacrificio de Jesu-Cristo á los primeros Cristianos, la qual es conforme en todo con

la que nos inspira la Iglesia del Sacrificio de la Misa. El Apóstol no separaba la bendicion del Cáliz, y la fraccion del Pan, de la Comunión de la Sangre de Jesu-Cristo, y de la participacion de su Cuerpo; y así la Iglesia está persuadida firmemente que la Comunión es de tal manera esencial al Sacrificio que no lo mira como consumado, hasta que el Sacerdote ha recibido una y otra especie. Si añadimos á este punto del dogma lo que la disciplina ha dispuesto acerca de esta última accion, si sobre todo procuramos penetrarnos de las disposiciones que exige la participacion actual de este Divino Sacramento, encontraremos un prodigioso fondo de instrucciones. Esta en efecto es una materia de suyo muy extensa, y por lo mismo procuraremos satisfacer el deseo de los fieles que concurren á este templo. Voy á presentaros, hermanos míos, tres discursos sobre la importante materia de la Comunión: en el primero consideraré la Comunión en general: en el segundo la Comunión baxo las dos especies; y en el tercero hablaré de la Comunión espiritual. En todos tres encontrareis la ocasion de animar vuestra

fe, y de satisfacer una sabia y religiosa curiosidad: prestadme atencion.

No puedo dispensarme ante todas cosas de probaros que la Comunión no es ménos esencial al Sacrificio de la Misa, que la oblacion y la consagracion. Jesu-Cristo mismo ha venido á sustituirse á todos los sacrificios de la antigua ley; y así qualquiera que fuese el fin de cada una de las oblaciones, él las hace inútiles reuniendo en sí el efecto separado de cada especie de sacrificio. El es la hostia de propiciacion por el pecado, de reconocimiento por los beneficios recibidos, de impetracion por las gracias que se piden, de purificacion para contener los efectos de la ira divina, y de consagracion para unir al culto de Dios todo lo que propiamente es suyo. El es la ofrenda de las primicias, porque es el primogénito de los hijos de Dios, segun la expresion de la Escritura; es el sacrificio de la mañana, porque está escrito que dixo desde el principio. *He aquí que vengo.* El es el Sacrificio de la tarde, porque debe ser ofrecido hasta la consumacion de los siglos. El es el Cordero del tránsito, porque por él pasamos de la muer-

te á la vida, del cautiverio del pecado á la libertad de hijos de Dios, y del destierro á la eternidad. El ha representado el sacrificio de la Paloma por la pureza, y el del macho cabrio tomando sobre sí nuestros pecados. La sangre de la becerra solo era una figura de su sangre preciosa; el agua y la ceniza que mezclaba el Sacerdote con la sangre de esta víctima para rociar al pueblo significaban la efusion abundante de la suya, que corriendo de su costado sobre la cruz, debía saltar hasta los confines del mundo para purificar todos los pueblos; en fin el holocausto, la víctima, el Sacrificio mas perfecto de todos, y que puede figurar mas completamente una oblacion perfecta, solo es la sombra de nuestra víctima ofrecida, inmolada y consumada enteramente para gloria del Altísimo. Como esta consumacion no se hace sino por la Comunión, está suspenso en algun modo el efecto del Sacrificio hasta que el Ministro no ha participado de la hostia. Esta es una doctrina que la Iglesia tiene adoptada desde los primeros tiempos, y la disciplina sobre este punto interesante es de las mas positivas;

de manera que si un Sacerdote en el acto de la Comunión fuese sorprendido por algun accidente imprevisto que le impidiese consumir el Sacrificio, la Iglesia no permite que se quede en este estado, y dispone que le substituya otro Sacerdote dispensándole si fuese necesario del ayuno riguroso que exige, de los que participan de este alimento sagrado.

Pero si se considera la Comunión del Sacerdote como un acto indispensable para la integridad del Sacrificio, ¿qué pensaremos de la Comunión de los asistentes, ya que el Sacerdote ofrece la víctima por sí y por ellos? ¿No se podria concluir que la participacion de ella es de igual necesidad para los fieles y para los Ministros? Esta necesidad parece que está derogada por el uso actual de la Iglesia; y en efecto cada Ministro está obligado á esta accion santa, y cada uno de los fieles no lo esta comunmente sino á unirse en espíritu á este Sacramento. Pretender que el Sacrificio es nulo para los fieles que no hayan participado realmente de él, seria traspasar los límites de esta materia; pero tambien se haria una

injuria á la verdad si se enseñase que á lo ménos en la intencion de la Iglesia no subsiste una voluntad de empeñar á los fieles, si fuese posible, á comulgar siempre que asisten á la Misa. Entre estas dos opiniones tan opuestas entre sí hay un justo medio que debe adoptar todo Cristiano, y que exige de su parte disposiciones habituales de vigilancia, de deseo, de dolor y de reforma. De vigilancia, porque no está excluido de participar de la mesa santa en los dias en que reúne la Iglesia todos sus hijos. De deseo de adquirir la justicia, y la perfeccion que se requieren para esta participacion, no digo frecuente, porque esto no es bastante, sino diaria, si fuese posible. De dolor, á vista de los obstáculos, de las imperfecciones de las costumbres y de las pasiones que encuentra en sí mismo, las cuales son en los pecadores como una muralla fuerte entre ellos y Jesu-Cristo, y en las almas ménos culpables, como una mano que los detiene, y suspende quando tratan de correr al Altar. Disposicion de reforma, en virtud de la qual tome resoluciones vigorosas á la vista de Jesu-Cristo, á fin de

que viviendo santamente, pueda sentarse con la confianza debida á la Mesa de este Divino Salvador.

He dicho que la Comunion diaria es en la intencion de la Iglesia una práctica conforme en alguna manera al precepto de comulgar; pero para proceder en una materia de esta importancia con toda exâctitud, explicaré esta proposicion, añadiendo que la intencion de la Iglesia es conformarse ante todo con la de Jesu-Cristo en la institucion del Sacramento y del Sacrificio del Altar. Jesu-Cristo tomó para materia de este Sacrificio un alimento de los hombres en todos los tiempos, entre todas las naciones, en todos los estados, y casi en todas las circunstancias de la vida. Jesu-Cristo para dar su cuerpo en comida, y con ella la gracia y todos sus dones, escogió el pan, es decir, un alimento que nunca disgusta ni fastidia: el pan, un alimento que nos ha enseñado á pedir para cada día: el pan, un alimento que jamas rehusa á sus hijos un Padre amoroso, y para cuya adquisicion sacrifica su tiempo, su sudor y sus trabajos; en una palabra, el pan, que el rico mas cruel no se atreveria quizá á rehusar

á los miserables que desfallecen de hambre. ¿No nos dice Jesu-Cristo que será servida su mesa todos los dias con este alimento para que podamos hartarnos hasta la saciedad de estos bienes? ¿No es esto quanto puede decirse? He aquí la primera razon que prueba que la Eucaristía debería ser un alimento diario para todos los Cristianos.

Segunda razon: el uso de los primeros siglos del Cristianismo. En aquellos tiempos no se hacia para la Comunión la diferencia de dias solemnes y menos solemnes, y para los primeros fieles era siempre una solemnidad importante el dia que se juntaban en el lugar del Sacrificio: cada uno para permanecer mas tiempo en este lugar llevaba su comida, con el fin de poder sobrellevar la fatiga de los ejercicios religiosos; pero ante todas cosas recibia con fe el alimento de la Eucaristía, y ninguno era excluido de él sino por causa de excomunion. Así la Iglesia no privaba de este alimento ni aun á los enfermos, y los Ministros se lo llevaban á sus casas para darles este consuelo y proveer á su necesidad. Esta sabia prevision era todavía mas sensi-

ble en los tiempos de persecuciones, porque cada fiel llevaba á su casa este pan sagrado, á fin de tener en él cada dia un principio de fuerza y de constancia para profesar su fe.

Tercera razon: el precepto de Jesu-Cristo sobre la comunión no mira menos á los fieles que á los Sacerdotes, y así puede aplicárseles muy bien la lección que da la Iglesia á sus Ministros en los sagrados Cánones. Es verdad que no les impone el precepto formal de ofrecer diariamente; pero les manifiesta el deseo mas vivo de que lo hagan; y si condesciende con los motivos piadosos que les obligan algunas veces á separarse del Altar, tambien les hace entender que serian muy culpables si lo executasen sin causa legítima, y mucho mas quando dexasen de satisfacer las obligaciones propias de su ministerio, especialmente si por su descuido se viesen privados los fieles del Sacrificio en los dias de rigoroso precepto. De aquí ha provenido en los lugares ó países donde escasean los Ministros la facultad que se concede al Sacerdote de celebrar dos veces al dia, á fin de que no se vean excluidos los

fieles á lo ménos de la participacion espiritual del Sacrificio en los dias feriados. De aquí tambien se deduce la obligacion diaria de ofrecer el Sacrificio de Jesu-Cristo, porque no ménos es un pan cotidiano, que una oblacion tambien diaria. Si él es el alimento del Sacerdote, debe tambien serlo del fiel, porque las necesidades son las mismas. Los designios de Jesu-Cristo son tan misericordiosos para unos como para otros. La obligacion á la santidad, á la perfeccion cristiana y á la imitacion de nuestro Salvador es igual en uno y en otro estado; y no fundándose la distincion del Sacerdote y del lego sino sobre la diferencia de sus respectivas funciones, me atreveré á decir, que si el Ministro de la Iglesia debe adquirir ciertos grados de perfeccion que no se proponen al comun de los fieles, estos grados solo son relativos á estas funciones; pero como Cristiano el lego igualmente que el Sacerdote está comprehendido en este precepto general de Jesu-Cristo: *Sed perfectos como es perfecta vuestro Padre, que está en los cielos*; y por una consequencia necesaria está com-

prehendido tambien en las promesas y en las amenazas que ha hecho en favor de los que están unidos á Jesu-Cristo, ó contra los que desprecian este alimento sagrado. La Iglesia se funda en esta doctrina para permitir la comunión cotidiana á ciertas almas privilegiadas, cuya vida verdaderamente angélica hace todo su consuelo y alegría. Todos los que han escrito sobre la vida espiritual, han puesto tambien la participacion del cuerpo de Jesu-Cristo á la cabeza de todas las prácticas que son indispensables para conservar el estado de justicia; y así las Ordenes Religiosas que se han distinguido mas en la piedad y el fervor, han hecho de este uso el punto mas formal de su Regla; de manera que para juzgar como corresponde de la intencion primitiva de la Iglesia sobre la Comunión, no tanto se ha de tener presente la práctica de unos tiempos de relajacion y de tibieza, quanto la que se observaba en los dias de sus triunfos y de su gloria, y lo que se observa aun por sus hijos mas fieles.

En esta breve exposicion teneis, hermanos mios, los fundamentos de la

doctrina de la Iglesia sobre una materia tan principal, en la qual he procedido conforme á la ensenanza de los Padres y de los Doctores. Los que entre estos han escrito con mas fuerza contra el abuso que puede hacerse de Sacramento tan tremendo, no han temido, al establecer estos principios, que los Cristianos se prevaleciesen del testimonio que dan á la verdad; pero sin debilitar la solidez de su doctrina han insistido sobre las disposiciones que han motivado las excepciones casi universales de esta regla general en unos tiempos en que la caridad se ha resfriado tan considerablemente. He aquí las conseqüencias que deducimos de esta verdad, siguiendo las huellas de los primeros Maestros.

Primera conseqüencia. Si segun la intencion de la Iglesia debe comulgar cada fiel siempre que asiste al Sacrificio, tambien debe llorar amargamente las imperfecciones que le privan de esta ventaja, y no participar jamas de la oblation sin pensar que la Eucaristia es un pan cotidiano que le prohiben sus enfermedades espirituales como un alimento demasiado sólido, y que mién-

tras no venza todos los obstáculos que le constituyen en este estado, hace realmente una injuria á la voluntad, á la intencion y á la caridad de Jesu-Cristo.

Segunda conseqüencia. En defecto de la Comunión sacramental y diaria debe suplirlo á lo ménos con la union espiritual, y estudiar las reglas de conformarse á ella; y las ventajas que puede sacar para excitar un santo deseo en su corazon.

Tercera conseqüencia. Ya que se ha conservado solo en los Sacerdotes la costumbre de subir todos los dias al Altar, deben los fieles en general mirar con sumo respeto al Sacerdocio, y á todos los que están revestidos de esta dignidad, como que son los ungidos del Señor, sus Cristos vivientes, y los representantes del Cristo invisible que se da en este Sacramento. Deben tambien abstenerse de todo juicio indiscreto y de las palabras precipitadas, teniendo presente que Dios ha dicho por su Profeta: *no toqueis á mis Cristos*; y si algunas veces son tales y tan sensibles sus imperfecciones que no pueden disimularse, deben callar y aban-

donar á Dios el exámen de ellas, en el seguro que sabrá hacer justicia empezando por su propia casa. Las conversaciones escandalosas que sin respeto ni miramiento se hacen muchas veces sobre la conducta de los Ministros del Altar, no solo deshonoran la Religion, sino que tambien son sumamente perjudiciales á la reforma de las costumbres: y así conviene sobremanera á los Cristianos llorar sobre los defectos de sus Maestros y Doctores, y pedir á Dios con freqüencia que purifique sus almas, para que puedan desempeñar las funciones sagradas que tienen á su cargo con la perfeccion que exige la santidad del ministerio.

Quarta consecuencia. Excitar el hambre espiritual de este alimento sagrado, acordándose freqüentemente de los efectos preciosos de la Eucaristía, y despertando su fe adormecida muchas veces sobre este misterio, de manera que nunca se aparte del Altar sin desear la Comunión, y sin un vivo dolor á la vista de los pecados que se la impiden.

Quinta consecuencia. Si nuestra ligereza natural nos prohíbe la partici-

pacion diaria de la santa comunión, no nos dispensa de mirar la divina Eucaristía como nuestro pan Cotidiano, y á todos los que participan ó tienen derecho de participar de él como los hijos de un mismo padre, y consiguientemente como nuestros hermanos en el orden de la salvacion. Asimismo nos acuerda esta circunstancia de la Misa otra suerte de Comunión de todos los tiempos, de todos los lugares y de todos los estados, que consiste en las relaciones que unen entre sí á todos los Cristianos, y que les imponen la ley de amarse mutuamente, de servirse recíprocamente, y de mirarse como un solo pan y un solo cuerpo en Jesu-Cristo.

Sexta y última consecuencia. Hacer de toda la vida una preparacion continua para la Comunión sacramental, de suerte que una Comunión engendre en nuestras almas las disposiciones para la Comunión siguiente, y evitar en lo posible las concurrencias, las amistades y los tratos sociales, pues aunque de suyo nos parezcan indiferentes é indispensables, debilitan siempre el espíritu de fe, de recogimiento

y de humildad que exige la Comunion.

Pero pongo fin á este discurso porque me parece que he dado pruebas suficientes de que la Comunion es una parte esencial del augusto Sacrificio del Altar; y que esta parte, la mas interesante de todas, como que nos aplica el fruto del Sacrificio, exige de nosotros disposiciones correspondientes á la excelencia de la victima, y á las gracias que Dios nos concede. ;Oxalá que participemos de ella con frecuencia, con santidad y utilidad, hasta que nos veamos unidos con el Cordero sin mancha por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION

BAXO LAS DOS ESPECIES

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 26. vers. 27.

Bebed de éste todos.

No intento citando estas palabras despertar todas las vanas objeciones que oponen nuestros hermanos disidentes al uso constante de la Iglesia, que reduce á los simples fieles á la Comunion baxo la especie del pan. Tenemos obras muy sólidas para ilustrar nuestra fe sobre este punto esencial de la disciplina; pero como el objeto de estas instruc-

y de humildad que exige la Comunion.

Pero pongo fin á este discurso porque me parece que he dado pruebas suficientes de que la Comunion es una parte esencial del augusto Sacrificio del Altar; y que esta parte, la mas interesante de todas, como que nos aplica el fruto del Sacrificio, exige de nosotros disposiciones correspondientes á la excelencia de la victima, y á las gracias que Dios nos concede. ;Oxalá que participemos de ella con frecuencia, con santidad y utilidad, hasta que nos veamos unidos con el Cordero sin mancha por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION

BAXO LAS DOS ESPECIES

EVANGELIO DE SAN MATHEO.
cap. 26. vers. 27.

Bebed de éste todos.

No intento citando estas palabras despertar todas las vanas objeciones que oponen nuestros hermanos disidentes al uso constante de la Iglesia, que reduce á los simples fieles á la Comunion baxo la especie del pan. Tenemos obras muy sólidas para ilustrar nuestra fe sobre este punto esencial de la disciplina; pero como el objeto de estas instruc-

ciones no tanto es dirigir esta fe, quanto animarla, me contentaré con exponer la práctica actual de la Iglesia sobre la Comunión, é indicar la union que hay entre la consagracion de las dos especies. En esta inteligencia nos basta saber 1.º que la Iglesia ha tenido derecho y causas justas para abolir este uso á pesar de su santidad y antigüedad: 2.º que no por esto ha coartado el derecho que Jesu-Cristo ha dado á los fieles de participar de su cuerpo adorable y de su sangre preciosa: 3.º que no hay un argumento mas fuerte para probar la presencia real de Jesu-Cristo en la Eucaristía que la suspension de la Comunión baxo las dos especies. Esta comunión baxo las dos especies es tan necesaria al Sacerdote para consumir el Sacrificio Eucarístico, como inútil á los fieles para hacerlos participes de él. Vamos á examinar estas dos proposiciones en pocas palabras, separándonos del espíritu de controversia, como tan extraño del objeto que me he propuesto en esta serie de homilías.

Hablo á personas instruidas en el dogma de la Eucaristía, y sometidas á los principios que lo establecen, las

quales hacen profesion de creer que Jesu-Cristo está todo entero baxo cada especie y baxo la menor parte de ella; y que recibiendo separadas ó conjuntamente la especie del pan y la especie del vino, se comulga real y completamente el cuerpo y sangre del Salvador. Esto supuesto, el Sacerdote que despues de haber consumado la santa hostia, toma el cáliz y bebe la sangre preciosa, no ha recibido dos veces á Jesu-Cristo, porque entre las dos acciones se encuentra una union tan estrecha, que ellas se reducen á la unidad esencial del Sacramento y del Sacrificio; y así tambien el fiel, que segun el uso actual de la Iglesia no recibe la Comunión sino baxo la especie del pan, recibe á Jesu-Cristo sin disminucion alguna. En efecto, recibe su cuerpo, el qual por la virtud de estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, se halla baxo la especie de pan. Recibe la sangre, la qual por la perfecta union de aquellas palabras con las siguientes: *Esta es mi sangre*, se halla baxo las dos especies. Recibe el alma adorable de Jesu-Cristo, que no puede ser separada de su cuerpo desde que

el Divino Salvador se ha puesto por su resurreccion en un estado de impasibilidad é inmortalidad. En fin, recibe la Divinidad, que unida en otro tiempo á el alma y al cuerpo, debe con mayor razon ser inseparable del cuerpo de Jesu-Cristo en la Eucaristía.

He aquí sin duda la profesion de fe que cada uno de nosotros ha hecho presentándose en la mesa del Altar; pero despues de haber tributado este homenaje á un misterio tan grande, no nos será lícito exâminar si la Comunión baxo las dos especies es esencial á la integridad del Sacerdocio, como tambien qual ha sido el uso de la Iglesia en los tiempos pasados sobre la Comunión baxo las dos especies, ó por mejor decir, baxo la especie del vino con relacion al comun de los fieles; y en fin, por qué se ha establecido el uso actual de no comulgar sino baxo la especie de pan?

Para juzgar de la necesidad de la Comunión del Sacerdote baxo la especie del vino, basta considerar la institucion del misterio de la Eucaristía. Jesu-Cristo toma el pan y el cáliz, bendice uno y otro, da sobre uno y

otro gracias á su Padre, y pronuncia sobre cada una de las especies en particular las palabras que son propias para dar á conocer el destino de ellas: *Tomad, y comed: esto es mi cuerpo: Tomad, y bebed: esta es mi sangre;* y despues de haber instituido el Sacramento todo entero, y el Sacrificio en toda su extension, es quando dice: *hareis estas cosas en memoria mia.* La Iglesia, segun esto, no es árbitra de decidirse por una ó por otra especie, sino que debe hacer en memoria de Jesu-Cristo lo que Jesu-Cristo mismo hizo. Jesu-Cristo tomó el pan para convertirlo en su cuerpo, y el vino para convertirlo en su sangre: el Sacerdote no puede, pues, ofrecer sino pan y vino. Jesu-Cristo distribuyó uno y otro á sus Apóstoles, mandándoles que comiesen y bebiesen, y es preciso que los Ministros sucesores de ellos en esta funcion tremenda tomen este alimento, y reciban esta bebida para que el precepto de Jesu-Cristo no quede sin observancia y sin exemplo la institucion de su Sacramento sin execucion, y su Sacrificio sin consumacion.

Digo sin consumacion. Ya he probado hablando de la consagracion que el vino era una materia tan esencial al Sacrificio de la Misa como el pan, y he considerado como una misma accion la que convierte la substancia del vino en su sangre, y la que convierte el pan en su cuerpo; pero aunque la presencia real y total de Jesu-Cristo se obre inmediatamente por las palabras que pronuncia el Sacerdote en el nombre de este Divino Salvador, no sucede así con el Sacrificio, porque el holocausto, que era el mas perfecto de los Sacrificios, no se consumaba sino por la destruccion de la víctima toda entera: y así la consagracion puede muy bien obrar la inmolacion de la víctima, pero no la destruccion. Quando Jesu-Cristo dice á sus Apóstoles: *tomad, y bebed: esta es mi sangre, añade: del nuevo y eterno Testamento: misterio de fe, que será derramada por vosotros, y por muchos para el perdon de los pecados.* Como si dixese: el Sacrificio que acabo de instituir, no será una vana representacion del que voy á ofrecer; mi sangre será derramada en él tan realmente

y tan eficazmente como sobre la cruz: en una y otra circunstancia será una señal de mi alianza con la naturaleza humana y un misterio de fe: tambien añadirá al Sacrificio de mi muerte una aplicacion real de los efectos de este Sacrificio: y vosotros, Apóstoles míos, y despues vuestros sucesores en esta funcion augusta, tomareis en la abundancia de mi sangre las gracias que derramareis en nombre mio sobre vuestros hermanos.

Pero esta obligacion impuesta á los Sacerdotes de tomar el pan y de beber el cáliz; no es una ley del lego como del Sacerdote? En efecto, este Sacramento instituido para uso de todos, parece que exige de todos las mismas disposiciones, así como obra en todos los mismos efectos. La ley de la Comunión para el comun de los fieles está sacada de las mismas palabras que para el Ministro, porque á unos y á otros dixo: *mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; si no comeis y no bebeis, no tendreis vida en vosotros: haced esto en memoria mia.* Supuesto este principio, ¿en qué se puede apo-

yar la distincion introducida en la Iglesia de dar á los Sacerdotes las dos especies, y de privarse de ellas á los simples fieles?

Si esta pregunta se hiciese por alguno de nuestros hermanos separados de nuestra Comunión, ó por uno de esos Cristianos indóciles que en materia de doctrina y de disciplina exigen que se pruebe todo hasta la demostracion, les responderia con un principio incontestable, y es que la Iglesia en la administracion de los Sacramentos tiene derecho de establecer y de hacer todas las mudanzas que la parezcan convenientes según su sabiduría, con tal que no alteren la substancia del Sacramento mismo. Además ya he probado con todas las autoridades posibles que el que recibe ó las especies de pan, ó las de vino solamente, recibe á Jesu-Cristo todo entero, y participa perfectamente del Sacrificio eucarístico; y en este supuesto ha pedido la Iglesia, y aun ha debido en ciertas circunstancias reducir á los simples fieles á una de las dos especies, sin que les quede derecho de quejarse de las variaciones que han experimentado en la Comu-

nión. Si esta respuesta tan satisfactoria por sí misma no bastase para reducir su obstinacion y fixar su docilidad, qualquiera otra prueba será igualmente inútil, y aun la de la tradicion mas constante. Pero los Cristianos dóciles no necesitan de mas prueba que los hechos mismos, y ellos son suficientes. La Iglesia ha podido alterar el modo de administrar la Eucaristía pues que lo ha hecho; ó por mejor decir, en ningún tiempo ha considerado que pertenecia á la esencia del Sacramento la Comunión baxo las dos especies. Desde los primeros siglos se encuentran las huellas de la supresion total de la especie del vino para los simples fieles, y puede probarse de edad en edad que en ciertos lugares y circunstancias se contentáron con la especie del pan, y creyeron firmemente haber participado del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo. Aquí la escasez del vino era causa de que los Ministros lo reservasen para la oblation del augusto Sacrificio. Allí estaban dispensados muchos fieles de hacer uso de esta bebida, porque naturalmente les repugnaba. En unas partes la muchedumbre misma del

pueblo que se atropellaba para comulgar, y el peligro de que se derramase esta sangre preciosa, no permitia que se usase del cáliz. En otras precisados los Cristianos á ocultarse, y á llevar á su casa el pan Eucarístico para tomarle en secreto, se contentaban con esta especie sola. Algunas veces se limitaba este uso á echar algunas gotas de la sangre preciosa en una cantidad de vino suficiente para distribuirla á los asistentes; pero no hay un siglo desde el establecimiento de la Iglesia en que se pueda asegurar que los fieles han recibido uniformemente la Comunión baxo las dos especies; y la prueba mas convincente de esta verdad es su silencio mismo quando en el siglo nueve aboliéron enteramente los Obispos este uso en las Provincias donde se guardaba todavia: sin embargo ellos no disminuyéron su fervoroso deseo de la Comunión santa, ni se persuadiéron que esta prohibición podia perjudicar sus derechos, ni atacar la esencia del Sacramento, y debilitar sus efectos.

Penetrémosnos, hermanos míos, de la misma docilidad y respeto que estos fieles, si queremos exâminar las razo-

nes que ha tenido nuestra madre la Iglesia para las excepciones que ha hecho de la regla general. Si se pregunta por qué ciertas Ordenes Religiosas en las grandes solemnidades, y por qué sobre todo nuestros Reyes en el día de su coronacion gozan todavia del privilegio casi único de comulgar baxo las dos especies; respondo, que los primeros lo gozan por una costumbre que se ha observado constantemente; y que como estas Ordenes Religiosas han conservado las Rúbricas antiguas á pesar de las mudanzas que se han hecho en la Liturgia en muchas Iglesias, han conservado tambien de consentimiento de la Iglesia universal muchos de los antiguos usos, y entre otros en ciertas solemnidades el de la Comunión baxo las dos especies, que se observaba casi universalmente en los tiempos de su fundacion.

Pero si exâmino el privilegio concedido á nuestros Reyes de recibir la sangre preciosa en la ceremonia de su coronacion, reconozco de parte de la Iglesia la ternura propiamente maternal con que trata á quien honra con el título de hijo primogénito, y con el

nombre de Rey Cristianísimo, y en esta conducta encuentro una grande leccion para los pueblos sometidos á su obediencia. La Iglesia asocia en algun modo á nuestros Reyes al Sacerdocio: su persona consagrada con el oleo santo es para nosotros un objeto de veneracion: las leyes que salen de su boca, y que se nos transmiten por el órgano de sus Ministros, son los oráculos de la sabiduría, pues que han teñido sus labios con la sangre de Jesu-Cristo: ellos despues de él son los ungidos del Señor y los Cristos vivos. Es verdad que pueden como hombres degradar el carácter que ha impreso su consagracion en su persona; pero nosotros no debemos nunca desconocer en ellos la autoridad de que están revestidos, la uncion que los há santificado, y el derecho que reciben de Dios mismo para conducirnos y gobernarnos.

He dicho, hermanos míos, quanto he creído necesario para instruiros sobre el uso de no dar la Comunión á los fieles sino baxo la especie del pan; y como vuestra fe está competentemente ilustrada en la materia, no necesito á la verdad fortificarla sobre la

esencia del dogma eucarístico; pero sí deberé excitaros á uniros espiritualmente á la Comunión del Sacerdote baxo una y otra especie. La fe nos enseña que el que recibe la especie del pan recibe á Jesu-Cristo todo entero con toda la efusion de gracias; pero tambien es cierto que el fiel sin participar realmente de la especie del vino, puede hacerse á sí mismo la aplicacion de ella con la union de sus oraciones á las del Sacerdote, con una atencion especial á la virtud de la sangre de Jesu-Cristo, con una inmolacion interior de su voluntad propia, que le haga imitar quanto esté de su parte la efusion actual de la sangre de este Divino Salvador; y que repitiendo con el Sacerdote estas palabras: *la sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo guarde mi alma para la vida eterna*, pueda apropiarse útilmente quanto nos dicen los libros santos de la eficacia de esta preciosa sangre. En efecto, por esta sangre ha restablecido Jesu-Cristo la paz entre Dios y el hombre: por esta sangre ha entrado una vez en el cielo para abrirnos el camino: esta sangre, que las manos puras é inocentes del Pon-

tífice eterno presenta sin cesar á su Padre por nosotros, es la que hasta la consumacion de los siglos ha de merecer al pecador la reconciliacion y la gracia, y al justo la perseverancia y la vida. En este sentido puede decir todo Cristiano para manifestar su reconocimiento al Señor: *tomaré el cáliz saludable, e invocaré el nombre del Señor.*

Impongámonos, pues, hermanos míos, la obligacion de entrar en estos sentimientos; y siempre que presentemos el Sacrificio del Altar, tomemos con la fe el cáliz del Señor fortificando con actos reiterados nuestra creencia; tomémosle con la esperanza cristiana procurándonos los méritos y las gracias que encierra, y nos ofrece la superabundancia de esta sangre; tomémosle con la caridad sacrificando nuestra voluntad propia, los deseos de nuestro corazon, nuestros bienes y nuestra vida, si así lo exige Dios para cumplir sus altos designios: sobre todo saquemos de este cáliz los principios de la union fraterna, porque este licor precioso compuesto de tantas gotas reunidas, no hace mas que una sola subs-

tancia, así como tantos Cristianos desunidos por las condiciones, por las edades, por los caracteres, por los climas, no hacen mas que un solo cuerpo, ni tienen mas que un mismo pan, ni viven sino una misma vida, ni obran, ó no deben obrar sino por un mismo espíritu, ni caminan sino á un mismo fin. ¡Ah! la comunicacion de la sangre de Jesu-Cristo será restablecida en esa mansion de felicidad eterna, para no ser jamas suspendida. Entonces se cumplirá verdaderamente aquel oráculo de nuestro Divino Salvador: *no beberé con vosotros del fruto de la vid hasta que os haya reunido en mi Reyno. Yo soy esta vid, habia dicho ántes, y vosotros los sarmientos. Permanezcamos, pues, hermanos míos, unidos á esta cepa, la qual sola puede hacernos llevar frutos de justicia en el tiempo, para que los recojamos de salud y de vida en la eternidad.* Así sea. (R)

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION ESPIRITUAL.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. vers. 64.

Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

No quiera Dios que llegemos á hacer de estas palabras el abuso monstruoso que han hecho y hacen todos los días nuestros hermanos disidentes aplicándolas á las que consuman el misterio Eucarístico. Ellos se atreven á combatir en un sentido espiritual lo que Jesu-Cristo dixo en el sentido propio y literal. Ellos nos enseñan que no se nos ofrece este Divino Salvador en la Eucaristía sino de

sobre la *Comunion espiritual.* 387

una manera mística y figurada, y nosotros creemos que real y substancialmente está presente en ella. Ellos nos reprenden porque entendemos las palabras de Jesu-Cristo de una manera carnal é indigna de su sabiduría, y nosotros les acusamos porque desconocen sus oráculos mas positivos, y desprecian el medio de santificación mas saludable. No nos dexemos, pues, deslumbrar por sus sofismas, y procuremos por el contrario traerlos á la fe por medio de nuestras oraciones. Sin embargo, creamos tambien que las palabras de que Jesu-Cristo se ha servido, y que repite el Sacerdote por orden suya para obrar el misterio Eucarístico, contienen, sin excluir el sentido natural y literal, un sentido espiritual y místico, que servirá igualmente para nuestra santificación y nuestra instrucción. Voy á exponer este sentido principalmente á los que por justas razones están reducidos á abstenerse por algun tiempo de la *Comunion real*, presentándoles los principios y fundamentos que deben tener á la vista para comulgar espiritualmente siempre que asisten al santo Sacrificio de la Misa: está es una ver-

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION ESPIRITUAL.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. vers. 64.

Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

No quiera Dios que llegemos á hacer de estas palabras el abuso monstruoso que han hecho y hacen todos los días nuestros hermanos disidentes aplicándolas á las que consuman el misterio Eucarístico. Ellos se atreven á combatir en un sentido espiritual lo que Jesu-Cristo dixo en el sentido propio y literal. Ellos nos enseñan que no se nos ofrece este Divino Salvador en la Eucaristía sino de

sobre la *Comunion espiritual.* 387

una manera mística y figurada, y nosotros creemos que real y substancialmente está presente en ella. Ellos nos reprenden porque entendemos las palabras de Jesu-Cristo de una manera carnal é indigna de su sabiduría, y nosotros les acusamos porque desconocen sus oráculos mas positivos, y desprecian el medio de santificación mas saludable. No nos dexemos, pues, deslumbrar por sus sofismas, y procuremos por el contrario traerlos á la fe por medio de nuestras oraciones. Sin embargo, creamos tambien que las palabras de que Jesu-Cristo se ha servido, y que repite el Sacerdote por orden suya para obrar el misterio Eucarístico, contienen, sin excluir el sentido natural y literal, un sentido espiritual y místico, que servirá igualmente para nuestra santificación y nuestra instrucción. Voy á exponer este sentido principalmente á los que por justas razones están reducidos á abstenerse por algun tiempo de la *Comunion real*, presentándoles los principios y fundamentos que deben tener á la vista para comulgar espiritualmente siempre que asisten al santo Sacrificio de la Misa: está es una ver-

dad práctica, y por conseqüencia exige toda vuestra atencion.

No es difícil comprehender lo que se entiende por la palabra Comunión espiritual, principalmente si se considera en razon opuesta á la Comunión real y sacramental que hace el Sacerdote cada vez que ofrece el santo Sacrificio, y el simple fiel cada vez que es admitido á la participacion de él. La Comunión espiritual es una especie de participacion de este Sacramento augusto, pero interior, cuyo efecto es invisible, y tiene como la Comunión real su necesidad, sus disposiciones, sus ventajas, sus reglas, y tambien sus obligaciones para el Cristiano que hace uso de este Sacramento.

Su necesidad. Hemos dicho que la Comunión sacramental era necesaria para la integridad del Sacrificio; y la Iglesia nos enseña que no se llega á consumir hasta que el Sacerdote consume por la Comunión las especies eucarísticas. Así es que los fieles que asisten á la celebracion del santo Sacrificio de la Misa, no la oyen verdaderamente segun el espíritu de la Iglesia, sino quando se unen espiritualmente á la vícti-

ma adorable por la Comunión espiritual. La prueba de esta verdad se halla en las oraciones que dice el Sacerdote en esta circunstancia de la Misa, que la Iglesia pone igualmente en la boca de todos los fieles, las cuales carecen verdaderamente de sentido si no van acompañadas de la participacion á lo menos espiritual del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo. *El Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo guarde mi alma para la vida eterna. La Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo guarde mi alma para la vida eterna.* Estas son las palabras que debe decir con el Sacerdote, y de que debe hacerse una aplicacion personal si quiere que le sean aplicadas las oraciones que han antecedido y acompañado á la oblation. Sé muy bien que no todos se hallan en estado de hacer esta aplicacion de un modo conveniente, y que la Iglesia ha permitido por esta causa que se substituyan á las palabras del Sacerdote ciertas oraciones que contienen el espíritu de ellas, y que demuestran la necesidad de la Comunión espiritual.

Sus disposiciones. ¡Ah, cuántos

Cristianos duermen un sueño verdaderamente mortal fiados en su pretendido respeto al cuerpo y á la sangre de Jesu-Cristo! ; Pero no hacen un abuso positivo del Sacramento siempre que llevan al altar un corazon dominado por las pasiones y los afectos peligrosos? ; No podremos decirles, como Jesu-Cristo á los profanadores, qué utilidad os prometeis de mi sangre preciosa si recibis sus influencias en un corazon lleno de la corrupcion del pecado? Por tanto, hermanos míos, un Cristiano que quiere comulgar espiritualmente, debe empezar este acto de religion por el dolor de sus pecados; debe excitar en sí el propósito de no pecar otra vez; debe solicitar la libertad de su cautiverio por el mérito de esta sangre preciosa; debe renunciar sinceramente todo afecto peligroso, y qualquiera amor que sea incompatible con la caridad; debe llevar á los pies del Altar el conocimiento de su miseria y la desconfianza de sus propias fuerzas; debe sentir sus propias necesidades, y confesar que nada puede sin la gracia de Jesu-Cristo, de manera que este sentimiento excite en

su corazon el deseo y el fervor; en fin, debe despertar los sentimientos de una fe viva, de una firme confianza, y de un tierno y sincero amor, porque la Comunion exige todas estas disposiciones de los que se acercan al Altar, bien sea para participar realmente del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo, ó para comulgar espiritualmente.

Sus ventajas. La Comunion real une á los que participan de ella al cuerpo, á la sangre y á la divinidad de nuestro Señor Jesu-Cristo; pero la mística y espiritual los une á la fé que él nos ha enseñado, á la esperanza que nos ha merecido, y á la caridad que ha practicado: los une á su cuerpo místico que es la Iglesia, á su espíritu que es el alma de ella, y á su Divinidad que es su vida; los une á su cruz representada en este misterio: los une á su sacrificio renovado en esta oblacion: los une á sus méritos; y en fin á todas sus virtudes, de las cuales les da un exemplo nuevo este misterio. Así se renueva la union entre Jesu-Cristo y su pueblo, entre la cabeza y los miembros siempre que se entra en el espíritu de esta oblacion por la Comu-

nion espiritual. La Comunion sacramental debilita la concupiscencia, y modera el ardor de las pasiones en los que la reciben; y la Comunion espiritual provee de armas muy poderosas al que sabe hacer uso de ellas contra la carne y la sangre. Aquí es donde viene un Cristiano á manifestar sus heridas, y á sacar ese aceite de la gracia, ese vino de la caridad que el piadoso Samaritano viertió con tanta abundancia. Aquí es donde un pecador se siente penetrado mas vivamente de la miseria de su estado, y encuentra los recursos de que necesita para salir de él. La misma mano que le aparta de sí por su indignidad, le atrae desde el Altar con misericordia. La misma voz que dice: léjos de aquí qualquiera que esté sujeto al ídolo del pecado, exclama desde el Altar, venid á mi todos los que estais cargados, y os aliviare. Si un justo temor interpone un muro de separacion entre él y el Altar, una confianza mas justa todavia le transporta en espíritu hasta el Altar para ser con Jesu-Cristo una víctima de dolor y de penitencia; de manera que si estas disposiciones le conducen al

pecador á este lugar sagrado, saldrá de él con valor para infundir espanto á los enemigos de la salvacion. La Comunion sacramental aumenta la vida espiritual de la gracia; pero tambien hay principios de vida para el que participa espiritualmente de este sacramento adorable. *Entraré*, decia el Profeta, *en las potencias de mi Dios*, y me parece que pueden aplicarse estas palabras á un Cristiano que comulga en espíritu. Las potencias de Dios que se ofrecen son sus virtudes, y nada es mas propio para hacernos entrar en las disposiciones de Jesu-Cristo, que esta especie de participacion de su divino misterio. Uniéndonos pues á él con los deseos del corazon, exercitamos en alguna manera todas las virtudes que ha practicado; unimos á su obediencia el sacrificio de nuestra voluntad propia, á su humildad el de nuestro orgullo, á su paciencia la aceptacion de los trabajos que su Providencia nos envia, á su fervor las oraciones que le hacemos, y á su caridad nuestro amor: y como esta especie de comunion puede renovarse siempre que asistimos al Sacrificio de la Misa, los actos reiterados de sus vir-

tudes sofocan insensiblemente en nosotros las semillas del pecado, y hacen revivir la santidad y la justicia, que son la vida del alma. Esta es la causa, por qué podemos prometernos encontrar en la Comunión espiritual, como en la sacramental, un germen de mortalidad, y una prenda de la vida eterna. *Si morimos con Jesu-Cristo*, dice el Apóstol, *viviremos con Jesu-Cristo, y reynaremos con Jesu-Cristo*. Así pues siempre que nos unimos espiritualmente á Jesu-Cristo inmolado, venimos á despojarnos de los tristes restos de la mortalidad detestando el pecado que quiere destruir, y renunciando al orgullo que quiere combatir; en fin adquirimos el derecho á esa resurrección gloriosa, cuya imágen y principio es el misterio Eucarístico.

Sus reglas. Para que este ejercicio produzca los efectos que hemos referido, debemos conformarnos á las reglas que nos prescribe la fe de este misterio, no confundiendo la Comunión espiritual con la sacramental, porque esta lleva la superioridad y tiene ventajas muy decididas. La Comunión espiritual debe ser un medio de prepa-

ración para la Comunión real, no un pretexto para dilatarla ó abstenernos enteramente de ella, sino que al contrario siempre que nos unimos espiritualmente á Jesu-Cristo, debemos sentir la privación de este alimento sagrado, excitar el hambre de él en nuestro corazón, y tomar á la vista de la víctima adorable las resoluciones que sean mas propias para engendrar en nosotros las disposiciones que exige esta Comunión. A esta disposición general añadiré otras muchas disposiciones próximas que pueden asegurar el fruto de este ejercicio. Por exemplo trasportarse en espíritu á los pies del Altar, y disponerse y colocarse entre los que se preparan á comulgar realmente, y despues de haber hecho con ellos la confesion de los pecados recibir la bendición que concede el Sacerdote en nombre de Jesu-Cristo. El conocimiento de su baxeza le ha de reducir al Cristiano á pedir las migajas de una mesa que no se sirve con abundancia sino para los hijos de la gracia, teniéndose por muy dichoso de poder á lo ménos tomar algun lugar entre los siervos, y juntar en alguna manera las sobras de es-

te sagrado banquete, con los Sacerdotes y los fieles que reciben el cuerpo adorable de Jesu-Cristo. Por estos medios preparaban los justos de los primeros siglos sus fervorosas Comuniones; y si los grandes pecadores los empleasen con mas frecuencia, verian abiertos los caminos del Santuario, conseguirian las disposiciones de santidad que exige este Sacramento, y serian recompensados del daño que ha causado á su alma la separacion en que han vivido por causa de las pasiones y de los malos hábitos que los tenian como presos y detenidos. Esta recompensa es de grande consideracion; pero muy corta sin duda si se compara con los frutos que deben esperarse de la Comunión sacramental.

Sus obligaciones. La Comunión espiritual impone á los justos y á los pecadores la necesidad y la obligacion de desear la Comunión real, y de prepararse para ella. No me detengo á combatir ese temor excesivo, que sirve algunas veces de pretexto á ciertas almas irreprehensibles por otra parte, para pasar años enteros separadas del banquete Eucarístico. Estoy bien cier-

to que si pesan en el peso del Santuario los motivos de esta separacion, podrán discernir facilmente si su temor está fundado sobre un verdadero respeto, ó si es el efecto de un descuido afectado, de una timidez pacata, y de una desconfianza injuriosa á la bondad de Jesu-Cristo: ellas conocerán sus flaquezas y miserias, y distinguirán cuidadosamente los pecados, que son un efecto inevitable de la fragilidad de nuestra naturaleza, de aquellos que cometen por un acto reflexionado con el fin de combatir los unos, y oponer á los otros las armas poderosas que nos ofrece la Comunión Sacramental. La obligacion particular de los pecadores es romper el muro de separacion que sus pecados han puesto entre ellos y Jesu-Cristo, y usar prontamente de los remedios saludables que les ofrece para disipar la frialdad, y la indiferencia que los aleja de la mesa santa. Una sincera confesion de sus faltas, una pronta reparacion de sus escándalos, una santa indignacion contra sí mismos, un vivo dolor, una vigilancia escrupulosa sobre su propio corazon, la frecuencia en la oracion, la inclinacion

al trabajo, el amor de la penitencia, el gusto del retiro, la asistencia al templo, y sobre todo el deseo ardiente y fervoroso de concurrir al santo Sacrificio de la Misa son las obligaciones que contrae un pecador quando le permite la Iglesia unirse á Jesu-Cristo por la Comunión espiritual.

Aquí se termina esta parte de la Misa consagrada á la consumacion de la víctima. Y no nos queda que hablar sino de la accion de gracias, la qual es la última parte de la Liturgia á que se refieren las dos Instrucciones siguientes. Renovemos nuestra atencion, y pidamos á Dios que la práctica de todas las verdades que hemos meditado sea motivo para empezar, executar y acabar la mas santa de las acciones de una manera que contribuya á la gloria de Dios, que es el objeto de ella, y á la santificacion de nuestras almas. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS ORACIONES

CON QUE SE ACABA LA MISA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS COLOSENSES, cap. 3. v. 17.

Qualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, dando gracias por él á Dios y Padre.

PODEMOS ciertamente mirar toda la Misa como una accion continua de gracias. Jesu-Cristo toma en ella el tí-

tulo de Víctima Eucarística, y todo Cristiano que quiere unirse al Sacrificio que ofrece este Señor á su Padre, debe participar con él del sentimiento, de reconocimiento debido á un Dios, cuya misericordia nos previene sin cesar, y nos sigue por todas partes; pero aunque la accion de gracias pertenezca á la esencia de este Sacrificio como la inmolacion y la oracion, era muy conveniente que la Iglesia consagrara una parte de su Liturgia para manifestar á Dios por Jesu-Cristo su gratitud por el misterio inefable que se ha obrado sobre el Altar, y por la muchedumbre infinita de gracias que ha derramado este misterio sobre toda la Iglesia. Este es el fin á que se dirige esta parte de la Misa, en la qual nos recuerda este sentimiento de gratitud; pero estando precisado ya á terminar esta materia, reuniré en este discurso y el siguiente todo lo que puede contribuir para excitarle: espero que vuestras reflexiones suplirán mi corta explicacion, teniendo presente que la disposicion que intento infundir en vuestras almas es tan esencial como todas las demas que pueden haceros partícipes de los frutos de

este Sacrificio, y así os pido que conserveis en estas últimas oraciones la misma atención y fervor que en las precedentes.

La Iglesia reduce esta parte de la Misa á diferentes ejercicios que dan á conocer su intencion y las disposiciones que exige. Un lugar de la sagrada Escritura, llamado Comunión, una oracion llamada *Post-comunion*, la despedida del Pueblo, la bendicion, y el Evangelio de San Juan, es todo lo que en un corto espacio de tiempo debe ocupar á los fieles, y disponerlos para aprovechar las gracias que han recibido en este divino Sacrificio. Vamos á recorrer estos diferentes ejercicios, y á deducir las reflexiones que sean mas propias para llenarlos con fruto.

Se llama Comunión un versículo sacado de un Salmo que canta el coro inmediatamente despues de la Comunión, y que el Sacerdote mismo dice, despues de las diferentes abluciones que siguen á este acto. Este es un uso observado en las Liturgias mas antiguas. Hubo un tiempo en que no se variaba este versículo, y en todas las solemnidades decia siempre la Iglesia, toman-

do las palabras del Profeta: *gustad y ved que el Señor es suave.* Quando la Comunión de los fieles era mas numerosa, para llenar el espacio de tiempo que se ocupaba en la distribución de la santa Eucaristía se cantaba el Salmo 33. de donde se han sacado estas palabras, y en muchas Parroquias se acostumbra tambien hoy en las fiestas solemnes quando la Comunión es numerosa cantar un Salmo entero, á fin de que los fieles que no comulgan tengan una Instrucción, y una oración relativa al misterio que se celebra.

Este Salmo se termina siempre con la antífona, llamada Comunión. La Iglesia actualmente escoge un solo versículo que al mismo tiempo tenga relacion con la fiesta que celebra, y con las gracias que concede Jesu-Cristo á los que le reciben dignamente. Si los fieles meditan atentamente estas diferentes antífonas, encontrarán siempre en ellas los motivos mas propios para inspirarles la union á Jesu-Cristo en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

A esta antífona sigue le salutación del Pueblo, de que ya hemos dado una idea, explicando el motivo que tiene

la Iglesia para poner en boca del Sacerdote y de los fieles estas palabras: *el Señor con vosotros, y con tu espíritu.* El Ministro á esta especie de bendición, añade la oración *Post-Comunion*, llamada así porque sigue inmediatamente á esta acción, y la Iglesia, como puede inferirse de sus mismas palabras, solicita conseguir de Dios por Jesu-Cristo, que el fruto particular del misterio, y de la fiesta que celebra nos sea aplicado por la virtud de su sangre. Esta intención nos será mucho mas sensible si cada vez que asistimos á la celebración de los santos misterios, decimos con el recogimiento debido esta piadosa oración, despues de la qual desea el Sacerdote otra vez al Pueblo nuevas bendiciones, y recibe de él nuevas saludes. A estas palabras sigue en todos los Misales, lo que se llama despedida del Pueblo, y esta circunstancia de la Misa, la ménos interesante á primera vista, nos daría materia para una Instrucción, si no temiesemos alargarnos demasiado, porque primero podríamos hacer notar las diferentes variaciones que nos ofrecen los Misales, y despues

saciaríamos de ellas motivos de edificación, probándoos que los fieles de los primeros siglos, muy léjos de retraerse del Altar, tenían necesidad de que les advirtiesen el tiempo en que habían de retirarse.

En efecto, dóciles á la voz de sus Pastores tenían la costumbre de escuchar solo á su fervor quando trataban de juntarse en el templo; pero jamas se retiraban sin que precediese la señal. De aquí podria tomár ocasion para levantar la voz contra el indecente abuso de tantos Cristianos que llegando á la Misa, mucho tiempo despues de haber empezado se atreven á disputar sobre el tiempo que deben permanecer en la Iglesia para satisfacer la obligacion que les impone, estableciendo sobre este precepto varios principios dictados por su indeyocion, los cuales si por desgracia se propagasen como lo intentan, hubieran dexado ya nuestros templos desiertos. No me escandalizo ménos de la irreligiosa precipitacion de muchos para salir del templo luego que da la bendicion el Sacerdote, privándose de los consuelos que gozarian si se detuviesen á meditar, como era justo,

el santo Sacrificio que acaban de presenciarse; pero yo no hablo á Cristianos de esta especie, sino á fieles convencidos de que todo lo que pertenece á este santo exercicio participa de la santidad de la víctima, cuyo solo mérito da valor á todas estas ceremonias y oraciones. Por tanto les diré que deben escuchar al Sacerdote con religiosa atencion en las Misas privadas, y al Diácono en las solemnes, quando les anuncian que pueden volverse á sus casas, porque se ha concluido el Sacrificio, y les haré notar los diferentes usos que se han observado en la Iglesia con relacion á esta circunstancia de la Misa. En ciertos dias en lugar de estas palabras: *idos, se acabó la Misa*, substituye las siguientes el Sacerdote: *bendigamos al Señor*, y el Pueblo responde *gracias á Dios*. La razon de esta diferencia la conocen pocos Cristianos. Muchos autores nos enseñan, que habia dias en que la Iglesia, despues de haber ofrecido el santo Sacrificio, detenia todavia á los fieles en el templo para ocuparlos en otros exercicios: entónces no se les despedia, sino que se les invitaba á bendecir á Dios, y á darle gracias por los misterios que

acababa de obrar en su favor. Esta costumbre se observaba en los días de penitencia y de ayuno, y en las grandes ferias, y todavía se conserva esta diferencia en la Quaresma, en las viglias de las fiestas principales, y en el Adviento, en cuyo tiempo antiguamente se hacian iguales penitencias que en la Quaresma. Esta reflexion es muy propia para inspirar á los fieles el deseo de considerar, y de santificar mas particularmente estos días en el interior de sus casas con exercicios de piedad, trayendo á la memoria aquellos tiempos en que los primeros Christianos sabian unir las obligaciones de su estado con la asistencia á las instrucciones y oraciones públicas.

Pero ántes de acabar este artículo diré alguna cosa sobre el uso de suprimir en las Misas de los difuntos estas palabras: *idos, se acabó la Misa*. Este uso se apoya en los mismos motivos. Quando estas Misas son solemnes, se hace inmediatamente la recomendacion del alma del difunto, y además la piedad de la Iglesia no solo les aplica el fruto del Sacrificio de Jesu-Cristo quando le ofrece por ellos, sino tam-

bien las diferentes oraciones que acompañan la oblacion. De aquí una multitud de ceremonias suprimidas ó añadidas, que ponen una diferencia sensible entre la Misa que se ofrece por la intencion de los vivos, y la que se celebra por los difuntos. Por exemplo, en las oraciones que se dicen al subir al Altar se suprime el Salmo: *júzgame Dios*, porque el Sacerdote se abstrae en algun modo de los fieles, y de sí mismo para recomendar á los difuntos, los cuales ya no se hallan en estado de entrar en el Tabernáculo visible del Señor, para ofrecér en él la víctima. Tampoco hace el Sacerdote la señal de la cruz al principio del Introito, ni bendice al Diácono al tiempo del Evangelio, ni al Pueblo al acabar la Misa, porque en este momento se reserva la Iglesia en algun modo todas las bendiciones para las almas de sus hijos, que estan penando en el lugar de expiacion y de lágrimas: así mismo no se dice el gloria, ni el símbolo de Nicea, porque el día en que se dedica al alivio de sus hijos, es para ella un día de tristeza y de duelo, y substituye á estas palabras: *idos, se acabó la Misa*, las siguientes: *descansen*

en paz, á fin de que todos los fieles que han tenido parte en estos santos misterios se unan para pedir la luz y la paz que Jesu-Cristo ha merecido á estas almas con su sangre.

Como se presentan pocas ocasiones en que poderos instruir sobre esta ceremonia particular, he tenido á bien extenderme algun tanto para daros la idea conveniente de ella. Hablaré ahora sobre la bendicion que da el Sacerdote al Pueblo, costumbre que trae su origen de los tiempos Apostólicos. El Mártir San Justino habla ya de ella en la Apología que dirige á los Emperadores Romanos, y ciertamente no ha habido un tiempo en que se haya despedido al Pueblo sin bendecirle. La forma de esta bendicion no ha sido siempre la misma: en ocasiones se limitaba á pedir la paz para los asistentes: en las Misas solemnes se acostumbraba dar con grande ceremonia; pero así en ellas como en las privadas, precedia siempre la invocacion de las personas de la Santísima Trinidad. Esta bendicion se ha consagrado desde inmemorial con la señal de la cruz, porque de la cruz de Jesu-Cristo nos

vienen todas las gracias y bendiciones. En las Misas privadas el Ministro dice solo estas palabras: *bendigaos Dios, Todo-poderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo*; y en las solemnes que se celebran en algunas Iglesias cantan estas mismas palabras todos los Sacerdotes que concurren á la celebracion de los divinos Oficios. En algunas partes está reservado á los Párrocos el derecho de añadir á la bendicion solemne dos oraciones que la preceden; pero Cristianos, de qualquiera manera que se pronuncie sobre nosotros esta bendicion, acordémonos que el Sacerdote es el Ministro de la Iglesia, y su representante en esta funcion augusta. ¿Podemos dudar de la eficacia de esta oracion, si por nuestra parte no se opone un obstáculo á los frutos que es capaz de producir en nuestras almas con nuestra indevotion, ó con la obstinacion en el pecado? Yo por tanto os diré aquí lo que se dice en las Misas que celebran los Obispos: humillad vuestras cabezas para recibir la bendicion: considerad que el Dios Todo-poderoso que con sola su palabra hizo el cielo, la tierra, y todo quanto existe, nos va á dispensar sus auxilios.

Su nombre á quien bendicen todas las criaturas, es el origen de las bendiciones que esperamos. Humillaos pues bajo su mano poderosa, porque no concede su gracia sino á los humildes que esperan en él; y el Dios Todo-poderoso que no hace uso de su poder soberano, sino para darnos una prueba de su misericordia, bendiga un Pueblo que ha creado para su gloria, que ha rescatado con su sangre, y que ha santificado con su espíritu. ¡ Ah! decid todos: *Así sea.* Pero cuidado que vuestros pecados desmientan estas palabras, y por consecuencia os priven de las gracias que produce esta bendiccion.

Después de todo se dice el santo Evangelio, y la Iglesia ha dispuesto muy sabiamente que se lea el principio del de San Juan, en donde se nos enseña de la manera mas noble y mas clara la Divinidad del Verbo. No trató de exponer aquí las sublimes ideas que nos presenta este lugar de la divina Escritura, porque sólo pertenece al espíritu de Dios el contar la generacion inefable del Verbo Eterno en el seno de su Padre. Nosotros, hermanos míos, no leamos jamas este Evangelio

sin un religioso temor, y aprovechémos de sus palabras para apartar el espíritu de seducción y de mentira: fijemos bien en el espíritu y en el corazón el dogma de nuestra fé, contenido en estas palabras: *el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.* La Iglesia indicándonos este lugar del santo Evangelio, nos ofrece una materia amplísima de meditacion, y medios poderosos para aplicarnos los misterios que acabamos de presenciar. El Verbo hecho carne ha sido para nosotros en la oracion un intercesor poderoso, en la oblacion una víctima de salud, y en la Comunión un Pan de vida. ¡ Oxalá sea tambien en nuestros diferentes estados un modelo, un doctor, y una guía, á fin de que así como está con nosotros por su Sacramento, merezcamos por su gracia estar con él por toda una eternidad! Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LOS MEDIOS DE CONSERVAR LOS
FRUTOS DEL SANTO SACRIFICIO
DE LA MISA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS COLO-
SENSSES,
cap. I. v. 11.

*No cesamos de orar por vosotros, y
de pedir que seais llenos del cono-
cimiento de la voluntad de Dios,
siendo confortados en toda virtud.*

CONFIESO que no tengo ni el
mérito del Apóstol de las naciones,
ni el testimonio de los trabajos que
le habían merecido la confianza de
los fieles de la Iglesia de Colossas;
pero sin embargo me atrevo á ha-
cer por vosotros esta oracion sobre to-

del santo Sacrificio de la Misa. 413

do al acabar esta larga serie de instruc-
ciones. Dios me es testigo que instru-
yéndooos sobre las oraciones y ceremo-
nias del tremendo Sacrificio del Al-
tar, no he tenido otro objeto que con-
tribuir á su gloria y multiplicar los
medios de vuestra santificacion. Veo
pues con alegría el fin de un curso
de instrucciones que os ha sumistra-
do verdades muy útiles, abriéndooos un
abundante manantial de saludables me-
ditaciones. En efecto la atencion, la
continua asistencia, ó por mejor decir
la santa codicia con que me habeis
eseuchado, me da un indicio de que
mis trabajos han producido los frutos
que me prometia, y que os animais mu-
tuamente á los sentimientos de reco-
gimiento y de fervor que he procurado
inspiraros. Así nada me queda
que hacer para concluir esta obra de
una manera que correspondá á su im-
portancia, sino seguir el plan que me
ha trazado el Apóstol San Pablo; á sa-
ber, orar y suplicar sin cesar: quiero
decir, pedir por vosotros esa pleni-
tud de ciencia que no se adquiere ni en
los libros piadosos ni en los sermones,
sino en la oracion y en la meditacion

de la voluntad de Dios. ¡Oxalá que el os llene de esa sabiduría que lo abraza todo en el tiempo presente, y en la vida futura de muy distinta manera que en la del mundo; de esa sabiduría que abre el entendimiento, y que da inteligencia á los ignorantes; de esa sabiduría que da la virtud de caminar en la presencia de Dios de una manera digna de su santidad; de esa sabiduría que sabe despreciar las ventajas y los placeres terrenos, y que aparta el corazón del amor de las criaturas para consagrarle todo á Dios; en fin de esa sabiduría que justifica al hombre en la ciencia y en la virtud! He aquí lo que yo pido con el Apóstol, y esta oracion contiene todo lo que podeis esperar de las instrucciones antecedentes. ¿Pero de qué medios podrá valerse un Cristiano para afirmar en su corazón el fruto que le procura el Sacrificio del Altar? ó por mejor decir, ¿qué deberá hacer un Cristiano que habiendo llevado á esta divina oblacion todas las disposiciones de que es capaz, no quiere perder las ventajas que le procura? Voy á examinar este punto en esta última instruccion: escuchadme.

Todo Cristiano que quiere recoger y conservar los frutos que de suyo produce el santo Sacrificio de la Misa, luego que el Sacerdote ha dexado el Altar, debe recogerse interiormente y constituirse en la presencia de su Dios, auxiliándose de la fe, y de las luces que le ha concedido su bondad infinita para meditar por algunos instantes los misterios que se han obrado en su presencia. Esta meditacion le suministrará tres consideraciones importantes que le asegurarán el fruto de la santa oblacion, fundadas en la caridad de Jesu-Cristo que ha visto reducida á práctica, y que es la regla de la que le prescribe la ley en todas las oraciones que componen la Liturgia, en las ceremonias de la Misa, y en todas las gracias que son el efecto natural de ella.

PRIMERA CONSIDERACION.

Caridad para con Dios: Jesu-Cristo le ha enseñado sus caracteres. Caridad para con el próximo: Jesu-Cristo le ha mostrado sus efectos. Caridad para consigo mismo: Jesu-Cristo le ha prescripto sus reglas. Si

penetrado de estas grandes lecciones estudia atentamente la manera de aplicárselas, conseguirá sin duda el efecto de este Sacrificio que es las gracias y las virtudes.

Caridad para con Dios. El ha visto á Jesu-Cristo cumplir en el Altar todas las obligaciones, y dar á su Padre pruebas sensibles de ese amor de preferencia, de ese amor dominante que hace el carácter esencial de la caridad: le ha visto dar á su Dios las adoraciones mas profundas: le ha visto ocupado todo en la expiación del pecado para satisfacer su justicia; en la reparación del pecado para calmar su ira, y en la destrucción del pecado para honrar su santidad infinita. Este exemplo le ha enseñado la obligación que le impone la qualidad de Cristiano de no vivir sino para Dios, de no obrar sino á la vista de Dios, y de no buscar sino lo que puede ser agradable á Dios. Este exemplo le ha enseñado que un Cristiano debe inmolar perpetuamente su propia voluntad á la voluntad de Dios; que este Sacrificio que empieza en el Altar debe continuarse en todos los acontecimientos de la vi-

da, y que no puede consumarse hasta que la víctima haya sido destruida enteramente, esto es, en el dia de nuestra disolucion y de nuestra muerte. ¡Ah, que conseqüencias tan importantes pueden sacarse de estas meditaciones para el arreglo de las costumbres! Un Cristiano que medite pues con toda atencion estas verdades, nunca saldrá del templo hasta que haya hecho una aceptación formal de las tribulaciones y trabajos que le envia la Providencia, hasta que haya formado la resolucion de estudiar y de seguir la voluntad de Dios en todas sus obras; de esta suerte estará preparado para todos los sucesos, y tendrá la fuerza necesaria para vencer las tentaciones. No será difícil, no, discernir entre los Cristianos aquel que saca diariamente del Altar los principios de su conducta con relacion á Dios. Humildad profunda, piedad sincera, temor saludable de la Justicia Divina, horror al pecado, amor á la justicia, desprendimiento de las cosas terrenas, deseo ardiente de la eternidad; estas son las virtudes y los frutos que produce el santo Sacrificio de la Misa.

Humildad profunda. Jesu-Cristo en este misterio nos da pruebas muy reelevantes de ella, y el Cristiano le imita desconfiándose de sí mismo, refiriendo á Dios todo el bien que hace, procurando vivir desconocido mientras que la gloria de Dios, y la salud del próximo no exijan lo contrario, huyendo de las distinciones y de los elogios, y haciendo un sacrificio de las humillaciones y de los desprecios que sufre por causa del orgullo ó de la malicia de los hombres.

Piedad sincera. Jesu-Cristo tributa en la Misa á su Padre el culto mas digno de la voluntad suprema, y el Cristiano religioso aprende á adorarle en espíritu y en verdad, haciendo un templo del interior de su casa, y un Santuario de su corazon para honrarle sin cesar, servirle con fidelidad, y darle alabanzas sin interrupcion.

Temor saludable de la justicia. La víctima ha caido baxo el peso de esta Justicia Divina. El Cordero sin mancha es inmolado realmente desde el origen del mundo, y lo será hasta la consumacion de los siglos para mitigar la justa ira de su Dios. Un Cristiano

atento y recogido se penetra á los pies del Altar de un santo temblor, y obra siempre temiendo á un Padre que ama y que respeta, tan inflexible y severo, como indulgente y amoroso.

El horror al pecado es una consecuencia de esta disposicion, y Jesu-Cristo vengándole en el Altar ha indicado á los Cristianos fieles la enormidad de él por la inmensidad de la reparacion. Consideremos por tanto que una ofensa que ha exigido la muerte de un Dios, y cuya pena no puede satisfacerse sino por la oblation de un Dios, es un mal muy temible de que debemos huir con todo cuidado para no incurrir en la muerte eterna.

Así es que el Cristiano busca en el amor de la justicia el remedio del pecado. En el Sacrificio de la Misa ve lo que habia visto el Profeta en espíritu; esto es, un Dios que no ha consagrado á su Hijo como Pontífice eterno, sino porque ama la justicia, y aborrece la iniquidad. Por esta causa procura participar del Sacerdocio de Jesu-Cristo obrando la justicia, defendiendo los derechos de la justicia siempre que se ve atacada; y aun sufriendo por

la justicia quando se pretenden destruir sus principios y sus leyes.

Un Cristiano animado de estos sentimientos sabe conservar el desprecio de las cosas terrenas. El ha visto á Jesu-Cristo en el Sacramento separado de todo, desprendido de todo; y así léjos de alimentar su corazon con deseos terrenos que le atormentan, se contenta con la suerte que la Providencia le destina. Si su fortuna es limitada, si carece de amigos, si padece necesidades y trabajos, si lleno de males se ve postrado y abatido, todo le parece que está en el orden de una sabiduría que habiéndonos creado para el cielo, ha querido que nos preparásemos para él, por medio del desprendimiento y de la abnegacion.

Jesu-Cristo inmolado sobre el Altar, le ha enseñado tambien que puede estar al mismo tiempo en la tierra y en los cielos segun los derechos que le ha adquirido la caridad. El Cristiano fiel está unido todo á Jesu-Cristo inmolado, y á Jesu-Cristo glorificado. El reúne en sí el hombre terreno, y el hombre espiritual. Habla con los hombres, y sus deseos y su corazon estan en los cielos, participa de la de-

bilidad de la naturaleza, y gusta de antemano de la felicidad eterna; en una palabra la caridad que ha sacado del Sacramento del Altar le une con Dios; pero sin embargo le dexa entre sus hermanos, porque Jesu-Cristo le ha enseñado en el Altar á cumplir las obligaciones de la caridad con respecto al próximo, y en el exercicio continuo de estas obligaciones es donde hace que fructifique la gracia del Sacramento adorable de que ha participado.

SEGUNDA CONSIDERACION.

Caridad con el próximo. Un Cristiano que se hace víctima con Jesu-Cristo tambien es en algun modo respecto á sus hermanos un mediador que intercede por ellos, un salvador que los libra, que los socorre en todas sus necesidades, y un modelo que los instruye con sus exemplos. La union que ha contraido es indisoluble, y Jesu-Cristo oculto en el Sacramento se refleja en algun modo en los que se han inmolido juntamente con él en el Sacrificio de la Misa. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres de deseos y de ora-

ciones, que sensibles á todo aquello en que se interesa la gloria de Dios y la salud del próximo, lloran los pecados que se cometen, solicitan la conversión de los que se apartan de la senda verdadera, procuran mitigar la ira de Dios en el momento que se dispone para exterminar los pecadores, y presentan sin cesar por Jesu-Cristo sus ardientes votos para acelerar la venida de su reyno. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres de caridad, sensibles á todas las necesidades, que compadecen todos los males, que al exemplo de su Divino Maestro se olvidan de sí mismos para socorrer á sus hermanos en las diferentes aflicciones de que se ven oprimidos, y que toman siempre mas interes en los trabajos y miserias del próximo que en los suyos propios. Jesu-Cristo es quien forma esos hombres edificantes, que á pesar de su cuidado para ocultar sus buenas obras, esparcen por todas partes el olor de sus virtudes, y hacen con sus exemplos mas conquistas para el Evangelio que los predicadores mas eloqüentes y los Doctores mas ilustrados. Sí, la santa costumbre de unirse á Jesu-

Cristo en el Altar hace de un Cristiano otro Jesu-Cristo; y si este efecto es tan raro entre los fieles, atribuyámoslo á ellos mismos, porque carecen de los sentimientos que se requieren para que el augusto misterio que presencian produzca los frutos que apetecen. El espíritu de la primitiva Iglesia no se ha extinguido entre nosotros, y si esparce débiles resplandores, es porque le obscurecemos con nuestra tibieza habitual, y con las diferentes pasiones que nos agitan. ¡Ah, que pronto reviviría este espíritu si los Cristianos se impusiesen la obligacion de asistir siempre al Sacrificio de la Misa con recogimiento y fervor! ¡Admiraremos su poca ó ninguna y union y conformidad quando se hallan tan distantes de las disposiciones que deberian traer al pie de los Altares? No uniendo aquí sus corazones, ¿podrán conservar las relaciones justas que exige la sociedad para mantener el orden? En efecto los unos se presentan con un alma fría, incapaz de calentarse: otros con un espíritu distraído, que no se fixa en nada: estos con un corazon preocupado que nunca se convence ni se desen-

gaña: aquellos con un alma endurecida que por nada se mueve. Unos hombres de esta naturaleza ¿podrán tener alguna caridad con su prójimo? Pero veamos el tercer efecto de la caridad de Jesu-Cristo, que se reduce al amor de nosotros mismos; pero de una manera conforme á los designios de Dios.

TERCERA CONSIDERACION.

Caridad consigo mismo. Jesu-Cristo sacrifica en el Altar su propia gloria para ocuparse solo en la de su Padre, y con este primer sacrificio asegura á su Iglesia y á todos sus miembros una gloria inalterable. El sacrificio su propia voluntad á la de su Dios, y este olvido de sí mismo le ve recompensado baxando del cielo á la tierra en cumplimiento de esta voluntad santa para la salud de su pueblo: él nos enseña que el verdadero amor de nosotros mismos no consiste en lisongear nuestro orgullo, en satisfacer nuestras inclinaciones, ni en contemplar nuestros deseos; él nos dice que si sabemos contradecirlos, y sujetarlos á su voluntad y á su ley, aseguraremos la

paz del corazon y el testimonio de la buena conciencia. Un Cristiano que se hace una victima con Jesu-Cristo trae continuamente á su memoria el estado de inmolacion y de sacrificio que le prescribe este misterio. El renuncia los bienes que posee teniéndolos en poco, y usándolos como conviene á la santidad del Dios que se los ha dado. Renuncia los bienes de que carece sofocando los ardientes deseos que se engendran en su corazon, y adorando la mano invisible de Dios, que se los niega ó se los quita, porque así le conviene. Renuncia las grandezas y las dignidades que goza apartando de su corazon el orgullo, y haciéndose amar por su trato afable y moderado: renuncia las que no goza contentándose con su suerte, y consolándose de verse libre de los escollos y precipicios en donde con tanta frecuencia dan los ambiciosos: renuncia su salud sufriendo con paciencia las enfermedades: renuncia su vida haciéndole á Dios una humilde ofrenda de ella: renuncia su reputacion manifestando su indiferencia en las calumnias: renuncia sus amigos, tolerando con su-

mision sus infidelidades ó su pérdida: en fin extiende la generosidad hasta el punto de renunciar los consuelos inherentes á la virtud, quando se complace Dios en probarlo con la sequedad y el disgusto. ¿Pero de dónde saca estos principios de desprendimiento y de abnegacion, sino del fondo del Altar en donde ve un Dios separado de todo, privado de todo, abandonado de todo, para no vivir sino para su Dios?

¡ Ah, convengamos, hermanos míos, en que hasta este día no hemos conocido los preciosos efectos del augusto Sacrificio del Altar! formemos para en adelante la resolución de llevar á este Sacrificio un corazón sensible á las gracias que se nos ofrecen en él, y sobre todo á los abusos en que por nuestra indiferencia é ingratitud hemos incurrido.

Dignaos, Señor Jesús, escuchar, y oír los votos que os dirige vuestro Ministro al acabar esta serie de instrucciones: ¿será posible, Dios mío, que mis palabras no lleven ningun fruto? Esta obra emprendida para vuestra gloria, executada para la edificacion de mis hermanos ¿no dexará ninguna impresion en su espíritu? ¿No inspirará

ningun sentimiento en su corazón? Señor, que este débil esfuerzo de mi ministerio sirva á lo ménos para cubrir á vuestros ojos la muchedumbre infinita de mis distracciones: haced, Jesús mío, que penetrado de estas verdades consoladoras y terribles ofrezca yo en adelante el tremendo sacrificio con esa fe pura, esa humildad profunda, y ese amor vivo de caridad que corresponde á tan grande sacramento: haced que yo instruya á este pueblo que me habeis confiado en la excelencia de la víctima, y en la grandeza de la oblacion con una piedad tierna y sostenida; que un santo temor penetre desde hoy al Sacerdote y al pueblo; que á uno y á otro los purifique una sincera compuncion, y que los abraze un ardiente amor: en fin, haced que todos los miembros esten unidos en esta oblacion al Divino Xefe que se sacrifica por todos, y que la sangre que corre sobre el Altar sea el sello de su perfecta reconciliacion en el tiempo, y la prenda de su felicidad eterna. Así sea.



INDICE

DE LAS INSTRUCCIONES, QUE SOBRE LAS ORACIONES Y CEREMONIAS DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA CONTIENE ESTE TOMO SEGUNDO.

XXVIII. Instruccion: sobre el mejor modo de unirse con el Sacerdote. - - -	5
XXIX. Sobre el Cónon de la Misa. - - -	17
XXX. Sobre la oracion Te igitur. - - -	28
XXXI. Sobre el Memento de los vivos. - - -	38
XXXII. Sobre la oracion Comunicantes. - - -	49
XXXIII. Sobre la oracion Hanc igitur. - - -	60
XXXIV. Sobre la oracion Quam oblationem. - - -	72
XXXV. Sobre la Consagracion. - - -	83

XXXVI. <i>Sobre las palabras de la Consagracion.</i>	95
XXXVII. <i>Sobre las palabras de la Consagracion del Vino.</i>	109
XXXVIII. <i>Sobre la oracion Unde et memores.</i>	121
XXXIX. <i>Sobre la oracion Supra quæ propitio.</i>	132
XL. <i>Sobre la oracion Supplices te rogamus.</i>	145
XLI. <i>Sobre el Memento de los difuntos.</i>	159
XLII. <i>Sobre la misma materia.</i>	173
XLIII. <i>Sobre la oracion Nobis quoque peccatoribus.</i>	186
XLIV. <i>Sobre la misma oracion.</i>	197
XLV. <i>Sobre estas palabras Per ipsum.</i>	209
XLVI. <i>Sobre el Pater noster.</i>	220
XLVII. <i>Sobre la oracion Libera nos.</i>	235
XLVIII. <i>Sobre el Pax Domini sit semper vobiscum.</i>	246
XLIX. <i>Sobre la oracion Hæc commistio.</i>	258
L. <i>Sobre estas palabras Agnus Dei.</i>	269
LI. <i>Sobre la oracion Domine Jesu-Christe.</i>	281

LII. <i>Sobre la ceremonia de besar la Paz.</i>	295
LIII. <i>Sobre la oracion Domine Jesu-Christe Filii Dei vivi.</i>	308
LIV. <i>Sobre la oracion Perceptio Corporis tui.</i>	323
LV. <i>Sobre las palabras Domine, non sum dignus.</i>	339
LVI. <i>Sobre la Comunion.</i>	355
LVII. <i>Sobre la Comunion baxo las dos especies.</i>	371
LVIII. <i>Sobre la Comunion espiritual.</i>	386
LIX. <i>Sobre las oraciones con que acaba la Misa.</i>	399
LX. <i>Sobre los medios de conservar los frutos del Santo Sacrificio de la Misa.</i>	412

UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

